

«Irresistible... A la altura de Michael Connelly.» *The Globe and Mail*

# El Wigglia

Robert  
CRAIS

de

Lectulandia

Joe Pike, el intrigante y enigmático compañero del inspector de la policía de Los Ángeles Elvis Cole, se ve obligado a proteger a Larkin Barkley, una joven y alocada heredera cuya vida corre peligro.

Después de chocar su Aston Martin contra un misterioso coche, Larkin, que salió ilesa, intentó ayudar a las víctimas del accidente. Sin embargo, algo que vio allí podría poner en peligro su vida y hace que se convierta en el único testigo de una investigación federal. Forzada a salir de su mundo de Beverly Hills, Joe Pike deberá protegerla de un implacable grupo de asesinos que va sembrando la muerte a su paso.

Pike recluta entonces a su socio, el investigador privado Elvis Cole, quien identifica la red de blanqueo de dinero de un cartel de la droga como la fuente de las muertes, y considera que el padre de Barkley puede ser la clave. Pero cuando una cadena de mentiras y traiciones empieza a atenazarlos, Pike decide seguir sus propias reglas de supervivencia: golpear rápido, pegar fuerte y dar caza a los cazadores

**Lectulandia**

Robert Crais

# **El vigía**

**Elvis Cole y Joe Pike - 11**

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2017

Título original: *The Watchman*  
Robert Crais, 2009  
Traducción: Patricia Orts

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Lauren  
Ningún sacrificio es demasiado grande,  
ningún amor tan querido,  
ningunos padres más orgullosos

# AGRADECIMIENTOS

Aaron Priest, el Joe Pike de los agentes literarios, encajó todas las piezas y permitió que sucediese.

Pat Crais, la correctora más temible, eliminó la parte más floja del libro con devoción y celo.

Mis editores, Louise Burke y David Rosenthal, me inspiraron con su apoyo, aliento y fuerza.

Mis redactores, Marysue Rucci y Kevin Smith, aportaron su perspicacia, y eso añadió dimensión y profundidad a la obra, y alguna que otra carcajada. Jon Wood, mi editor inglés en Orion, merece también mi agradecimiento por su férreo apoyo, que me ayudó a afrontar las adversas condiciones que producen los brevísimos plazos de edición.

La contribución de Laura Grafton, mi directora en Brilliance Audio, ha sido enorme.

Clay Fourrier, del Dovetail Studio, diseñó y sigue manteniendo activa mi página web [www.robertcrais.com](http://www.robertcrais.com). Carol Topping gestiona el sitio y es la autora de nuestros boletines informativos. Clay y Carol hacen posible la increíble relación que mantengo con mis lectores de todo el mundo.

*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,  
Y renueva la firmeza de mi espíritu.*  
SALMOS 51:10

*¡Silencio! Cariño, duerme tranquila.  
¡Los ángeles celestiales vigilan tu cama!*  
ISAAC WATTS

*pike: un pez predador de cuerpo alargado que  
se caracteriza por su velocidad y agresividad.*  
Oxford American Dictionary

# PRÓLOGO

## LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES

*La ciudad fue suya una sola hora, la hora mágica precisamente, sólo suya. La mañana del accidente, entre las tres y las cuatro de la madrugada, cuando las calles están vacías y los ángeles vigilan, atravesó a toda velocidad el Wilshire Boulevard en dirección este, a ciento treinta kilómetros por hora, sin detenerse ni una sola vez en los semáforos en rojo que hay a lo largo del tramo llamado Miracle Mile, volando entre ellos sin aminorar siquiera la marcha. Unas rayas brillantes de rímel azul bajaban por sus mejillas.*

*Cuando tuviera que explicar lo que había hecho antes del accidente le diría a la policía que se encontraba en un club de Yucca, en Hollywood, uno de esos locales diurnos donde siempre hay un montón de periodistas apiñados en la puerta. Había pasado una hora esquivando a una estrella de películas de acción entrada en años mientras veía cómo sus amigos (niños bien del Westside y la juventud de Hollywood más solicitada; actores, agentes y músicos que habría mencionado a la policía sin ningún problema) se sacaban fotografías unos a otros con el móvil, se mandaban besos desde lejos y posaban con bebidas de todos los colores e ingredientes. El sargento de policía que la interrogó arqueó las cejas cuando le dijo que ella no había bebido, pero el alcoholímetro confirmó su historia. Un Virgin Cosmo que había dejado a medias.*

*Era su hora de las brujas. Entregó un billete de cien al aparcacoches para que le trajese su Aston Martin y se alejó saltándose los semáforos. Cinco manzanas después se detuvo en medio de Hollywood Boulevard, apagó el motor y disfrutó de una suave brisa de cachemira. El aroma a jazmín y romero procedía de las colinas. Conducía concentrada en el silencio, ajena al murmullo del motor. La calma de la ciudad a esa hora era estremecedora.*

*Alzó la mirada hacia los edificios y se imaginó a unos ángeles posados en el borde de los tejados, unos ángeles esbeltos con las alas caídas, de pie y en absoluto silencio, mirándola impasibles como si se tratase de un sueño eterno: «Te entregaremos la ciudad. Nadie nos mira. Libérate».*

*Se llamaba Larkin Conner Barkley. Tenía veintidós años. Vivía en un loft de moda en el centro, en una zona habitada por pintores emergentes y músicos de las dos costas, no muy lejos del río Los Ángeles. Su familia era la propietaria del edificio.*

*Apretó el acelerador y sintió que el viento le levantaba la melena. Dobló hacia el sur en Vine y a continuación al este en Wilshire, riéndose a la vez que sus ojos se empañaban de lágrimas. Dejaba atrás los semáforos a toda velocidad, rojos o verdes, no importaba, le daba igual. El sonido de las bocinas se perdía en la carrera. Su larga melena de color cobrizo le azotaba la cara. Cerró los ojos y permaneció así*



un rato hasta que, de improviso, los abrió desmesuradamente y rompió a reír al comprobar que seguía avanzando a toda velocidad y que no se había desviado ni un milímetro de su trayectoria.

85... 90... 101...

Un Tuxedo negro descapotable de doscientos mil dólares de contorno borroso, manchado por una piel de alabastro y una melena de Medusa pelirroja, atravesaba veloz y libre la ciudad. Larkin pasó como un rayo por delante del parque McArthur y vio acercarse la autopista a toda velocidad —la Pasadena, una muralla que protegía la ciudad—. Aminoró la marcha, pero sólo lo suficiente, lo justo. A medida que los coches iban apareciendo y las calles se iban estrechando, pasó por encima de la autopista y se adentró en la maraña de calles de dirección única de la ciudad —la Sexta, la Séptima, la Cuarta, la Novena, Grand, Hill y Main...—. Giró donde le dio la gana, se equivocó de camino, corrió en dirección al río. Finalmente se vio obligada a frenar y todo se fue ondulando y empañando.

Se dijo a sí misma que debía de ser el viento seco de la noche que le agitaba el pelo el motivo de que se le hubiesen saltado las lágrimas al acabar la carrera, pero lo cierto es que siempre le sucedía lo mismo con independencia de que el viento fuese seco o no, de que su pelo fuese arriba o abajo. Y comprendió algo fundamental: durante los minutos en que había cruzado la ciudad como una centella, había podido y había sido ella misma, realmente ella misma, se había reconocido por unos momentos y se había vuelto a perder al aminorar la velocidad; había retrocedido mientras su verdadero yo se adentraba, apresurado y libre, en algún lugar de la noche vacía.

Cruzó Alameda dando bandazos, drenando la velocidad como si se tratase de una herida.

65... 60... 55...

Se desvió hacia el norte por una calle industrial y paralela al río. Cuando se encontraba a varias manzanas de su casa el air-bag explotó. El Aston Martin dio un bandazo hacia un lado y se detuvo. Un polvo blanco invadió el aire como una neblina, salpicándole los hombros. El otro coche fue como una forma centelleante, no más real que una sombra en el mar, que un latigazo resplandeciente quebrado por los prismas de sus lágrimas. Después se produjo el impacto.

Larkin se quitó el cinturón y se apeó tambaleándose del coche. Un Mercedes sedán plateado estaba junto a la acera con el guardabarros trasero roto y doblado. Un hombre y una mujer ocupaban los asientos delanteros. Él iba al volante. Un segundo hombre estaba sentado en el asiento posterior, en el lado donde se había producido el impacto. El conductor trataba de ayudar a la mujer, cuya cara sangraba. El hombre del asiento trasero estaba sentado justo detrás de él e intentaba levantarse sin conseguirlo.

Larkin dio un manotazo a la ventanilla del conductor.

—¿Están bien? ¿Puedo ayudarles?

*El conductor la miró aturdido antes de verla realmente, y a continuación abrió la puerta. Tenía un corte sobre el ojo izquierdo.*

*—Oh, Dios mío, lo siento, lo siento de verdad —añadió ella apresuradamente—. Llamaré al 911. Pediré una ambulancia.*

*El conductor tenía unos cincuenta años, iba bien vestido y estaba moreno, lucía un grueso anillo de oro en la mano derecha y un reloj de gran valor en la izquierda. La mujer miraba atontada la sangre que cubría sus manos. El pasajero del asiento posterior abrió de golpe la puerta, cayó de rodillas y a continuación se puso de pie apoyándose en el coche.*

*—Estamos bien —dijo—. No es nada.*

*Larkin se percató de que se había dejado el móvil en el coche. Tenía que pedir ayuda para esa gente.*

*—Siéntense, por favor. Llamaré...*

*—No. Veamos cómo está usted.*

*El hombre del asiento trasero dio un paso, pero volvió a caer de inmediato de rodillas. Larkin lo vio con toda claridad, iluminado por los faros delanteros de su coche. Tenía los ojos grandes y tan oscuros que casi parecían negros bajo aquella luz quebrada.*

*Larkin fue corriendo hasta su coche. Encontró el móvil en el suelo. Mientras tecleaba el 911, el Mercedes dio marcha atrás arrastrando el guardabarros posterior por el asfalto.*

*—¡Eh, espere...! —gritó Larkin.*

*Volvió a llamar, pero el Mercedes siguió su camino. Mientras trataba de memorizar la matrícula, vio cómo el hombre del asiento trasero se alejaba corriendo en mitad de la calle. Una voz metálica interrumpió su confusión.*

*«Operadora de emergencia, dígame».*

*—He tenido un accidente de coche...*

*«¿Hay algún herido?».*

*—Se acaban de marchar con el coche. Ese hombre, no lo sé...*

*Cerró los ojos y repitió el número de matrícula. Tenía miedo de olvidarlo, de manera que sacó su barra de labios Cherry Pink Ice y se escribió el número en el brazo.*

*«¿Necesita ayuda, señora?», preguntó la operadora. Larkin sintió que se tambaleaba. «¿Señora...?».*

*La tierra se inclinaba, y Larkin se sentó en el suelo mientras trataba de responder.*

*«Dígame dónde está, señora».*

*Se tumbó sobre el frío y duro asfalto. Los edificios oscuros se apiñaban a su alrededor como si fuesen sacerdotes vestidos con sotanas negras, inclinados en actitud de oración. Escrutó los tejados buscando algún ángel.*

*El primer coche patrulla llegó pasados siete minutos, la ambulancia tres minutos*

*más tarde. Larkin pensó que el asunto quedaría zanjado esa misma noche, después del interrogatorio de la policía, pero lo cierto era que su pesadilla no había hecho más que empezar.*

*Cuarenta y ocho horas después se encontraría con los agentes del Departamento de Justicia y con el fiscal. Seis días más tarde atentarían por primera vez contra su vida. Pasados once días conocería a un hombre llamado Joe Pike.*

*Su mundo estaba a punto de cambiar por completo. Y la transformación empezó justo esa noche.*

# **PRIMER DÍA MANTENTE ALERTA**

La chica se apeó malhumorada del coche, poniendo cara de pocos amigos para darle a entender que odiaba la casa desvencijada y la calle abrasada por el sol que apestaba a chili y *episote*. Él, en cambio, opinaba que aquella casa anónima podía servir. Mientras la esperaba comprobó que en las casas de alrededor no hubiese nada amenazador, asegurando la zona como quien se aclararía la garganta. El sol de Los Ángeles era demasiado fuerte para llevar manga larga, pero no le quedaba otra opción. Se movió sigilosamente para ocultar lo que llevaba bajo la camisa.

—La gente que vive en casas como éstas tiene hijos con problemas —dijo ella—. No puedo quedarme aquí.

—Baja la voz.

—No he comido en todo el día. Ayer tampoco comí y ese olor me está revolviendo el estómago.

—Comeremos cuando estemos a salvo.

La puerta de la casa se abrió cuando ella le dio alcance, mostrando a la mujer que Bud había descrito: una señora rechoncha con dientes grandes y blancos y ojos afables llamada Imelda Arcano. La señora Arcano administraba el alquiler de varias casas de apartamentos y viviendas unifamiliares en Eagle Rock y en el pasado había colaborado ya con la oficina de Bud. Pike confió en que no se percatase de los cuatro agujeros que habían roto su guardabarros la noche anterior.

Se volvió de espaldas a la mujer para hablar con la chica.

—Tu actitud llama la atención. Cambia. Tienes que ser invisible.

—¿Por qué no puedo esperar en el coche?

No podía dejarla sola.

—Yo me las arreglaré con ella.

La chica soltó una carcajada.

—Quiero ver cómo te las *arreglas* con ella, cómo la *seduces*.

Él agarró a Larkin por el brazo y se encaminó hacia la casa. Por suerte la chica se colocó a su lado sin montar una escena y se encorvó para adoptar la postura que él le había enseñado. A pesar de que llevaba puestas un par de gafas enormes y una gorra de los Dodgers, él no veía la hora de que entrase y se perdiese de vista lo antes posible.

Cuando ambos llegaron junto a la puerta, la señora Arcano esbozó una sonrisa a modo de bienvenida.

—¿El señor Johnson?

—Sí.

—Vaya calor hace hoy, ¿no le parece? —añadió la mujer—. Dentro se está más fresco. El aire acondicionado funciona de maravilla. Soy Imelda Arcano.

Después de la pesadilla de Malibú la oficina de Bud había buscado la casa al vuelo, había soltado la pasta y le había contado a la señora Arcano lo que ésta necesitaba saber, que seguramente no era mucho. Para ella suponía dinero fácil, sin demasiadas preguntas y unos inquilinos de baja estofa que se marcharían en una semana. Con toda probabilidad la señora Arcano jamás llegaría a comunicar el alquiler al propietario ausente sino que se limitaría a embolsarse el dinero que le había entregado Bud. Debían encontrarse con ella con el único propósito de que les diera las llaves.

Imelda Arcano les indicó que entrasen con un ademán. El hombre titubeó mientras echaba una ojeada a la calle, que era estrecha y sin árboles, por lo que podía ver en ambas direcciones pese a que las pequeñas casas estaban muy juntas. Mal asunto. Las avenidas angostas se llenaban de sombras con la oscuridad.

Quería deshacerse de la señora Arcano lo antes posible, pero ésta se pegó a la chica —uno de esos gestos de mujer a mujer— y le hizo dar una vuelta por la vivienda, le mostró las dos diminutas habitaciones y el cuarto de baño, la microscópica sala, la cocina y el jardín trasero, que carecía por completo de hierba. Él se asomó a todas las ventanas y observó las casas del vecindario y la oxidada verja, que estaba cerrada con una cadena. En el patio de la casa contigua había un pitbull beis y blanco atado a un palo de acero, tendido en el suelo con el hocico entre las patas, aunque no dormía. Se alegró al verlo.

—¿Funciona la televisión? —preguntó Larkin.

—Sí, por cable —respondió la señora Arcano—. Tienes luz, agua y gas, todo lo que necesitas, lo único que falta es el teléfono. ¿Lo entiendes? No tenía sentido pedir línea a la compañía para una estancia tan corta.

Él le había pedido a la chica que no dijese nada y ahora estaban manteniendo una conversación.

—Tenemos teléfonos móviles —las interrumpió—. Denos las llaves y márchese.

La señora Arcano se irguió dando a entender que se había ofendido.

—¿Cuándo piensan entrar?

—Ahora. Cuando nos dé las llaves —repuso Pike.

La señora Arcano sacó dos de su llavero y se las tendió antes de marcharse. Pike la acompañó hasta su coche, dejando sola a la chica por primera vez en el día. No veía la hora de llevar el equipaje a la casa. Quería llamar a Bud. Quería saber de una vez qué demonios había ocurrido la noche anterior, pero, por encima de todo, quería asegurarse de que la chica estaba a salvo.

Permaneció junto a su coche mientras la señora Arcano se alejaba en el suyo, volvió a recorrer la calle con la mirada —ambos lados, las casas, lo que había entre ellas— y todo le pareció en orden. Entró sus bolsas y las de la chica, junto a la maleta que había cogido en el Rite Aid.

La televisión estaba encendida, la chica buscaba las noticias en los canales locales. Cuando él entró se echó a reír y lo remedó, hablando en voz baja y lisonjera.

—«Denos las llaves y márchese». Oh, eso le habrá encantado. Sin duda la ayudará a considerarte poco digno de recordar.

Él apagó la televisión y le tendió la maleta de Rite Aid. Pero ella no la cogió; se había cabreado con él por apagar el aparato, de manera que la dejó caer en el suelo.

—Péinate —ordenó Pike—. Saldremos a comer algo cuando hayas acabado.

—Antes quiero ver si el telediario habla de nosotros.

—Con el televisor encendido no podemos oír. Y tenemos que oír. Quizá más tarde.

—Puedo bajar el sonido.

—Péinate.

Él se quitó la camisa y la arrojó al suelo junto a la puerta de entrada. En caso de que volviese a salir o de que alguien entrase la apartaría de allí. Llevaba una Kimber 45 semiautomática enfundada en la cinturilla de los pantalones. Abrió su bolsa y sacó una funda de pistola para la Kimber y una segunda arma, ya enfundada, una Colt Python 357 Magnum con el cañón de cuatro pulgadas. Enganchó la funda de la Kimber en la parte delantera de sus pantalones en posición transversal y la Python en el costado derecho. No había querido arriesgarse a que la señora Arcano las viese, pero tampoco quería ir desarmado.

Cogió un rollo de cinta adhesiva de su bolsa y se dirigió a la cocina.

—Imbécil —le espetó a la chica por encima del hombro.

Se aseguró de que la puerta trasera estuviese cerrada y a continuación se encaminó hacia el pequeño dormitorio que había en la parte posterior, cerró las ventanas y bajó las persianas. Pegó la cinta a los extremos y los lados de los alféizares y de las jambas, alrededor de cada persiana. Si alguien abría una ventana la cinta haría ruido al despegarse y él lo podría oír. Cuando las persianas estuvieron selladas cogió su cuchillo Randall e hizo una raja vertical de unos seis centímetros en cada persiana, lo justo para poder entreabrir las y comprobar si alguien se estaba acercando a la casa. Mientras cortaba las persianas la oyó entrar en el cuarto de baño. Por fin cooperaba. Sabía que estaba asustada, tanto de él como de lo que estaba sucediendo, de manera que le extrañaba que se hubiese esforzado tanto. Además se sintió complacido al pensar que quizá podrían permanecer con vida un poco más.

Mientras se dirigía hacia el dormitorio de la parte frontal pasó por delante del cuarto de baño. Ella estaba frente al espejo cortándose su abundante melena roja. Sujetaba los mechones entre los dedos, tiraba de ellos y los cortaba con las tijeras baratas de Rite Aid dejando unos cinco centímetros de puntas dentadas. Unas cajas de tinte para el pelo Clairol, recién sacadas también de Rite Aid, rayaban la pila. La chica se observó en el espejo furibunda.

—Odio hacer esto —dijo—. Voy a parecer una de Melrose.

Se había quedado en sujetador, pero había dejado la puerta abierta, y Pike supuso que ella pretendía que la viese. Sus vaqueros de quinientos dólares le rodeaban las caderas por debajo de un sonriente delfín que saltaba entre los hoyuelos de los

riñones. Llevaba un sujetador azul brillante y transparente, y el color le iba de maravilla a su piel olivácea. Ella lo miró jugueteando con su pelo, del que ahora sobresalían unas puntas recortadas. Las sacudió, les dio forma y a continuación las observó. El lavabo y el suelo estaban cubiertos de pelo.

—¿Qué te parece blanco? —le preguntó—. Podría teñirme de blanco. ¿Te alegrarías?

—Castaño. Anodino.

—¿Y azul? Sería divertido. —Se volvió para posar—. ¿Te gustaría? ¿Retrofunk? ¿Completamente Melrose? Dime si te gustaría.

Él se dirigió al dormitorio de delante sin responderle. La chica no había comprado el azul. Quizá pensaba que no le prestaba atención, pero vaya si lo había hecho. Ella había comprado tinte de color rubio, castaño y negro. Cerró y aseguró las ventanas del dormitorio delantero al igual que había hecho con el resto de la casa. Luego regresó al cuarto de baño. El agua corría ahora y ella estaba inclinada sobre el lavabo mientras se masajeaba el tinte del pelo con unos guantes de plástico claro en las manos. Negro. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría cubrir el rojo. Cogió el móvil y llamó a Bud Flynn sin dejar de contemplarla.

—Estamos aquí —le dijo—. ¿Qué sucedió anoche?

—Todavía estoy tratando de descubrirlo. No tengo ni idea. ¿Está bien la nueva casa?

—Se enteraron de dónde estábamos, Bud, me gustaría saber cómo.

—Estoy trabajando en eso. ¿Está bien?

—Quiero saberlo ahora.

—Por el amor de Dios, te he dicho que me estoy ocupando del tema. ¿Necesitas algo?

—Necesito saber cómo.

Cerró el teléfono a la vez que se ponía de pie. En ese momento el agua se deslizaba por la espalda de Larkin en dirección al delfín hasta que se enrolló el pelo con una toalla. Cuando sus miradas se volvieron a cruzar en el espejo la chica sonrió.

—Me estás mirando el culo.

El pitbull ladró.

Sin vacilar, Pike desenfundó la Python y corrió hacia el dormitorio trasero.

—¡Joe! —gritó ella—. Maldita sea.

Una vez en la habitación, entreabrió con los dedos la persiana mientras la chica se precipitaba hacia él. El perro se había levantado y guiñaba los ojos mirando algo que él no podía ver.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Chiss.

El perro trataba de divisar algo a su izquierda, la parte superior de su cabeza se había arrugado y sus cortas orejas estaban tiesas. Ahora olfateaba el aire y había dejado de ladrar.



Pike miró a través de la hendidura tratando de oír lo que escuchaba el perro.

—¿Qué pasa? —susurró la chica.

El pitbull rompió a ladrar de nuevo frenéticamente mientras saltaba y tiraba de la cadena. Pike se apresuró a hablar a la chica sin volver la cabeza cuando apenas vio que el primer hombre salía de detrás del garaje. Estaba sucediendo de nuevo.

—Ve a la parte delantera, pero no abras la puerta. Venga. Corre.

La toalla se deslizó de la cabeza de la chica cuando él la empujó hacia delante. Se echó las bolsas al hombro y la condujo a la puerta. Miró por la ranura de la ventana delantera: un hombre avanzaba por el camino de acceso a la casa en tanto que otro cruzaba el jardín en dirección a ésta. Pike no pudo ver cuántos más había fuera, pero sabía que no sobrevivirían si se enfrentaba a ellos desde el interior.

Cogió la cara de la chica entre las manos y la obligó a mirarlo. No debía tener miedo. Sus ojos se encontraron y él comprobó que estaban juntos en eso.

—Mírame. Olvídate de ellos y de cualquier otra cosa. Mírame hasta que te haga una señal. En ese momento deberás correr hacia el coche lo más rápido posible.

Una vez más, ella no titubeó.

Él abrió la puerta de golpe, localizó en un abrir y cerrar de ojos al hombre que estaba en el sendero y disparó dos veces su Colt. Acto seguido apuntó al hombre que se acercaba a él cruzando el jardín. Pike disparó a tal velocidad que los cuatro tiros sonaron como si fueran dos —baboombaboom— y a continuación corrió en dirección al centro del jardín delantero. No vio más hombres, de manera que agitó los brazos para indicar a la chica que podía salir.

—¡Adelante!

La chica corrió lo más deprisa que pudo. Pike se puso a su lado y avanzó hacia detrás como hacen los futbolistas en defensa para cubrir a un atacante, escudando el cuerpo de ella con el suyo mientras el pitbull seguía ladrando. En ese momento vio que llegaban otros hombres.

Cuando Pike llegó junto a los cuerpos se arrodilló para tocar sus bolsillos. Buscaba una cartera o algo que les pudiese identificar, pero estaban vacíos.

Un tercer hombre dobló una esquina de la casa y se plantó en el camino de acceso. Al ver a Pike retrocedió. Pike disparó sus últimas dos balas. Éstas dieron en una de las esquinas de la casa, y varios trozos de madera y estuco saltaron por los aires, pero el hombre se había guarecido y ahora la Python estaba vacía. El tercer hombre saltó hacia atrás y disparó tres tiros; no consiguió acertar a Pike, pero las balas abollaron su Jeep como si fuesen un martillo de bola. Pike no tenía tiempo de enfundar la Python, de manera que la dejó caer bruscamente para poder sacar la Kimber, disparó dos tiros más y abatió al hombre que estaba junto a la casa. Luego se precipitó hacia el coche. La chica había abierto la puerta del conductor, pero seguía de pie junto a ella.

—¡Entra! —gritó Pike. Otro hombre apareció en el borde de la casa disparando a toda velocidad. Pike le devolvió los tiros, pero el hombre ya se había puesto a

cubierto—. ¡Entra!

Pike empujó a la chica haciéndola chocar contra el salpicadero, introdujo la llave con brusquedad y derrapó en dirección a la esquina. Conectó la tracción a las cuatro ruedas, hundió el pie en el acelerador y miró a la chica.

—¿Estás bien? ¿Estás herida?

Ella miraba hacia delante con los ojos enrojecidos y empañados. Se había echado de nuevo a llorar.

—Esos hombres están muertos —dijo.

Pike apoyó una mano en su muslo.

—Mírame, Larkin.

La chica cerró los ojos y se retorció las manos.

—Tres hombres acaban de morir, tres hombres más —prosiguió sin escucharle.

Pike suavizó el tono.

—No permitiré que eso te ocurra a ti. ¿Me oyes?

Ella seguía sin mirarlo.

—¿No me crees? —insistió él.

Larkin asintió con la cabeza.

Pike viró bruscamente en un cruce. Aminoró la marcha lo justo para evitar un choque y después aceleró en la autopista.

Apenas habían estado en la casa de Eagle Rock veintiocho minutos. Habían matado a tres hombres más y ahora se veían obligados a huir. De nuevo.

Lamentaba haber perdido el Colt. Era un buen revólver. Los había salvado la última noche de Malibú, pero ahora quizás acabaría con sus vidas.

A toda velocidad hacia el norte por la 101. Pike no hizo ninguna señal antes de cruzar los cuatro carriles que les separaban de la rampa de salida. Abandonaron la autopista como un ladrillo arrojado al agua.

Larkin dio un alarido.

Pasaron rozando un extremo de la rampa mientras Pike se desviaba en seco por los carriles sucesivos. Las bocinas y los neumáticos protestaron ruidosamente cuando el coche se desvió hacia la rampa de subida opuesta y volvieron por donde habían venido. La chica se abrazaba a sus piernas, hecha un ovillo como se aconseja hacer cuando un avión está a punto de precipitarse.

Pike dirigió el Jeep hacia la siguiente salida, tiró del freno en el último momento y volvieron a caer mientras no dejaba de mirar por el espejo retrovisor.

—Para, para, por favor, nos vamos a matar —gimió la chica.

Salieron por la USC, que a esa hora de la tarde estaba abarrotada de tráfico. Pike se desvió hacia la gasolinera Chevron que se encontraba al fondo de la rampa, avanzó entre los surtidores y la oficina y al final dio un frenazo. Permanecieron sentados con el motor en marcha. Pike introdujo varias balas en la recámara de la Kimber mientras observaba los numerosos coches que bajaban por la rampa. Escudriñó a los pasajeros de los vehículos, pero ninguno parecía comportarse como un asesino a la caza de su presa.

—¿Has reconocido a los hombres que nos han atacado en la casa? —preguntó.

—Esto es una locura, está muriendo gente.

—El del jardín delantero, has pasado por su lado. ¿Lo habías visto antes?

—No podía... No.

Pike se dio por vencido. Ella tampoco había visto antes a sus agresores, dos simples manchas desplomándose al suelo. Ni siquiera Pike había podido verlos bien: unos tipos ordinarios de veinte o treinta años con camisetas negras y pistolas, cortados por unas barras de penumbra y luz.

El móvil de Pike vibró, pero él hizo caso omiso. Retrocedió desde el fondo del edificio y se alejó de la autopista acelerando a medida que se cercioraba de que nadie los seguía.

Pike aminoró la marcha al aproximarse a un pequeño centro comercial, uno de esos sitios donde las tiendas cambiaban cada dos meses. Giró al llegar al final del centro y enfiló una estrecha avenida donde únicamente se veían contenedores y macetas.

Pike apagó el motor, se apeó del vehículo, lo rodeó y abrió la puerta del copiloto.

—Sal.

Larkin no se movía lo bastante deprisa, de manera que tiró de ella para sacarla del Jeep manteniéndola en posición vertical para evitar que se cayese.

—¡Eh! ¿Qué...? —protestó ella—. ¡Para!

—¿Has llamado a alguien?

—No.

Pike la inmovilizó contra el Jeep con la cadera mientras hurgaba en sus bolsillos buscando el móvil. Ella trató de desasirse, pero él la ignoró.

—Déjalo ya... —prosiguió—. ¿Cómo podía llamar? Estaba contigo, especie de monstruo. Detente...

Pike cogió bruscamente el bolso del suelo del coche y volcó el contenido en el asiento.

—¡Monstruo! No tengo teléfono. ¡Tú me lo quitaste!

Pike rebuscó en los bolsillos del bolso y a continuación cogió su bolsa del asiento posterior.

—No he llamado a nadie, ¡no tengo teléfono! —recalcó ella.

—Nos han encontrado.

—¡No sé cómo nos han encontrado!

—Enséñame tus zapatos.

—¿Qué?

Pike la metió de un empujón en el Jeep y la descalzó. Esta vez ella no se resistió. Se hundió en el asiento observándole mientras levantaba los pies.

Pike se preguntó si no le habrían colocado un transmisor. Quizá llevase un micrófono oculto desde el principio; la policía y Bud Flynn casi la habían perdido. Comprobó los tacones de sus zapatos, el cinturón y los botones metálicos de sus vaqueros. La chica inspiró profundamente cuando le quitó el cinturón.

—¿Así? —le preguntó. Pike hizo caso omiso de su sonrisa. Era tan horrible como perfecta—. ¿Quieres que me quite los pantalones?

Él se concentró de nuevo en la bolsa y ella se echó a reír.

—Eres un auténtico monstruo. Ésas son mis cosas. Las he tenido siempre a la vista desde que me fui con la policía, ¡monstruo! ¿Por qué no dices algo? ¿Por qué no hablas conmigo?

Pike no pensaba encontrar nada, pero en cualquier caso tenía que verificarlo, de manera que la ignoró. En los Marines había aprendido que los rifles se encasquillan la única vez que su dueño se olvida de limpiarlos, o que el ruido que se hace al abrochar una hebilla o al asegurar el equipo puede ser letal.

—¿Nos vamos a quedar aquí? ¿Estamos a salvo? —prosiguió la chica—. Quiero irme a casa.

—Casi te matan.

—Desde que estoy contigo casi me han matado dos veces. Quiero irme a casa.

Pike sacó su móvil para ver los mensajes. Bud Flynn lo había llamado tres veces. Apretó el botón de devolución de llamada mientras se preguntaba si no sería su

teléfono el que controlaban. Para localizarlo debían conocer su número, pero Bud lo tenía. Quizás ellos lo supieran por eso.

Bud respondió al vuelo:

—Me has dado un susto de muerte. Creí que te habían matado.

—Nos han vuelto a encontrar.

—¿Dónde estás?

—Escucha. La chica quiere volver a casa.

Pike la escrutaba mientras hablaba y ella le sostenía la mirada.

Bud no respondió enseguida, pero cuando lo hizo el tono de su voz era suave:

—Calma. Que no cunda el pánico. ¿Está ilesa? ¿Todo en orden por el momento?

—Sí.

—A ver si lo he entendido bien: ¿estás hablando de la casa de Malibú o de la otra a la que te acabo de mandar, la que está en Eagle Rock?

Bud los había enviado a una casa en apariencia segura de Malibú la noche anterior y los había cambiado a la de Eagle Rock cuando los pistoleros atacaron la primera.

—Eagle Rock, me has dado dos casas malas, Bud.

—No es posible. No había forma de que supieran lo de la última.

—Tres hombres más han muerto. ¿Los federales me han protegido en esto o no? Debo saberlo, Bud.

Bud sabía ya lo de los dos cadáveres de Malibú. Los federales habían puesto el grito en el cielo, pero le habían prometido proteger a Pike y a la chica con la policía local.

No obstante, Bud no parecía ahora tan seguro.

—Hablaré con ellos —dijo.

—Hazlo cuanto antes. He perdido una de mis pistolas, la 357. Cuando la policía compruebe los números dará con mi nombre.

Bud emitió un pequeño silbido que sonaba más a cansancio que a rabia. Pike no insistió, sino que le dejó pensar.

—Está bien, escucha... ¿dices que la chica quiere volver a casa?

—Sí.

—Dile que se ponga.

Pike tendió a Larkin el teléfono y ella se lo llevó al oído con aire titubeante. Escuchó durante unos segundos y a continuación habló.

—Estoy realmente asustada —dijo—. ¿No puedo ir a casa?

Pike sabía la respuesta antes incluso de que ella le devolviese el aparato. Se encontraban en una avenida del sudeste de Los Ángeles, la temperatura oscilaba entre los treinta y cuarenta grados, pero la chica no parecía acusarlo. Se había pasado la vida protegida bajo el imperio económico de su familia, pero ahora se encontraba en el lugar equivocado y en el momento equivocado, probablemente por primera vez, tratando de hacer lo correcto. Y en ese momento lo correcto era que permaneciese

con él.

Pike recuperó el teléfono en el mismo momento en que un coche enfilaba la avenida a lo lejos. Se interpuso de inmediato entre la chica y el coche que se aproximaba, pero después comprobó que el conductor era una joven latina, tan baja que debía levantar la cara para poder ver por encima del volante.

Pike alzó el teléfono.

—Soy yo.

—Está bien, escucha, se quedará contigo —dijo Bud al otro lado—. Creo que es lo mejor, y su padre está de acuerdo. Buscaré otra casa...

—Tus casas no sirven.

—Joe...

—Nos han encontrado ya dos veces, buscaré yo la casa.

—No puedes dejarme así. ¿Cómo podré saber...?

—Tú me la confiaste, Bud. Ahora es mía.

Pike colgó. La chica le observaba envuelta en el calor sofocante de la avenida.

—¿De manera que ahora soy tuya? ¿Es eso lo que has querido decir?

—Si quieres ir a tu casa te llevaré. Eres tú la que decides, no ellos. Eso es lo que quería decir. Volverás allí si es lo que deseas.

Pike sabía que no estaba muy convencida, de hecho, al final ella se encogió de hombros y dijo:

—Me quedaré contigo.

—Entra.

Pike la ayudó a entrar en el Jeep y a continuación escrutó los dos extremos de la avenida. Quería empezar a moverse, pero el vehículo constituía ahora un problema. Tal vez la policía supiese ya que estaba involucrado debido a la pistola, pero si un testigo había memorizado además su número de matrícula en Eagle Rock ahora podían estar buscando también un Jeep Cherokee rojo. Quería evitar a la policía, pero no podía quedarse cruzado de brazos. Si no se movían podían convertirse pronto en el blanco de alguien.

La avenida estaba vacía. En ese momento y en ese lugar eran invisibles. Si Pike conseguía que las cosas se mantuviesen así, la chica sobreviviría.

Pike se adentró en Bristol Farms por Sunset, Fairfax, y aparcó lo más lejos posible de la intersección para esconder el Jeep.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó la chica.

—Tengo que llamar a alguien. Sal.

—¿Por qué no llamas desde el coche?

—No me fío del móvil. Sal.

—¿No puedo esperar aquí?

—No.

Pike tenía miedo de que la reconociesen a pesar del nuevo corte de pelo y de las gafas de sol, aunque ella también podía cambiar de idea sobre el hecho de permanecer con él, salir corriendo y morir a manos de alguien. Apenas hacía dieciséis horas que se conocían. Eran unos auténticos extraños.

Larkin rodeó apresuradamente el coche para enterarse de lo que estaba ocurriendo.

—¿A quién estás llamando?

—Necesitamos neumáticos nuevos y un sitio donde refugiarnos. Además quiero saber algo más sobre la gente que está tratando de asesinarte. Si la policía nos persigue debemos movernos de otra forma.

—¿A qué te refieres? ¿Qué piensas hacer?

Pike estaba cansado de hablar, de manera que guardó silencio. Pasaron por delante del puesto de flores que había delante del mercado y se detuvieron junto a los teléfonos públicos. Pike introdujo varias monedas en uno de ellos.

Larkin le agarraba del brazo como si los vientos de Santa Ana pudiesen llevársela volando si no se anclaba a algún sitio. Echó un vistazo al interior del mercado.

—Tengo hambre —comentó.

—No tenemos tiempo.

—Puedo comprar algo mientras hablas por teléfono.

—Más tarde.

Pike era propietario de una pequeña tienda de armas en Culver City, no muy lejos del edificio donde vivía. Tenía cinco empleados: cuatro hombres y una mujer. Dos de ellos trabajaban a tiempo completo y tres habían sido policías en el pasado.

Un hombre llamado Ronnie contestó a la segunda señal.

—Armería.

—Te llamo en dos minutos.

Larkin le apretó el brazo.

—¿Quién era?

—Trabaja para mí.

—¿También es guardaespaldas?

Pike la ignoró y observó la esfera de su Rolex de segunda mano. Ronnie debía de estar dirigiéndose a la lavandería contigua para hablar con él.

Mientras esperaban, dos hombres de unos treinta años pasaron por delante de ellos tras salir del mercado. Uno de los hombres miró a Larkin de arriba abajo y el otro escrutó su cara. Larkin les devolvió la mirada. Pike intentó comprender si el segundo hombre la había reconocido. Decidió que no al verlos bromear en el aparcamiento antes de subir a un Audi negro.

—No lo vuelvas a hacer —le ordenó.

—¿A qué te refieres?

—Mirar a los ojos a la gente como has hecho con esos tipos. No lo hagas.

Pike pensó que le respondería algo, pero en lugar de eso la chica se limitó a apretar los labios y contemplar de nuevo el interior del mercado.

—A estas alturas podía haber comprado ya algo para comer.

Cuando el reloj marcó los dos minutos Pike llamó de nuevo por teléfono y Ronnie respondió. Le describió a grandes rasgos la situación y después le pidió que cerrase la tienda y que mandase alguien a su casa. A buen seguro los hombres que querían matar a Larkin debían de haber identificado a Pike durante los ataques a las dos casas precedentes y tratarían de localizar a la chica a través de él. Esa constatación convertía a las personas que formaban parte de la vida de Pike en una peligrosa cadena.

—Te escucho —le dijo Ronnie—. ¿Qué necesitas?

—Un coche y un teléfono móvil. Cómprame uno de esos teléfonos prepagados que venden en Best Buy o Target.

—De acuerdo. Si quieres puedes usar mi viejo Lexus. ¿Te parece bien?

El Lexus de Ronnie tenía doce años. La esposa de Ronnie se lo había pasado a su hija, pero ahora ésta estudiaba Derecho fuera, de manera que el coche estaba aparcado la mayor parte del tiempo. Era verde oscuro.

Pike le dijo a Ronnie que dejase el Lexus en un Albertsons que se encontraba a treinta y cinco minutos de la tienda, y que después se marchase sin más. Ese tiempo era más que suficiente para que Pike llegase a su piso antes de abandonar el Jeep.

—Ronnie —prosiguió Pike—. Enciende las cámaras de vigilancia cuando cerréis. Y no volváis a la tienda. Que ninguno lo haga hasta que hable con vosotros.

—¿No sería mejor seguir abiertos? Si a tus amigos se les ocurre venir podemos encargarnos de ellos.

—La policía de Los Ángeles podría aparecer también.

—En ese caso esperaré a que me llames.

Pike colgó y condujo de nuevo a la chica al Jeep sin perder un segundo. Los minutos pasaban veloces y él tenía la impresión de estar perdiendo una carrera. Cuando uno se enfrenta al enemigo la velocidad es todo. Es la vida.

La chica tiró de su brazo.



- Caminas demasiado deprisa.  
—Tenemos muchas cosas que hacer.  
—¿Adónde vamos?  
—A mi casa.  
—¿Nos vamos a quedar allí?  
—No. Los pistoleros también irán.

Pike vivía en un extenso complejo de edificios en Culver City, a poco más de un kilómetro y medio de la playa. Un muro de estuco rodeaba los jardines y las puertas que se abrían con una llave magnética. Los edificios estaban dispuestos en hileras de cuatro que rodeaban dos pistas de tenis y una piscina común en la que Pike jamás se había bañado. El edificio de Pike se encontraba al fondo, escudado por los demás. Pike se dirigió directamente al complejo, pero no entró en la propiedad. Rodeó el muro para comprobar si alguien vigilaba las puertas o buscaba su Jeep. Odiaba la idea de tener que llevar a la chica a su casa, pero a la vez estaba convencido de que el tiempo apremiaba.

Tras dar la vuelta al complejo enfiló el camino posterior y abrió la puerta con su llave.

Larkin contemplaba los edificios.

- No está tan mal —comentó—. Pensaba que vivías en una asquerosa ratonera. ¿Cuánto gana un guardaespaldas?  
—Escóndete debajo del salpicadero.  
—¿No puedo comer algo en tu casa? Digo yo que tendrás algo de comida, ¿no?  
—Tú te quedas en el coche.

Pike no necesitó mirarla para saber que la chica había puesto los ojos en blanco, pero aun así se deslizó bajo el salpicadero como le había ordenado.

—Cuando los hombres me piden que me acurruque de este modo suele ser por otro motivo.

Pike la miró.

- Tiene gracia.  
—En ese caso, ¿por qué no sonríes? ¿Los guardaespaldas no sonríen nunca?  
—No soy un guardaespaldas.

Pike condujo hacia el aparcamiento donde normalmente dejaba el coche. En él sólo había tres vehículos y los reconoció los tres. Se detuvo, si bien no quitó la marcha ni apagó el motor. En el jardín abundaban las palmeras, los hibiscos y las elegantes aves del paraíso. Los muros de cemento serpenteaban entre las palmeras. Pike observó el juego que hacían los verdes, los marrones y el resto de los colores con los muros de estuco de los tejados españoles.

—¿Qué ocurre? —preguntó Larkin.

Pike no respondió. Al no ver nada inusual dejó que el coche avanzase hacia delante y por fin apagó el motor. Podía llevar a la chica a su casa, pero sin ella se movería con más rapidez.

Pike sacó la Kimber.

—Volveré en treinta segundos.

La chica sacudió la cabeza.

—Odio las pistolas.

—En ese caso quédate aquí y no te muevas.

Pike se apeó del Jeep sin darle tiempo a contestar y se precipitó a la entrada del edificio. Tras subir hasta su piso comprobó los cerrojos, pero no vio señales de que alguien hubiese intentado forzarlos. Entró y se encaminó hacia la pantalla táctil de la pared. Pike había instalado un sistema de videovigilancia que cubría la entrada de su casa y la planta baja.

Activó la alarma, salió y volvió corriendo al Jeep. Larkin seguía escondida bajo el salpicadero.

—¿Qué has hecho? —preguntó la chica.

—No sé nada sobre esa gente. En caso de que vengan tendré una imagen suya, algo con lo que trabajar.

—¿Puedo levantarme ya?

—Sí.

Cuando franquearon la salida del recinto no vieron a nadie por el espejo retrovisor. Pike se dirigió hacia el Albertsons.

Larkin se incorporó del suelo, trepó por su asiento y se abrochó el cinturón. Parecía más tranquila. Mejor. Pike también se sentía más aliviado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella.

—Conseguir un coche nuevo y después un lugar seguro donde guarecernos. Todavía nos quedan muchas cosas por hacer.

—Si no eres un guardaespaldas, ¿quién eres? Bud le dijo a mi padre que en el pasado fuiste policía.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Y ahora, ¿qué haces? Cuando alguien te pregunta a qué te dedicas... imagínate que estás en una fiesta o en un bar hablando con una mujer que te gusta, ¿qué le dices?

—Que soy un hombre de negocios.

Larkin se echó a reír, pero de manera forzada y estridente.

—Crecí con un hombre de negocios, tú no eres uno de ellos.

Pike estaba deseando que dejara de hablar, pero era consciente de que el miedo excitaba a Larkin igual que las brasas se encienden cuando soplas sobre ellas. Era un momento de calma y cuando se combate es lo peor. Uno puede sentirse incluso bien en medio de la catástrofe, pero cuando se tiene tiempo para pensar uno se sacude como un perro mojado en el viento. Y así es como se sentía Pike en esos momentos.

Pike tocó la cabeza de Larkin. Al hacerlo los labios de la muchacha temblaron, y comprobó que su diagnóstico era acertado.

—Sea lo que sea —dijo—, no permitiré que te hagan daño.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Acarició su melena mal cortada y todavía áspera debido al nuevo tinte.

—Sé que piensas que no me doy cuenta de lo que pasa —prosiguió ella—, pero sé lo que estás haciendo. Podríamos abandonar Los Ángeles ahora y escondernos en algún lugar como Bisbee, Arizona, si tú quisieras. Pero no quieres esconderte, quieres atraparlos antes de que ellos nos atrapen a nosotros. Por eso estás intentando conseguir unas fotografías. Pretendes darles caza.

Pike conducía concentrado en el volante.

—Ya te he dicho que no soy un guardaespaldas.

Larkin se calló y Pike agradeció ese silencio.

El Lexus verde los estaba esperando en la tercera hilera del aparcamiento como uno más de los innumerables coches en una marea de vehículos anónimos. Pike aparcó el Jeep en el espacio vacío más cercano, pero no apagó el motor. Rebuscó rápidamente debajo del salpicadero hasta que encontró la red de nailon, y a continuación arrojó una Smith & Wesson de calibre 40 enfundada en el regazo de Larkin.

—Métela en el bolso —le ordenó.

—No pienso tocarla, ya te he dicho que odio las pistolas.

Pike se inclinó entonces para buscar debajo del salpicadero del lado del copiloto y extrajo una pistola de bolsillo 380 Beretta. Después se volvió a inclinar y sacó una caja de plástico que contenía varias recámaras cargadas para la Smith y la Beretta.

—Oh, Dios mío —dijo ella—. ¿Se puede saber qué clase de monstruo eres?

Pike se metió debajo del salpicadero por última vez para sacar una bolsa de plástico sellada que contenía dos mil dólares, varias tarjetas de crédito y un permiso de conducir con una foto suya a nombre de Fred C. Howe. Lo metió todo en la bolsa con las pistolas y acto seguido la depositó en el regazo de Larkin.

—En ésa hay dinero. Quizá le vaya mejor a tu bolso.

Pike apagó por fin el motor y salió sin esperarla. Llevó sus maletas al Lexus y después se encaminó hacia la rueda delantera izquierda, donde Ronnie había escondido la llave. Cargó las maletas, cerró el coche y dejó la llave en el mismo lugar. Ronnie debía ir a recoger el Jeep más tarde para llevarlo a la armería.

Larkin lo contemplaba con los brazos cruzados.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—En primer lugar entrar en el coche.

—¿Y en segundo lugar, buscar algo para comer?

—Enseguida.

Pike se puso la Kimber debajo del muslo dejando la culata a la vista. Encendió el motor para calentarlo y a continuación cogió el nuevo teléfono. Ronnie se lo había dejado junto a dos tarjetas telefónicas de prepago extras. Había dejado también una nota en el suelo del asiento del conductor. Además del teléfono había un cargador que Pike podía enchufar en el coche, un segundo cargador para usar en casa y unos auriculares. Ronnie había activado ya el teléfono y había registrados dos mil minutos de llamadas, de manera que el aparato estaba listo para entrar en funcionamiento. Había escrito el nuevo número de móvil de Pike en la nota.

—Estoy hambrienta —protestó Larkin—. ¿Podemos comer algo, por favor?

Pike examinó el aparato durante unos instantes, a continuación arrancó el Lexus y dio marcha atrás mientras tecleaba el número de una agente inmobiliaria que conocía.

—Gracias a Dios —comentó ella—. Por fin. Acabaré por comerme los puños.

—Todavía no.

Larkin enrojeció de rabia.

—¡A la mierda con todo! ¡Esto es absurdo! Estoy hambrienta. Quiero comida.

Pike tenía que encontrar un lugar donde pudieran esconderse. Había considerado la posibilidad de ir a un hotel, pero tenían que evitar el contacto con la gente. Necesitaban la intimidad de un vecindario donde nadie pudiese reconocer a la chica, y poder entrar de inmediato sin que les hiciesen demasiadas preguntas. En una ocasión había ayudado a aquella agente a deshacerse de un exmarido que la incordiaba, y desde entonces había comprado y vendido varias propiedades gracias a ella.

Cuando respondió, Pike le especificó lo que necesitaba. Larkin se había reclinado sobre la puerta con los brazos cruzados en actitud huraña.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó la chica—. ¡Me está violando! ¡Ayuda!

—¿Quién es ésta? —preguntó la agente.

—Ahora trabajo como niñera.

Larkin le miró llena de rabia.

—Jamás te has ocupado de una niña como yo. —Se aproximó al teléfono—. ¡Le he hecho un francés!

—Parece encantadora —comentó la amiga de Pike.

—¡Se la he mamado y ahora no me quiere soltar! —gritó Larkin—. ¡Me estoy muriendo de hambre!

Pike tapó el teléfono con las manos para poder seguir hablando.

—¿Puedes encontrarme una casa?

—Tengo algo que te puede servir. Te llamo enseguida.

Pike le dio a su amiga su nuevo número de teléfono, colgó y miró a la chica. Ésta se había dejado caer de nuevo contra la puerta y le miraba a través de las gafas oscuras esperando su reacción, tal vez analizándole. Todo lo que Pike sabía sobre ella era lo que Bud Flynn y su padre le habían contado hacía apenas setenta horas, y ahora constataba que la información que le había facilitado Bud no era fiable.

Pike la volvió a mirar.

—¿Cómo te llamas?

Larkin se quitó las gafas y frunció el ceño como si él llegara con retraso.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—¿Cómo te llamas?

—No lo entiendo. ¿Estamos jugando a algo del tipo verdadero o falso? ¿Qué pasa?

—Tu nombre.

—No comprendo por qué me preguntas ahora mi nombre.

—¿Cuál es?

Larkin puso los ojos en blanco mientras tiraba de su camisa.

—Tengo hambre. ¿Cuándo me vas a dar algo de comer?

—Nombre.

—¡LARKIN CONNER BARKLEY! Por los clavos de Cristo, ¿cómo coño te llamas tú?

—¿Tu padre?

—¡Conner Barkley! ¡Mi madre está muerta! ¡Se llamaba Janice! ¡Soy una jodida niña! ¡Que te follen!

Pike miró una vez más por el espejo retrovisor y a continuación señaló el bolso de la chica, que se encontraba a los pies de ésta en el suelo.

—Permiso de conducir y tarjetas de crédito.

Larkin lo cogió con brusquedad, sacó su cartera y se la arrojó.

—Puedes usar las tarjetas para comprarme algo de comida —le espetó.

Pike abrió la cartera y extrajo el permiso de conducir. Había sido expedido por el Departamento de Vehículos de Motor de California y en el mismo figuraba una fotografía a color de ella junto al nombre Larkin Conner Barkley. La dirección indicaba un rascacielos en Century City, pero tanto Bud como su padre habían descrito una casa en Beverly Hills.

—¿Vives en Century City? —preguntó Pike.

—Ahí están las oficinas de nuestra empresa. Todo se envía a esa dirección.

—¿Dónde vives?

—¿Quieres que vayamos a mi *loft*? No es nada del otro mundo. El edificio es nuestro.

—¿Dónde está?

—En el centro, en una zona industrial bastante grande.

—¿Fue allí donde trataron de matarte por primera vez?

—No, eso fue en casa de mi padre, en Beverly Hills.

—¿Cuándo ocurrió?

—No sé. ¡Dios mío!

—Trata de recordarlo.

—Hace apenas una semana. Puede que seis días.

—¿Quién es Alex Meesh?

Más sosegada, Larkin se arrellanó en el asiento.

—El hombre que quiere matarme.

Pike había oído hablar de él al padre de Larkin y a Bud, pero ahora quería averiguar lo que sabía ella.

—¿Por qué quiere matarte?

La chica miró hacia la nada a través del parabrisas.

—No lo sé. Por lo visto se debe a que esa noche le vi con los Kings. Después tuve el accidente. Estoy colaborando con el Departamento de Justicia.

Pike rebuscó entre sus tarjetas de crédito y observó las caras a la vez que vigilaba la carretera. Las tarjetas habían sido libradas a nombre de Larkin Barkley, en algunas de ellas figuraba también el segundo nombre. Pike sacó una American Express y una

Visa. La primera era una de esas tarjetas negras especiales con las cuales se podían gastar al menos doscientos cincuenta mil dólares al año. Arrojó la cartera al suelo, a los pies de ella, aunque se quedó con las dos tarjetas y con el permiso de conducir. Se los colocó bajo el muslo junto a la pistola y volvió a marcar un número en el teléfono.

Larkin le observaba, ahora con calma. Esbozó una débil sonrisa.

—Espero que vayas a llamar para reservar algo —comentó.

—Voy a llamar a alguien que puede ayudarnos.

El teléfono sonó dos veces. Respondió un hombre:

—Agencia de detectives Elvis Cole. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Llego enseguida.

Pike colgó el teléfono y se desvió hacia las montañas.

Treinta y cuatro horas más tarde, al alba, la Ocean Avenue estaba cubierta por la luz dorada y humeante de las farolas y edificios de apartamentos que se alineaban a orillas del mar en Santa Mónica. Joe Pike atravesó el centro de la calle seguido de un coyote en la penumbra. Eran las tres y cincuenta y dos de la madrugada. A esa temprana hora el Pacífico quedaba oculto por la noche y la tierra finalizaba en el borde despedazado del risco, engullida por la negrura. Pike disfrutó de aquellos momentos corriendo por el centro de la calle vacía como no podía hacerlo durante el día.

Volvió a escrutar las sombras y vio al coyote, que seguía su carrera sin apenas esfuerzo; a veces conseguía divisarlo, otras no, como cuando corría a grandes zancadas entre las palmeras. Era un macho viejo, una máscara blanca y cuadrada que había bajado de los cañones en busca de alimento. Cada vez que Pike miraba al animal comprobaba que no le quitaba ojo, ni siquiera mientras corría. Quizá lo encontrase curioso. Los coyotes tienen sus reglas para vivir entre los hombres y por eso abundan en Los Ángeles. Una de dichas reglas establece que sólo deben salir de noche. Era probable que los coyotes creyesen que la noche pertenecía a las cosas salvajes. Quizás aquel coyote pensase que Pike estaba incumpliendo las reglas.

Pike se subió la mochila y apretó el paso. Un segundo coyote se unió al primero.

Joe Pike recorría a menudo aquel camino: hacia el oeste por Washington desde su edificio de apartamentos, luego hacia el norte en Ocean hasta San Vicente, a continuación al este en dirección a la calle Cuarta, donde unos empinados escalones de hormigón descendían por el risco como abruptos dientes. Ciento ochenta y nueve escalones sólo interrumpidos por cuatro plataformas. Sin ellas, cualquiera que tropezase podía perder la vida. Ciento ochenta y nueve escalones equivalen en altura a un edificio de nueve pisos.

Aquella mañana Pike llevaba una mochila más cargada de lo habitual, con cuatro sacos de cinco kilos de harina Gold Medal. Pike debía subir y bajar diez veces por esos escalones antes de regresar a casa. En la cintura llevaba una riñonera con su móvil, su carné de identidad, sus llaves y una pistola de bolsillo Beretta de calibre 25.

No esperaba que le llamasen esa mañana. Era consciente de que podía ocurrir, pero se hallaba completamente absorto en la respiración y el esfuerzo cuando su móvil vibró. Pese a que había conseguido dar un buen ritmo a su marcha, la idea de que tan sólo unas cuantas personas tenían su número le hizo detenerse para responder.

—Apuesto a que no sabes quién soy —dijo una voz masculina.

Pike recuperó el aliento mientras se subía de nuevo la mochila. El peso se sentía



más cuando paraba.

—¿Hablo con Joe Pike? —añadió el hombre al no obtener respuesta.

Pike no oía aquella voz desde la época en que un niño de ocho años llamado Ben Chenier había sido secuestrado. Pike y su amigo Elvis Cole lo habían buscado, pero al final habían tenido que pedir ayuda al hombre que ahora estaba al otro extremo de la línea. El precio que éste les había pedido a cambio era muy sencillo: un día llamaría a Pike para encargarle un trabajo y éste no podría negarse. El trabajo podía ser de cualquier tipo, uno de esos que Pike rechazaba o a los que no se dedicaba ya, pero no podría elegir. Debería aceptarlo. Ése era el precio por ayudarles a encontrar al secuestrador de Ben Chenier, y Pike lo había aceptado.

—Jon Stone —dijo Pike.

—Llevo intentando localizar tu número desde anoche, amigo. Espero no haberte despertado, pero si te niegas tendré que buscarme a otro. De ahí lo inoportuno de la hora.

—¿De qué se trata?

—Hay que cuidar de un paquete ardiendo.

«Paquete» significaba persona. La referencia al calor indicaba que alguien había atentado ya contra su vida.

—¿Por qué se encuentra en peligro el paquete?

—No lo sé, y lo único que me preocupa es que ahora tú mantengas tu palabra. Accediste a reservarme un trabajo, pues bien, aquí lo tienes. Tengo que saber si aceptas o no.

Unas sombras grises flotaban entre las palmeras como fantasmas. Otros dos coyotes se unieron a los tres primeros. Pike se preguntó cómo sería correr con ellos por las calles de noche, moviéndose con idéntica agilidad, con sigilo y rapidez, escuchando y viendo lo que ellos escuchaban y veían tanto en la ciudad como en los cañones.

A medida que iba hablando el tono de Stone se crispaba.

—El tipo que llamó dijo que te conocía. ¿Bud Flynn?

Pike regresó de los cañones.

—Sí.

—Sí. Flynn es el tipo en cuestión. Se trata de proteger a gente que tiene pasta para dar y regalar, Pike. Me lo debes. ¿Harás eso por mí o no?

—Sí —asintió Pike.

—Ése es mi chico. Te llamaré más tarde para ver cómo quedamos.

Pike colgó el teléfono. Las luces de los frenos resplandecían a unos cuatrocientos metros, en el punto en que San Vicente se encontraba con el océano. Contempló las luces rojas hasta que éstas desaparecieron, y volvió a subirse la mochila. Unos ocho o diez coyotes aguardaban ahora en el borde luminoso. Tres más aparecieron en el sendero que había entre dos restaurantes. Otro estaba plantado en medio de la calle, a una manzana de él, y Pike ni siquiera lo había visto acercarse. Inspiró hondo y

percibió el olor a salvia y tierra que emanaba su pelaje.

El coyote más viejo no se dirigió al cañón. Dio unas vueltas a lo lejos y a continuación cruzó Ocean Avenue para subir hacia el bulevar de Santa Mónica. Los demás coyotes lo siguieron. La ciudad era suya hasta el amanecer y la mantendrían en su poder todo lo posible.

Pike se quitó la mochila y la dejó caer. Inspiró profundamente y a continuación alzó las manos por encima de su cabeza para desentumecer los brazos. Sus músculos estaban calientes y su frágil espalda —la espalda que el disparo había casi destrozado— se sentía fuerte. Las cicatrices que ataban el deltoides se estiraron, pero resistieron. Pike se inclinó hacia delante hasta que tocó el pavimento con las manos sin necesidad de hacer un gran esfuerzo. Dejó que sus manos sopesaran por un momento el peso y a continuación levantó los pies e hizo el pino en medio de la Ocean Avenue.

Pike sintió una gran calma y mantuvo el equilibrio con un eje perfecto.

Bajó hasta que su frente rozó el asfalto, después empujó de nuevo hacia arriba con intención de sentir cómo trabajaba su cuerpo. Sintió un hormigueo en el punto del hombro que tenía dañado para siempre, pero logró elevarse sin ejercer demasiada presión.

Bajó y se puso de pie. Vio que los coyotes habían regresado y le observaban como perros callejeros que se movían a sus anchas por la ciudad.

Pike volvió a ponerse la mochila y prosiguió su carrera. Catorce horas después debía ir a recoger a la chica con el coche y volver a ver a Bud Flynn, un hombre al que había querido profundamente, por primera vez en veinte años.

Quince horas más tarde, Pike llegó a las ruinas de una iglesia que se encontraba en el desierto alto.

La iglesia había perdido sus puertas y ventanas y había quedado reducida a una serie de muros rotos de estuco, con unos ojos vacíos y una boca desmesuradamente abierta. Se encontraba a poco más de un kilómetro de Pearblossom Highway, a unos cincuenta kilómetros de Los Ángeles. Años de vientos crispados, sol y ausencia de cuidados humanos la habían teñido con el color del polvo. Tenía las paredes marcadas con grafitos, pero incluso éstos eran viejos, al igual que la maleza y la salvia que brotaba de los muros y que ocultaba parte del edificio. Era un lugar solitario, que el atardecer hacía aún más desolador.

Una limusina negra con cristales oscuros y un Hummer también negro estaban aparcados en las proximidades, tan fuera de lugar como unas joyas negras y resplandecientes. Pike no los había visto al abandonar la autopista en los márgenes del desierto.

Detuvo su coche junto a los dos vehículos. Unas sombras aún más negras se movieron detrás de los cristales tintados del Hummer, pero Pike no consiguió ver

nada en el interior de la limusina. Cuando se disponía a esperar, Bud Flynn y otro hombre aparecieron en la puerta de la iglesia. El hombre era obeso, tenía cara de tarugo y un pelo lacio que se apartaba sin cesar de los ojos. Daba la impresión de estar inquieto y se adentró de nuevo en la iglesia mientras Bud salía de ella risueño y avanzaba en el crepúsculo, atravesando veinte años y dos vidas.

Pike no había vuelto a ver a Bud desde que abandonó la policía de Los Ángeles y quiso que se viesen en el Shortstop Lounge para referirle todo cara a cara, dada la estrecha relación que los unía. Bud le había preguntado si tenía otro trabajo en vista, y cuando se lo contó pareció contrariado. Había reaccionado como un padre decepcionado y enojado con la elección de su hijo, y eso había sido todo. Pike había entrado a trabajar en una compañía de militares profesionales que se encontraba en las afueras de Londres. Como un soldado civil profesional, un especialista en seguridad, dijo.

—Gilipollecés —había dicho Bud—. Un maldito criminal, un mercenario.

Al volver a ver a su amigo Pike sintió la ternura de entonces, evocó los buenos recuerdos. Pike se apeó del Jeep. Bud había envejecido, pero todavía parecía estar en forma.

—Me alegro de verte, oficial Pike —dijo tendiéndole la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

Pike tiró de la mano de su amigo y lo abrazó. Bud le dio unas palmaditas en la espalda.

—Ahora me dedico a las investigaciones sobre sociedades, Joe —prosiguió Bud—. Desde hace catorce años, quince en marzo. El negocio va viento en popa.

—¿Empleas a mercenarios como detectives?

Su viejo amigo parecía molesto y puede que incluso avergonzado. Ambos recordaban el día en que se habían visto en el Shortstop, pero aun así prosiguió.

—A veces la investigación se convierte en un trabajo de seguridad. Un amigo me procuró el nombre de Stone. Stone emplea a varios antiguos agentes del Mossad y de los servicios secretos, personas con experiencia en clientes de alto riesgo. Mientras buscaba a alguien de esas características apareció tu nombre.

Pike miró el Hummer. El coche aparecía inusualmente bajo debido a la carga de peso que suponían el blindaje y los cristales antibalas.

—¿La chica está dentro? —preguntó.

Jon Stone se lo había contado a grandes rasgos cuando le había llamado para darle las instrucciones: una mujer joven de familia bien había sobrevivido a tres intentos de asesinato y Bud Flynn había sido contratado para protegerla. Punto. Stone no sabía nada más —correcto, pensó Pike— porque Bud había considerado que no era necesario que supiese más. A Stone sólo le habían dicho que la chica era rica. Una persona con el currículum de Pike podía exigir una buena cantidad y Stone estaba dispuesto a desangrar a esa familia para sacarles hasta el último centavo.

Flynn hizo caso omiso de la pregunta de Pike sobre la chica y se volvió hacia la

iglesia.

—Entremos —dijo—. Conocerás a su padre y te explicaré el caso. Si decides que quieres seguir con él te presentaré a la chica.

Pike fue tras él consciente de que el asunto estaba ya decidido.

La iglesia olía a salvia y orina. Varias latas de cerveza y algunas revistas aparecían desperdigadas por el suelo de hormigón, sucio y cubierto con la arena que había entrado por los intersticios de las paredes, desgastado por el paso del tiempo. Pike supuso que el hedor a orina se debía a los animales. El tipo de pelo lacio estaba de pie junto a otro delgado cuyos ojos mostraban la inteligencia propia de un hombre de negocios y cuya boca se torcía en una mueca permanente. Pike se preguntó a quién pertenecería el maletín y cuál de ellos sería el padre de la chica. Se detuvo a cierta distancia de las ventanas.

Bud asintió con la cabeza dirigiéndose al hombre del pelo lacio.

—Joe, te presento a Conner Barkley. Señor Barkley, Joe Pike.

Barkley esbozó una sonrisa forzada.

—Hola.

Llevaba puesta una camisa de seda de manga corta que dejaba a la vista su abultado cinturón. El hombre del ceño fruncido iba sin corbata y lucía un chaquetón deportivo de color gris oscuro que debía de haberle costado una fortuna. Pike llevaba una camiseta gris sin mangas, un par de vaqueros y unas zapatillas de deporte New Balance.

El hombre enfurruñado sacó unos papeles doblados y un bolígrafo de su chaquetón.

—Señor Pike, soy Gordon Kline, el abogado del señor Barkley y uno de los directores de su compañía —dijo—. Éste es un acuerdo confidencial, o sea que usted no podrá repetir, contar o revelar bajo ningún concepto nada de lo que los Barkley puedan decir hoy o mientras trabaje para ellos. Debe firmar aquí.

Kline le tendió los papeles y un bolígrafo, pero Pike no los cogió.

—Gordon, dadas las circunstancias... —empezó Bud—, ¿por qué no seguimos adelante sin todo eso?

—Tiene que firmar. Todos deben hacerlo.

Pike observó a Conner Barkley mientras éste escrutaba el grupo de flechas rojas que tenía tatuadas en el deltoides. Pike estaba acostumbrado a que llamaran la atención de la gente; se las había tatuado antes de su primera misión de combate. Apuntaban hacia delante. Los tatuajes y la camiseta descolorida y sin mangas de Pike mostraban a la gente lo que ésta quería saber. Pike era bueno en eso.

Cuando Barkley apartó la mirada sus ojos reflejaban cierta preocupación.

—¿Éste es el hombre que usted quiere contratar? —le preguntó a Bud.

—Es el mejor en este sector, señor Barkley. Salvará la vida de Larkin.

*Kline volvió a tenderle los papeles.*

*—Firme aquí, por favor.*

*—No —respondió Pike.*

*Las cejas de Barkley se juntaron como si se tratase de dos inquietas orugas.*

*—Creo que está bien así, Gordon. ¿No te parece, Bud?*

*El ceño de Kline se hizo más profundo, pero retiró los papeles y Bud pudo proseguir con su relato.*

*—Pues bien, esto es lo que tenemos: la hija de señor Barkley es una testigo federal. Tiene que testimoniar ante un jurado federal dentro de dos semanas. En los últimos diez días se han producido tres atentados contra su vida. Eso supone tres intentos en una semana, y los tres fueron muy seguidos. No me queda más remedio que pensar en algo fuera de lo habitual.*

*—Yo —dijo Pike, y se movió lo justo para poder ver la limusina. El desierto la había envuelto en la luz rojiza del atardecer. Notó que la temperatura estaba bajando, y la noche traía un aire frío y puro—. ¿Por qué no la han integrado en un programa de protección?*

*Barkley elevó el tono a la vez que se apartaba un mechón de los ojos:*

*—Estaba en uno, pero casi la mataron.*

*Gordon Kline cruzó los brazos como si considerase que pagar los impuestos al gobierno de Estados Unidos era un auténtico despilfarro.*

*—Incompetentes.*

*—Larkin se vio involucrada en un accidente de tráfico hace once días —explicó Bud—, chocó lateralmente con un Mercedes.*

*Barkley volvió a interrumpirlo:*

*—Uno no espera tropezar con ese tipo de gente mientras conduce...*

*—Conner... —musitó Gordon Kline.*

*—Mira dónde estamos ahora, en medio de unas ruinas tratando de salvar nuestras vidas —prosiguió el otro sin escucharle—. Un accidente de tráfico...*

*Barkley se apartó de nuevo el pelo de la cara y Pike vio que en esa ocasión su mano temblaba. Bud siguió hablando del Mercedes:*

*—En él viajaban tres hombres. Una pareja de casados, George y Elaine King, el coche era suyo y llevaban a un pasajero en el asiento trasero. ¿Te dice algo el nombre George King?*

*Pike negó con la cabeza, de forma que Bud continuó con su explicación.*

*—Un promotor inmobiliario con todas sus cosas en regla, sin órdenes de búsqueda, antecedentes o compromisos. George sangraba, de forma que Larkin se apeó del coche para socorrerle. El segundo hombre también estaba herido, pero abandonó la escena por su propio pie. Entonces George hizo acopio de todas sus fuerzas para arrancar el coche de nuevo y escapar de allí, sólo que Larkin memorizó la matrícula. Al día siguiente los King le contaron a la policía una historia completamente distinta: aseguraron que viajaban solos. Un par de días más tarde*

unos agentes del Departamento de Justicia fueron a ver a Larkin con un dibujante de retratos robot. Tras ver unas doscientas imágenes Larkin identificó al hombre que había desaparecido. Se trataba de Alexander Liman Meesh, un asesino que, según los federales, vivía en Bogotá, Colombia. Tengo el expediente del NCIC sobre él, te lo puedo dar.

Pike echó una nueva ojeada a la limusina.

—¿Cómo es posible que un simple accidente de tráfico se haya convertido en una investigación federal? —preguntó.

Kline se movía entre Pike y la limusina, pero ya no parecía molesto por el hecho de que éste no hubiese firmado los papeles.

—A causa de King —dijo—. El Departamento de Justicia nos dijo que habían estado investigando sobre él porque sospechaban que blanqueaba dinero a través de su sociedad inmobiliaria. Creen que Meesh volvió a Estados Unidos para invertir con King dinero procedente de un cártel.

Bud asintió con la cabeza a la vez que arqueaba las cejas.

—Más de cien mil.

Kline se ensombreció aún más y luego miró al padre de la chica.

—El gobierno necesita a Larkin para relacionar a King con un célebre criminal —prosiguió—. Creen que gracias a su testimonio podrán procesarle e investigar sus cuentas. Su padre y yo nos opusimos. Nos hemos negado a que la involucraran desde el principio, y mira qué lío se ha organizado.

—¿De manera que King quiere matarla?

—King es el hombre del dinero —explicó Bud—. No tiene antecedentes criminales ni un pasado violento, y su única conexión es Meesh. Los del Departamento de Justicia piensan que Meesh está intentando proteger el dinero que ha invertido en los proyectos de King. Si King es procesado dichos proyectos quedarán congelados, al igual que sus activos, de manera que debe evitarlo a toda costa. Puede que King ni siquiera sepa que Meesh está buscando a la chica, que ni siquiera tenga muy clara la procedencia del dinero.

—¿Alguien ha interrogado a los King?

—Se han evaporado. En su oficina nos han dicho que se han marchado de vacaciones, pero en el Departamento de Justicia nadie se cree una palabra.

Conner Barkley volvió a pasarse los dedos por el pelo.

—Es una pesadilla. Todo este lío es una pesadilla y ahora nosotros estamos...

Bud le interrumpió:

—Conner, ¿me dejas unos momentos a solas con Joe? Nos reuniremos contigo en el coche. Por favor, Gordon...

Barkley frunció el ceño como si no comprendiese que le estaban pidiendo que se marchase, pero Kline le tocó el brazo y ambos se alejaron. Bud esperó a que se encontrasen a cierta distancia y a continuación exhaló un suspiro.

—Esa gente está viviendo un infierno.

—No soy un guardaespaldas —afirmó Pike.

—Escucha, Joe, la primera vez que fueron a por ella estaba en casa. Ese sitio donde viven los Barkley es una fortaleza, cuatro acres en Beverly Hills, al norte de Sunset, con todos los medios de seguridad a su disposición. Esa gente es rica.

—Ya me he percatado.

Bud abrió el maletín de piel de caballo y sacó varias fotografías granuladas. Las imágenes mostraban tres figuras confusas vestidas de oscuro que paseaban junto a una piscina por la noche, después en un jardín y por último fuera de unas puertas acristaladas.

—Las sacaron las cámaras de seguridad —dijo—. Puedes distinguir las caras en ésta y en ésta, pero todavía no hemos sido capaces de identificarles. Cogieron al ama de llaves para tratar de encontrar a Larkin. Le dieron una buena tunda, la estrangularon y le rompieron tres dientes y la nariz.

El ama de llaves aparecía en una de las fotografías. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, y se le veían las encías. Pike supuso que quienquiera que la hubiese golpeado había disfrutado al hacerlo. Era probable que hubiese seguido haciéndolo después de que la mujer perdiese el conocimiento.

—¿Llegaron muy cerca? —preguntó.

—Pusieron pies en polvorosa apenas hizo su aparición la policía. Esa primera agresión pilló a la familia por sorpresa, pero después metieron a Larkin en un programa de protección federal. Esa misma noche la policía la llevó a una casa segura en las afueras de San Francisco, de eso hace unos seis días. A la noche siguiente volvieron a aparecer.

—En la casa segura.

—Un agente resultó muerto y otro herido. Esos tipos no se andan con bromas.

Pike oyó que la puerta de uno de los coches se cerraba y, una vez más, se movió en dirección a la ventana. Larkin Conner Barkley se había apeado de la limusina para reunirse con su padre y con Kline. Tenía el rostro en forma de corazón y la nariz estrecha y torcida hacia la izquierda. Su cabellera cobriza se arremolinaba alrededor de la cabeza como si se tratase de unas serpientes enrolladas.

Vestía unos pantalones cortos y ajustados y una camiseta verde. Transportaba además un perro pequeño en la bolsa rosa de diseño que llevaba bajo el brazo, uno de esos microperros de ojos saltones que temblaban cuando estaban nerviosos. Pike sabía que ladraría en el momento más inoportuno y que eso podía causar la muerte de su ama.

Se volvió de espaldas a la ventana.

—¿Los mismos hombres?

—¿Quién sabe? —repuso Bud—. Larkin llamó a su padre y antes de que anocheciese estaba de regreso en Beverly Hills. Los federales les protegieron. El señor Barkley me contrató después, ese mismo día. Saqué de inmediato a la chica de la casa y la llevé a un hotel, pero nos encontraron de nuevo en unas cuantas horas.

—De forma que las tres veces sabían dónde estaba.

—Sí.

Pike echó otro vistazo a la limusina. La luz cada vez más tenue de la iglesia se había teñido del color del humo.

—Tus federales tienen una brecha —comentó.

Bud apretó la mandíbula como si estuviese pensando lo mismo, pero no quisiera decirlo.

—He encontrado una casa en Malibú —dijo en cambio—. Quiero que la lleves allí esta noche, sólo tú. No quiero que vuelva a la ciudad.

—¿Qué piensan los federales de todo esto?

—Les he dejado fuera. Pitman, el jefe del grupo, considera que estoy cometiendo un error, pero Barkley ha decidido que actuemos así.

Pike miró de nuevo a Bud.

—¿Te ha contado Stone lo de nuestro acuerdo?

Bud lo miró fijamente sin comprender.

—¿Qué acuerdo?

—Ya no acepto más trabajos. Debía un asunto a ese hombre. Éste es su precio.

—Cuestas una fortuna.

—No acepto dinero. No quiero trabajar por eso, ésa no es la razón.

—No nos ha dicho nada al respecto. Si no pones el corazón en esto no quiero que intervengas...

—Oficial Flynn... —dijo Pike.

Bud se detuvo.

—Vamos a ver a la chica.

El padre de Larkin conversaba con Gordon Kline mientras Pike y Flynn salían de la iglesia. Bud hizo un gesto en dirección al Hummer, donde dos hombres vestidos con trajes de Savile Row empezaron a descargar las maletas y bolsas de viaje. La chica se llevó las manos a las caderas y observó a Pike como si sintiese el remordimiento del comprador. El pequeño perro que estaba en su bolso y asomaba por debajo de su brazo le contempló mientras se acercaba con ojos vengativos.

Cuando llegaron junto al coche, Flynn asintió con la cabeza dirigiéndose a Gordon Kline.

—Podemos marcharnos. —A continuación se volvió hacia la chica—. Larkin, te presento a Joe Pike. Te irás con él.

—¿Y si me viola?

Barkley no miró a su hija, sino a Gordon Kline.

—Ya está bien, Larkin —dijo éste—. Es lo mejor para ti.

Barkley asintió con la cabeza y Pike se preguntó si el trabajo de Kline consistía también en decirle a la hija de Barkley lo que debía hacer.



*Larkin se quitó las gafas y estudió teatralmente a Pike antes de mirar a su padre.*

*—Es mono, supongo —comentó—. ¿Me lo estás comprando, papi?*

*Barkley volvió a mirar a Kline como si pretendiese que el abogado respondiese. Parecía tener miedo de la chica.*

*—¿Cree que me podrá proteger? —dijo ésta dirigiéndose a Pike.*

*Pike la observó. Era guapa y estaba acostumbrada a serlo, su ropa y su pelo indicaban que le gustaba ser el centro de la atención y eso podía ser un problema. Los tipos con los trajes de Savile Row seguían apilando maletas.*

*Larkin miró enfurruñada a Flynn.*

*—¿Por qué no dice nada? ¿Está colocado?*

*Pike se decidió:*

*—Sí.*

*Larkin soltó una carcajada.*

*—¿Está colocado? —repitió.*

*—Sí, puedo protegerla.*

*La sonrisa de Larkin se desvaneció. Miró a Pike con ojos desconcertados, como si de repente todo fuese real.*

*—Quiero ver sus ojos —dijo—. Quítese las gafas.*

*Pike indicó con la cabeza la pila de maletas, que no hacía sino aumentar.*

*—¿Todo eso es suyo?*

*—Sí.*

*—Una bolsa y un bolso, eso será todo. Nada de móviles ni de aparatos electrónicos o iPods.*

*Larkin se puso tensa.*

*—Pero necesito esas cosas. Dile que las necesito, papi.*

*El perro le dirigió una mirada espástica mientras gruñía.*

*—El animal tampoco vendrá con nosotros —añadió Pike.*

*Conner Barkley se pasó los dedos por el pelo y Gordon Kline frunció nuevamente el ceño, pero ninguno de ellos miró al montón de maletas ni al perro.*

*Una terrible hora después, Pike y la chica iban ya camino de Malibú.*

*Cuatro horas y media más tarde, se produjo el cuarto atentado contra la vida de Larkin. Y ellos se vieron obligados a huir.*

## ELVIS COLE

—¿Joe...?

Cole se dio cuenta de que Pike había colgado. Ése era el tipo de llamadas que Joe Pike solía hacer. Si le contestabas al teléfono solía gruñir algo así como «Enseguida estoy ahí», y eso era todo. Las buenas maneras en la comunicación nunca habían sido uno de los puntos fuertes de Pike.

Cole dejó el móvil y siguió encerando su coche, un Sting Ray del 66 amarillo descapotable. Vestía unos pantalones cortos de deporte y una camiseta del Harrington's Café, un local que se encontraba en Baton Rouge. La camiseta gris se había tornado negra debido al sudor y a él le habría encantado poder quitársela, sólo que no podía hacerlo debido a las cicatrices. Cole vivía en una pequeña casa de madera a orillas de un cañón, fuera de Woodrow Wilson Drive, en Hollywood Hills. Era un lugar tranquilo, y los vecinos solían pasear con sus perros por delante de ella. Cole suponía que no había ninguna necesidad de que vieses los puntos de color morado que le hacían parecer un accidente de laboratorio. Suponía que él tampoco tenía ninguna necesidad de verlos.

Cole odiaba encerar el coche, pero la noche anterior había visto una de sus películas favoritas, *Karate Kid*, la escena en que Pat Morita entrena a Ralph Macchio en las técnicas de bloqueo de kung-fu mientras éste está enfrascado en esa tarea. Cuando Cole vio la película pensó que quizá podía ser una buena terapia.

Trece semanas antes, un hombre llamado David Reinike había disparado a Cole en la espalda con una escopeta de calibre 12. Los perdigones le habían hecho añicos cinco costillas, le habían roto el húmero izquierdo, habían colapsado el pulmón izquierdo y, según contaba él de un modo que crispaba a quienes le escuchaban, le habían echado a perder un buen día. Catorce semanas antes —la semana previa al disparo— Cole podía doblar la cintura, apoyar el pecho en los muslos y hacerse un ovillo abrazando las pantorrillas. Ahora se movía como un robot con las juntas oxidadas. Pero aun así dos veces al día trabajaba para mantenerse en forma haciendo caso omiso del dolor. De ahí que ahora estuviese encerando el coche.

Mientras estaba manos a la obra un Lexus verde oscuro se detuvo junto al camino de su casa. Cole se enderezó y se quedó sorprendido al ver a Pike apearse de él acompañado de una joven con el pelo desgreñado y unas enormes gafas de sol. La chica parecía recelosa y Pike llevaba puesta una camisa de manga larga con los puños cerrados. Pike jamás usaba ese tipo de camisas.

Cole les salió al encuentro cojeando.

—Joseph, deberías haberme dicho que teníamos invitados. Habría limpiado un

poco.

Cole sonrió a la chica y abrió los brazos para mostrarle sus pantalones cortos de deporte, sus pies descalzos y la camiseta manchada de cera. Un agradable señor que se mofaba de su aspecto sudoroso.

—Me llamo Elvis. Estoy remedando a Ralph Macchio.

La chica le dirigió una sonrisa avispada a modo de saludo, y apuntó con un dedo a Pike.

—Gracias a Dios usted al menos tiene personalidad —dijo—, viajar con él es como hacerlo con un cadáver.

—Bueno, hasta que llegas a conocerle. Después no hay quien le haga callar.

Cole notó que Pike la aferraba sin familiaridad para llevarla hasta el cobertizo de los coches.

—Entremos —dijo.

Cole miró el Lexus consciente de que no se trataba de una visita de cortesía.

—El sedán de cuatro puertas empaña su imagen, señorita. ¿Qué le ha pasado al Jeep?

—Entremos.

Cole los guio a través del cobertizo hasta que llegaron a la sala cuyas ventanas se abrían a la terraza ofreciendo una amplia vista del cañón. La chica la contempló admirada.

—Nada mal —comentó.

—Eso es lo que yo pensaba, gracias —repuso Cole.

Saltaba a la vista que Larkin era rica: vaqueros Rock & Republic, top de Kityson y gafas de sol de Oliver People. Cole tenía facilidad para calar a la gente y con el tiempo había aprendido que casi siempre solía acertar. Ella también parecía inquieta. A Cole le resultaba familiar, aunque no lograba identificarla.

—Lo siento —le dijo—. No me has dicho tu nombre.

La chica miró a Pike.

—¿Puedo?

—Te presento a Larkin Barkley —dijo Pike—. Es testigo de una investigación federal. Estaba en un programa, pero no funcionó.

—¡Ja! —exclamó Larkin.

—Podríamos dar un bocado, quizá ducharnos, después te contaré lo que sucede —añadió Pike.

Cole se percató de que Pike no quería hablar delante de la chica, de manera que volvió a sonreír.

—¿Por qué no te das una ducha mientras preparo algo para comer? —le preguntó.

Larkin miró a Cole y éste tuvo una nueva sensación. La sonrisa de la chica era sinuosa, como la que le había dirigido en el camino de acceso a la casa, sólo que ahora le decía que nada de lo que pudiese decir o hacer la sorprendería, afectaría o impresionaría, allí, en aquella pequeña casa que no estaba nada mal. Cole pensó que

era una especie de reto, algo así como un test.

—¿Por qué no comemos antes? —preguntó ella—. Pikester no me ha dado nada. Sólo quiere sexo.

—Se parece a mí —le respondió Cole—, pero ambos hemos aprendido a contenernos.

Larkin parpadeó y soltó una risotada.

—Un punto a mi favor —dijo Cole—, cero para ti. Puedes ducharte o esperar en la terraza. Sea como sea, no queremos que estés por en medio mientras hablamos.

La chica optó por la ducha.

Pike entró su bolsa de viaje y le mostró el cuarto de baño de invitados mientras Cole se dirigía a la cocina. Cortó varios calabacines, calabazas de verano y berenjenas chinas a lo largo, las salpicó de aceite de oliva y sal y colocó una sartén en el fuego. Pasados unos minutos Pike entró en la cocina, pero ninguno de los dos habló hasta que oyeron correr el agua. Entonces Cole se apoyó en un banco.

—¿Pikester?

Pike sacó un permiso de conducir y dos tarjetas de crédito. La fotografía del permiso de conducir mostraba a la chica con una espectacular melena pelirroja. En las tarjetas figuraba su nombre. La American Express era negra. Dinero.

—La vi por primera vez ayer —le explicó Pike—, pero no sé nada sobre ella. Necesito que me ayudes.

Pike comenzó a comprobar las tarjetas de crédito con lo que parecía ser un expediente de historia criminal del Centro Nacional de Información Criminal del FBI.

—El hombre que intenta matarla se llama Alex Meesh —prosiguió—, procedente de Colorado y con residencia en Bogotá, Colombia.

Cole echó un vistazo a la primera página: Alexander Meesh, buscado por asesinato.

—¿Sudamérica?

—Viajó hasta allí escapando de unas órdenes de arresto por asesinato. Los federales entregaron a Bud este *dossier*, pero no veo nada en él que pueda ayudarnos. Quizá tú encuentres algo distinto.

Cole escuchó mientras Pike le describía formalmente la situación de Larkin Barkley. Le contó que la chica se había visto involucrada en la investigación que el Departamento de Justicia estaba efectuando sobre George King y sus operaciones de blanqueo de dinero y que desde el momento en que había aceptado testificar se habían producido los atentados contra su vida. Cole escuchó en silencio hasta que Pike le describió los tiroteos que habían tenido lugar en Malibú y en Eagle Rock. En ese momento sintió un picor en la espalda y se apartó de la encimera.

—Un momento, ¿me estás diciendo que disparaste a alguien?

—A cinco hombres. Anoche a dos y esta mañana a tres.

Pike hablaba mientras permanecía de pie en la cocina con semblante inexpresivo, como si le estuviese diciendo a su amigo que se había quedado sin gasolina.

—Joe, por el amor de Dios, Joe... ¿te busca la policía?

—No lo sé. Lo de Malibú sucedió anoche, ya te lo he dicho, y lo de Eagle Rock hace apenas unas horas. Pero si no me buscan todavía, no tardarán en hacerlo, perdí una pistola en Eagle Rock.

Cole sintió un breve vértigo, semejante al que se experimenta cuando la tierra tiembla. Hacía tan sólo diez minutos estaba encerrando su coche. Hacía tan sólo tres noches Pike y él habían planeado unas vacaciones con la mochila.

—Fue en defensa propia, ¿verdad? Protegías tu vida y la de un testigo federal. Los federales están de acuerdo contigo en esto.

—No lo sé.

—Escapaste de ese lugar para poner a salvo tu vida e informaste al Departamento de Justicia sobre lo que había pasado. Todo eso sucedió con pleno conocimiento del Departamento de Justicia. ¿Esa gente es buena para eso?

—No los he visto en mi vida.

Cole miró fijamente a su amigo. Pike estaba de pie en el otro lado de la cocina con la espalda apoyada contra la pared, tan ligero que casi parecía flotar. Sus gafas oscuras eran como dos agujeros negros.

—En cualquier caso —prosiguió—, tenemos un problema aún mayor que el de la policía. Los tiradores nos encontraron sin dificultad en esas casas. La localizaron cuando estaba con los agentes y también cuando Bud la llevó a un hotel. ¿Entiendes?

A pesar de que el agua seguía corriendo, Cole bajó la voz. Acababa de entender por qué Pike se negaba a hablar delante de la chica.

—Alguien de los suyos la está traicionando —conjeturó.

—He aceptado el encargo y he apartado del asunto a Bud y a los federales. Supongo que si nadie sabe dónde está podré protegerla.

—¿Qué piensas hacer?

—Encontrar a Meesh.

Cole miró de nuevo los documentos impresos. «Se piensa que en la actualidad reside en Bogotá, Colombia».

—Puede que Meesh ni siquiera esté en Los Ángeles —comentó—. Podría haber regresado a Colombia.

—Ha tratado de matar a esa chica en cinco ocasiones. Cuando uno insiste tanto no se marcha esperando que otro lo haga en su lugar... Se asegura de que suceda.

Pike se dirigió al bloc de notas, cogió el bolígrafo que Cole tenía junto al teléfono y garabateó algo.

—He abandonado el Jeep y he conseguido un nuevo teléfono —dijo—. Éste es el número.

Cole se sentía mareado, le sucedía a menudo desde que le habían disparado. Los médicos habían dicho que tardaría en recuperarse. Que quizá no lo lograría nunca.

—¿Tienes alguna idea de quién puede estar traicionándola? —preguntó.

—Bud está tratando de averiguarlo, pero ¿en quién puedo confiar? Puede ser uno

de los suyos. Incluso podría tratarse de uno de los federales.

Cole guardó el número. Se volvió hacia la sartén y echó las verduras. La sartén estaba demasiado caliente, pero adoraba el olor que emanaba de ellas al chocar contra el acero ardiente.

Cole y Pike habían compartido muchas dificultades. Eran viejos amigos. Joe Pike le sostenía la mano cuando Cole se despertó de su coma.

Cole dejó el tenedor y se volvió.

—Este asunto no me gusta nada. No me gusta que estés involucrado en algo sin saber quién lo está también. Ese tipo, Meesh. Los federales que no conoces. Flynn, el amigo al que no habías visto desde hacía veinte años. Nada de esto está a tu altura.

Pike seguía inmóvil como una estatua, como si las sombras ocultaran parte de la historia.

—¿Y bien? —añadió Cole.

—No sólo he venido a verte para pedirte ayuda. Si esa gente se entera de quién soy quizá traten de localizarme a través de ti. —Una tristeza inesperada emanó de detrás de las gafas negras—. Lo siento.

Cole se sintió repentinamente cohibido y se volvió hacia la sartén.

—Si esos payasos se presentan aquí les daré una buena patada en el culo —dijo, y Pike asintió con la cabeza—. Intentaré averiguar algo sobre ese tipo, Meesh. Empezaremos por Larkin, apenas acabe de ducharse. Quizá sepa más de lo que cree.

Pike cambió de posición junto a la pared.

—No podemos quedarnos aquí, Elvis.

Cole comprendió. Pike no quería que los tiradores o la policía encontrase a la chica allí en caso de que apareciesen.

—En ese caso habla con ella. Una cosa más, sin embargo. Cuando haga mis averiguaciones sobre Meesh me ocuparé también de Bud Flynn.

Pike torció los labios nervioso y Cole se preguntó si Larkin se habría dado cuenta de que su amigo jamás se reía o sonreía. Era como si la parte del hombre que pudiera tomarse esas libertades hubiese muerto en Pike o estuviese enterrada tan hondo que sólo pudiese dejar escapar unos movimientos convulsivos.

—Como quieras —dijo Pike.

En ese momento el móvil de Pike empezó a sonar. Pike salió a la terraza para hablar y Cole comenzó a preparar los sándwiches. Distribuyó las verduras sobre el pan integral de trigo, extendió hummus por las diferentes capas y a continuación volvió a poner los sándwiches en la sartén para tostar el pan.

El chorro de agua se interrumpió de repente y el silencio pesó en la atmósfera. Unos minutos más tarde la chica bajó al vestíbulo. Pike seguía hablando por teléfono en la terraza.

—Huele de maravilla —comentó Larkin.

—¿Te apetece un vaso de leche o de agua?

—Leche, por favor.

Se había quitado las gafas de sol y sus ojos estaban enrojecidos. Cole se preguntó si habría estado llorando. Larkin se dio cuenta de que la observaba y se apresuró a esbozar una sonrisa sinuosa. Era inteligente y tentadora, por lo que costaba creer que procediese de alguien que acababa de llorar, pero así era. Cole pensó que la chica estaba habituada a fingir.

—Tu cara me resulta familiar —dijo Cole.

—¿Sí?

—¿Eres actriz?

—No, Dios mío, no.

La chica abrió el sándwich y emitió un pequeño chillido en claro contraste con su sonrisa.

—¡Esto es perfecto! No quería ser una molestia, pero soy vegetariana. ¿Cómo te has enterado?

—No lo sabía. Lo he hecho por Joe. También es vegetariano.

—¿Él?

La chica echó una ojeada a Pike y Cole tuvo la impresión de que su sonrisa se crispaba.

—La carne roja le vuelve agresivo.

Larkin se echó a reír y Cole pensó que la chica le gustaba. Dio un mordisco enorme a su sándwich, y a continuación otro. No dejaba de observar a Pike mientras masticaba.

—No habla mucho —comentó.

—Tiene dotes telepáticas. También puede atravesar las paredes.

Larkin volvió a morder su sándwich y miró de nuevo a Pike, pero su sonrisa se había evaporado y parecía ensimismada.

—Disparó a un hombre delante de mí —dijo—. Vi la sangre.

—Un hombre que trataba de asesinarte.

—Sonó muy fuerte. No fue como en las películas.

—No. Suena fuerte.

—Incluso lo puedes sentir.

—Lo sé.

—Me siguen buscando.

Cole le apoyó una mano en la espalda, pero no supo qué decir.

Los ojos de la chica seguían clavados en Pike.

—¿Se puede meter en un buen lío? —preguntó.

Cole no le respondió porque en ese momento Pike entraba de nuevo en la cocina.

—He encontrado un sitio —anunció—. Vamos.

Larkin miró de nuevo su sándwich, después el de Pike.

—Pero si no has probado bocado. Y yo todavía no he terminado.

—Comeremos en el coche —respondió él.

Cole los acompañó fuera, se despidió de ellos y los contempló mientras se

alejaban. No le había preguntado a Pike adónde se dirigían, y éste tampoco se lo había dicho. Sabía que le llamaría cuando estuviesen a buen recaudo.

Cole contempló su casa y su coche. Joe Pike era lo único que había permanecido en su vida más tiempo que esas dos cosas. Se habían conocido cuando Pike todavía conducía un coche de la policía, Cole trabajaba como aprendiz para el viejo George Feider y trataba de acumular las tres mil horas de experiencia que le exigían para recibir el título de investigador privado. Pike se había referido a George como al oficial de formación de Cole. Bud Flynn había sido el oficial de formación de Pike cuando era un novato, y éste sentía veneración por él.

Cole se percató de que estaba sonriendo. Unos cuantos años antes, cuando Cole por fin había acumulado las horas y Pike ya no trabajaba, George se retiró, de manera que Cole y Pike invirtieron su dinero para comprar el negocio de Feider. Ambos acordaron que el único nombre que figuraría en la puerta sería el de Cole. Pike no tenía ninguna intención de obtener un permiso. Tenía otro negocio por su cuenta y lo único que pretendía era ayudar a su amigo a tiempo parcial, porque, según le dijo, si no le protegía de alguna forma acabarían por matarle. Cole no supo en ese momento si Pike bromeaba o no, pero eso formaba parte de su encanto.

«Si esa gente se entera de quién soy quizá traten de localizarme a través de ti».

Inspiró profundamente y el aire hinchó su pecho hasta que el dolor le empañó los ojos. Entonces regresó a la casa.

«Podrían tratar de localizarme a través de ti».

«Que lo hagan —pensó Cole—. Cuento también con tu espalda, hermano».

Y volvió al trabajo.



Pike atravesó Sunset Boulevard por el este bajo un cielo de color púrpura. Conducía relajado por primera vez en veinte horas, invisible en el interior del coche anónimo. Cuando pasaron por Echo Lake, con su fuente borrosa en el crepúsculo, Pike se desvió hacia el norte y se adentró en las bajas colinas de Echo Park. Las casas del lado oriental del parque eran más bonitas, pero las sinuosas calles residenciales del lado norte eran más angostas y de madera. Los faroles de antes de la guerra parpadeaban cuando llegaron a la dirección que buscaban.

—Aquí es —anunció Pike.

Una casa estrecha y gris con un empinado tejado. Un porche delantero cubierto protegía la puerta de entrada y un garaje para un solo coche ocupaba el jardín trasero. La agente inmobiliaria amiga de Pike había dejado la llave debajo de una maceta situada junto a la puerta.

Larkin la miró con cautela.

—¿Quién vive ahí?

—La hemos alquilado. Los dueños viven en Las Vegas y pasa de un inquilino a otro. Cuando salgas del coche dirígete de inmediato a la puerta delantera.

Una brisa vespertina procedente de Chavez Ravine agitaba la calidez del ambiente. Varias familias ocupaban los porches, algunas escuchaban la radio, otras conversaban sin más. Pike oyó la voz de Vin Scully comentando una jugada desde las cercanías del Dodger Stadium, los Dodgers sacaban ventaja a los Giants, cinco a dos. La mayoría de los vecinos parecían originarios de Europa del Este. Al otro lado de la calle, cinco jóvenes que parecían armenios rodeaban un BMW último modelo. Reían mientras uno de ellos hablaba en voz alta tratando de que se le oyese por encima de las carcajadas.

Larkin no se encaminó hacia la puerta delantera. Miró fijamente la casa como si ésta fuese a comérsela, después contempló las casas de alrededor y a los cinco hombres.

—Todo en orden —dijo Pike—. Vamos.

Pike llevó las maletas de Larkin. Podía haberse ocupado también de las suyas, pero no lo hizo. Encontró la llave y entraron en una pequeña sala. La puerta que estaba a la derecha daba a un cuarto de baño y a dos dormitorios, uno con vistas a la parte delantera de la casa, y otro a la trasera. La casa estaba completamente amueblada y el interior estaba limpio y aseado, aunque los muebles parecían desgastados y las habitaciones eran minúsculas. Un único aparato de aire acondicionado zumbaba en la sala. Por lo visto la amiga de Pike lo había dejado encendido para refrescar el ambiente.

—He estado pensando un poco —dijo Larkin—. Nadie sabe dónde estamos, ¿verdad? Tenemos mis tarjetas de crédito. Disponemos también de mi ATM. Podemos ir a donde queramos.

Pike dejó caer las maletas.

—Tiene dos dormitorios. Escoge el que prefieras.

Pike entró en ambas habitaciones, el cuarto de baño y la cocina para controlar las ventanas y subir las persianas. Larkin no tocó sus maletas ni las llevó a su dormitorio. En lugar de eso siguió a Pike pegada a sus talones.

—Escucha. Podemos coger el Gulfstream —prosiguió—. A mi padre no le importará. Tenemos un piso fabuloso en Sidney. ¿Has estado alguna vez en Oz?

—Te reconocerán. Alguien en el aeropuerto: «aquí está Larkin Barkley en su *jet*».

Pike abrió la nevera. Dos bolsas de un supermercado, una caja de agua mineral y un paquete de seis cervezas Corona les estaban esperando.

—Mi amiga nos ha dejado esto. Sírvete.

—Eres un gilipollas. Está bien, escucha: tenemos una casa en la calle Georges Cinq, a una manzana de los Campos Elíseos. Cogemos un avión comercial y pagaré los billetes. No es un problema.

—Las tarjetas de crédito dejan rastro. Las compañías aéreas archivan los planes de vuelo.

Pike regresó a la sala y Larkin le siguió.

—Sacaré dinero en efectivo del cajero —insistió—. Te aseguro que no es un problema. En este sitio ni siquiera hay un televisor.

El aparato de aire acondicionado emitió un ruido cuando el compresor de aire aceleró, como si alguien hubiese tropezado con la pared. El aire rugía como si estuviesen en medio de una tormenta emitiendo una vibración que sonaba lejana, y Pike lo apagó. El silencio que se hizo tras la muerte del aparato fue ocupado por los ladridos de unos perros, el eco de una moto en las colinas y la risa de los hombres que se encontraban al otro lado de la calle.

Larkin parecía horrorizada.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué has apagado el aire?

—No podía oír —contestó él con calma.

—Pero hace calor, dentro de nada esto parecerá un horno.

Larkin se había cruzado de brazos hundiendo los dedos en la carne. Pike sabía que su gesto nada tenía que ver con París o con Sidney, sino con el hecho de que estaba aterrorizada.

Pike le tocó el brazo.

—Sé que no estás acostumbrada a esto, pero tenemos todo lo que necesitamos. Éste es un lugar seguro. Por el momento estamos a salvo.

—Lo siento. No pretendía ser una bruja.

—Voy a buscar mis cosas al coche. ¿Te importa quedarte sola por unos minutos?

—Echo de menos a mi perro.

Pike no sabía qué decir a eso, de manera que optó por callar.

Larkin esbozó una sonrisa cansada.

—Por supuesto. Estaré bien —dijo.

Pike apagó las lámparas a fin de que no se viera su figura en la puerta, y después salió. Había dejado las bolsas adrede en el coche para poder controlar sus mensajes sin que la chica lo viese. Si debía llamar a alguien quería poder hablar libremente. Subió al Lexus y a continuación usó su nuevo teléfono para verificar los mensajes que había recibido en el viejo. Eran siete. Bud le había escrito tres sucesivos, casi idénticos: «Llámame, ¡maldita sea! ¡No puedes desaparecer así con la chica! ¡Es un testigo federal, por los clavos de Cristo! ¡Pedirán al FBI que salga en tu búsqueda!».

Bud había enviado un cuarto mensaje, más calmado, casi una hora después de los tres primeros: «Joe, escucha, responde. Por lo que sé esos canallas te han localizado y vuestra vida está en peligro. No me dejes en ascuas, por favor».

John Stone había mandado el quinto mensaje. Su tono era sereno y cauteloso: «Soy Stone. La gente está preocupada, hermano. No me devuelvas la llamada. No llores. Mantente alerta».

Pike titubeó antes de borrar el mensaje de Stone. Mantenerse en alerta no tenía nada que ver con mantener la calma. Se trataba de una expresión que usaban las pequeñas unidades de reconocimiento y los grupos de francotiradores cuando se encontraban en terreno enemigo. Se decían unos a otros «mantente alerta» cuando el nivel de peligro era tan elevado que se drogaban con anfetaminas a fin de permanecer despiertos y listos para moverse veinticuatro horas al día y siete días a la semana, porque de otro modo los habrían matado. «Mantente alerta, toma tu pastilla... Mantente alerta, el seguro quitado, el dedo en el gatillo. Mantente alerta, bienvenido al infierno...». Stone le había mandado una advertencia con el mensaje, y Pike se preguntó por qué.

A Pike le habría gustado llamar a Stone, pero supuso que éste le había pedido que no lo hiciese por algún motivo. Era muy probable que Bud y los federales hubiesen presionado a Stone para que les diese algún tipo de información. Se preguntó si Meesh habría hecho lo mismo.

El sexto mensaje era también de Bud. En esta ocasión parecía agotado: «Esto es lo que tengo por el momento: los fiambres de Malibú no han sido identificados. No sé nada de Eagle Rock, pero trataré de averiguar algo mañana. La policía de Los Ángeles y el *sheriff* no te han relacionado con el tiroteo. Hablé con Don Pitman... el agente del Departamento de Justicia. Hará lo que pueda para protegerte de los agentes locales, pero quiere hablar contigo... tiene que hacerlo como sea. Tienes que llamarme, colega. No sé qué decirle a su padre. El viejo quiere llamar a la policía. Joe, si sigues vivo... llama».

Una voz seca y masculina había dejado el último mensaje: «Soy el agente especial Don Pitman del Departamento de Justicia. 202-555-6241. Bud Flynn me dio su número. Llámeme, señor Pike».

Señor.

Pike colgó y a continuación se sentó a escuchar al vecindario. Se preguntó qué habría querido decir Bud con eso de que los fiambres de Malibú no habían sido identificados. Pike había pensado que los tiradores serían identificados tan pronto como la información llegase a manos del juez de instrucción y que ésta habría permitido al magistrado llegar hasta Meesh. Pike había estado rumiando sobre este último porque algo de lo que le había dicho Larkin al describirlo le había inquietado. El accidente de la chica había ocurrido en la ciudad, en medio de la nada, pero Meesh había escapado a pie. Larkin le había dicho que los King habían huido con el coche, pero que Meesh lo había hecho caminando. Pike no acababa de encontrarle sentido a todo esto, aunque lo cierto era que todavía no sabía demasiado. Quería hablar con Larkin sobre el tema.

Desenroscó la bombilla del interior del coche para evitar que se encendiese y a continuación se apeó. Fuera era ya completamente de noche y a Pike le gustaba la oscuridad. Agradecía la oscuridad, la lluvia, la nieve, una tormenta... todo aquello que pudiese ocultarle. Rodeó la casa para controlar las ventanas y acto seguido subió al porche y entró.

Larkin ya no estaba en la sala, y tampoco sus maletas. Oyó ruido en la cocina. Se quitó la camisa de manga larga y se sentó en una de las butacas de orejas a esperar. Desde allí no podía verla, pero sabía que estaba cogiendo una botella de agua. Oyó el traqueteo en la nevera mientras Larkin le quitaba la envoltura de plástico. Oyó que la puerta se cerraba con un beso de plástico y un enérgico crac cuando ella quitó el tapón. Su sombra se desplazaba por la pared de la cocina, de manera que sabía que ella se estaba moviendo. Además oía las secas palmadas que producían sus pies descalzos en el suelo. Larkin salió de la cocina y no le vio hasta que casi estaba ya en la sala. Se sobresaltó tanto que un géiser de agua se elevó en el aire.

—Me has dado un susto de muerte —exclamó.

—Lo siento.

Larkin se había quedado casi sin aliento, pero al final soltó una carcajada.

—Por el amor de Dios, te ruego que la próxima vez digas algo. No te he oído volver.

—Quizá deberías ponerte algo.

Larkin se había quitado la ropa y se había quedado tan sólo con un sujetador muy fino y un tanga de color verde lima. Un aro de oro resplandecía en su ombligo. Larkin se estiró para mostrarse por completo, levantando las costillas.

—Tengo calor. Te dije que si quitabas el aire tendría calor. ¿Quieres una botella de agua?

—No hagas eso —dijo Pike.

Larkin se dirigió al sofá, se sentó en él, apoyó los pies descalzos sobre la mesita de centro y lo escrutó a través de sus rodillas.

—¿A qué te refieres? ¿Estás seguro de que no quieres ir a París? En París hace

más fresco.

Lo miró fijamente a los ojos mientras una sonrisa desvergonzada rayaba su cara como si ella, sólo ella, hubiese descubierto que en el mundo todo era cuestión de sexo y que Pike jamás había visto a nadie como ella hasta la fecha.

—¿Quién es Don Pitman? —preguntó Pike.

La sonrisa descarada se desvaneció.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Necesito saber quién es. Me ha llamado.

Larkin cerró los ojos y dejó caer los pies de la mesa.

—Es uno de los tipos que trabaja para el gobierno. Eran dos, Pitman y otro... Blanchette. Kevin. Kevin es un abogado que trabaja para el fiscal general.

—¿Son ellos los que deciden o trabajan para otro?

Larkin apretó los párpados como si algo le hiciese daño y estuviese tratando de controlar el dolor.

—Ahora no. No puedo hablar más de eso.

—Necesito preguntarte varias cosas. Voy a tener que hablar con esos tipos, y con Bud y tu padre.

—Más no. Ahora no.

Larkin se inclinó hacia delante para poner la botella sobre la mesa, dejando a la vista unos pechos redondos y turgentes en la luz tenue y ocre que envolvía la habitación.

—Tengo un tatuaje en el culo —añadió—. ¿Te has dado cuenta esta mañana? Quería que lo vieras. —Pike la miró fijamente sin decir palabra—. Es un delfín. Los delfines me parecen unos animales preciosos. Los puedes ver correr a toda velocidad bajo el agua. Tienen una sonrisa maravillosa. Cuando van tan deprisa parecen felices. Me gustaría ser un delfín. Me gustaría ser como ellos.

Larkin rodeó la mesa en dirección a Pike y se plantó delante de él. Pike sacudió la cabeza.

—No.

Larkin se arrodilló y apoyó la palma de su mano en uno de los hombros de él tapando su tatuaje.

—¿Por qué te tatuaste esas flechas? Dime por qué. Quiero saberlo.

Pike se movió lo justo para apartar su mano. Le agarró los brazos y la apartó con delicadeza.

—Te ruego que no vuelvas a hacerlo.

Larkin se quedó absorta por un momento en un punto indeterminado que se interponía entre ambos, y después volvió al sofá. Pike observó su perfil, la mitad de su cara iluminada por el sucio resplandor de la cocina, la otra oculta en la penumbra. Sus ojos brillaron con la luz que entraba por las ventanas.

—Todo saldrá bien —le aseguró—. Estás a salvo.

—No lo sé. No conozco a esos tipos del gobierno, ni tampoco a Meesh o a los

King. No sé nada sobre el blanqueo de dinero procedente de Sudamérica. Sólo pretendía ayudar. No sé lo que estoy haciendo aquí. No comprendo qué es lo que está sucediendo en mi vida. —El brillo se expandió por sus mejillas—. Estoy aterrorizada.

Pike sabía que era un error, pero aun así se dirigió hacia el sofá. La rodeó con un brazo tratando de consolarla, de la misma forma en que solía consolar a la gente cuando era policía, a las madres de los que habían recibido un disparo o a los niños que habían sido víctimas de un accidente de tráfico. Apenas la tocó, Larkin se acurrucó contra su cuerpo y le tocó el pecho con una mano que, poco a poco, empezó a deslizarse hacia abajo.

—No —susurró Pike.

Larkin se levantó bruscamente del sofá, se precipitó al dormitorio de delante y cerró la puerta.

Pike se sentó en el sofá, envuelto en la oscuridad y la calma que reinaban en la casa. Llevaba despierto veinticuatro horas, pero sabía que si conseguía conciliar el sueño éste no duraría más de una o dos horas. Se quitó la camiseta y a continuación deambuló sigilosamente por la casa; entraba en las habitaciones, escuchaba el ruido de la noche a través de las ventanas, y a continuación seguía su recorrido. Cuando llegó a la puerta de Larkin oyó que estaba llorando.

La luz que se filtraba a través de uno de los resquicios de las persianas trazaba una raya a sus pies.

Pike llamó a la puerta.

—Larkin. —El llanto se interrumpió, y Pike supo que le escuchaba—. Las flechas. Las flechas significan que uno controla lo que es cuando avanza, no hay que retroceder bajo ningún concepto, hay que seguir adelante. Eso es lo que hago yo y eso es lo que haremos.

Pike esperó, pero la chica no hizo ningún ruido. Pike se sintió avergonzado y se arrepintió de haber tratado de explicárselo.

—Ahora me conoces mejor —añadió.

Pike se dio media vuelta y apagó las luces de la casa. Volvió a la sala y permaneció de pie en la oscuridad, escuchando. A continuación se extendió sobre el suelo y, en silencio, se puso en la posición de hacer flexiones.

Hizo una flexión tras otra. Solo. Esperando a que la noche pasase.

En alerta.

# **SEGUNDO DÍA LUZ EN EL AGUA**

La luz empezó a entrar por las ventanas alrededor de las cinco y media de la mañana, envolviendo la casa de Echo Park con el resplandor marrón de un estanque de agua. Pike ya se había lavado y vestido. Se había puesto un par de vaqueros, su camiseta gris sin mangas y las zapatillas de deporte. Estaba de pie en la sala. Desde esa posición podía ver la casa en toda su longitud, desde la puerta delantera hasta la trasera, a través de la cocina. Tres puertas conducían desde el minúsculo vestíbulo a las dos habitaciones y al baño. Llevaba plantado allí casi una hora.

Había dormitado algunos minutos sobre el sofá esa noche, pero en ningún momento se había quedado completamente dormido. Cada hora, poco más o menos, se levantaba y recorría la casa para controlar las ventanas y escuchar. Las casas son seres vivos, igual que los castillos, los bosques y los barcos; cuando todo va bien los sonidos que emiten no tienen nada de extraño, y Pike había estado muy atento para comprobar si era así. Había entrado dos veces en la habitación de la chica y la había encontrado roncando suavemente en ambas ocasiones, la primera echada boca abajo, la segunda de costado y con las sábanas enrolladas. En ambas ocasiones se quedó de pie tranquilamente en la oscuridad, escuchando su respiración, y comprobó las ventanas antes de regresar a la sala.

A las cinco y cuarenta de la mañana Larkin salió del dormitorio y entró en el cuarto de baño sin percatarse de su presencia. La luz del baño se encendió, la puerta se cerró, ella hizo sus necesidades y después se oyó el ruido del agua de la cisterna.

Pike permaneció inmóvil.

La puerta se abrió mientras ella apagaba la luz. Salió arrastrando los pies del cuarto de baño, levantando un hombro más que otro, y en ese momento lo vio. Sus ojos eran unas aberturas hinchadas, seguía medio adormecida.

—¿Por qué llevas puestas las gafas en la oscuridad?

Pike no respondió.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntar la chica.

—Estoy de pie.

—Eres un tío raro.

Larkin volvió a su habitación con paso cansino. La cisterna del váter acabó de llenarse; ya no se oía correr el agua y en la casa reinaba de nuevo el silencio.

Pike no se movió.

Pasados dos minutos de las seis de la mañana, su nuevo teléfono móvil vibró. Pike respondió al ver que se trataba de Ronnie.

—Dime.

—La alarma de tu edificio ha empezado a sonar hace doce minutos.

Cuando se recibía un aviso de alarma la compañía de seguridad llamaba en primer



lugar al abonado para comprobar que todo iba bien. Las falsas alarmas eran habituales. Pike había indicado a su compañía el número de Ronnie para el caso de que se produjese una alarma. También les había pedido que no lo notificasen a la policía.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Pike.

—Que todo iba bien y que debían reajustar la alarma como dijiste. ¿Quieres que me dé una vuelta por allí?

—No, yo me encargo. —Pike se quedó pensativo por un momento y añadió—: Vuelve a llamar a la compañía de seguridad. Pregúntales si han recibido algún aviso del almacén, queremos una respuesta completa.

—Entiendo.

Pike colgó el teléfono y a continuación comprobó la hora. La alarma debía de haber saltado cuando rompieron la puerta de entrada o una ventana. Quizá se encontraran todavía en su casa. Si se dirigía a ella lo más probable era que quienquiera que hubiese entrado se hubiese marchado ya, a menos que su plan fuese quedarse allí, y eso a Pike le daba igual. Él debía quedarse con la chica.

Pike se los imaginó en su casa. Estaba seguro de que era sólo cuestión de tiempo y ahora que había llegado el momento se alegraba. Habían averiguado su nombre y su dirección y ahora tratarían de encontrarle. Las circunstancias hablaban por sí solas: alguien que sabía su nombre se lo había facilitado, y las únicas personas que podían haberlo hecho pertenecían al entorno de la chica: Jon Stone y Bud Flynn. Era el único modo, de manera que alguien lo estaba traicionando. Pike no se había equivocado al dejarlos al margen del asunto.

Confiaba en que lo esperasen en su casa, pero lo más probable era que se dirigieran a la tienda y que después regresasen al edificio de apartamentos. Tarde o temprano se enterarían de la relación que lo unía con Cole, pero antes irían a la tienda. Su manera de manejar aquel asunto le diría mucho sobre la envergadura de su operación y sobre sus habilidades. Es importante conocer al enemigo.

La chica seguía durmiendo. La noche había pasado y seguía viva. Había cumplido con su deber, aunque todavía le quedaba mucho por hacer.

Pike dejó dormir a la chica y llamó por teléfono a Cole para informarle. Luego regresó a la sala y siguió esperando de pie. Su pulso se había calmado. Tanto su cuerpo como su mente estaban en paz. Podía esperar así durante días y tenía que dar un buen golpe.

## ELVIS COLE

Otra de las clásicas conversaciones telefónicas de Pike. Cole se hallaba en su muelle, sudando con las *asanas* cuando había empezado a sonar el teléfono. ¿Quién sería a las seis de la mañana?, se había preguntado antes de entrar cojeando y responder al aparato.

—¿Dígame?

—Te lo advierto. Acaban de entrar en mi casa.

Clic.

No «¿Hola, cómo estás?». Tampoco «¿Qué estás haciendo?». Y aún menos «¿Qué te parece tal cosa?»...

Clásico.

Cole terminó sus *asanas*, se dio una ducha rápida, desfundó la vieja 38 que Georges Feider le había dado y se preparó una taza de café. Sacó la pistola, el café y el material sobre George King y Alexander Meesh a la terraza. La noche anterior había pasado un buen rato averiguando cosas sobre ellos en internet. A Cole parecía no preocuparle en absoluto la idea de un posible asalto de los sicarios de camisa negra, de manera que usó el arma como pisapapeles para evitar que la información que había recopilado saliera volando.

Era una mañana deliciosa que presagiaba un día abrasador.

Cole contempló la bruma lechosa que invadía el cañón mientras saboreaba su café. Vio que un halcón de cola roja volaba en círculo por encima de su cabeza buscando ratones o serpientes.

—¿Qué piensas? —le preguntó—. ¿Hoy es su día o no?

Un gato negro estaba sentado a su lado en la terraza, escrutando el cañón a través de la barandilla. El gato no le respondió. Suele suceder cuando uno habla con ellos.

—Te da envidia no poder volar.

El gato parpadeó como si estuviese a punto de quedarse dormido, y de repente empezó a lamerse el pene. Los gatos son unos animales asombrosos.

Cole observó al halcón. Un día después de regresar del hospital, Cole había salido a la terraza al amanecer y se había enfrentado a doce saludos de hatah yoga (y desde entonces lo había hecho a diario). La primera mañana no había estado muy atinado, o al menos no por completo, pero había hecho todo lo posible, y al acabar se había sentado en el borde del amarradero para contemplar al halcón. El ave volvía todos los días, pero Cole jamás lo había visto atrapar algo. Aun así reaparecía todas las mañanas para buscar algo que nunca encontraba. Cole admiraba su tenacidad.

Se preparó más café y acto seguido volvió a leer el material obtenido en internet

sobre George King. King era un promotor inmobiliario de Orange County que había empezado su carrera construyendo una casa unifamiliar para especular con un presupuesto reducido que sus suegros le habían prestado. Era la clásica historia del hombre hecho a sí mismo: King había vendido la primera casa para obtener cierto beneficio, luego había construido tres más que habían ido seguidas de dos pequeños centros comerciales. Después de los centros comerciales llegaron los edificios de ciento sesenta apartamentos. Los apartamentos condujeron a una empresa inmobiliaria que ahora construía centros comerciales, urbanizaciones y oficinas de lujo en California, Arizona y Nevada. En ninguno de los artículos se aludía a posibles irregularidades, actividades ilegales o prácticas comerciales dudosas. De acuerdo con la información que Cole había leído, George King era un ciudadano intachable.

Al contrario que Alexander Meesh.

Cole no había podido encontrar nada sobre él en internet. El último dato del informe que Pike le había proporcionado era de hacía seis años y apuntaba a la posibilidad de que Meesh hubiese abandonado el país y residiese en Bogotá. La ausencia de seis años hacía que las noticias sobre él fuesen viejas.

Leer aquel informe era como leer la versión televisiva de la vida de un criminal con una carrera de veinte años a sus espaldas. Era posible obtener una versión detallada con fotografías, huellas digitales e incluso ADN. La versión limitada incluía la lista cronológica de crímenes, condenas, encarcelaciones, descripciones, cómplices y órdenes de detención.

Meesh era una joya. Había sido acusado de dos cargos por asesinato en primer grado, en siete ocasiones por conspiración para cometer asesinato, y en dieciséis ocasiones por chantaje, todos en Colorado. Meesh, que supervisaba varias bandas de secuestradores, había asesinado a un camionero y a su mujer en Colorado Springs. Meesh creía que el conductor le había engañado entregando una serie de pantallas de plasma a una banda rival de secuestradores. Meesh había arrojado aceite de cocinar hirviendo sobre la mujer del conductor. Y no sólo una vez, sino varias, en lo que había constituido una sesión de tortura que se había prolongado durante veinticuatro horas. A continuación se ocupó del conductor. Los testigos del suceso aseguraban que, con esta acción, Meesh pretendía que las restantes bandas de la zona comprendiesen que él era el dueño de esas carreteras.

Cole releyó esa parte y observó de nuevo al halcón. Con toda probabilidad, los halcones no arrojaban aceite hirviendo sobre los de su especie. Luego escrutó al gato, que seguía contemplando el cañón a través de los tablones. Se preguntó si el halcón y el gato no estarían buscando la misma cosa.

—Eh, amigo.

El gato se acercó a él y apoyó la cabeza en su mano. Acariciando al animal resultaba más fácil olvidar ciertos horrores como la carne abrasada.

Cole se concentró de nuevo en el expediente. Nada explicaba cómo era posible que un criminal originario de Denver se hubiese convertido en el operador financiero

de una banda de traficantes de droga sudamericana, pero eso a Cole no le importaba. Quería averiguar el paradero de Meesh y éste no estaba ahora en Sudamérica sino en Los Ángeles.

Los historiales criminales incluían las listas de sus cómplices conocidos, entre los que se encontraban también sus amigos, sus parientes y los miembros de sus bandas. Cole esperaba encontrar el nombre de un cómplice que residiese en Los Ángeles, pero los nombres, al igual que los arrestos de Meesh, se limitaban a Denver. Era posible que uno de los amigos de Meesh se hubiese mudado a Los Ángeles durante los últimos seis años, pero Cole debía verificarlo para estar seguro. Las probabilidades eran escasas, pero aun así hizo una lista de los nombres originarios de Colorado. Más tarde trataría de averiguar si alguna de esas personas tenía conexiones con Los Ángeles y a partir de ahí intentaría encontrar a Meesh.

Mientras realizaba la lista un latigazo gris cayó en picado desde el cielo. Cole alzó la mirada risueño; quería ver lo que había capturado el halcón, sólo que en ese momento llamaron a la puerta. Lo primero que pensó fue que Alexander Meesh había venido para quemarlo con grasa de tocino, pero Cole era propenso a imaginar cosas descabelladas. Cojeando, se dirigió hacia la puerta con la pistola y acercó el ojo a la mirilla.

Dos hombres estaban delante de la puerta. El cristal de la mirilla deformaba sus caras. En cualquier caso no parecían dos asesinos que soliesen usar grasa de tocino. El hombre que aparecía delante estaba tan moreno como un jugador de golf y tenía el pelo corto y castaño. Llevaba un chaquetón deportivo marrón que desentonaba en el verano de Los Ángeles, especialmente a las siete de la mañana. El tipo que se encontraba detrás era negro y más alto, vestía un chaquetón Seersucker y llevaba gafas de sol.

Cole se llevó la pistola a la espalda, se la metió en el cinturón y se sacó la camiseta de los pantalones para ocultarla. A continuación abrió la puerta.

—¿Elvis Cole? —preguntó el hombre que estaba delante.

—Está en Austria, ¿quiere dejarle un mensaje?

El tipo sacó la funda de cuero con la insignia de los federales.

—Agente especial Donald Pitman. Departamento de Justicia. Nos gustaría hablar un momento con usted.

Entraron sin esperar a que Cole les invitase a hacerlo.

Fuera de los muros de la casa de Echo Park el vecindario se iba despertando mientras el sol ascendía lentamente. Los fringílidos y los gorriones piaban. Los aspersores de la casa de al lado se pusieron en marcha, funcionaron durante veinte minutos y luego pararon. Los coches empezaban a moverse suavemente. Las persianas quebradizas que cubrían las ventanas resplandecieron hasta que la casa fue invadida por una tenue luz dorada. En mañanas tan silenciosas y pacíficas como aquella a Pike le parecía sentir el movimiento rotatorio de la tierra. Se preguntó si alguien permanecería en su casa.

La chica seguía durmiendo.

Pike echó café molido en un pequeño cazo, lo llenó de agua y luego lo puso al fuego. Hacía ya muchos años que preparaba el café de esa forma. Esperaba a que el agua hirviese y después lo filtraba con papel de cocina, aunque en ocasiones ni siquiera se molestaba en hacer esto. El café estaba bueno en cualquier caso. El filtro sólo lo mejoraba.

Al cabo de unos minutos el café rompió a hervir. Pike contempló por un momento cómo se enturbiaba el agua, después apagó el fuego y lo dejó reposar. No se molestó en utilizar el papel de cocina; lo sirvió directamente en una taza Styrofoam y lo llevó a la mesa. Justo cuando acababa de sentarse vibró su móvil.

—¿Puedes hablar? —le preguntó Cole.

Pike podía ver la puerta del dormitorio de la chica desde la mesa. Estaba cerrada.

—Sí —repuso.

—Esta mañana se han presentado en mi casa dos agentes del Departamento de Justicia. Donald Pitman y Kevin Blanchette. Me ha traído tu pistola. Todavía estaba en una de las bolsas de prueba de la policía de Los Ángeles.

—Ok —dijo Pike.

—No mencionaron a King, a Meesh ni a la chica, no hicieron ninguna referencia a nada de todo eso. Tampoco me preguntaron si sabía lo que estaba pasando o si te había visto. Se limitaron a darme la pistola y a pedirme que te dijese que se estaban ocupando de eso.

—A partir de ahora no deberías llamarme desde tu casa.

—Estoy en la de mi vecino.

—Ok.

—Pitman dijo que, en caso de que te pusieses en contacto conmigo, te pidiese que le llamas. ¿Quieres su número de teléfono?

—Lo tengo.

—Añadió que lo de la pistola es una prueba de su buena fe, pero que si no le llamas la buena fe se acabará.

—Entiendo.

—¿Vas a llamarle?

—No.

—Un par de cosas más. En la información que tengo sobre Meesh no hay nada que le relacione con Los Ángeles o que nos dé un indicio para empezar a trabajar, de manera que los cuerpos son nuestra mejor alternativa. Si logramos identificarlos quizá podamos dar con Meesh.

—Hablaré con Bud.

—No tengo mucho que hacer. Puedo llamar yo.

Pike dio un sorbo a su café y miró la puerta del cuarto donde Larkin dormía.

—Bud se está ocupando del asunto —dijo—. ¿Has averiguado algo sobre la chica?

Cole vaciló y cuando volvió a hablar Pike notó que su tono había cambiado.

—¿No te ha hablado sobre ella?

—¿Qué se supone que debería haberme dicho?

—Esa chica aparece en todas las revistas.

—¿Es una modelo?

—No, no me refiero a eso. Su fama se debe a que es rica. No la reconocí por el pelo corto, la gente resulta diferente cuando la ves en persona. Sale constantemente en la prensa: divirtiéndose como una loca en las discotecas, montando numeritos, ese tipo de cosas. Tienes que haberla visto.

—No leo la prensa.

—Su padre heredó un imperio. Son propietarios de una cadena de hoteles en Europa, un par de compañías aéreas y pozos de petróleo en Canadá. La fortuna de la chica debe de ascender a unos cinco o seis billones.

—Uau.

—Cuando está tranquila no hay problema, pero no la pierdas de vista. Es la típica niñata salvaje de Los Ángeles.

Pike volvió a mirar hacia la puerta.

—Parece estar bien —aseguró.

—Sólo quería que lo supieras.

Pike se sirvió más café. Se había enfriado, pero le daba igual. Se imaginó a Pitman y Blanchette apareciendo en casa de Cole con la pistola. Una muestra de buena voluntad. Se preguntó qué motivo podía empujar a dos agentes federales a hacer una cosa similar, aunque en el fondo le daba igual. Lo que quería era encontrar a Meesh.

—¿Puedes conseguir la dirección de la casa de Bud Flynn? —le preguntó Pike.

—¿Acaso no soy el mejor detective del mundo?

—Se trata de algo que debo hacer más tarde. No puedo ir con la chica ni dejarla sola. ¿Puedes quedarte con ella?

—¿Me estás pidiendo que haga de niñera de una chica calentorra, joven y rica...?

Creo que me las arreglaré.

Pike colgó y acto seguido marcó el número de Bud Flynn, que contestó al tercer tono con una voz ronca y somnolienta. Pike se preguntó si Bud estaría sentado a una mesa en cualquier sitio, bebiendo café de la misma forma que él, pero concluyó que su amigo debía de estar todavía en la cama. A fin de cuentas aún eran las ocho menos cuarto de la mañana. Con toda probabilidad Bud se había acostado bastante tarde.

—Pareces medio dormido —le dijo Pike—. ¿Te he despertado?

Mientras lo decía la puerta de la habitación donde Larkin dormía se abrió y la chica salió de ella. Tenía la cara hinchada de sueño y todavía llevaba puestos el sujetador y el diminuto tanga verde. Aun así en esos momentos su apariencia era menos salvaje.

Pike se llevó un dedo a los labios. «Chiss». Larkin parpadeó somnolienta y después se encaminó hacia el cuarto de baño.

—Me estás matando, Joe —dijo Bud—. ¿Se puede saber dónde demonios estás?

—Estamos bien. ¿Qué es lo que te molesta tanto?

Pike se estaba divirtiendo.

—¡Que te hayas evaporado! Se supone que tienes que cuidar de ella, pero no puedes desaparecer sin más. Los federales están...

Pike le interrumpió:

—¿Cuánta gente sabe que está conmigo?

—¿A qué te refieres?

—¿Tú, tus chicos con sus bonitos trajes de chaqueta de seda, los federales, su familia? Alguien nos ha atacado esta mañana, Bud, de manera que la información se sigue filtrando. La confianza escasea.

Larkin salió del cuarto de baño y entró en la sala palmeando el suelo con los pies descalzos. Pike alzó su taza para indicarle que el café estaba listo y señaló con ella la cocina. Larkin no parecía avergonzarse de deambular por la casa medio desnuda, aunque tampoco parecía darse cuenta. Pasó por delante de él en dirección a la cocina.

Bud seguía hablando con voz vacilante:

—Comprendo lo que dices, pero tenemos ya cinco cadáveres entre manos. Se está llevando a cabo una investigación policial en toda regla y...

Pike volvió a atajarlo.

—Te diré lo que haremos. Larkin y yo nos encontraremos contigo. No se lo digas a su padre ni a los federales ni a los chicos de los trajes de seda. Ven solo y resolveremos esto. ¿Te parece bien?

—¿Dónde?

La chica salió de la cocina con el cazo en la mano. Lo levantó con aire confundido y una expresión que parecía querer decir: ¿qué demonios es esto? Pike alzó un dedo para indicarle que esperase y a continuación miró su reloj. Faltaban trece minutos para las ocho.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó a Bud.

—En casa. En Cheviot Hills.

—La parada de metro Universal City, a mediodía. ¿Podemos vernos a esa hora?

—Sí.

—¿Con qué coche vendrás?

—Con un Explorer de color marrón.

—Déjalo en el aparcamiento del norte. Lo más al norte que puedas. Y espera hasta que lleguemos.

Pike colgó el teléfono. Larkin lo consideró como una señal de que ahora podía hablar y agitó el cazo.

—¿Qué es esto?

—Café.

—Barro más bien, tiene como unos restos dentro.

Pike apuró su taza, se dirigió al sofá y cogió su camisa de manga larga.

—Haz las maletas —ordenó—. Vamos a ver a Bud.

Larkin bajó el cazo y le miró como si estuviese completamente vestida.

—Creí que aquí estábamos a salvo.

—Y lo estamos, pero si sucede algo necesitaremos nuestras cosas.

—¿Y qué va a pasar?

—Cada vez que salgamos de casa nos llevaremos nuestras cosas. Eso es lo que hay.

—Me niego a pasarme el día estrujada en tu coche. ¿Puedo quedarme aquí?

—Vístete, tenemos que darnos prisa.

—Pero si le has dicho que nos veríamos a mediodía. Universal está a sólo veinte minutos de aquí.

—Vamos. Tenemos que darnos prisa.

Larkin se dirigió dando pisotones hacia la cocina y arrojó el cazo a la pila.

—¡Tu café es una mierda!

—Nos tomaremos uno en Starbucks.

No daba la impresión de ser tan salvaje, ni siquiera cuando lanzaba objetos.



Pike no la llevó a Universal y ni tuvieron que esperar hasta mediodía. Cole consiguió la dirección de Bud antes de que salieran por la puerta.

Cheviot Hills era un vecindario de clase alta ubicado en los ondulados terrenos que se extendían al sur del Hillcrest County Club, en el centro de Los Ángeles. La zona estaba salpicada de casas elegantes con jardines immaculados y aceras muy cuidadas. Las casas más grandes estaban próximas al parque. Las que estaban emplazadas al sur, en los alrededores de la autopista I-10, eran más pequeñas, pero aun así quedaban fuera del alcance del salario de un policía. En el pasado, cuando Pike y Bud eran compañeros, los Flynn vivían en un dúplex de Atwater Village.

La casa donde vivía ahora Bud era un pequeño dúplex situado en las proximidades de la autopista. Un Explorer marrón estaba aparcado en el camino de acceso y daba la impresión de haber permanecido allí toda la noche. La casa se encontraba en lo alto de una pequeña colina, precedida de un sendero y un jardín con una leve pendiente que en esos momentos hervía bajo el calor brutal del verano. La mayoría de las casas no habían cambiado desde que fueron construidas en los años treinta y eso daba a la calle un aire de ciudad pequeña y somnolienta. Los jacarandás teñían el coche y el sendero con una nieve morada.

Larkin volvió la cabeza cuando pasaron por delante de la casa y dirigió al edificio una mirada excitada.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tú te quedarás en el coche. Voy a hablar con él.

—Pero ¿y si no está en casa? ¿Qué hacemos si ha salido?

—¿Ves las flores de jacarandá que hay en el sendero? Nada las ha movido.

—Pero ¿y si no está en casa? ¿Y si hubiese mentido?

—Cálmate, por favor.

Pike aparcó al principio del camino que conducía a la casa de Bud a fin de poder ver a Larkin en el interior del coche, se apeó y se dirigió hacia la puerta de entrada. Se detuvo a un lado de ésta de forma que nadie pudiese verle por las ventanas. Acto seguido llamó al móvil de Bud.

—Sabía que eras tú, Joe —dijo Bud—. La pantalla indicaba una llamada anónima.

—Mira tu sendero.

—¿Joe?

—Te he dicho que mires fuera.

Pike oyó cómo se movía al otro extremo de la línea y a continuación la puerta de la casa se abrió y apareció Bud. Vio a la chica, pero a Pike no. Iba vestido para salir, y Pike pensó que había envejecido de repente en las últimas treinta y seis horas. Daba

la impresión de estar cansado.

—Bud —dijo.

Bud no pareció sorprendido. Frunció el ceño de la misma forma que solía hacerlo cuando Pike era un novato, como preguntándose qué demonios había hecho para tener que sufrir a esa persona que arruinaba su vida como si fuese una maldición.

—¿Qué creías que iba a hacer? —preguntó—. ¿Rodear Universal? ¿Llenar el cielo de aviones de reconocimiento?

Pike indicó con un gesto a Larkin que bajase la ventanilla.

—¡Saluda a Bud! —le gritó.

Larkin agitó las manos y saludó desde el coche.

—¡Hola, Bud!

—¿Quieres quedarte aquí con él? —le preguntó Pike.

Larkin giró hacia abajo los pulgares en señal de desaprobación y sacudió la cabeza. Pike se volvió hacia Bud, que seguía enfurruñado.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Es una bonita casa —repuso Pike—. Veo que te ha ido bien.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? ¿Sabes el lío en el que estoy metido?

—Quería que vieses que sigue viva y que está bien. Se lo puedes decir a su padre y al agente especial Pitman. Diles que no quiere volver a casa porque le gusta seguir viva.

Bud se irritó aún más.

—Espera un momento, maldita sea... no se trata sólo de ella. Ha dejado un rastro de cinco cadáveres en dos días. ¿Crees de verdad que Pitman puede decirle a la policía de Los Ángeles: «Todo va bien, nuestro civil mató a esos tipos para proteger a nuestro testigo», y que los de Homicidios del nordeste lo dejarán pasar así? Tienes que ayudar a resolver esto.

A Pike le daba igual que lo dejaran pasar o no. Se preguntó por qué Bud no había mencionado que Pitman había devuelto la pistola. Pero a continuación se preguntó si Bud lo sabría y, en caso de que no fuese así, por qué Pitman no se lo había dicho.

—¿Qué quiere Pitman? —preguntó Pike.

—A ti, a los federales, a un par de jefes de Parker y del *sheriff*, se trata de eso. Tú y Larkin respondéis a sus preguntas y Pitman les dice a los locales que se marchen.

—No sucederá.

—Pitman dice que si no acudes pedirá una orden de arresto por secuestro. —Pike arrugó los labios y Bud se sonrojó—. Sé que es una chorrada, pero tú vas corriendo de aquí para allá y nadie sabe lo que está pasando. Los federales piensan que pueden protegerla. Creen que el problema soy yo y eso es lo que le han dicho a su padre, que no tardará en despedirme.

—Dime una cosa, Bud... ¿Ahora está más segura contigo o conmigo?

—He entregado toda mi documentación personal al Departamento de Justicia. Les he facilitado todo sobre mis hombres: sus móviles, los hoteles y los gastos, todo. El

padre de la chica ha dado a Pitman libre acceso a su abogado, a su personal, a los *e-mails* y a los teléfonos... a todo. Taparemos la filtración.

—¿Quién está controlando a Pitman?

Bud parpadeó como si se estuviese enfrentando a un fuerte viento y al fin sacudió la cabeza.

—No puedo garantizar que esté a salvo —dijo—. Ni siquiera te puedo proteger a ti. Sé que era parte del trato, pero ahora no estoy seguro.

—En lo que a mí concierne, esas filtraciones no tienen importancia.

Bud miró a Pike fijamente por fin. Sus ojos eran dos duras piedras ocultas entre la carne debilitada con los años.

—¿Qué estás haciendo, Joe?

—Estoy buscando a Meesh.

—Eso no es todo. No quiero verme involucrado en algo de este tipo. Pretendes que te ayude, pero yo ni siquiera quiero saber de qué se trata.

—Sólo tengo dos indicios para encontrarlo: los tipos que están en el depósito de cadáveres y los King. Si los King colaboran con él es probable que sepan dónde está y cómo encontrarlo. Quizá pueda llegar a Meesh a través de ellos.

—Siguen en paradero desconocido.

—Los federales deben de saber algo. ¿Puedes echarme una mano con eso?

—Pitman vigila su casa y su despacho las veinticuatro horas del día. Ha pinchado los teléfonos. Incluso ha apostado un hombre junto a su yate. Si esa gente se tira un pedo los federales se abalanzarán sobre ellos. Si tratas de acercarte a cualquier cosa que les pertenezca se abalanzarán sobre ti también.

—En ese caso los muertos son mi única alternativa, ¿qué sabes de ellos?

La cara de Bud se ensombreció, pero se limitó a mirar a la chica y humedecerse los labios.

—Tengo que coger mis llaves. Están dentro, en el vestíbulo. ¿De acuerdo?

Pike asintió con la cabeza.

Bud entró en su casa el tiempo suficiente para pescar las llaves, que se encontraban en un cuenco azul. A continuación Pike le siguió hasta su coche. Bud abrió el Explorer y Pike vio en su interior la misma cartera de cordobán que había visto en el desierto. Bud sacó tres fotografías. Eran las instantáneas que habían sacado los empleados de seguridad durante el asalto a la casa. Pike también los había visto en el desierto.

Bud le pasó a Pike las fotografías y tamborileó sobre la imagen de arriba.

—Este hombre fue uno de los que originariamente asaltaron la casa —le dijo—. Lo mataste en Malibú. Es el único de los cinco hombres que has matado que además era uno de los asaltantes de la casa.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, pero este hombre... —Bud removi6 las imágenes para señalar a un hombre de pómulos prominentes y una cicatriz en un labio— es el monstruo que

golpeó al ama de llaves. ¿Viste a alguno de los otros tipos en Malibú o en Eagle Rock?

—¿Quiénes son?

—No lo sé. No hemos podido identificar a ninguno de los cadáveres que has metido en el depósito. El Live Scan no dio resultado. No encontraron ninguna identificación en los cuerpos y no estaban en el sistema. Puedes quedarte con las fotografías si quieres.

Pike las miró mientras pensaba que era imposible que ninguno de los cuerpos hubiese sido identificado. El tipo de hombre que se suele contratar para un asesinato por lo general siempre tiene antecedentes penales. El sistema Live Scan digitalizaba las huellas dactilares y las comparaba al instante con la información que poseía el Departamento de Justicia de California y con los expedientes del Centro Nacional de Información Criminal, que eran exhaustivos. Si una persona había sido arrestada en algún lugar del país o había servido en el ejército sus huellas dactilares figuraban a buen seguro en el expediente.

—Eso no suena bien —comentó Pike.

—No, en efecto, pero esos cinco tipos estaban limpios.

—¿No llevaban un documento de identificación o una cartera?

—Ningún objeto de carácter personal, maldita sea. Has arrestado a mucha gente, Joe. ¿Recuerdas a muchos pájaros de mierda lo suficientemente inteligentes como para borrar sus huellas antes de cometer el crimen? —Pike negó con la cabeza—. Yo tampoco, de manera que ahí lo tenemos.

Bud cerró el coche de un portazo y después miró fijamente a la chica.

—Supongo que debería disculparme contigo por haberte metido en este lío —le dijo a Pike—, pero no lo haré. Puedes devolvérsela a Pitman. Eliges tú.

Observó a Larkin durante unos instantes más y Pike se preguntó qué estaría pensando. A continuación se volvió y, bajo el nuevo ángulo luminoso, Pike pensó que parecía más duro que nunca.

—Confío en que no abandones a esa chica —añadió.

Pike le contempló mientras se alejaba. Luego regresaron al Lexus y se marcharon de allí sin pérdida de tiempo.

—Parece un buen hombre —comentó Larkin.

—Era un buen oficial.

—Eso fue precisamente lo que le dijo a mi padre, que eras un buen policía. Sus palabras exactas fueron que eras el mejor oficial con el que había trabajado.

Pike no respondió. Pensaba en los cinco hombres anónimos, limpios para cometer un crimen que no dejase huellas. Pike concluyó que podía valerse de ellos para encontrar a Meesh y que incluso sabía ya cómo hacerlo.

*Primer período de despliegue/utilización*

*Llamamiento de la División Rampart  
Vigilancia nocturna, 14:48 horas*

Tenía el uniforme azul oscuro almidonado y limpio, con la raya de los pantalones tan recta que parecía trazada con una regla. La insignia de acero inoxidable y cobre reflejaba la luz como un espejo y el cuero negro de la funda de la pistola y los zapatos brillaba como si hubiesen estado en el cuerpo de Marines. Las gafas militares colgaban de su bolsillo en la posición reglamentaria. El petate, el equipo y el aspecto de Pike estaban en perfecto orden y de acuerdo con las reglas, tal como a él le gustaba.

Pike, Charlie Grissom y Paul P-bag Hernández estaban sentados en la fila delantera de la habitación correspondiente a la División Rampart de la jefatura de policía. Se trataba de su primer día de trabajo después de haberse graduado en la Academia de Policía de Los Ángeles y por primera vez en su vida llevaban una insignia y una pistola cargada. Ese día empezaban sus carreras como agentes de policía en período de pruebas, que en el Departamento de Policía de Los Ángeles se denominaban «novatos».

Pike y el resto de los novatos estaban erguidos en sus asientos y miraban fijamente al sargento Kelly Levendorf, que era el comandante de vigilancia nocturna. Estaba prohibido andar gacho, arrellanarse en los asientos o inclinarse sobre la mesa. El hecho de ser novatos les obligaba a sentarse en la primera fila y mirar hacia delante, y les impedía mirar a los oficiales veteranos que abarrotaban la habitación a sus espaldas. Mientras pasaban lista no podían bromear, así como reaccionar o responder a los veteranos, sin importar cuántos escupitajos recibieran. Todavía no se habían ganado ese derecho. A pesar de que acababan de graduarse en la academia, debían pasar un año tratando de obtener la «certificación de la calle» gracias a los oficiales más veteranos —a quienes se conocía como los P-3—, durante el cual éstos se convertirían en sus profesores, en sus protectores y en sus dioses.

Durante el primer llamamiento estaba previsto que sucediesen dos cosas. En primer lugar conocerían a sus P-3, cosa que Pike estaba deseando hacer, y en segundo lugar se presentarían a los veteranos, cosa que le aterraba. Pike no era muy dado a hablar y menos aún a hablar de sí mismo.

Levendorf asignó los coches patrulla y a continuación hizo un repaso general: desde la actividad criminal y los sospechosos cuya presencia en la zona se suponía o se tenía por cierta, a los cumpleaños de los oficiales y las fiestas de jubilación que estaban previstas. Leyó la mayor parte de los anuncios en un cuaderno grueso y de tres anillas. Cuando acabó lo cerró y miró a los agentes de turno.

—Bueno, varios oficiales nuevos se han unido a nosotros —anunció—, de manera que ahora dejaremos que se presenten. Oficial Grissom, tiene usted un minuto y un segundo.

«Ahí está», pensó Pike.

En la academia cada recluta disponía de un minuto y un segundo para presentarse a sí mismo. Se suponía que éste debía ser breve y preciso, al igual que cuando se dirigía a sus superiores, a los operadores de radio y al público.

Grissom se levantó loco de entusiasmo y se volvió de cara a los presentes. Era un tipo bajo y fornido con el pelo fino y rubio que siempre parecía deseoso de agradar.

—Me llamo Charlie Grissom —empezó—. Me licencié en Historia en el estado de San Diego. Mi padre era un oficial de San Diego, que es además la ciudad donde nací. Me gustan el surf, la pesca y el submarinismo. Siempre estoy buscando amigos para salir a bucear, de manera que si alguien está interesado que me llame. No estoy casado, pero llevo saliendo un año con una chica. Lo único que he deseado en mi vida es ser oficial de policía. Mi padre quería que ingresase en el Departamento de Policía de Los Ángeles, pero yo preferí estar con los mejores... de manera que aquí me tenéis.

Sus últimas palabras elevaron un clamor de aprobación entre el público, pero a medida que se iba aplacando se oyó una voz airada en medio del estruendo:

—Es un gran lameculos.

Con el rabillo del ojo Pike vio que Grissom enrojecía mientras tomaba asiento.

—Oficial Hernández —prosiguió Levendorf—. Un minuto y un segundo.

Hernández lanzó una ojeada a Pike mientras se levantaba y éste asintió imperceptiblemente con la cabeza para animarlo. Pike y Hernández habían sido compañeros de habitación en la academia.

Hernández se volvió para mirarlos.

—Me llamo Paul Hernández. Mi abuelo, mi padre y dos de mis tíos trabajaban en el Departamento de Policía de Los Ángeles... Soy la tercera generación...

El público le ovacionó y aplaudió hasta que Levendorf les pidió que parasen y ordenó a Hernández que siguiese hablando.

—Pasé dos años en el Cal State Northridge jugando al béisbol hasta que me herí. Adoro el béisbol y en especial a los Dodgers azules. Estoy casado. Esperamos nuestro primer hijo para el mes de junio. Quise convertirme en oficial porque los admiro, al igual que mi familia. Así me educaron. Lo llevo en la sangre.

El público aclamó de nuevo a Hernández mientras éste regresaba a su asiento.

Levendorf pidió silencio y a continuación miró a Pike.

—Oficial Pike, un minuto y un segundo.

Todos decían más o menos las mismas cosas, hablaban sobre la educación que habían recibido y sobre sus familias, pero Pike no había frecuentado la universidad y no tenía la menor intención de hablar de su familia. No creía que eso pudiese interesar a nadie, en cualquier caso era asunto suyo. Pike pensaba que lo único relevante era lo que un hombre hacía en un momento concreto, y no si esto era o no lo correcto.

Pike se puso de pie y se volvió. Era la primera vez que veía a los oficiales reunidos a sus espaldas. Eran de todos los colores y edades. Muchos aparecían

sonrientes y relajados, otros severos, y la mayor parte de ellos aburridos. Pike miró a los oficiales que tenían dos rayas en las mangas; muchos creían que aquellas rayas indicaban el grado de cabo, pero en realidad se trataba de los P-3. Uno de ellos sería su oficial de formación.

—Me llamo Joe Pike. No estoy casado. Cuando estaba en los Marines tumbé dos torres de combate...

El público estalló en una aclamación mientras muchos de los oficiales gritaban *semper fi*. En la policía de Los Ángeles había un alto porcentaje de veteranos del cuerpo de Marines.

Levendorf agitó los brazos para ordenarles que callasen y después asintió con la cabeza para indicarle a Pike que podía proseguir.

—Quiero ser oficial de policía porque el lema dice: «Nuestro deber es proteger y servir», y eso es lo que pretendo hacer —concluyó.

Se aprestó a tomar asiento para acabar cuanto antes con el aplauso, pero alguien se rio en las filas posteriores.

—Nos han mandado un Clint Eastwood en toda regla. Un hombre de pocas palabras.

Pike vio que Levendorf fruncía el ceño.

—Esta parte del programa se llama un minuto y un segundo, oficial Pike —dijo Levendorf—, de manera que supongo que todavía le quedan cuarenta segundos. Tal vez nos pueda ofrecer algo más que nos ilustre sobre su persona. ¿Puede contarnos algo de su familia y de sus aficiones?

Pike se puso otra vez de pie y se volvió hacia el público.

—Estoy cualificado como explorador y francotirador y serví en Force Recon, sobre todo en los equipos de reconocimiento de largo alcance, de cazadores y asesinos, y en las misiones de objetivos preferenciales. Soy cinturón negro de taekwondo, kung-fu, wing chun, judo y ubawazi. Me gusta correr y hacer ejercicio. Me gusta leer.

Pike se detuvo. Los del turno lo miraban fijamente. Dado que no sabía si volver a tomar asiento o no, Pike les devolvió la mirada. Nadie aplaudió.

Por fin, un viejo y negro P-3 de pelo entrecano rompió el silencio.

—Gracias a Dios que le gusta leer —comentó—. Pensé que nos habían adjudicado a un gallina.

El público soltó una risotada.

Levendorf dio por concluida la reunión y todos se dirigieron hacia la salida excepto Pike y los novatos, que se quedaron rezagados para conocer a sus P-3.

Los tres oficiales veteranos animaron a la multitud a que abandonara la sala. El fornido oficial que había comentado socarronamente el hecho de que Pike fuese un lector se encaminó hacia Grissom. El segundo P-3 era un oficial asiático con una cara tan afilada como un diamante. Tendió una mano a Hernández. Pike miró al tercer P-3. Era más bajo que él, con el pelo cortado al ras y castaño, atezado y con

una boca fina y absurda. Pike supuso que debía de tener unos treinta años, aunque también era posible que fuese algo mayor. Tenía tres galones de servicio en la parte baja de la manga, lo que significaba que, al menos, llevaba trabajando quince años.

Se dirigió directamente a Pike y le tendió la mano.

—Me alegro de conocerte, oficial Pike. Me llamo Bud Flynn.

—Señor.

—Seré tu oficial de formación durante tus dos primeros meses de despliegue. Después de eso, si sigues por aquí pasarás a la siguiente fase con el resto de los reclutas, pero mientras tanto eres mío por dos meses.

—Sí, señor.

—Puedes llamarme oficial Flynn, señor o como prefieras. Yo te llamaré oficial Pike, Pike o recluta a secas. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—¿Tienes tu equipo?

—Sí, señor, aquí mismo.

—Agárralo y vamos.

Pike se echó la bolsa con el equipo al hombro y siguió a Flynn hasta el aparcamiento. El sol de media tarde era caliente y en el aire flotaba una neblina debida a la contaminación. Flynn condujo a Pike a un maltrecho Caprice que, con toda probabilidad, debía de haber recorrido ya unos trescientos mil kilómetros. Cuando llegaron al vehículo Flynn se lo indicó con el dedo.

—Éste es nuestro negocio. Se llama dos-adam-cuarenta-cuatro, que será además tu nombre cuando te enseñe a manipular la radio. ¿Qué te parece?

—Está bien.

—Es una mierda. Tiene tantos fallos que, con toda probabilidad, cualquier otro cuerpo de policía de América lo habría rechazado. Pero estamos en Los Ángeles, y nuestro asqueroso ayuntamiento se niega a darnos dinero para contratar un número suficiente de hombres o para comprar y mantener el equipo adecuado. Ahora bien, ¿sabes cuál es la buena noticia, oficial Pike?

—No, señor.

—La buena noticia es que somos oficiales de la policía de Los Ángeles. Eso significa que usaremos esos pedazos de mierda de todos modos, y que aun así prestaremos mejor servicio de policía que cualquiera de las ciudades americanas más importantes.

A Pike empezaba a gustarle Flynn. Le agradaban sus maneras, el orgullo que sentía por el departamento y por su profesión.

Flynn puso su equipo en el suelo junto a la parte trasera del coche y, tras llevarse las manos a las caderas, miró a Pike.

—En primer lugar inspeccionaremos el vehículo y después meteremos en él nuestro equipo —dijo—. Pero antes quiero asegurarme de que nos entendemos.

Flynn parecía estar esperando una respuesta, de manera que Pike asintió con la



cabeza.

—Respeto su servicio, pero la verdad es que me importa un carajo —prosiguió—. La mitad de estos agentes estuvo antes en los Marines y la otra mitad está harta de oír hablar de eso. Esto es una ciudad de Estados Unidos de América, no una zona de guerra.

—Sí, señor. Lo entiendo.

—¿Te jode que te diga esto?

—No, señor.

Flynn escudriñó a Pike como si sospechase que le estaba mintiendo.

—Bueno, en caso de que sea así he de reconocer que lo disimulas bien y eso me gusta. Porque ahí fuera no podrás mostrar tus sentimientos a nadie. Sea lo que sea, deberás ocultar lo que sientes sobre los bajos fondos, los degenerados y los ciudadanos con los que tratamos, poco importa que sean criminales o no. ¿Está claro?

—Sí, señor.

Flynn abrió el maletero. Estaba hecho un asco y vacío. Indicó el interior con un dedo.

—Yo conduzco el coche, de manera que mi equipo irá en el lado del conductor. Tú eres el pasajero, de forma que tu equipo irá en el lado del pasajero. Es lo que hacemos en el Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Sí, señor.

—Mete tu equipo, pero no dejes de escuchar ni por un momento lo que te digo.

Pike introdujo su equipo mientras Flynn proseguía hablando:

—En la academia has aprendido todo sobre normas y procedimientos, pero yo te enseñaré ahora las dos cosas más importantes que debes saber. La primera es: verás a la gente aplicándose en lo peor, y yo te diré cómo debes interpretarles. Aprenderás a contar una mentira a partir de una verdad incluso cuando todos mienten, y a entender qué es lo correcto incluso cuando todos se equivocan. Luego aprenderás a impartir justicia de forma ecuaníme e imparcial, que es lo que la gente de esta ciudad se merece. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—¿Alguna pregunta?

—¿Cuál es la otra cosa?

—¿Qué otra cosa?

—La primera es comprender a la gente. ¿Y la segunda?

Flynn arqueó las cejas como si estuviese a punto de dispensar una perla de sabiduría eterna:

—Aprenderás a no odiarles. Conocerás a unos cuantos bastardos ahí fuera, oficial Pike, pero la gente no es tan mala. Te enseñaré a no olvidar nunca esto, porque si lo haces acabarás odiándoles y eso te llevará irremediamente a odiarte a ti mismo. Y no podemos permitirlo, ¿estás de acuerdo?

—No, señor.

Flynn inspeccionó el maletero para asegurarse de que Pike había metido correctamente su equipo, gruñó en señal de aprobación y acto seguido lo cerró. Cuando se volvió de nuevo hacia Pike parecía pensativo, y éste se preguntó si no estaría tratando de comprenderlo.

—Ahora me gustaría hacerte una pregunta —dijo por fin—. Cuando nos explicaste por qué querías ser oficial citaste el lema del Departamento de Policía de Los Ángeles: proteger y servir. ¿Por qué?

—Algunas personas no se pueden proteger a sí mismas. Necesitan ayuda.

—¿Y piensas brindársela tú, oficial Pike? ¿Gracias al kárate y a todas esas cosas?

Pike asintió con la cabeza.

—¿Te gusta luchar?

—No es una cuestión de gustos. Si me veo en la obligación de hacerlo soy capaz.

Flynn cabeceó.

—Nuestro trabajo no consiste en buscar pelea, oficial Pike. No siempre tenemos elección, pero si uno se mete en demasiados líos puede acabar recibiendo una patada en el culo. ¿Alguna vez te han dado una patada en el culo?

—Sí, señor.

Pike no quería mencionar a su padre.

Flynn seguía lamiéndose los labios, tratando de comprenderlo.

—Si nos enzarzamos en una pelea eso significa que hemos fracasado —prosiguió—. Y lo mismo se puede decir cuando apretamos el gatillo. ¿Crees en eso, oficial Pike?

—No, señor.

—Yo sí. ¿Qué crees que significa?

—Que no nos queda más remedio.

Flynn gruñó, aunque esta vez Pike no supo discernir si el gruñido era o no de aprobación.

—Entonces, ¿por qué quieres proteger a la gente, oficial Pike? ¿Te han dado tantas patadas en el culo que ahora pretendes compensar el exceso?

Pike sabía que Flynn estaba sopesándole. Probaba y trataba de interpretar las reacciones de Pike, así que le miró a los ojos.

—No me gustan los matones —repuso.

—Así que pretendes ser el tipo que les da una patada en el culo.

—Eso es.

—Siempre y cuando respetemos las leyes.

Flynn le escrutó durante unos instantes más y a continuación las comisuras de sus tranquilos ojos se arrugaron.

—Dado que soy tu oficial de formación he leído tu expediente, chico —dijo—. Creo que tienes todo lo que un buen oficial de policía necesita. —Pike asintió con la

cabeza—. No hablas mucho, ¿verdad?

—No, señor.

—Eso está bien. Yo hablo por los codos. Ahora entra en el coche. Vamos a proteger a la gente.

Durante la primera hora que pasaron juntos la protección no les supuso un gran esfuerzo. Cada coche patrulla solía vigilar una parte específica de la zona, pero Flynn empezó mostrándole a Pike toda. Durante el trayecto, Flynn repasó los procedimientos a seguir con la radio, permitió que Pike practicara con los operadores y señaló los puntos donde se reunían los delincuentes.

La segunda hora fue más relajada y Flynn le permitió que escribiera dos multas.

Después de redactar la segunda, cuya víctima fue una mujer entrada en años que se enojó al verse pillada saltándose un semáforo en rojo, Flynn dedicó a Pike una amplia sonrisa.

—¿Y bien? ¿Qué te parece el trabajo? —le preguntó.

—Un poco lento.

—Te has comportado correctamente con esa señora. Nada de puñetazos u otras cosas por el estilo.

—Quizá la próxima vez.

Flynn se echó a reír y a continuación dijo a los operadores que empezasen a hacer llamadas. Durante las siguientes dos horas Pike recibió una denuncia de robo de coche de una quinceañera llorosa (el coche pertenecía a su hermano que, con toda probabilidad, la iba a matar), entrevistó al dueño de una tienda de animales que había presentado una queja por embriaguez (un borracho había entrado en su establecimiento y había liberado a todos los gatos y perros de sus jaulas antes de poner pies en polvorosa), escuchó al encargado de una tienda de alimentación quejarse sobre el hurto que se había producido en ésta (el ladrón se había marchado hacía ya bastante tiempo), a un hombre que había encontrado su casa patas arriba al volver del trabajo (también en ese caso el ladrón había abandonado hacía tiempo el lugar), un informe sobre el hurto de una bicicleta (no había sospechosos), sobre el robo de una moto (tampoco en este caso había sospechosos), y la alarma de una mujer que pensaba que un vecino anciano debía de haber muerto en su apartamento (el viejo en cuestión se había ido a casa de su hija en Big Bear Lake).

En cada aviso de alarma el sospechoso o el responsable se había marchado hacía ya bastante tiempo, o incluso nunca había llegado a estar presente. A pesar de ello, Pike registró las declaraciones de los denunciantes, cumplimentó los formularios exigidos y efectuó las correspondientes comunicaciones siguiendo las instrucciones de Flynn.

Mientras se dirigían hacia el este por Beverly Boulevard el operador dijo: «Dos-adam-cuarenta-cuatro, altercado doméstico en el 2721 de Harell, una mujer ha llamado llorando y pidiendo ayuda. ¿Estáis libres?».

Pike quería ir, pero no dijo nada. Le correspondía a Flynn. Éste lo miró y pareció

comprenderlo. Cogió el micrófono.

—Dos-adam-cuarenta-cuatro, entrada.

—Roger, alerta.

Las llamadas domésticas eran las peores. A Pike se lo habían repetido sin cesar en la academia y Flynn se lo había confirmado ya en las pocas horas que habían pasado juntos. Cuando uno responde a un aviso doméstico se adentra en el ojo de un huracán emocional. En esas ocasiones los agentes solían ser considerados como los salvadores o los vengadores, el último recurso.

—Los asuntos domésticos son los más frecuentes a estas horas —dijo Flynn—. Es probable que tengamos que resolver tres o cuatro esta noche, y aún más el viernes. Ese día estalla lo que se ha ido incubando durante toda la semana.

Pike no le respondió. Conocía la violencia doméstica de primera mano. Su padre jamás había esperado al viernes. Cualquiera noche era buena.

—Cuando llegemos a la casa deja que hable yo —prosiguió Flynn—. Observa cómo manejo el asunto y aprende. Pero mantén los ojos bien abiertos. Nunca sabes lo que puede ocurrir en esos casos. La mujer podría dispararte en la espalda mientras vigilas al hombre. En un principio puede parecerse una pobre desgraciada, pero apenas el hombre se calma, se puede convertir en un monstruo. A mí me sucedió una vez. En cuanto le pusimos las esposas al tipo la vieja señora se sintió a salvo. Le cortó el pie con un cuchillo de carnicero.

—De acuerdo —convino Pike.

Pike no estaba preocupado. Suponía que solucionar un altercado doméstico no sería muy distinto de desalojar una casa en una zona de guerra: hay que mirarlo todo, mantener la espalda pegada contra la pared y ser consciente de que alguien puede querer matarte. El resto es coser y cantar.

Se encaminaron hacia un pequeño edificio de apartamentos que se encontraba al sur de Temple, cerca del centro de Rampart. Unas palmeras inmóviles se erigían por encima de sus cabezas y, reflejando el brillo de la luz mortecina del atardecer, intensificaban el color de las casas. El operador les había comunicado que la llamada había sido efectuada por una señora llamada Esther Villalobos. Una pareja de vecinos había estado peleando toda la tarde y la tensión había ido en aumento hasta degenerar en lo que la señora Villalobos describió como «un gran estrépito», durante el cual una joven caucásica llamada Candace Stanik había gritado «¡Basta!» en varias ocasiones, y a continuación había pedido auxilio. El operador no les dijo si otros oficiales habían sido enviados a dicha dirección.

Eran los únicos datos que Pike y Flynn tenían cuando llegaron al lugar de la escena, el resto lo averiguaron a continuación.

Aparcaron el coche patrulla en segunda fila y enfilaron la calle. Pike miró alrededor mientras se apeaba del coche —los vehículos, las sombras cada vez más densas entre los edificios, los tejados circundantes—, fragmentos de espacio y color que podía sentir y ver con la misma intensidad. Despejado. Bien.

—¿Estás preparado? —le preguntó Flynn.

—Sí, señor.

—Vamos a ver qué pasa.

Pike siguió a Flynn en dirección al apartamento de Candace Stanik, situado en la parte trasera de la planta baja y contiguo al de la señora Villalobos. Pike y Flynn sólo podían contactar a la señora Villalobos en caso de que no pudieran acceder al apartamento de Stanik o en el supuesto de que no hubiese nadie en casa.

Flynn se detuvo junto a la puerta de Stanik y ordenó a Pike que permaneciese en silencio. Había luz en las ventanas. Pike no oyó voces, pero sí unos sollozos entrecortados. Flynn miró a Pike y arqueó las cejas para saber si éste los podía oír. Pike asintió con la cabeza. Pensó que su compañero parecía verde a la luz de aquel extraño atardecer.

Flynn señaló un lado de la puerta y susurró:

—Quédate aquí fuera, a un lado. Cuando entre sígueme, pero es posible que ese tipo se haya marchado ya. O quizá se hayan reconciliado y ahora se estén haciendo arrumacos. ¿Me entiendes?

Pike asintió con la cabeza.

—No desenfundes la pistola a menos que veas que yo lo hago —añadió Flynn—. Hay que evitar que la situación se salga de madre. Lo único que pretendemos es aplacar los ánimos. ¿Me entiendes?

Pike volvió a asentir con la cabeza.

Flynn aporreó la puerta tres veces y anunció:

—Policía.

Aporreó una vez más la puerta.

—Abran la puerta, por favor.

El llanto se detuvo y Pike oyó que alguien se movía en el interior del apartamento. Una mujer joven se dirigió a ellos desde el otro lado de la puerta:

—Estoy bien, no necesito nada.

Flynn dio un nuevo golpe.

—Abra la puerta, señora. No podemos marcharnos hasta que no la veamos.

Flynn alzó la mano para llamar en el mismo momento en que la puerta se abría y Candace Stanik se asomaba por el resquicio. A pesar de que la abertura era estrecha, Pike vio que la chica tenía la nariz rota y que su ojo derecho estaba morado. No tardaría en cerrarse. Pike había tenido los ojos así en infinidad de ocasiones. Sobre todo cuando era niño. En la mayoría de los casos el causante había sido su padre.

Flynn apoyó una mano sobre la puerta.

—Apártate, guapa. Déjame entrar y echar un vistazo.

—Se ha ido a casa de su novia.

El tono de Flynn era afable, pero resuelto. Pike admiró la manera en que su voz podía transmitir tanta emoción.

—¿La señora Stanik? ¿Se llama usted así, Candace Stanik?

La voz de la mujer era suave, pero aguda y tensa. Pike no la escuchaba sino que intentaba averiguar si en la casa había más personas. El fuerte olor a éter que flotaba en el apartamento le indicó que alguien había estado consumiendo drogas.

—Sí. Se ha marchado...

—Déjanos entrar, cariño. No podemos marcharnos hasta que no entremos, así que déjanos pasar.

Flynn empujó la puerta con delicadeza hasta que la chica retrocedió. Pike se deslizó al interior del vestíbulo y se apartó de inmediato de su compañero. Juntos formaban un blanco fácil, separados eran mucho menos vulnerables. Pike mantuvo la espalda apoyada contra la pared.

La casa parecía un horno, y Pike empezó a sudar. Se encontraban en una sala estrecha. Mientras Flynn se acercaba a la chica Pike vio un armario a la izquierda y, al otro lado de la sala, una diminuta cocina y un comedor. Un pequeño vestíbulo dividía el comedor. El apartamento estaba limpio y ordenado, exceptuando el hecho de que la mesa de café estaba volcada y que el suelo estaba salpicado de sangre. Candace Stanik estaba embarazada, Pike supuso que de unos siete u ocho meses, si bien apenas sabía nada sobre las mujeres en ese estado. Su camiseta estaba manchada de sangre en la barriga, y en sus piernas y pies descalzos se veían más salpicaduras. Pike vio un pequeño trapo de cocina lleno de hielo que, con toda probabilidad, la chica había usado para aliviar el golpe recibido en el ojo. Tenía dos cortes en los labios y la nariz rota, y se sujetaba la barriga como si tuviese contracciones.

Flynn habló quedamente a espaldas de Pike:

—Paramédicos y unidades adicionales.

Pike pidió por radio que los mandaran y a continuación vio que Flynn intentaba aferrar el brazo de la chica. Ésta se desasió y elevó el tono de voz:

—¡Quiero que lo cojan! Tienen que hacerlo. Se ha marchado a casa de su novia, esa puta...

La chica gruñía cada vez más agitada mientras Flynn intentaba tranquilizarla bajando la voz y tratando de transmitirle su calma.

—Primero nos ocuparemos de ese niño —le dijo—. Creo que es lo más importante.

Flynn trató de agarrar de nuevo su brazo y esta vez la chica se lo permitió, aunque su semblante se crispó.

—Escaparé... —musitó.

—Chisst. No te preocupes, no lo hará —le aseguró Flynn.

Era lo que la chica necesitaba: una figura paternal fuerte y compasiva. Si uno confiaba en él se sentía a salvo. Se ocupaba de ti si se lo permitías. Flynn le acarició los hombros, su brazo la protegería y atenuaría el dolor.

—Antes de nada tienes que sentarte, cariño —murmuró—. Vamos a ponerte un

poco de hielo en la nariz. Yo te cuidaré.

Flynn se volvió hacia Pike. Llevaban menos de un minuto en el interior del apartamento.

—Yo estoy bien aquí. ¿Puedes echar un vistazo en la parte posterior?

Pike asintió con la cabeza.

—Ten cuidado —añadió Flynn.

Pike se alejó sin perder la calma. Observó el interior de la cocina y a continuación se dirigió al vestíbulo. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y dejaba a la vista un lavabo con vetas de jabón, una pequeña bañera y la taza del váter. Pike se encaminó hacia la habitación, que tenía la puerta entornada y la luz encendida. Recordó que Flynn le había recomendado que no desenfundase el arma, pero él lo hizo de todos modos y empujó la puerta.

El dormitorio era un campo minado: bolsas de compra, ropa sucia y cajas desperdigadas por todas partes. La cama matrimonial estaba cubierta por unas sábanas sucias, arrugadas y verdes. La puerta de un armario colgaba abierta en el rincón más alejado de la cama. Las dos ventanas estaban cerradas, al igual que las del resto de la casa.

Pike escuchó. La chica le pedía de nuevo a Flynn que capturase a aquel canalla, añadiendo que tanto él como la bruja de su compañera se dirigían en esos momentos hacia Las Vegas.

Pike quería volver a la sala, pero se detuvo a observar el armario. Se movió rápida y sigilosamente al igual que habría hecho para escapar de su padre en el bosque cuando era pequeño. El silencio era todo. La velocidad era la vida. Tropezó con un cuchillo. Alzó el revoltijo de sábanas y miró debajo de la cama. Nada. Volvió a escudriñar el armario.

Pike no creía que pudiera haber alguien dentro, pero debía asegurarse. La chica hablaba en tono cada vez más alto e insistente y Pike quería echar una mano a Flynn.

La puerta del armario estaba abierta unos doce centímetros. El dormitorio estaba iluminado, pero el interior del armario era oscuro e impenetrable. Pike se mantuvo en la medida de lo posible a un lado y a continuación abrió la puerta de golpe permitiendo que la luz entrase de lleno en el oscuro espacio. Nada.

Llevaban en el apartamento menos de dos minutos.

Mientras comprobaba el interior del armario, oyó un fuerte estrépito procedente de la sala.

—Mátalo —gruñó una voz.

Pike rodeó la cama, cruzó el pasillo a toda prisa y llegó a la entrada. La puerta del armario del vestíbulo estaba abierta de par en par. El novio de Candace Stanik, que más tarde sería identificado como David Lee Elish, empuñaba un arma y rodeaba con un brazo el cuello de Flynn a la vez que impedía que éste desenfundase la suya. Un segundo hombre, que más tarde sería identificado como Kurt Fabrocini,

un delincuente en libertad condicional que había salido ese mismo día, clavaba repetidamente un cuchillo de carnicero en el pecho de Bud. Candace Stanik estaba acurrucada en el suelo. Más tarde averiguarían que el alcohol y el crack que tanto Elish como Fabrocini tenían en la sangre habrían sido suficientes para tumbar a un elefante.

*Elish gruñía sin cesar.*

—Mátalo.

Pike alzó sin vacilar su 9 milímetros y disparó a Fabrocini en la cabeza. De no haber sido porque el ángulo era malo, habría disparado a Elish también. Pike empezó a moverse antes de que el cuerpo de Fabrocini se desplomase. Sabía perfectamente lo que tenía que hacer. Avanzó a grandes zancadas, empujó a Flynn y golpeó fuertemente a Elish en la cara con su pistola. Mientras trataba de ponerse de pie, Elish lo miró con ojos furibundos y enloquecidos. Pike le asestó un segundo golpe que lo dejó inmóvil, lo obligó a doblarse y lo inmovilizó en el suelo. Juntó sus manos en la espalda y le puso las esposas.

Cuando el cuchillo de Elish estuvo por fin a buen recaudo, Pike se volvió hacia su compañero.

—Oficial Flynn.

Flynn alzó la mirada. Sus dedos aferraban su camisa desgarrada, tenía los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes, y el rostro muy pálido.

—Esa maldita camisa... —dijo—. Esa maldita camisa impidió que entrase el cuchillo.

Pike pensó que Flynn se estaba riendo hasta que vio las lágrimas.

Tres horas más tarde les permitieron marcharse. El grupo de tiradores había salido junto al comandante del turno de noche, dos capitanes de Rampart y dos detectives de Parker Center. Pike y Flynn habían sido interrogados por separado, pero ahora estaban de nuevo juntos en el coche.

Flynn iba al volante. Había puesto en marcha el motor, pero no había salido del aparcamiento. Pike sabía que Flynn estaba confuso, pero se imaginó que le correspondía a él decidir si quería o no hablar sobre el tema. Después de todo, él era un simple recluta.

—¿Estás bien? —preguntó Bud.

—Sí, señor.

Flynn se volvió a callar, sólo que ahora parecía estar considerando a Pike de una manera que podía incomodar a éste.

—Escucha, me gustaría analizar lo que ha pasado ahí dentro. Me has salvado la vida y te lo agradezco.

—No tiene que agradecerme nada —repuso Pike.

—Lo sé, pero lo hago de todos modos. Quiero que sepas que aprecio lo que has



hecho. Has visto cómo me atacaban esos dos tipos, has visto el cuchillo y has intervenido rápidamente. Con eso no quiero decir que hicieras algo incorrecto. Me estoy limitando a pensar en lo que has hecho. A veces no nos queda más remedio que matar a alguien, pero nuestro trabajo no es ése.

—Sí, señor, ya lo sé.

—Lo que ha sucedido en esa casa es culpa mía, no he comprobado ese armario, pese a que he visto esa maldita puerta.

—Estábamos registrando el apartamento cuando ha sucedido. Nadie ha tenido la culpa.

—Tú eres un recluta. Hoy era tu primer día de trabajo y me has salvado el pellejo sin parpadear.

Flynn seguía escrutándole, pero sus ojos se habían entornado como si tratase de aferrar algo vago y remoto. Pike se preguntó de qué se trataba.

Flynn apoyó una mano en la de Pike.

—Te has mostrado duro como una piedra. Yo, en cambio, temblaba como una hoja.

Pike sintió que la mano de su compañero le transmitía lo que éste acababa de decir: el leve zumbido que produce un enjambre de abejas tratando de escapar de la colmena.

Pero retiró la mano. Por lo visto había podido leer la mente de Pike y se sentía avergonzado. Los oficiales no solían verse envueltos en tiroteos, pero éstos habían formado parte de la vida de Pike desde que había abandonado su casa. Su casa. En los raros momentos en que pensaba en ella, había sido aún peor: la rabia de su padre, los puñetazos, cinturones y botas que caían como lluvia del cielo, extrañamente indoloros, los gritos de su madre y de Pike... El combate era una menudencia. Pike recordaba que había aceptado intelectualmente la muerte de otros como el medio de evitar la suya. Como cuando, tras haber crecido lo suficiente, decidió ignorar para siempre a su padre. Apenas su padre empezó a temerle dejó de golpearles tanto a él como a su madre. Sencillo. Lo único que preocupaba ahora a Pike era respetar las normas del Departamento de Policía de Los Ángeles. Lo había hecho. El tiroteo había sido limpio. Bud estaba vivo. Pike estaba vivo. Sencillo.

Pike tocó la mano de Bud. Necesitaba ayuda.

—Estamos bien —le dijo.

Bud se secó la cara, pero sus ojos seguían parpadeando y se posaban una y otra vez en Pike.

—Cuando te miro tengo la impresión de que no ha sucedido nada. Acabas de matar a un hombre y tus ojos permanecen serenos.

Pike se sintió avergonzado y retrocedió.

De repente, Flynn se percató de que estaba diciendo tonterías y pareció avergonzarse de sí mismo. Se echó a reír forzosamente.

—¿Estás listo para marcharte? Tenemos que despachar un montón de papelajos.

*Eso es lo peor de disparar a alguien: los malditos formularios.*

*Pike sacó sus gafas de sol y se las puso para cubrir sus ojos.*

*Flynn rompió a reír de nuevo, más alto, con una tensión creciente.*

*—Está oscuro como boca de lobo. ¿Piensas llevarlas por la noche?*

*—Sí.*

*—Como quieras. A propósito, esa cosa de llamarnos oficial Pike y oficial Flynn. Creo que a estas alturas la hemos superado. Me llamo Bud.*

*Pike asintió con la cabeza, pero Bud seguía temblando y en su falsa sonrisa se leía el reproche.*

*Pike habría preferido que nada de aquello hubiese ocurrido. Ojalá no hubiesen respondido a aquella llamada, el día habría finalizado de otra manera. La idea de haber decepcionado a su oficial de formación le hacía sentir mal. Prometió que en adelante pondría más empeño. Quería ser un hombre bueno y correcto, y quería servir y proteger.*

Pike conducía a toda velocidad hacia Glendale y la División de Investigación Científica del Departamento de Policía de Los Ángeles cuando su móvil vibró. Miró el número: Ronnie.

—Dime.

—Han asaltado tu tienda hace catorce minutos —dijo Ronnie—. Esos tipos están dispuestos a trabajar a plena luz del día. Están deseando cogeros.

—¿Quién es? —le preguntó Larkin, que iba a su lado.

Pike alzó un dedo para indicarle que esperase un momento.

—¿Los tipos de seguridad han acudido? —preguntó.

—Código tres, luces y sirenas, y además llamaron a la policía de Los Ángeles. Denny y yo estamos dando una vuelta ahora. Querías una respuesta completa y ahí la tienes.

—Presenta un informe a la policía. Si nos han ocasionado algún daño físico llama al seguro. Si hace falta reparar algo llama para que lo hagan hoy mismo.

—Comprendo. Quieres hacer un poco de ruido.

—Bien fuerte.

Pike colgó y Larkin le dio un golpe en el brazo.

—Te odio cuando me ignoras —se quejó—. Te he hecho una pregunta y tú te has limitado a mostrarme un dedo.

Larkin le enseñó a su vez uno de los suyos, sólo que en esta ocasión no se trataba del índice.

—Vamos a ver a una persona en Glendale —respondió Pike—. Después nos reuniremos con Elvis en el lugar del accidente.

—¿Por qué no volvemos a casa sin más?

—Alguien está tratando de matarte.

—En ese caso, ¿por qué no nos escondemos?

—Alguien te podría encontrar.

—Veo que tienes una respuesta para todo.

—Sí.

Larkin le volvió a dar un puñetazo en el brazo, pero Pike la ignoró en esta ocasión. La miró con el rabillo del ojo mientras se dejaba caer huraña sobre su asiento.

Pike agradeció el silencio. Subieron por el paso de Sepúlveda y a continuación se adentraron en el valle de San Fernando. En esa parte hacía siempre mucho calor y Pike lo sintió a pesar del aire acondicionado del coche. Observó cómo aumentaba la temperatura en el termómetro del salpicadero. Desde Cheviot Hills a Van Nuys la diferencia era de quince grados.

Larkin estuvo quieta durante nueve minutos exactos.

—¿Te gustaría ver cómo me masturbo? —preguntó al cabo.

Pike no la miró ni contestó, aunque se preguntó por qué le habría preguntado semejante cosa. Con toda probabilidad pretendía desconcertarle. Ese tipo de salidas podía funcionar con cierto tipo de personas, pero Pike no pertenecía a esa categoría de gente, de manera que el desconcierto era relativo.

—Puedo hacerlo ahora, en el coche, mientras conduces. ¿Te gustaría? —añadió la chica.

Larkin deslizó sus manos por la barriga hasta llegar al punto en que se unían las piernas.

—Se lo preguntaré a tu amigo —susurró—. Estoy segura de que a él le gusta mirar.

Pike la miró de refilón y siguió conduciendo.

—Hace tiempo estuve en África central y conocí a una mujer —dijo—. Su familia había sido asesinada aquella mañana, dos horas antes de que llegáramos. Se cortó los dedos de la mano izquierda, uno a uno, por su marido y sus cuatro hijos. Empezó por el pulgar. —Pike la miró—. Ése fue su luto.

Larkin cruzó las manos sobre su regazo. Miró a Pike y a continuación por la ventanilla. Se agradecía el silencio.

Siguieron conduciendo bajo el calor abrasador del valle.

## LA MISIÓN SECRETA DE JOHN CHEN

La desesperación es la madre de la innovación, y John Chen era un hombre desesperado. Esa misma desesperación engendra las mentiras, la decepción y un comportamiento dominante, recursos de los que John se había valido con brillante convicción porque —había que reconocerlo— era el criminólogo veterano más inteligente de la División de Investigación Científica del Departamento de Policía de Los Ángeles. En los últimos años John había resuelto más casos (imprescindibles para el avance en su carrera; léase: dinero), acaparado más minutos en las noticias locales (obligatorias para impresionar a las chicas; léase: dado su peso, su estatura y su nuez del tamaño del bocio, necesitaba toda la ayuda que pudiese recabar) y obtenido más aumentos de sueldo debido al mérito (esenciales para poder hacer un *leasing* sobre un Porsche; léase: «No es la palanca de cambio, cariño, es que me alegro de verte») que cualquier otra rata del laboratorio. ¿Y cómo había sido recompensado por poner a la División de Investigación Científica en el mapa y por ascender al estrellato de los criminólogos?

Con más trabajo.

Con un número creciente de casos.

Con menos tiempo para disfrutar del fruto de sus esfuerzos (en pocas palabras: putas y polvos).

John Chen sólo pensaba en el sexo. Era el primero en admitirlo y lo hacía a menudo con todos aquellos que estuviesen dispuestos a escucharlo, incluidas las jovencitas que conocía y que con toda probabilidad trataban de explicarle por qué no era capaz de lograr una cita. La ansiedad acortaba sus encuentros y eso siempre le había pesado, ya que estaba convencido de que cualquier hombre de California había disfrutado de más de un buen bocado, variado y completo desde la pubertad. Excepto él.

Pero ahora había llegado el momento del desquite.

John Chen había conseguido tener novia. Bueno, la verdad es que no era realmente su novia. John lo sabía, no se engañaba. Ronda Milbank era una secretaria casada con dos hijos que vivía en Highland Park y a la que le gustaba beber. Cada dos semanas le decía a su marido que se iba al cine con sus amigas, pero en realidad se dedicaba a deambular por unos cuantos bares con la esperanza de que alguien la invitara a una copa. John Chen se había ofrecido. «Eh, princesa, ¿qué estás bebiendo?». Gimlets. A Ronda le gustaba el azúcar.

Bueno, a decir verdad, John no había dicho exactamente eso, ya que el pánico le había paralizado. Pero se sentó a su lado y, al cabo de un rato, Ronda pegó hebra con

él. Un par de semanas más tarde la volvió a ver en el mismo bar. A altas horas de la noche. Le pagó una copa, después otra y acto seguido —después de haberse bebido tres o cuatro juntos— John le preguntó si quizá, ya sabes, podría verla de cuando en cuando. Ronda le respondió que seguro, que podían encontrarse al día siguiente entre las once y mediodía: «mi marido estará en el trabajo y mis hijos en el colegio».

¡¡¡GOL!!!

Pero entonces surgió el problema. Tal como dijo Jack Webb: ésta es la ciudad, Los Ángeles. Un millón doscientos noventa mil kilómetros cuadrados; varios millones de habitantes; un sinfín de criminales desconocidos y en activo; nueve mil policías de los mejores intentando dar caza a esos sinvergüenzas; cientos de lugares del crimen, cada día más, a todas horas del día: un tsunami interminable de escenarios criminales y de pruebas; todos los indicios debían ser conservados, documentados, registrados, probados y analizados por el personal insuficiente, carente de medios, pero aun así excelente del Departamento de Policía de Los Ángeles.

La División de Investigación Científica.

De manera que John sabía la respuesta antes incluso de preguntar.

—Por supuesto, John, si necesitas relajarte con un polvo a media mañana considérate mi invitado.

¿Qué?

Como si eso durase lo mismo que una bola de nieve en el infierno.

John Chen organizó su salida matutina de la siguiente forma: esa mañana cogió un pedazo de esmalte dental de un kit de comparación y a continuación esperó a que llegase la pausa para el café de media mañana, momento en que los técnicos de laboratorio, los científicos o los criminólogos (que tenían demasiado trabajo como para abandonar sus puestos) se pusiesen a engullir bollos y Cheetos rodeados de muestras de esperma y manchas de sangre.

A las diez y cuarto en punto, John dijo que iba a ver a su supervisor al mismo tiempo que mordía uno de sus bollos de frambuesa Ralphs Marlet y gritaba:

—¡¡¡AAAYYY!!!

John saltó hacia un lado, sujetándose la mandíbula mientras giraba sobre sí mismo sin detenerse hasta que comprobó que todo el personal del laboratorio le estaba mirando.

Entonces abrió la mano y mostró el trozo de esmalte.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Me he roto el diente! ¡Tengo que ir a ver al dentista!

Harriet observó el trozo de esmalte.

—No parece muy grande, quizá sea sólo una esquirra.

—¡Por el amor de Dios, Harriet! Me está matando. ¡El nervio ha quedado al aire!

—Ven aquí, déjame verlo —dijo Harriet.

John se tapó la boca y retrocedió.

—¡Necesito hielo! ¡Necesito una aspirina! ¡Tengo que ir al dentista!

John se percató de que Harriet ya había fruncido el ceño al mirar el reloj. Prefería verle muerto a tener que soportar que la carga de trabajo aumentase debido a su ausencia.

—Te lo ruego, John. Yo también tengo un diente roto. El dolor se calmará. En unos minutos dejarás de sentirlo.

—Es un diente roto, Harriet... hecho trizas, destrozado. Tengo que ir a un dentista.

—¿Por qué no lo llamas antes? Quizá no te pueda recibir hasta más tarde.

—¡Es mi primo! Oye, cuanto antes vaya a verle, antes regresaré. Lo más probable es que acabe alrededor de la una y media.

Hora en que debía despejar el terreno antes de que el marido y los hijos hiciesen su aparición.

Harriet volvió a mirar el reloj enfurruñada, pero al final cedió.

—Está bien —concedió—, pero no cojas tu coche. Llévate una furgoneta. Es probable que te envíe a supervisar un delito cuando salgas del dentista.

«Ni por el forro», pensó Chen.

Aferró una bolsa de hielo para dar mayor verosimilitud a su historia, cogió las llaves y el kit de pruebas y se precipitó hacia la salida. Se detuvo delante de la puerta el tiempo suficiente para asegurarse de que nadie le seguía y acto seguido se deshizo del hielo sin vacilar.

No tenía la menor intención de presentarse en casa de Ronda en una vieja furgoneta de la División. ¡Había lavado el Boxter antes de ir al trabajo, de manera que su talismán sexual resplandecía en esos momentos! ¡Pretendía llegar a casa de Ronda con el mejor estilo!

Chen acababa de llegar a la primera hilera de coches aparcados cuando vio que Harriet le observaba desde la puerta.

«Hija-de-puta...».

Las furgonetas estaban aparcadas en la misma fila, de manera que John se desvió hacia ellas. Se detuvo junto a la primera, se llevó la mano a la mandíbula como si el dolor fuese espantoso, y a continuación agitó los brazos en dirección a Harriet. Ésta no le devolvió el saludo. John siguió avanzando junto a las furgonetas sin dejar de mirarla con el rabillo del ojo. Esa bruja se había quedado clavada allí. Encontró la furgoneta que solía usar, se escondió detrás de ella y contó hasta cien. Cuando por fin volvió a aparecer, Harriet se había marchado por fin. John Chen dio un puñetazo al aire. Por fin iba a recibir la recompensa por el duro trabajo, los sacrificios y las apariciones en las noticias locales. Por fin se iba a quitar de encima el peso de todas esas gilipolleces. John Chen, maestro de criminólogos, iba a echar un polvo.

Mientras volvía en dirección a su coche alguien se interpuso en su camino.

Chen gritó de nuevo, sólo que en esta ocasión era sincero. Luego se tambaleó hacia atrás y cayó hasta que unas manos tan fuertes como unas tenazas lo cogieron y lo sostuvieron.

—Calma, John —dijo Joe Pike—. A menos que quieras hacerte daño.

Chen odiaba cuando Pike hacía eso: surgir de repente de la nada como un monstruo psicopático horadando la niebla. Sólo a un gilipollas podía ocurrírsele algo semejante: aparecer a hurtadillas y asustar a la gente, y Chen había tenido miedo de Pike desde que se encontraron por primera vez. Le había bastado echarle una ojeada para comprender que era uno de esos viciosos de cromosoma doble Y, un cejijunto con cara de tarugo como los que salen en los anuncios de cerveza a quien le encantaba hacer ese tipo de apariciones. Si bien tenía que reconocer que Pike le había echado una mano para desentrañar su primer caso y para adquirir el móvil, aun así le ponía los nervios de punta.

—Me has dado un susto de muerte —protestó Chen—. ¿De dónde has salido?

Pike le indicó con la cabeza el Lexus verde que había aparcado en la fila siguiente.

Chen se irguió de inmediato. Una muñequita caliente con el pelo oscuro y puntiagudo, y los labios más perversos que había visto en su vida, estaba sentada en el asiento delantero. Lo saludó con un ademán de la mano y Chen casi reventó en sus pantalones. La muy bruja debía de ser un fenómeno sexual.

—Esa chica parece una calentorra, tío —comentó—. ¿Se deja?

—Necesito un favor, John.

Chen recordó a Ronda y la oportunidad de pasar una hora con ella. Echó a andar.

—De acuerdo, sí, pero ahora me tengo que marchar. He quedado...

—No puedo esperar.

Chen se paró en seco, seguro de que Pike le molería a golpes si daba otro paso. Lo máximo que Chen podía oponer como objeción era un pequeño chillido de sumisión.

—Pero...

—Es un caso importante, John —dijo Pike—. Podrías volver a tener un buen papel.

Ronda se desvaneció como una burbuja y, de repente, Chen se sintió menos insignificante. Pike y su socio, Cole, se habían dirigido a él en el pasado y John les había sido útil. Otro caso de titular y quizá podría dejar de trabajar para la ciudad, abrir un laboratorio privado y ganarse la vida. O incluso desempeñar el papel de alguien bien relacionado con los servicios del orden de Los Ángeles: ¡podría trabajar como asesor técnico de series de televisión! Hacer carrera, vaya.

Observó de nuevo a la chica.

—La he visto antes. ¿Es una actriz porno?

Pike movió la barbilla de John de manera que éste dejase de mirar a Larkin y se concentrase en él.

—¿Sabes algo de los dos hombres que murieron en el tiroteo de Malibú? —le preguntó.

—Eso es competencia del *sheriff*. Sus laboratorios se ocupan de ese tema.



—¿Y de los tres hombres que fueron asesinados en Eagle Rock?

Chen se preguntó adónde querría llegar Pike con todas esas preguntas.

—Sí, claro —contestó—. Nos corresponde a nosotros, pero no lo llevo yo. ¿Qué quieres?

—Saber quiénes son.

Chen se sintió aliviado y de inmediato volvió a pensar en Ronda. Había imaginado que Pike pretendía algo más complicado.

—No te preocupes —dijo—. Llamaré al comandante encargado de la investigación esta tarde. Él lo sabrá.

—No, John, te equivocas. El Live Scan no dio ningún resultado. Ninguno de los cinco hombres estaba en el sistema.

—De manera que, con toda probabilidad, los detectives recuperaron...

—No se ha encontrado ninguna información que permita identificar a esos cuerpos.

Chen vio cómo su milagroso avance se evaporaba.

—En ese caso, ¿qué piensas hacer?

—Utilizar las pistolas, John. Utilizar las balas.

Chen era consciente de lo que Pike le estaba pidiendo y no le gustaba en absoluto. La policía y los criminólogos que habían investigado en los dos lugares del delito debían de haber recogido todas las armas y cartuchos que hubiesen encontrado en los cuerpos. Esas armas debían de tener ahora sus números de serie y sus características identificativas que podrían o no conducir a sus dueños, pero utilizar las pistolas era poco menos que imposible. La División de Investigación Científica sólo empleaba dos especialistas en armas, y la cantidad de armas de fuego que estaba a la espera de ser analizada era impresionante. La carga de trabajo era tan espantosa que los juicios a menudo empezaban antes de que se hubiese obtenido el resultado de los análisis. De hecho, los jueces solían ordenar que las armas relacionadas con su caso fuesen colocadas a la cabeza de las listas de espera.

Chen no se mostró lo que se dice muy entusiasmado.

—No puedo, el retraso es brutal.

—No sería la primera vez que lo haces.

—Sí, pero analizar una pistola no implica averiguar por necesidad el nombre de su dueño. La mayoría las roban o las compran en la calle.

—Otra cosa... —Pike le mencionó una fecha—. Esa noche se produjo un accidente de coche. La policía de Los Ángeles remolcó al día siguiente un Mercedes plateado que pertenecía a un hombre llamado George King. Lo retuvieron durante veinticuatro horas para examinarlo. Me gustaría saber lo que encontraron.

Chen trató de hacer memoria, pero no pudo recordar la noche en cuestión, el coche o que alguien lo hubiese mencionado.

—¿Se cometió un crimen en él? —preguntó.

—Se vio involucrado en un accidente de tráfico.

—¿Sabes si algunos de nuestros chicos examinaron el choque?

—Quisiera saber lo que encontraron. Llama a Elvis cuando te hayas enterado de algo. Yo no estaré cerca.

Chen volvió a escrutar a la chica y se imaginó que Elvis sabría de sobra dónde encontrar a Pike.

—¿Qué gano yo con todo esto?

—Las balas de los cuerpos de Malibú coinciden con las de Eagle Rock. Se trata del mismo tirador, John. La policía de Los Ángeles y el *sheriff* todavía no las han relacionado. Ni tampoco la prensa.

Chen lo miró fijamente.

—¿Estás seguro?

Pike torció los labios, y el corazón de Chen se aceleró. Si bien John no había trabajado en los asesinatos de Eagle Rock, se encontraba en el laboratorio cuando las correspondientes pruebas entraron en él. Los criminólogos que se ocupaban de Eagle Rock no habían apuntado a una posible conexión entre los dos tiroteos. Dado que las balas se encontraban ahora en dos laboratorios diferentes, la policía iba a necesitar meses, incluso años, para poder establecer una relación entre ambos sucesos, a menos que contase con otros indicios. Quizá nunca llegase a hacerlo, salvo en el caso de que un magnífico criminólogo efectuase ese milagroso adelanto.

—¿Qué me dices de la pistola? —preguntó Chen—. ¿Piensas que una de las que tenemos puede ser el arma?

—Ésa es otra de las cosas que deberías tratar de averiguar. Compara el número de las armas registradas como prueba con las que tú tienes. Mira si los números coinciden.

Los latidos de Chen eran tan fuertes que casi le hacían daño en los oídos. Pike estaba aludiendo a una especie de conspiración y un posible encubrimiento. Aquellos perdedores de las noticias locales quedarían fuera de juego esta vez. Si Chen jugaba bien sus cartas podía acabar saliendo en los medios nacionales. ¡Puede que incluso en *60 minutos*! A esas alturas Ronda se había desvanecido por completo en el recuerdo.

Pike se dirigió hacia el Lexus.

—Comprueba lo que te he dicho, John —le dijo—. Y llama a Elvis.

Luego se introdujo en el coche y arrancó. Chen los contempló mientras se alejaban, en particular a la chica, convencido de que se inclinaría sobre ese afortunado bastardo antes de que alcanzasen la salida.

Chen regresó al laboratorio enfurruñado. Después de todas las prisas que había mostrado por visitar a un dentista, Harriet debía de estarse preguntando por qué ni siquiera había salido del aparcamiento. Pero luego Chen recordó que ella misma le había brindado una solución: le había dicho que el dolor pasaría y que él se lo diría cuando así fuese. A la gente le gusta que le den la razón y el hecho de que volviese antes de lo pensado al trabajo también le haría ganar puntos, de manera que no era probable que quisiese ahondar más en la cuestión.

John Chen no era el mejor criminólogo del mundo por casualidad.

Se dirigió apresuradamente a su laboratorio y se puso manos a la obra de inmediato.

Ronda lo superaría.

Perder tiempo era como perder sangre y Pike sentía que los segundos se iban por el desagüe. Sabía que a la chica le inquietaba volver al vecindario. Su pesadilla se había iniciado en ese lugar. El accidente. Los King. Alexander Meesh. Pero precisamente por ese motivo tenía que regresar. Los animales dejan un rastro a su paso, al igual que los hombres. Puede que Meesh y King hubiesen dejado alguna huella. Pike pretendía que la chica se quedase con Cole y a continuación dirigirse a su casa. El hombre o los hombres que la habían asaltado debían de haber dejado algún rastro y Pike sabía ya dónde encontrarlo.

El trayecto hacia el sur desde Glendale era aburrido debido a los atascos vespertinos, y espantoso a causa de los cables de alta tensión y las playas de maniobras ferroviarias que flanqueaban el río. Era una zona sucia y gris de Los Ángeles que nunca parecía limpia, ni siquiera después de la lluvia. Aunque, cuando por fin cruzaron hacia el oeste, comprobó que el barrio de Larkin no era mucho mejor.

A ambos lados de las calles se alineaban almacenes a la espera de ser normalizados contra los terremotos o demolidos, y otros depósitos y fábricas donde se explotaba a los trabajadores y donde los inmigrantes trabajaban por un salario mínimo. Era una zona completamente industrial.

Cole les esperaba en los alrededores del edificio donde se había producido el accidente, que se encontraba a sólo tres manzanas de la casa de Larkin. Su Corvette amarillo estaba aparcado al otro lado de la calle, pero Cole estaba de pie junto a una puerta cercana protegiéndose del sol.

—¿Qué está haciendo él aquí? —preguntó.

—Trabajar —repuso Pike—. Ha venido antes para determinar el lugar y el momento del accidente.

—No creo que sea muy seguro. ¿Y si me están esperando?

—Elvis nos advertirá.

—¿Y cómo se enterará él?

Pike no se molestó en responder. Volvía a echar de menos el silencio.

La calle estaba abarrotada de coches, pero Pike encontró un lugar donde aparcar a media manzana de la avenida. Cole esperó a que pasase una furgoneta y acto seguido cruzó la calle para reunirse con ellos. Vestía unos pantalones cortos verde oliva, una camisa a flores de manga corta y una descolorida gorra de los Dodgers. Pike pensó que ese día parecía más ágil.

Cole sonrió a la chica.

—Bonito vecindario —dijo—. Me recuerda a Fallujah.

—Bonita ropa —repuso ella—. Me recuerda a un niño de doce años.

Cole sonrió a Pike.

—La adoro cuando habla de ese modo.

Se encontraban en el punto exacto en el que Larkin había chocado contra el Mercedes. Una estrecha avenida se abría a la calle, una sucia hendidura entre dos lúgubres almacenes. Docenas de hombres descamisados y mujeres gruesas tocadas con sombreros de paja deambulaban por ella y compraban botellas de agua o naranjada en una furgoneta de reparto que se había detenido junto a la acera.

Pike escrutó los tejados y las ventanas, y a continuación se dirigió de nuevo a Cole. Quería echar un vistazo, pero antes quería oír lo que Cole tenía que contarle.

—He hecho averiguaciones en todos los establecimientos de las manzanas más próximas —dijo Cole—. Todos cierran a las seis en punto y ninguno de ellos tiene un vigilante nocturno excepto una compañía de navegación que se encuentra por allí... —Indicó con la cabeza el edificio que tenían a sus espaldas—. ¿Ves la verja con el alambre de espino? Como te he dicho tienen un vigilante nocturno, pero el tipo no vio nada. Dice que ni siquiera sabía que se había producido un accidente hasta que los federales fueron a verle.

Pike arqueó las cejas.

—Sí —prosiguió Cole—. Tus federales han estado machacando el tema. Le pregunté por las cámaras de seguridad también con la esperanza de que hubiesen captado algún rincón de esos aparcamientos, en vano. Tienen un par de cámaras en el interior, pero ninguna que muestre la calle.

—¿Llamaste a la puerta y preguntaste sin más? —preguntó la chica.

—Claro. Eso es lo que hacen los investigadores.

—¿Vestido así?

—Sorprendente, ¿verdad?

—¿Conseguiste el informe del accidente? —prosiguió Pike.

—Sí...

Cole sacó un montón de papeles doblados de sus pantalones cortos y apuntó con ellos a la calle.

—El accidente ocurrió ahí, a la entrada de la avenida. La señorita Barkley avanzaba por la calle hacia nosotros... —Indicó la dirección opuesta—. Se dirigía a su casa, que se encuentra tres manzanas más abajo. Bonito edificio, a propósito —dijo mirando a Larkin—. Bien construido.

Acto seguido desdobló las hojas para mostrarles el dibujo que había realizado el investigador del accidente la noche en que éste se produjo. Un rectángulo mostraba la posición del coche de Larkin, junto a las líneas que indicaban dónde había derrapado el vehículo y una serie de medidas. Pike había dibujado varios bocetos como aquél durante su primer año como oficial de patrulla. Una serie de líneas correspondían a un Aston Martin. Las otras eran de origen desconocido.

Larkin se acercó para verlas mejor.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un amigo sacó a escondidas una copia del informe del accidente. Quería ver lo que había sucedido.

—Yo te dije lo que había sucedido.

—Sí, pero de todos modos quería echar un vistazo al informe. En un accidente como ése los agentes buscan testigos.

—¿Encontraron a alguien? —preguntó Pike.

—Eso habría sido demasiado fácil. Exceptuando la señorita Barkley, no encontraron a nadie.

Cole dobló en dirección a la avenida y prosiguió con su relato.

—La avenida prosigue hasta cruzarse con la próxima calle. El edificio de la derecha está abandonado. Las puertas delanteras, traseras y laterales están cerradas con cadenas y éstas están tan oxidadas y llenas de polvo que a buen seguro nadie las ha abierto en varios años. El otro edificio es una fábrica que produce chucherías de cerámica y *souvenirs*. Considerando que uno de los edificios está vacío y que el otro está abarrotado con copias del Hollywood Bowl, no es muy difícil suponer que los King no vinieron hasta aquí para asistir a una fiesta sexual.

—Te lo dije —apuntó Larkin—. Estaban dando marcha atrás.

Cole la miró arqueando las cejas.

—Sí, pero ¿por qué aquí y en ese momento? Sabemos por qué estabas tú aquí. Volvías a casa. Pero ¿qué hacían ellos por estos parajes?

—No lo sé —contestó la chica.

—Eso era retórico.

Pike estudió la posición de los coches en el dibujo y se imaginó el Aston Martin de Larkin de lado en la calle. Había chocado contra la parte del conductor del Mercedes, detrás de la rueda posterior, mientras éste daba marcha atrás. La fuerza del impacto hizo girar el Mercedes un cuarto en sentido contrario al de las manillas del reloj mientras que el Aston Martin dio vueltas sobre sí mismo hasta que se detuvo apuntando al Mercedes, con un faro roto y el otro iluminando la escena. El boceto de la policía se ajustaba a lo que la chica había dicho. Se había apeado del coche con intención de ayudar, pero después había regresado a él para buscar el móvil. Los King habían huido a bordo del Mercedes y Meesh había abandonado la escena a pie.

—¿Por dónde se fue Meesh? —preguntó Pike.

La chica se movió entre ellos como si algo la estuviese esperando y apuntó a la calle.

—Por ahí. Corriendo en medio de la calle. El Mercedes se alejó en dirección opuesta.

Cole se adentró en la calle para poder ver mejor.

—¿Lo viste doblar por ahí? —preguntó.

—No estaba mirando.

—A esas horas de la noche todos estos coches se han marchado y está bastante bien iluminado. Quizá se escondió en un edificio.

—No lo sé —declaró Larkin—. Llamé al 911. El Mercedes se había marchado. Mientras hablaba por teléfono escribí el número de matrícula en mi brazo.

Cole miró a Pike y se encogió de hombros.

—Ahí abajo no hay nada, amigo. He caminado ocho manzanas en cada dirección y he recorrido el camino que conduce a los puentes. A dos manzanas al este está el río, pero he comprobado también esas calles, después tres manzanas en dirección oeste. Algunas personas me han asegurado que esta zona está vacía a esas horas de la noche. No hay ninguna gasolinera, ni siquiera he podido encontrar un teléfono público. Aparte de los tres o cuatro edificios de *lofts* como el de Larkin, varios establecimientos comerciales y obras no hay nada. Hablaré con ellos.

Pike gruñó dispuesto a que Cole prosiguiese con el asunto. Pike quería seguir adelante, pero algo de lo que había dicho Cole le inquietaba.

«A esas horas de la noche todos estos coches se han marchado y está bastante bien iluminado».

Pike volvió a mirar al grupo de trabajadores y a la furgoneta que vendía comida y bebidas, y después a los coches que se alineaban a ambos lados de la calle. Tras desdoblar de nuevo el informe del accidente observó las marcas del derrape.

—¿Cuando chocaste contra el Mercedes éste estaba dando marcha atrás o estaba parado?

La chica sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Cole la miró enfurruñado porque también él le estaba dando vueltas a esa idea.

—En cambio declaraste a la policía que estaba dando marcha atrás —comentó.

—No recuerdo lo que le dije a la policía. Ni siquiera me acuerdo de haber hablado con ellos. ¿Qué importancia tiene?

—En caso de que estuviesen parados, ¿qué se supone que estaban haciendo? —prosiguió Cole—. ¿Vigilaban a alguien o a algo que se encontraba en la avenida? ¿Acababan de subir al coche o se estaban apeando de él? ¿Ves como una cosa lleva inevitablemente a otra?

Pike escrutó de nuevo la calle y se percató de qué era lo que le turbaba. No tenía nada que ver con el motivo de que Meesh y los King se encontrasen allí.

—Dado que la calle estaba vacía podías ver con toda claridad —explicó Pike—. Chocaste, lo que significa que te encontrabas frente a ellos. Da la impresión de que los viste.

Larkin hinchó el pecho como si quisiera sacudirse la presión que sentía sobre los hombros.

—No estoy mintiendo —aseguró.

Las marcas de derrape sostenían su versión del accidente, pero Pike no entendía por qué no había podido evitar la colisión. Pensando que quizás estaba borracha o bajo los efectos de alguna droga buscó la página correspondiente del informe. Nada. Los tests no habían dado ningún resultado.

—No digo nada, sólo intento imaginármelo —aclaró.

—Bueno, da la impresión de que me estás acusando —prosiguió ella—. No los vi. Quizá retrocedieron muy rápido. Quizás estaba mirando la radio. ¿Cuánto tiempo más tenemos que permanecer aquí? Tengo miedo y no me gusta.

Pike miró a Cole. Éste se encogió de hombros y dijo:

—Tengo todo lo que necesito. Puedo acompañarla.

Larkin miró a Cole con los ojos entornados. Seguía irritada.

—¿Me he perdido algo?

—Te acompañará a casa —le contestó Pike—. Se quedará contigo hasta que yo vuelva.

Pike se dirigió hacia el Lexus, pero la chica fue tras él.

—¿Se puede saber cuándo lo has decidido? —inquirió.

Pike no le contestó. No veía ninguna necesidad de hacerlo.

—No puedes venir conmigo —dijo secamente—. Estarás más segura en la casa.

—No quiero estar con él. Me violará en cuanto dobles la esquina.

—Ni en sueños —replicó Cole.

Larkin ignoró su comentario y permaneció junto a Pike.

—Escucha, te pagan para protegerme —le espetó—. Trabajas para mí. A mi padre no le gustará saber que me abandonas con el equipo-B.

Cole abrió los brazos.

—¿Equipo-B?

Pike subió al Lexus, pero Larkin metió el pie para impedir que cerrara la puerta. Su cara parecía tan quebradiza como una máscara de cerámica y Pike recordó de improviso el aspecto que tenía en el desierto cuando se despedía de su padre. Sólo que ahora parecía sentirse más enfadada que traicionada.

Pike suavizó el tono:

—Lo siento, quizá debería haberlo hablado contigo. No pensé que debía hacerlo.

Ella permanecía en la puerta jadeando.

—No puedes venir conmigo, Larkin —agregó Pike—. Nos vemos esta noche.

Tiró de la puerta y la apartó con el brazo. El tiempo seguía pasando inexorablemente y ahí estaba aquella chica bloqueando la puerta. Pike endureció el tono:

—Apártate del coche.

Ella no se movió.

—Apártate —repitió Pike furibundo.

—¿Quieres que la deje sin sentido? —intervino Cole.

La chica retrocedió mientras Pike tiraba de la puerta.

—Gilipollas —murmuró.

Pike arrancó sin mirar atrás y puso rumbo a Culver City.



Cuando se quedó a solas, Pike se sintió como si estuviese flotando en una piscina en un día sin viento, con el sol abrasándole la piel y el cielo límpido sobre su cabeza. No temía lo que pudiera encontrar ni pensaba mucho en eso. Los hombres que habían hecho saltar la alarma podían estar esperándole o no, y esas cosas hay que tomárselas como vienen.

Veinticinco minutos más tarde Pike se detuvo bajo un sicomoro que se encontraba en una calle residencial, a seis manzanas de su casa. Dos niñas y un niño pasaron con sus bicicletas. Tres casas más allá, dos niños mayores se lanzaban una pelota de béisbol. Un perro blanco brincaba entre ellos ladrando cuando la pelota sobrevolaba su cabeza.

Pike se apeó del coche, se quitó la camisa de manga larga y se dirigió al maletero. Escarbó entre las cosas que Ronnie había dejado dentro. Bebió media botella de agua Arrow, cogió su cuchillo de lucha SOG, un par de prismáticos Zeiss, la pequeña Beretta de calibre 25 y una caja de balas de punta cóncava del 45. Era todo lo que necesitaba.

Subió de nuevo al coche y condujo hasta la gasolinera Mobil que se encontraba al otro lado del muro que rodeaba su complejo de apartamentos.

Aparcó detrás de la gasolinera junto al muro. Pike solía poner gasolina allí y conocía al personal, de manera que sabía que no les importaría. Antes de apearse de su coche se enfundó la 25 en la cadera derecha y el SOG en la izquierda. Se aseguró de que la Kimber estaba cargada y a continuación se la puso en la espalda.

Pike se encaminó hacia la oficina y saludó agitando los brazos al hombre que estaba detrás del mostrador.

—Tengo que dejar el coche aquí por un rato. ¿Puedo?

—Como quieras, hermano —contestó el hombre—. Todo el tiempo que haga falta.

Pike se movió rápidamente. Entró en los jardines del condominio por detrás de un edificio bajo que daba a la enorme piscina comunitaria. Una exuberante cortina de plátanos, aves del paraíso y cannáceas ocultaba el muro que amortiguaba el ruido del motor de la piscina, y que rodeaba el perímetro de ésta y los senderos de acceso. Pike se deslizó entre las plantas y se dirigió a los terrenos del complejo.

Había gente paseando por allí, pero Pike se desplazó con facilidad y dio un rodeo para evitar un claro. No le importaba. Disfrutaba de la libertad de moverse sin ser visto.

Pike avanzó de un recoveco a otro y rodeó las zonas de aparcamiento hasta llegar a su edificio, aunque no se acercó a la puerta ni trató de entrar. Se quedó detrás de las

plantas de papel de arroz que había en una de las esquinas para vigilar. Era un buen punto desde el que podía ver el aparcamiento y los edificios de delante. En caso de que estuviesen esperándole, debían de estar en el interior de su edificio o en algún lugar desde el que pudiesen ver su puerta. No tenía sentido que se hubiesen apostado en cualquier otro sitio.

Pike observó los coches que había en el aparcamiento, las cortinas de las ventanas más apartadas y los grupos de plantas idénticos al que lo ocultaba ahora. Se quedó completamente inmóvil y, por primera vez en el día, no sintió el paso del tiempo. Se limitaba a esperar al amparo de ese mundo verde. Vigiló hasta que las sombras se acrecentaron entre las ramas; la luz, cada vez más tenue, moteó las hojas, y algunos vecinos comenzaron a regresar a sus casas como solían hacer. Dos horas más tarde Pike comprobó con satisfacción que no había nadie escondido, pero aun así no se movió. Si alguien le estaba esperando debía de encontrarse dentro de su casa.

Pike contempló cómo el mundo se iba tiñendo de dorado, se bruñía de cobre oscuro después y por fin se tornaba morado envuelto en una sucia calima. Los coches iban y venían. Los vecinos cerraban ruidosamente las puertas de sus jardines y se dirigían a la piscina, algunos de ellos calzados con chanclas. Pike se mantuvo en alerta hasta que la oscuridad fue total y el mundo que quedaba detrás de la vegetación se tiñó de negro. Finalmente, se levantó con la misma lentitud que emplea el hielo al fundirse. Pasó junto a uno de los lados del edificio, controlando cada ventana a la que se acercaba y comprobó que la segunda de ellas había sido forzada. Eso era lo que había hecho saltar la alarma de Pike.

Escudriñó el interior, pero sólo vio sombras. No había movimiento ni ruido. Lentamente abrió los postigos, alzó poco a poco la ventana y se introdujo en la casa.

La habitación estaba a oscuras, pero había luz en la puerta que daba a la sala. Pike había dejado una lámpara encendida. Tras desenfundar la Kimber entró sigilosamente en la sala. No había nadie sentado en el sofá o en la silla Eames donde solía leer. El único movimiento era el de la fuente que había en una esquina: un cuenco con agua que borboteaba por encima de unas piedras. Pike se irguió para percibir el espacio, pero los únicos sonidos que llegaron a él fueron los del agua y el zumbido del aire acondicionado.

Quienquiera que hubiese entrado había extremado las precauciones a fin de que Pike no se percatase de su presencia, pero la agenda había desaparecido de la cocina y el teléfono de su dormitorio no estaba donde Pike solía ponerlo. Tampoco la ropa de su armario estaba en su sitio habitual.

Pike regresó a la sala. El televisor estaba colocado delante de la fuente junto a un lector de cedés y otros aparatos electrónicos. La cámara de seguridad que Pike había colocado entre un montón de cajas de cedés y el equipo seguía allí, y encendió la televisión para ver las imágenes. Se habían efectuado varias tomas sencillas a intervalos de ocho segundos, de manera que las imágenes saltaban como si se tratase de diapositivas. Un hombre empuñando una pistola había entrado tras abandonar la

habitación de Pike. No iba enmascarado, no llevaba guantes y tampoco se había pintado la cara de negro. Vestía tan sólo una camiseta, unos vaqueros y unas zapatillas de deporte. Su pelo era más bien largo, liso y oscuro. Era anglosajón o latino, pero Pike no consiguió determinar a cuál de los dos grupos pertenecía. Las imágenes saltaban mostrando su recorrido: en primer lugar aparecía entrando en la habitación, después cruzándola y por último en las escaleras. Un hombre podía adelantar mucho en ocho segundos. Cuando llegó junto a la puerta de entrada del apartamento, entró un segundo hombre. Era más pequeño que el primero y vestía una camisa oscura por fuera del pantalón. Su pelo era también largo y oscuro, pero era más atezado que su compañero, de forma que Pike supuso que era hispano.

En la siguiente imagen, el primer hombre había regresado a la cocina y aparecía arrodillado junto a la puerta. En el suelo se veía un pequeño maletín negro. El segundo hombre daba la impresión de estar sujetando el pomo de la puerta con ambas manos. Las imágenes avanzaban y Pike se percató de que el segundo hombre estaba haciendo unas llaves. El primer hombre volvió a su lado después de haber registrado la casa y las probaron.

Pike detuvo la imagen. Era la mejor que tenía del primer hombre, ya que mostraba tres cuartos de su cara. Pike cogió las fotografías que le había dado Bud y las comparó. El que había hecho llaves no se encontraba entre ellos, pero el primer hombre era uno de los tres que habían asaltado la casa de Larkin. No era el que había golpeado al ama de llaves, pero había estado allí.

Pike hizo retroceder las imágenes hasta que dio con el mejor ángulo posible del tipo de las llaves, apretó un botón y la impresora láser empezó a zumbiar. Pike guardó las nuevas imágenes.

Las tomas de seguridad restantes mostraban a los dos hombres abandonando el piso.

Pike apagó la televisión y permaneció de pie en medio de su apartamento vacío, escuchando la fuente. Evocaba el agradable sonido de un arroyo en medio de un bosque, un sonido natural y reconfortante.

Encendió su móvil y llamó a Ronnie.

—Dígame —respondió su amigo.

—Necesito que Dennis y tú vengáis a casa. Dos hombres, entre unos veinte y treinta años, pelo oscuro, liso y más bien largo, entre un metro setenta y uno ochenta de estatura. El más bajo es, con toda probabilidad, hispano.

—¿Están ahora en tu casa?

—No, pero regresarán. Han hecho una copia de mis llaves.

—Ah. ¿Quieres que les saque las entrañas?

—Bastará con que me informes.

Pike volvió a encender las alarmas y la cámara de seguridad, y se encaminó hacia la nevera. Abrió dos botellas de Corona, arrojó la cerveza a la pila y a continuación puso los cascotes vacíos sobre la encimera. Cuando los hombres volvieran verían que

Pike había estado en casa. Pensarían que, dado que ya había ido una vez, lo más probable era que regresase, de manera que posiblemente decidiesen esperar.

Y eso era justo lo que quería Pike.

## ELVIS COLE

Larkin Conner Barkley no tenía ninguna intención de hablar con él. Cole le preguntó por los dueños y los inquilinos de los edificios cercanos a su *loft*, pero por lo visto hablaba un idioma incomprensible. Los labios de la chica se torcieron en una mueca pensativa y miró hacia la calle como si el coche de Pike fuese un espejismo.

—Apenas puedo creer que me haya dejado tirada así como así —murmuró.

—Es puro nervio —le respondió Cole—. Ese canalla.

—Que te jodan.

—Es la segunda vez que aludes al sexo, y de nuevo me veo en la obligación de rechazarte.

Larkin cruzó la calle sin esperarle y se fue directa al coche de Cole. Hay gente que no sabe apreciar el sentido del humor.

Cole decidió concederle algo de espacio, de manera que condujo en silencio. No podía culparla por estar cansada de responder preguntas y repetir las cosas una y otra vez, y no quería molestarla con su irritación. Todavía tenía algunas preguntas que hacerle, pero las respuestas podían esperar.

Mientras volvían a Echo Park se detuvo en una pequeña tienda de comestibles de Thai Town, suponiendo que era más difícil que la reconociesen en un pequeño mercado étnico. Esperaba que protestase cuando le preguntase si quería entrar con él, pero no lo hizo. Parecía haberse tranquilizado. Larkin examinó las extrañas marcas y los inusuales paquetes mientras Cole llenaba dos bolsas con comida, leche, un bloc de dibujo para niños, una regla de plástico y dos botellas de licor de ciruela. Larkin sólo abrió la boca cuando vio el licor.

—No bebo —declaró.

—Puedes mirar cómo lo hago. ¿Te apetece algo en especial? ¿Fruta? ¿Algún postre?

—No quiero nada.

Larkin volvió a poner expresión de desgana y Cole se sintió aún peor por ella. Cuando regresaron al coche escarbó en la guantera y sacó un iPod que arrojó al regazo de la chica.

—¿Sabes cómo funciona? —le preguntó.

—No me dejará tenerlo.

—Éste sí.

Larkin lo aceptó, pero no quiso escuchar nada.

Cuando volvieron a la casa se dio un baño. No dijo a Cole que tenía intención de hacerlo, ni eso ni cualquier otra cosa. Simplemente desapareció en el interior del

cuarto de baño. Tan pronto como Cole oyó el agua del grifo empezó a colocar en su sitio la comida. Luego puso el bloc y sus notas sobre la mesa. Sus anotaciones abarrotaban por detrás todas las hojas del informe sobre el accidente, y describían con todo detalle cada uno de los edificios y establecimientos comerciales del vecindario de Larkin. Cole se puso a dibujar un mapa que representaba todas las manzanas, trazando una por página. A continuación dividió cada manzana en los edificios que la integraban y apuntó la dirección al lado de cada uno de ellos. También hizo una lista con los nombres de las tiendas y con sus números de teléfono y, por último, añadió las restantes notas que había tomado.

Cuando estaba a punto de acabar el mapa lo invadió cierta inquietud. Ya no se oía correr el agua desde hacía bastante tiempo, pero Larkin seguía en el cuarto de baño.

Cole se dirigió a la puerta y llamó.

—¿Estás bien?

La chica no respondió.

Cole movió el pomo, pero la puerta estaba cerrada. Volvió a llamar más fuerte.

—¿Larkin?

—Estoy en remojo.

Al menos no estaba intentando suicidarse.

Cole volvió a la mesa y se concentró de nuevo en el trabajo. Las tuberías borbotearon cuando la bañera se vació y el agua volvió a correr, pero Cole dejó que la chica siguiera disfrutando de su baño. Si quería arrugarse como una ciruela pasa era asunto suyo. Pasado un rato Larkin salió del cuarto de baño envuelta en una toalla, se encaminó hacia su dormitorio y cerró la puerta. Cole completó el mapa de la calle donde vivía ella y luego trazó las de alrededor. Estaba convencido de que Meesh y los King se dirigían o procedían de un punto situado en uno de los edificios que figuraban en su mapa. Los federales debían de ser de la misma opinión. Doce de las dieciséis personas a las que había interrogado habían hablado también con los agentes del Departamento de Justicia. Pitman, Blanchette y al menos dos agentes más les habían preguntado por el accidente, los King y Meesh.

Cole tenía las ideas muy claras hasta que leyó las notas que había tomado intentando establecer una cronología de los hechos. Entonces vio la discrepancia.

Estuvo trabajando duramente durante al menos una hora antes de que Larkin saliese de su habitación. Vestía unos vaqueros limpios de quinientos dólares, una camiseta ajustada y negra de los Ramones, y llevaba el iPod. Su aspecto era impoluto, sin maquillar, sin joyas y descalza. Se tumbó en el sofá con las piernas colgando sobre el reposabrazos, cerró los ojos y se puso a escuchar el iPod moviendo los pies al ritmo de la música.

—Hola —dijo Cole.

Larkin abrió los ojos y lo miró.

—¿Los federales no sabían que se trataba de Meesh hasta que tú le identificaste?

—preguntó a la chica.

—No.

—¿Fue eso lo que te dijeron?

—Sí, se pusieron como locos cuando por fin obtuvieron su nombre.

Cole se concentró de nuevo en la cronología que había elaborado, aunque en realidad no trabajó en ella. Las doce personas habían sido interrogadas por los federales el día después del accidente, justo al día siguiente, y todas aseguraban que los federales les habían mostrado las fotografías de dos hombres. La descripción de las fotografías coincidía: eran las mismas. Daba la impresión de que Pitman sabía o sospechaba que Meesh era el hombre que había desaparecido antes incluso de que hubiese visto a la chica y que, por tanto, había mentado sobre lo que sabía.

Veinte minutos después Cole vio que algo se movía y alzó la mirada. Larkin se levantó del sofá, se dirigió hacia la ventana y miró la calle. Anochecía y no tardarían en tener que subir las persianas.

—Si tienes hambre te puedo preparar la cena —le dijo Cole—. Sólo quiero acabar esto.

Larkin no le escuchó, absorta en su contemplación de la calle. Pasado un rato cambió de posición para mirar en dirección opuesta.

Cole arrugó un folio y lo lanzó a la espalda de ella. Cuando se volvió se tocó una oreja para indicarle que se quitase los auriculares.

—¿Me has dicho algo? —preguntó Larkin.

—Te he preguntado si tienes hambre. Haré la cena.

—¿Tenemos que esperar a que venga él?

Él.

—Podría tardar —repuso Cole.

—Estoy bien.

Larkin regresó al sofá y se volvió a tumbar, sólo que esta vez sin mover los pies. Cole continuó con su trabajo.

—¿Es cierto que ha estado en África? —preguntó la chica de repente.

Cole alzó la mirada. Larkin seguía echada en el sofá con los pies en alto, pero ahora le estaba mirando, y esto le sorprendió. Pike jamás hablaba de los días en África, aunque al parecer sí lo había hecho con la chica. Cuando tenía que hacer algún viaje, Pike se limitaba a decirle que debía ausentarse por un tiempo. Cole asentía y, unos días más tarde, Pike desaparecía. Un par de días después Pike llamaba para preguntar si todo iba bien. Cole le decía que sí, que todo funcionaba a la perfección, y Pike le respondía que regresaría en caso de que le necesitase.

Larkin malinterpretó el silencio de Cole y soltó una cínica carcajada.

—Creo que sí. Sabía que se estaba preparando —dijo.

Cole juntó los folios y los hizo a un lado. Había trabajado mucho en el mapa y ahora las preguntas superaban a las respuestas.

—¿Qué te dijo? —preguntó.

—Que vio cómo una mujer se cortaba los dedos. Menuda historia. Como si yo me

tuviera que impresionar por eso. Me quiso describir algo espantoso y desagradable para asustarme.

—¿Has cambiado de opinión sobre la cena? He acabado con esto.

—No.

Larkin cruzó los brazos por encima del pecho y clavó la mirada en el techo.

—¿Está casado? —prosiguió.

—No.

—¿Nunca lo ha estado?

—¿Te has enamorado de Joe? Creo que Larkin se está enamorando de Joe.

—Se lo pregunté, pero él no me contestó. Suele hacerlo. Cuando le digo algo me ignora, si bien sé que me está escuchando. No me gusta que me ignoren. Es una grosería.

—Sí, tienes razón.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—Se lo pregunté una vez, pero me ignoró.

A Larkin no le pareció divertida la ocurrencia.

—De manera que él no habla y tú eres de esos que se toma todo a broma —dijo.

—Quizá Joe no te contesta porque piensa que no es asunto tuyo.

—¿Y qué me dices de la cortesía propia de una conversación entre personas educadas? Estoy pegada a un tipo que no abre la boca. Por si fuera poco, nunca se ríe. Ni sonrío. Su semblante es completamente inexpresivo.

—Caramba, en cambio conmigo se ríe a mandíbula batiente. Me cuesta pararlo.

—No tienes ninguna gracia. Eres uno de esos tipos que se cree gracioso, pero no lo eres. Estoy aburrida y encima me has traído a un sitio sin televisión.

Cole soltó una carcajada.

—Seguramente estás acostumbrada a relacionarte con personas que tratan de impresionarte, que intentan ser divertidos o llamar tu atención para gustarte. No confundas eso con el hecho de ser interesante, porque no es lo mismo. A buen seguro Pike es uno de los hombres más interesantes que has conocido en tu vida. Lo único que pasa es que no quiere entretenerte, y no lo hace.

—En cualquier caso yo sigo estando aburrida.

—Prueba a leer un poco. Las chicas guapas y ricas como tú pueden leer, ¿verdad? Las comisuras de los labios de Larkin se arquearon ligeramente hacia arriba.

—Hablas mucho. ¿Significa eso que tratas de entretenerme?

—Significa que intento entretenerme a mí mismo. Eres un poco sosa.

Larkin se levantó del sofá y se dirigió otra vez a la ventana.

—¿Debería haber vuelto ya? —preguntó.

—Todavía es pronto.

Volvió al sofá. En esta ocasión se sentó cruzando los pies. Cole comprendió que no pensaba dar su brazo a torcer. Larkin le miraba enfurruñada como si se estuviese callando algo.



—Bueno, ¿es cierto o no? ¿Ha estado en África? —preguntó al cabo.

—Sí, muchas veces. Ha viajado por todo el mundo.

—¿Por qué lo hizo?

—Joe no le cortó los dedos a esa mujer.

—Me refiero al hecho de ser mercenario. Comprendo cuando te reclutan, pero me parece morboso recibir dinero a cambio de jugar al soldado.

—Joe no jugaba, era un profesional.

—En cualquier caso me parece asqueroso. Cualquiera que disfrute con ese tipo de cosas no puede estar en su sano juicio.

—Supongo que depende de lo que haces y del motivo por el que lo haces.

—Le estás disculpando. Probablemente estás tan loco como él.

A Cole le encantaba la seguridad que demostraba. Sonrió.

—Cuando te contó esa historia de la mujer, ¿te dijo por qué estaba allí?

—Por supuesto que no.

—¿Quieres saberlo?

Larkin miró a Cole como si le estuviese haciendo una pregunta con segundas intenciones, pero al final asintió con la cabeza.

—Un grupo llamado el Ejército de Resistencia del Señor operaba en África central —le contó Cole—, sobre todo en Uganda. Secuestraban a mujeres jóvenes. Asaltaban los poblados que se encontraban en medio de la nada, mataban a todos con sus ametralladoras, saqueaban y a continuación se llevaban a las quinceañeras. Y no a una o a dos, sino a todas. Secuestraron a cientos de jóvenes. Las cogían como esclavas, las violaban, en fin, les hacían de todo. Estamos hablando del Tercer Mundo, Larkin. No se parece en nada a éste. La mayor parte del planeta es así. ¿Lo entiendes?

Larkin asintió, pero Cole se percató de que no lo entendía, de que no podía hacerlo. ¿Cómo puede entender un americano algo semejante?

—No tienen policías, sino caudillos —prosiguió—. No tienen republicanos y demócratas, sino tribus. En Ruanda una de ellas se enfrentó a otra y despedazó a un millón de personas en menos de tres meses. Los habitantes de esos poblados son granjeros, quizá poseen algunas reses, pero en ocasiones esos poblados se reúnen y juntan su dinero. Pensaron que necesitaban contratar a algunos profesionales para acabar con los secuestros, de manera que Joe se puso en camino. Joe y sus chicos (creo que en esa ocasión le acompañaban cinco) llegaron por la tarde. Esa mañana un grupo había asaltado un poblado, había matado a todos y se había llevado a más chicas. El marido y los hijos de aquella mujer habían muerto la misma mañana. Ésa fue la primera cosa que vio Joe cuando entró en el poblado, a aquella pobre mujer mutilándose.

Larkin le miró como si esperase que la historia prosiguiese, pero Cole se limitó a devolverle la mirada. La chica se humedeció los labios antes de preguntar:

—¿Qué hizo?

Cole lo sabía, pero decidió simplificar la respuesta:

—Joe hizo su trabajo. Los asaltos se acabaron.

Larkin miró hacia las ventanas frontales, pero había oscurecido y la luz de la habitación impedía ver fuera.

—Empiezo a tener hambre —anunció él—. ¿Quieres cenar?

Cole tenía ganas de ir a la cocina. Le apetecía beberse una copa de vino y cocinar, pero la chica no dejaba de mirar la ventana y de pasarse la lengua por los labios.

—¿Ha hecho eso muchas veces? —preguntó.

—Ha viajado por todo el mundo.

—¿Por qué?

—¿Por qué alquila sus servicios?

Larkin asintió con la cabeza.

—Es un idealista.

La chica volvió a mirarle.

—Sigo pensando que es espeluznante —dijo—. No lo haría si no disfrutara de alguna forma.

—Quizá tengas razón, pero probablemente no disfruta como insinúas. Venga, vamos a preparar la cena.

Larkin se volvió de nuevo hacia las ventanas.

—Prefiero esperarle.

Cole se dirigió a la cocina, pero no cenó. Pensó en Pitman. Pitman le había dado a Larkin y a su familia una versión de los hechos que ya no coincidía con éstos y que, a buen seguro, jamás lo había hecho. Cole había comprendido el engaño y se preguntó si Pitman no habría mentado también sobre todo lo demás.

## JOHN CHEN

A la unidad de análisis de armas de fuego se la llamaba «la habitación de las pistolas». Cuando entrabas en ella era lo único que veías. Las paredes estaban cubiertas de armarios abarrotados de pistolas. Éstas brotaban de las paredes interiores de los armarios como si fuesen los frutos de un árbol peligroso. Una hilera tras otra de pistolas, colgadas de varillas por el cañón, una junto a otra, almacenadas así porque los analistas iban muy retrasados en su trabajo y no había otro lugar donde guardarlas. Del gatillo de cada una de ellas colgaba una etiqueta con el modelo y el número del caso, a fin de poder identificarlas. Todas ellas habían sido confiscadas, usadas o supuestamente usadas en un crimen. Una cosecha de fruta amarga.

Maldiciendo su jodido destino, John Chen echó una ojeada al vestíbulo desde el cual se accedía a la habitación de las pistolas para asegurarse de que no hubiese nadie en los alrededores. Chen odiaba tener que permanecer allí hasta esas horas, pero los analistas de armas tenían tanto trabajo y tantos fracasos a sus espaldas que aquella bruja esclavista de Harriet Munson se pasaba los días dándoles el coñazo en el cuarto de las pistolas. Así pues, Chen tuvo que esperar a que Harriet se marchase a casa, cosa que hizo mucho más tarque que cualquiera porque incluso ella estaba sobrecargada de trabajo y llevaba mucho retraso. Para empeorar las cosas —y las cosas siempre empeoran, según parecía ser el destino ineludible de John—, lo más probable era que a esas alturas Pike se estuviese convirtiendo en un asesino furioso al ver que seguía sin tener noticias suyas sobre las armas. Al imaginárselo, Chen sintió que se le encogía el estómago. Pike era un monstruo, un asesino a sangre fría y, sin duda alguna, podía romperle el cuello a Chen como si se tratase de un lápiz. Cosa de la que, en parte, también tendría la culpa la bruja de Harriet Munson.

Durante aquella mañana Chen había estado convencido de que iba a poder conseguir cuanto antes lo que Pike necesitaba y que eso le valdría un ascenso, pero no había sido así. Tan pronto como Pike se había marchado, Chen había vuelto al despacho con la historia de su heroico regreso al trabajo. Había planeado importunar a uno de los analistas para que pasase al primer lugar de la lista de análisis las pruebas de Eagle Rock. Mientras describía su dramática recuperación del diente roto, la bruja de Harriet le ordenó acudir a supervisar el lugar donde se había cometido un delito. En ese preciso momento y lejos del laboratorio. «Ve ahora mismo y no se te ocurra parar para mear». Un asesinato con un cuchillo doméstico en Pacoima, por los clavos de Cristo. ¡Precisamente entonces! Por si fuera poco, lo envió también a controlar un cuerpo que había aparecido en Atwater, uno de esos mendigos que vivían en una isla del río Los Ángeles y que había sido encontrado con la cabeza

partida como un melón. ¿Era ése el modo de recompensar a un tipo que había superado el dolor de un diente roto y que había regresado en un abrir y cerrar de ojos a su puesto de trabajo? Chen volvió al laboratorio a eso de las seis de la tarde y encontró a Harriet rondando la habitación de las pistolas como un espíritu. A Pike todo aquel retraso le iba a sacar de sus casillas y se cabrearía, más y más, con John.

Chen vivió una auténtica agonía de nervios hasta que Harriet se marchó y por fin tuvo la oportunidad de acorralar a un analista de armas. A partir de ese momento lo único que tenía que hacer era convencerle de que le pasase las pruebas de Eagle Rock, de manera que él pudiese quitarse a Pike de encima.

Chen se había preparado.

La analista de guardia ese día era una mujer alta y delgada con los ojos muy juntos y los dientes amarillos. Se llamaba Christine LaMolla y Chen estaba convencido de que era lesbiana.

John avanzó sigilosamente por el vestíbulo asegurándose de que no se acercaba nadie, y llamó al timbre. Dado que la habitación estaba llena de armas, la puerta estaba siempre cerrada. Oyó el clic de la cerradura, empujó la puerta y entró.

LaMolla se volvió de su ordenador y miró el café sin sonreír. Las lesbianas nunca lo hacen.

Chen le tendió la taza. Se había precipitado al Starbucks más cercano y le había comprado el moca más grande. Incluso a las lesbianas les gusta el chocolate.

Chen la saludó con su sonrisa dentada.

—Para ti —le dijo.

—No he pedido café.

Chen intentó sonreír por los dos.

—Sé que trabajas hasta tarde y pensé que quizá te vendría bien.

LaMolla volvió a mirar la taza como si pensase que le pudiesen haber añadido un chorro de ácido. John le había pedido que salieran juntos en una ocasión, pero LaMolla lo había rechazado de plano. Lesbiana.

Ahora escrutaba a Chen igualmente intrigada. Todavía no había tocado su café.

—¿Qué quieres, John?

—¿Has oído hablar del tiroteo que se produjo en Eagle Rock? Necesito ver las pistolas.

El señor Indolente, el señor Otro Día Más En El Despacho. LaMolla parpadeó.

—Tú no te ocupaste de ese caso —dijo.

—No, pero ha sucedido algo en uno de mis viejos casos de Inglewood. Creo que podrían estar relacionados.

LaMolla le escudriñó con mayor atención y a continuación cogió la taza de café. Lo olfateó, pero no llegó a probarlo; después se dirigió hacia la puerta, la cerró y se apoyó de espaldas contra ella bloqueando la salida.

John sintió una inesperada, más que ligeramente esperanzada intuición de que, después de todo, quizá no fuese lesbiana; tal vez su suerte en ese tipo de asuntos

estuviese a punto de cambiar para siempre y eso le hizo sonreír ampliamente. Pero a continuación ella arrojó el moca en un cubo de basura.

—¿Qué coño está sucediendo aquí? —preguntó.

Chen no sabía qué responderle ni tampoco comprendía del todo lo que ella quería decir.

—Eagle Rock —repitió LaMolla.

Sus ojos pequeños y brillantes la hacían parecer un ave de presa. Chen estaba confundido. Trató de disimularlo pareciendo confundido.

—Sí, Eagle Rock —dijo—. Tengo que ver las pistolas, Chris. No es importante.

Ella le observó y Chen se sintió avergonzado. Sabía que si ella seguía tensando sus nervios acabaría por encenderse como una motosierra. Se encogió de hombros y trató de parecer inocente.

—Eh, lo único que pretendo es ver esas pistolas. ¿Qué está pasando aquí?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo sabes? Por los clavos de Cristo, ¿me vas a dejar ver esas pistolas o no?

LaMolla negó lentamente con la cabeza.

—Los federales se las han llevado —dijo.

Chen parpadeó.

—¿Los federales?

—Humm. Las tres semi y el revólver que encontraron en Eagle Rock. Eso es lo que me parece extraño. Anoche se llevaron el revólver, un Colt Python 35. Pero luego han vuelto esta tarde a por las semis.

Chen vio que su oportunidad de hacer carrera se desvanecía. Tuvo una visión de la oportunidad perdida en la que Ronda parpadeaba como una luz en la línea de su horizonte. Pero sobre todo se imaginó a Pike dándole una patada en el culo. Pike era un hombre que no daba su brazo a torcer. Que nunca se calmaba.

—¡Pero ésas eran pruebas que pertenecían a la policía de Los Ángeles! —soltó Chen—. Los federales no pueden llevarse nuestro material así como así. Ese material es nuestro.

—Pueden cuando Parker les permite hacerlo.

—¿Parker Center se lo permitió?

LaMolla asintió con la cabeza lentamente mientras seguía mirándole con sus diminutos ojos.

—Lo único que sé es que Harriet recibió una llamada —prosiguió—, pero no me dio detalles, John. Dijo que el sexto piso había ordenado que les dejáramos coger lo que quisieran...

El sexto piso de Parker Center era el piso del poder, el reinado de los ayudantes de los jefes.

—De manera que obedecemos y dejamos que se llevasen las pistolas.

John estaba fuera de sí. Mientras trataba de encontrar una explicación que pudiese

calmar a Joe Pike, se le ocurrió una idea desesperada.

—¿Y qué me dices de los casquillos? —preguntó—. ¿Se los llevaron también?

En el lugar del delito debían de haber recogido también los casquillos, que podían ser comparados y analizados.

Pero Christine estaba negando con la cabeza y sus ojos volvieron a escudriñarle como si tratase de averiguar algo.

—Se llevaron todo —contestó—. Incluso los casquillos.

Chen se preguntó por qué le miraba de aquella manera y sintió que su última esperanza se hacía añicos.

—Chris... ¿Por casualidad no has conservado... ya sabes, uno de los casquillos?

LaMolle exhaló un hondo suspiro.

—Guardé dos, pero figuraban en la lista de pruebas. Los federales verificaron todos los objetos que habíamos encontrado, de manera que se los tuvo que dar también. Pero ¿sabes lo que me parece realmente extraño? —Chen sacudió la cabeza—. Que no firmaron ningún recibo cuando se llevaron las pruebas.

Cada vez que una prueba se enviaba o era trasladada entre varios departamentos o agencias había que firmar un recibo y un documento en el que figuraba el nuevo poseedor. Era el procedimiento habitual. De esa forma la cadena de pruebas permanecía intacta y se prevenían la falsificación, la pérdida o el robo.

—Pero debían hacerlo —dijo Chen.

LaMolla le dirigió una mirada gélida.

—No, John, no lo hicieron. Y ahora vienes tú y me preguntas por las mismas pistolas y por los casquillos. ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sé.

Era evidente que LaMolla no se creía una palabra.

—Hummm.

Pike había mencionado de pasada la existencia de una conspiración, pero Chen se había imaginado que se refería a un par de policías sinvergüenzas. Ahora, en cambio, la impresión era que tanto los federales como Parker Center estaban involucrados en el asunto y que nadie parecía saber lo que estaban haciendo ni el motivo, pese a que se trataba de acciones ilegítimas que ningún agente de policía osaría realizar. La cadena de pruebas era sacrosanta y, en este caso, había desaparecido.

John Chen tuvo miedo. Un miedo que no se podía comparar con su temor anterior, excesivamente melodramático.

Ninguna carrera valía la pena. Ningún trabajo en televisión como asesor técnico, o incluso la vida sexual ardiente que pudiese venir a continuación.

John se sintió de pronto atrapado, aprisionado en una pesadilla claustrofóbica entre un maníaco homicida (Pike), el gobierno federal (que contaba con abundantes asesinos) y el poder en la oscuridad que ejercía Parker Center (que todavía ocultaba la verdad sobre el asesino de la Dalia Negra). No se podía confiar en ninguno de ellos, y cualquiera podía acabar de un soplo con su vida y su carrera sin parpadear.

Las manos de Chen temblaban. El tic de su ojo derecho empezó a chisporrotear como un fuego furioso cuando vio lo que le esperaba en su futuro más próximo: LaMolla le diría a Harriet que él había preguntado por las pistolas y Harriet se lo comunicaría a los de Parker Center. De la noche a la mañana Chen se convertiría en el centro de una investigación. Quizá de algo peor.

Chen trató de decir algo, pero la boca se le había quedado seca.

—No... escucha, Chris, no cuentes... bueno, lo que quiero decir es que Harriet no tiene por qué saber...

LaMolla, que seguía observándole impasible con sus ojos de predadora, descruzó los brazos y abrió las manos remedando a Moisés en el acto de separar las aguas.

—Ésta es la habitación de las pistolas —dijo—. Esta habitación es mía. Y lo mismo vale para las pistolas. ¿Las pruebas que hay depositadas aquí? Son mis pruebas. No me gusta que nadie se las lleve. No me gusta que tú sepas algo sobre eso que yo ignoro. —Bajó los brazos y se alejó de la puerta—. Sal, John. Y no vuelvas hasta que tengas algo que decirme.

Chen pasó por delante de ella y cruzó a toda prisa el vestíbulo. Corrió hacia su coche, subió de un salto al asiento y cerró las puertas. Encendió el motor, pero permaneció sentado con las manos entrelazadas en el regazo, tembloroso y aterrorizado. El peligro lo circundaba, igual que cuando era un niño alto e idiota que solía recibir las palizas de sus compañeros. La destrucción podía venir de todas partes. Como cuando era un niño, incluso caminando, amigo. Mientras te diriges a un vestuario o cruzas el aparcamiento alguien te puede echar encima un montón de mierda. Disparar así, sin más, desde de la nada, bang, justo en la cabeza, sin que nadie pueda ver de dónde procede el proyectil. Pero siempre llega. Siempre.

Chen sacó el móvil del bolsillo. El temblor le impedía teclear los números, pero Pike le había dicho que llamase a Elvis Cole cuando tuviese algo. Con toda probabilidad Pike culparía a Chen de la desaparición de las armas. Incluso podía pensar que Chen se lo estaba inventando todo y se encolerizaría. Pero Cole era amigo de Pike. Tenía la vaga esperanza de que Cole convencería a Pike de que no lo matase. Era su única oportunidad. Su última y mejor oportunidad. Todos sabían que Joe Pike era un monstruo.

En la tranquilidad de la última noche, un resplandor morado procedente del estadio de los Dodgers cubrió las cimas mientras Pike aminoraba la marcha al llegar a la casa de Echo Park. El aire era más cálido que la noche anterior, pero los mismos cinco hombres se apiñaban en el coche que había parado bajo el farol y las familias seguían en sus porches escuchando cómo Vin Scully anunciaba una jugada sobre la que muchos de ellos no sabían nada hacía apenas unos años. El Sting Ray de Cole no se veía por ninguna parte, pero quizás éste lo había aparcado en una de las calles adyacentes. La casa se recortaba contra la oscuridad de la noche únicamente iluminada por el farol y los rectángulos ocres de las ventanas.

Pike aparcó en el sendero y cruzó el jardín en dirección al porche. Los cinco hombres le miraron, aunque no de forma amenazadora.

El porche, protegido de los faroles por el techo que lo cubría, era una cueva. Cole abrió la puerta mientras Pike se aproximaba y salió a recibirle. En el interior, Pike percibió un aroma a menta y a *curry*, y se preguntó qué hacía su amigo allí.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Cole en voz baja.

Pike le describió a los dos hombres que habían registrado su casa y le enseñó las fotografías. Cole abrió la puerta para verlas mejor y a continuación la volvió a cerrar. Pike vio que la chica se encontraba en la cocina, al fondo de la casa, escuchando un iPod. Pike se había deshecho del suyo en el desierto.

—¿Dónde ha conseguido ese iPod? —le preguntó a su amigo.

—Es mío. He preparado algo de cocina tailandesa, si quieres comer algo. Es lo que hay.

Pike guardó las fotografías. Lo de la comida tailandesa no sonaba mal. Cole se alejó un poco más de la puerta y volvió a bajar la voz.

—John Chen me ha llamado esta noche. ¿Has hablado con él?

—Esta mañana.

Cole miró la puerta como si temiese que la chica hubiese pegado la oreja al otro lado.

—Los federales han confiscado todo el material de Eagle Rock —dijo—. Las pistolas, los casquillos, todo.

—¿Pitman?

—Lo único que sabe Chen es que fueron los federales.

—¿Pudo ver las pistolas antes de que se las llevaran?

—Se movieron demasiado deprisa. Pero lo más asombroso es que se lo llevaron todo sin firmar ningún documento. Dice que Parker los llamó y les dijo que les dejasen actuar sin preguntar.

Pike arqueó las cejas.



—¿Sin preguntas?

—Esos D-3 de la especial de Homicidios no habrían cedido por el mero hecho de que Pitman sea un federal, no con cinco cadáveres por identificar. Alguien debe de haberles puesto una pistola en la sien, y con eso no pretendo hacer un juego de palabras.

Pike asintió. Pitman había prestado demasiada atención a unas pruebas que quizá no le condujesen a ninguna parte. Tenía más sentido permitir que la policía de Los Ángeles se ocupase de las pistolas. Si no averiguaban nada era porque éstas carecían de importancia. Pero si la policía de Los Ángeles obtenía algún tipo de información, Pitman podía usarla. Confiscando las armas sólo conseguía llamar la atención de la policía de Los Ángeles sobre una investigación que Pitman quería mantener en secreto.

—Está asustado —dijo Pike.

—Sí. El único motivo que puede tener para llevarse esas pistolas es apartar a la policía de Los Ángeles de este asunto. Eso o el hecho de que esté ocultando mucho más que el simple caso que está montando contra los King.

—¿A qué te refieres?

—No sé, pero estoy seguro de que miente.

Pike trató de interpretar la expresión de Cole. A pesar de la oscuridad se percataba de que su amigo estaba confuso.

—Me parece extraño que Pitman me devolviese mi pistola —comentó.

—Intentaba comprarte. Trataba de evitar que pudiese perjudicarte. De hecho, sólo puede perjudicarte a ti. Es probable que tenga el test sobre los disparos que efectuaste con ella, de manera que puede relacionar las balas con los cuerpos en caso de que necesite hacer algún tipo de presión.

—¿Presión para qué?

Cole volvió a mirar a la puerta y se acercó aún más a Pike.

—No ha sido franco con la chica ni con su familia —dijo—. ¿Recuerdas lo que le dijeron a ella? ¿Que no sabían que Meesh era el hombre desaparecido hasta que ella se lo dijo? —Pike asintió con la cabeza. Eso era lo que Bud y la chica le habían dicho—. El primer día que la vieron (esa mañana, antes de hablar con ella) habían peinado ya su calle y no sólo habían preguntado por los King sino también por Meesh. No mencionaron su nombre, pero sospechaban ya que Meesh iba a bordo del coche.

Pike observó a los hombres que se encontraban bajo el farol. Prestó atención a la gravedad de su conversación y se percató de que Cole había salido de la casa a fin de que la chica no pudiera oírles.

—¿Cómo te has enterado de eso? —le preguntó.

—Me lo ha dicho hoy una media docena de personas. Me han asegurado que eran agentes del Departamento de Justicia. Uno negro y otro blanco, y les enseñaron las fotografías de dos hombres. Por la descripción que me han dado estoy casi seguro de que uno de ellos era King y el otro Meesh.

—¿Pitman y Blanchette hicieron eso antes de verla a ella?

—Antes. No tenía muy clara la sucesión de los hechos hasta que he ordenado mis notas esta tarde. Ahora estoy seguro. Ellos sabían que Meesh estaba con King y sabían quién era antes de que ella lo identificase.

Pike se preguntó por qué Pitman y Blanchette habrían engañado a Larkin. Sin duda alguna la chica era importante para ellos, pero si Pitman y Blanchette sabían de antemano que Meesh estaba con King quizás ella no era su único testigo. Tal vez éste había sido asesinado. A Pike no le gustó la idea, pero, en cualquier caso, nada de todo aquello afectaba a su misión: encontrar a Meesh. Eliminar la amenaza. Proteger a la chica. Más tarde se ocuparía de Pitman y Blanchette.

Cole ladeó la cabeza indicando la puerta.

—Me imagino que ella tiene ya bastante miedo sin necesidad de que la policía la asuste también. Al menos hasta que sepamos por qué mintió Pitman.

—Bueno, mañana volveremos a su barrio. Confiaba en localizar el rastro de Meesh, pero quizá sea más importante el de Pitman.

—A la chica no le va a gustar. Se ha enfadado cuando te has marchado.

Pike se volvió hacia la casa preguntándose si todavía estaría en la cocina y qué estaría escuchando en el iPod de Cole.

—Le hablaste de África —comentó Cole. Pike vio que su amigo sonreía—. Cuéntale algo sobre África, háblale de las cebras y los leones y no de las mujeres que se cortan los dedos.

Pike no le dijo que la chica se había ofrecido a masturbarse delante de él. Y no porque pensase que Cole se pudiese sentir avergonzado, sino porque se avergonzaba por ella.

—Esa comida no huele nada mal —dijo—. ¿Curry?

La sonrisa de Cole se ensanchó y ambos entraron en la casa. La chica estaba tumbada en el sofá con los auriculares puestos. Tenía los ojos cerrados, pero cuando entraron alzó la mirada.

—¿Cómo va? —le preguntó Pike.

Larkin no se incorporó ni contestó. Se limitó a alzar una mano a modo de saludo, volvió a cerrar los ojos y se concentró en la música. Sus pies se balanceaban siguiendo el ritmo. Pike se imaginó que debía de estar cabreada.

Cole salió unos minutos más tarde y Pike entró en la cocina. Cole había preparado arroz con verduras al *curry*. Pike comió de pie y directamente de la cacerola. Estaba frío. Cuando acabó de comer escanció un poco de licor de ciruelas en un vaso de papel, y tras apurarlo se bebió también una botella de agua. Mientras lo hacía, la chica se asomó a la puerta y anunció:

—Me voy a la cama.

Pike asintió con la cabeza. Le habría gustado decirle algo, sólo que todavía se estaba preguntando por qué Pitman la había puesto en una situación similar. Meesh era un asesino, pero su proceso se celebraría en los tribunales del estado de Colorado.

Para Pitman, Meesh era sólo una forma de dar caza a los King. Ellos eran su verdadero objetivo, pero su caso contra ellos era por blanqueo de dinero. Papel. Había puesto en peligro la vida de la chica por papel y de alguna forma había conseguido que la policía de Los Ángeles le secundara. Pitman tenía demasiado cerebro para ser un agente federal medio que se ocupa de un caso de dinero. Pike se preguntó si Bud lo sabría.

La chica se volvió sin añadir palabra, se dirigió hacia su dormitorio y cerró la puerta.

Pike apuró el agua y a continuación fue al cuarto de baño. Se afeitó, se lavó los dientes y se pasó cuidadosamente el hilo dental. Después tomó una ducha y lavó la ropa que había llevado durante el día en la bañera. Tras escurrirla lo mejor que pudo la colgó y se cambió. Lavó también sus gafas de sol, se las puso y se miró al espejo. El pelo le había crecido mucho. Un par de centímetros por arriba, y además le tocaba las orejas. A Pike le gustaba el pelo corto. Debía ir al peluquero.

En la casa reinaba un profundo silencio y eso acrecentaba la sensación de vacío. Pike comprobó las ventanas y puertas, apagó las luces y se sentó en la silla. Permaneció allí durante un rato, envuelto en la oscuridad, hasta que por fin se dirigió al sofá.

Puso la pistola en el suelo a su alcance, se desentumeció y cerró los ojos. El sofá conservaba todavía el calor del cuerpo de Larkin, y la impresión que transmitía era suave.

## **LARKIN BARKLEY**

Jethro Tull la despertó. Emergió del sueño como el león que ha desaparecido en la hierba seca y se quitó los auriculares de las orejas pensando que la gente de los años sesenta estaba permanentemente colocada y que sus bandas cantaban sobre el malestar de vivir. Más dormida que despierta, volvió a ver la cabeza cuadrada del león avanzar entre la hierba, con su hocico manchado de sangre y los músculos robustos de sus hombros juntándose en los últimos momentos neblinosos del sueño antes de evaporarse.

Larkin yacía en la oscuridad y se fue despertando poco a poco hasta que se dio cuenta de que tenía ganas de hacer pis.

La casa estaba a oscuras, de forma que se imaginó que Pike todavía estaba durmiendo o bien estaría plantado en algún sitio de aquella manera horripilante que le caracterizaba, de modo que se dirigió directamente al cuarto de baño. Cerró la puerta antes de encender la luz. La ropa de Pike colgaba de la barra de la ducha, pero ella hizo caso omiso. Orinó y a continuación bebió agua del grifo formando un cuenco con las manos. Cuando finalizó apagó la luz, abrió la puerta y entonces lo oyó.

Estaba durmiendo en el sofá. Tenía el cuerpo acurrucado, los brazos rígidos y

extendidos a ambos lados mientras se agitaba y temblaba. A pesar de la escasa luz Larkin vio el sudor que perlaba su rostro mientras cabeceaba y gruñía entre dientes.

«Está soñando —pensó—. Ohdiosmío. Está teniendo una pesadilla».

Se preguntó si debía despertarlo. No recordaba si era conveniente despertar a la gente en esas circunstancias. Quizá fuese malo hacerlo.

Larkin se acercó a él tratando de dilucidar lo que debía hacer. Sus piernas se movían como si estuviese corriendo, paralizadas, sin embargo, como cuando uno está atrapado en un sueño. Sus manos se doblaron como garras y se agitó nervioso a la vez que su ojos rodaban bajo sus párpados. «Dios mío —pensó Larkin—, debe de ser una pesadilla espantosa». Parecía que estuviese luchando por su vida.

De repente habló. Si bien no pudo entender lo que decía debido a los gruñidos y los gemidos, Larkin estaba segura de que había hablado.

—Pa...

Dijo algo así como pa. Pa o pu.

Se aproximó aún más intentando comprender lo que decía, pero lo único que oyó fueron balbuceos e imprecaciones.

Después se fue calmando poco a poco. Las sacudidas se redujeron, sus manos se relajaron y dejó de cabecear bruscamente.

Larkin estaba ya muy cerca de él, casi encima, cuando Pike volvió a murmurar.

—Pa... pa...

Sonaba a algo así como «papi».

Larkin esperó a ver si hablaba de nuevo, pero Pike se tranquilizó y ella pensó que quizá se había equivocado. La gente farfulla cosas sin sentido cuando duerme. Un hombre como él podía tener pesadillas, pero a buen seguro éstas no tenían nada que ver con su padre. Era difícil imaginarse que hubiese sido niño alguna vez.

Ahora parecía sereno y su respiración era acompasada, aunque su semblante todavía parecía reflejar el dolor. «No —pensó Larkin—. No es dolor». Tenía miedo. Había sido una pesadilla. Incluso los hombres como él se asustaban cuando tenían una.

Quería tocarlo. Quería alargar la mano como se hace con los grandes animales enjaulados en los zoos.

Permaneció de pie frente a él durante un rato, y finalmente volvió sigilosamente a su dormitorio.

# **TERCER DÍA**

## **PISTOLAS Y DINERO**

A la mañana siguiente, Pike estaba limpiando su pistola en la mesa cuando la chica salió de la habitación. Pike se había levantado hacía ya tres horas. Eran las ocho y diez.

Larkin tenía el mismo aspecto hinchado y pálido de todas las mañanas, pero esta vez no iba desnuda. Llevaba puesta una camiseta enorme que le cubría las caderas.

—Uf, el olor llega hasta mi habitación —dijo arrugando la nariz—. ¿Te colocas esnifando esa cosa?

Pike había desmontado la pistola. El cañón, los casquillos, el resorte recuperador, la armadura y otras piezas estaban desperdigadas sobre la bolsa de papel que Cole había traído del mercado tailandés. Estaba limpiando el cañón con unos polvos disolventes que apestaban a melocotones podridos. A la chica no le gustaba. Se había quejado ya cuando limpió la pistola la primera noche que pasaron juntos y también cada vez que efectuaba esa operación. Pike lo hacía a diario.

—Hay café —repuso él.

El teléfono de Pike estaba sobre la mesa. Estaba esperando a que le llamara Cole para encontrarse en el *loft* de la chica. Pike también había decidido llamar a Bud. Quería contarle lo de Pitman y pensaba que Bud sería capaz de descubrir lo que éste había hecho con las pistolas. Bud seguía teniendo contactos en el departamento y en Parker Center.

—Anoche soñabas —comentó la chica—. Tuviste una pesadilla.

—No me acuerdo.

—Debía de ser terrible, no sabía si despertarte o no.

—No te preocupes.

Pike nunca recordaba sus sueños. Cuando se despertaba de ellos jamás conseguía volver a dormirse.

—Quiero asegurarme de tener algo claro —dijo a la chica—. Empecemos desde el principio...

Larkin puso los ojos en blanco y cruzó los brazos.

—Otra vez no. Odio el principio de esta historia. La mitad y la situación en que nos encontramos ahora tampoco son tan fantásticas.

—¿Cuántos días pasaron desde el accidente antes de que Pitman y Blanchette fueran a verte?

—Tres días.

—¿Seguro que no fue el día después o el segundo día?

—¿No hemos hablado ya de eso?

—Todavía queda mucho por aclarar.

—¿Sabes lo que cuesta encontrar un hueco en la agenda de mi padre? ¿Y en la de

su abogado? La gente no puede presentarse así como así en nuestra casa. Vernos no es tan sencillo. Tienes que pedir una cita. Vinieron tres días después.

Pike acabó de limpiar el cañón y cogió el bastidor.

—¿De manera que se presentaron e hicieron preguntas sobre el pasajero de los King? —prosiguió.

—Sí. Sobre el accidente, sobre lo que había pasado y también acerca de todo lo demás. Querían saber quién viajaba en el coche de los King.

—¿No sabían que era Meesh?

—Lo único que sabían era lo que figuraba en el informe del accidente. Querían identificar al otro hombre. Por el amor de Dios, todavía no me he bebido el café.

—Voy a volver a tu barrio para ver a ciertas personas que ha encontrado Elvis. Después haré una visita a Bud.

La chica no le respondió. Permaneció de pie e inmóvil por unos instantes como si estuviese reflexionando, y se dirigió a la cocina.

Pike acabó de limpiar el bastidor. Empapó el algodón con disolvente fresco y siguió trabajando en el lateral, introduciendo el disolvente en todas las ranuras y cortes del metal y por toda la recámara.

La chica volvió a entrar con una taza de café en la mano y se sentó a la mesa enfrente de él sin pronunciar palabra. Cuando Pike alzó la mirada, vio que le observaba con gravedad.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Pike.

—Odio las pistolas.

Pike limpió con un trapo el exceso de disolvente que había en el bastidor y después se concentró de nuevo en el cañón. Frotó el arma con hilo de cobre, pasándolo desde la punta a través de la recámara hasta volver a sacarlo por la punta. A continuación siguió limpiándola con un algodón empapado con más disolvente.

—Tenemos que hablar —dijo la chica.

—Como quieras.

—No me gustó el modo en que me dejaste sola ayer. Si me hubieras dicho lo que estabas haciendo no habría supuesto un problema, pero no me comentaste nada. Ni siquiera me dirigiste la palabra. Sé que no eres una persona habladora. Elvis me dijo que apenas hablas con él. De acuerdo. Pero soy una persona adulta. Esa gente está tratando de matarme. No necesito una niñera y no me gusta que me traten como si fuese una cría. Es una cuestión de confianza. Lo que quiero decir es que debemos fiarnos el uno del otro. Estamos en este tugurio sin saber muy bien si es seguro o no. Si crees que no lo es, vayamos a otro lado. Te sugerí París, pero no, tú prefieres quedarte en Echo Park. Muy bien. Llevamos aquí dos días y todavía no me han encontrado, de manera que supongo que estamos a salvo. Fantástico, gracias. Sólo que no me gusta estar aquí al igual que tampoco me gusta pasarme el día en el coche por el mero hecho de que tú piensas que soy estúpida. Me ofende. No sé cómo esa gente ha podido dar con mi paradero una y otra vez, pero yo no tengo la culpa. No

quiero ver a Bud y tampoco quiero quedarme sentada en el coche mientras Elvis y tú os dedicáis a interrogar a la gente. Es aburrido y estoy harta. Prefiero quedarme aquí sola, puedo hacerlo.

Pike colocó el cañón sobre la mesa y la miró.

—Sí.

—¿Quieres decir que me puedo quedar en casa? —dijo ella abriendo los ojos.

—Dije que iría a ver a Bud. En ningún momento me he referido a nosotros. Siento lo de ayer. Debería haber sido más considerado contigo.

La chica abrió la boca, pero no dijo nada. Dio un sorbo a su café sosteniendo la taza con ambas manos.

Pike deslizó el cañón en la corredera, metió la guía del resorte recuperador en medio y a continuación el resorte en la guía. Montó la pistola en unos segundos. Podía hacerlo con los ojos cerrados, en la oscuridad, muerto de sueño o con un arma apuntándole. Montarla era fácil. Lo difícil era hablar con la chica.

Ésta rompió por fin el silencio:

—Está bien. Gracias. Eres muy amable.

—Amable —repitió Pike.

Su móvil vibró emitiendo un sonoro zumbido sobre la mesa. Pike leyó el nombre que aparecía en la pantalla, pensando que podría tratarse de Cole, pero no era así. Se llevó el aparato al oído.

—Tienes compañía —dijo Ronnie al otro lado.

Larkin seguía observándole, pero Pike hizo como si nada. Le estaban dando caza, al igual que él estaba haciendo con ellos y, de la misma forma que a él no le quedaba más remedio que regresar a casa de la chica para buscar algún indicio, la única alternativa que tenían ellos era volver a casa de él. Hay que buscar a los animales en su madriguera.

—¿Cuántos son? —preguntó Pike al teléfono.

—Esta vez se trata sólo de uno. No sé si es el mismo tipo del que me hablaste, pero podría ser. Diría que mide menos de un metro ochenta, pelo largo y oscuro.

—¿Dónde está?

—Dentro. Acaba de entrar como si estuviera en su casa. ¿Quieres que me presente?

La chica no le quitaba ojo de encima. Si adivinaba lo que pretendía hacer se preocuparía o le haría preguntas y Pike había sobrepasado su límite de conversación.

—No, me acercaré por allí y hablaré con él —dijo—. Me pillará de camino. Si sale me llamas.

—De acuerdo.

Pike dejó el teléfono sobre la mesa y envolvió la pistola con la revista después de poner el seguro. Estaba radiante, en caso de que supiese qué era la dicha, pero no mostró lo que sentía. Los tenía. Tenía una línea que quizá le condujese hasta Meesh y entonces podría despejar el terreno. Todos aquellos canallas que intentaban acabar



con la chica, todos confabulados contra ella, y ahora él despejaría el terreno, aunque no lo haría en aras de la justicia.

—Entonces, ¿qué piensas hacer mientras estoy fuera? —le preguntó a Larkin.

—¿Quién te ha llamado?

—Ronnie, ha encontrado a alguien que tal vez pueda echarnos una mano y he quedado con él. ¿Estarás bien?

—Uh, uh.

Pike se puso de pie, se metió el móvil en el bolsillo, enfundó la pistola y se la puso en la cintura.

Por último se bajó las mangas de la camisa para ocultar el tatuaje y el arma.

—¿Quieres que compre algo?

—Quizás un poco de fruta.

—¿Qué prefieres?

—Fresas. Tal vez plátanos.

—Tardaré un rato en volver. ¿Seguro que estarás bien?

La chica seguía escrutándole. Pike esperó que se lo hubiese pensado y que hubiese cambiado de idea sobre el hecho de quedarse sola.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Puede que casi todo el día —dijo él—. Puedo pedirle a Elvis que venga.

—No, estaré bien.

—¿Segura?

—Sí.

—Está bien, en ese caso nos vemos más tarde.

Pike estaba disgustado, pero no se lo dio a entender. Si bien le inquietaba dejarla sola, por otro lado estaba convencido de que era más importante protegerla que salvar su vida sin más. No quería que se volviese a sentir abandonada. Dado que necesitaba que confiaran en ella, lo haría. Más tarde lamentaría esta decisión.

Pike condujo hacia el sur, en dirección a la autopista de Santa Mónica, frenado por el denso tráfico matutino. Pero no tenía prisa; si el hombre abandonaba su apartamento Ronnie lo seguiría. Habló con Cole desde el coche y éste se ofreció a ayudarle, pero Pike se negó alegando que era mejor que se dedicase a Pitman tal como habían planeado. Pike todavía quería hablar con Bud, pero todo podía cambiar en el curso de las próximas horas, de manera que optó por esperar. Le contó a Cole lo de la chica.

—¿Quieres que la vigile? —preguntó su amigo.

—Vigilarla no, pero te agradecería que te pasases por allí.

—No se dará cuenta.

—Lo sé, pero prefiero que no lo hagas. Ella no quiere. Quizá podrías darte una vuelta por la casa. No sé cuánto tiempo me llevará esto. Limítate a dejarte caer por allí, no te quedes.

—Lo haré más tarde y le llevaré algo de comida.

—Fresas.

—¿Qué?

—Me ha pedido fresas, plátanos también.

—Dalo por hecho. Lo que sea.

—Comprueba que está bien y dímelo.

—Joe, ¿estás preocupado?

—Simplemente estoy haciendo mi trabajo.

—Está bien.

—Si ella te pide que te quedes, hazlo.

Cole soltó una carcajada y Pike colgó. Dado que no había vuelto a hablar con Ronnie desde que había salido de la autopista, le llamó.

—Estoy a unos cinco minutos —le dijo—. ¿Sigue en mi casa?

—No. Ha estado muy poco dentro. Ahora está escondido en los arbustos. Apuesto lo que quieras a que ese hijo de puta entró para coger la basura.

—¿Sólo un tipo?

—Sí.

—¿Dónde?

—¿Recuerdas los dos contenedores que hay en la parte posterior de tu aparcamiento? Está debajo de los arbustos, detrás de ellos, asomándose para poder ver tu puerta delantera. Debe de llevar allí unos veinte minutos.

—¿Qué coche conduce?

—No tengo ni idea. Se acercó a pie a la casa por el camino principal, de manera que es probable que haya aparcado fuera de la verja, supongo. También podría haber venido con alguien.

Pike reflexionó por un momento mientras se dirigía a su complejo residencial. Dado que ese tipo lo esperaba junto a su edificio, Pike podía entrar por la verja principal y aparcar en los terrenos de la urbanización. Eso le permitiría acceder con facilidad al coche en caso necesario.

—¿Cómo va vestido? —preguntó Pike.

—Con una camisa verde de rayas finas y manga corta suelta, y un par de vaqueros.

—¿Puedes abandonar tu posición sin que te vea?

—Por supuesto.

—Te llamaré cuando entre.

Pike atravesó la verja principal pero, en lugar de dirigirse a su edificio, se encaminó hacia un aparcamiento que se encontraba detrás de un grupo de macetas. Aparcó el Lexus sin molestarse en esconderlo y echó a andar. Pike sabía exactamente dónde se encontraba el hombre y lo que éste podía ver, de manera que no estaba en absoluto preocupado. Cuando llegó junto a la última de las macetas se puso detrás de una gran plumeria y una vez más desapareció en un mundo verde. Avanzó a lo largo del muro hasta llegar al final del edificio y después dobló la esquina. El aparcamiento donde solía dejar su coche y los contenedores estaban justo frente a él, y observó el grueso seto de oleandros que había detrás. El hombre debía de tener un estrecho campo de visión entre ambos y se encontraba justo delante de él, aunque Pike no podía verle porque la planta era muy frondosa. Cambió de posición dos veces hasta que encontró el punto que le pareció más conveniente. Seguía sin ver al hombre, pero aun así pensó que era el lugar más adecuado. Observó los oleandros durante unos veinte minutos y a continuación el haz de luz que se movía detrás de las hojas.

Llamó a Ronnie cubriendo el teléfono con una mano.

—Lo tengo. Dale las gracias a Dennis de mi parte. Y gracias a ti también.

—¿Vamos a capturarlo?

A Ronnie le encantaban esas cosas, pero Pike pretendía apartarlo del resto del asunto. Era mejor que se mantuviese al margen, de manera que sólo pediría su ayuda en caso necesario.

—Hasta luego, Ron.

Pike guardó el teléfono. Se sentó en el suelo sin moverse y contempló el juego de luz y color en las cambiantes y variadas hojas de los oleandros. Las hojas exteriores eran entre verdes y grises y estaban descoloridas por el sol; las vetas dejaban ver las hojas más oscuras que había debajo, mientras que los cortes y huecos más pequeños revelaban la forma lineal de las ramas. La luz sobre la oscuridad; la oscuridad interior finalmente salpicada de luz. Por fin, Pike vio que una sombra se movía entre las sombras mostrando un resplandor de un verde distinto del que le rodeaba. En un primer momento la sombra era pequeña, después apareció otra sombra verde y al final Pike divisó una figura y al hombre en medio de las hojas. Una rama se balanceó y Pike comprendió que el tipo estaba inquieto y aburrido. Unos momentos más tarde

otra rama tembló. Era probable que el hombre estuviese padeciendo por el hecho de tener que permanecer sentado en el arbusto, y Pike consideró que esa falta de disciplina era una debilidad. Podía matarle o capturarlo en cualquier momento, pero en las casas circundantes vivía gente inocente, de manera que esperó.

Pike sabía que el tipo abandonaría su escondite mucho antes de que éste por fin se decidiese. Se movía cada vez más nervioso sacudiendo el arbusto, su falta de disciplina era apabullante. Habían pasado tres horas y doce minutos. El hombre se puso en cuclillas, se asomó entre las ramas para asegurarse de que nadie estaba mirando y a continuación salió de detrás de los contenedores. Mientras se iba sacudiendo la ropa cruzó el aparcamiento y se dirigió hacia la verja principal. Sin dejar de caminar sacó un móvil de su bolsillo, pero Pike no pudo distinguir si se disponía a hacer una llamada o la estaba recibiendo. Quizá no hubiese salido de su escondite por decisión propia, tal vez alguien le había ordenado que lo hiciese.

Pike salió sigilosamente de su escondite y se precipitó hacia su coche. Cruzó a toda velocidad la verja de atrás y rodeó el complejo en dirección a la entrada principal. Mientras doblaba la curva que se encontraba a dos edificios de la verja principal vio que el hombre de la camisa verde salía por un sendero peatonal que atravesaba el muro. Para poder entrar por él era necesaria una llave, pero no para salir.

El hombre llevaba ahora un par de gafas de sol. Pike se dio cuenta de que no era uno de los tipos que había visto con anterioridad. Era de tez oscura, ancho de hombros y con una cara delgada. Con toda probabilidad un hispano. Cuando se movía, su camisa dejaba a la vista la pistola que llevaba en la cintura de los pantalones. Se detuvo junto a un polvoriento Toyota Corolla de color marrón, y un momento después el vehículo arrancó.

Pike pensó que el Corolla era un modelo de principios de los años noventa. Era de color marrón oscuro con unas ruedas que desentonaban con la carrocería y el maletero afeado por un acné de óxido. Pike copió el número de matrícula. Los separaban unos tres o cuatro coches y Pike sólo acertó la distancia cuando el Corolla se alejó de él en un cruce y el tráfico empezó a hacerse más denso.

Subió a la I-10 en Centinela y salió a la autopista que conducía a Fairfax. El Corolla paró a poner gasolina y luego prosiguió su camino rumbo al norte atravesando la ciudad con la misma lentitud de antes. Cuando llegaron al bulevar de Santa Mónica el Corolla se desvió hacia el oeste, avanzó hasta el final de West Hollywood, a continuación atravesó Hollywood y por fin se adentró en una zona de tiendas de vídeos pornográficos, pequeños centros comerciales y dispensarios. El Corolla dobló en dirección al aparcamiento de un motel llamado Tropical Shores Motor Hotel. Un cartel en forma de palmera crecía en su tejado y unas flechas apuntaban a una señal que indicaba que todavía quedaban habitaciones libres. Tanto la palmera como las flechas estaban rodeadas de unas luces de neón que deberían haberlas resaltado de no ser porque los tubos estaban rotos y descoloridos y porque, a

buen seguro, llevaban ya muchos años así. El pequeño letrero de la recepción rezaba: PRECIOS POR HORAS.

Pike entró bruscamente en una zona roja, y a continuación retrocedió en dirección al camino de acceso. El motel tenía forma de L y una escalera de entrada. Exceptuando el Corolla, dos coches más y una bicicleta Schwinn verde atada con un candado a un poste metálico, el aparcamiento estaba vacío. Los aparatos individuales de aire acondicionado sobresalían de las habitaciones como si se tratase de tumores, pero la mayoría estaban apagados.

Pike entró en la recepción a la vez que el hombre de la camisa verde se apeaba del coche. Intentó ver si había alguien en su interior, pero las ventanas estaban cubiertas de mugre. Las puertas habían quedado cerradas y el aparato de aire acondicionado zumbaba ruidosamente.

El hombre de la camisa verde no se molestó en cerrar el coche con llave. Se encaminó hacia una máquina de refrescos que había junto a una pared, compró una soda y a continuación se dirigió hacia una de las habitaciones de la planta baja. Se detuvo delante de la puerta, de espaldas al aparcamiento, para buscar la llave.

Pike se acercó a él por detrás. Se movía a derecha e izquierda para evitar que pudiese verle, y tan deprisa que se alejó de la recepción y cruzó el aparcamiento mientras la llave se introducía en la cerradura y la puerta se abría.

Rodeó el cuello del hombre por debajo de la barbilla con su brazo izquierdo y lo elevó. Cerró la mano y apretó con todas sus fuerzas a la vez que sacaba su Kimber y lo obligaba a entrar en la habitación usándolo como escudo.

Puede que le acompañasen otros hombres, pero el cuarto estaba vacío. Se trataba de una habitación sencilla con un cuarto de baño.

Pike cerró la puerta sin soltar al hombre. Las cortinas estaban descorridas, así que podía ver que el aparcamiento seguía vacío y que en la recepción nada se había movido.

El hombre trataba de desasirse, pero Pike lo mantenía inmovilizado con la rodilla. El tipo empujó hacia atrás y clavó sus uñas en el brazo de Pike mientras balbuceaba. Era muy fuerte y estaba en forma. Sus uñas arañaron la piel de Pike.

Pike deslizó el brazo que tenía libre por detrás del cuello del hombre y le apretó la garganta con el interior del codo. Apretó, empujó y lo mantuvo en esa postura.

La agitación del hombre cesó.

Dejó de darle patadas.

Su cuerpo perdió todas las energías.

La llave impedía que la circulación sanguínea llegase al cerebro del hombre, adormeciéndolo como si fuera un ordenador portátil con la batería baja. Era una manera efectiva de someter a una persona, con el riesgo, eso sí, de que ésta no se despertase después. Pike se sentó en el borde de la cama y esperó a que el hombre recuperase el conocimiento.

Los párpados del hombre aletearon y alzó la cabeza. Tenía la expresión de un boxeador que ha sufrido una ligera conmoción cerebral, pero se puso tenso cuando se percató de que no se podía mover. Pike lo había atado a una silla. Las caderas, las muñecas, el tronco y los brazos estaban inmovilizados.

Pike se encontraba a escasos milímetros frente a él y empuñaba una vieja Browning 9 milímetros. El hombre llevaba una Browning, un móvil, las llaves del coche y de la habitación, doce dólares y sesenta centavos, un paquete de Marlboro, un encendedor y un reloj Seiko. No llevaba cartera, tarjetas de crédito o cualquier otra identificación.

Pike miró al tipo a los ojos. Parecía preocupado, aunque también seguro de sí mismo. Tenía una cara ancha y angulosa, y varias cicatrices en las cejas y en la nariz.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Pike.

El hombre miró hacia la puerta, quizá con la esperanza de que alguien pudiese aparecer para salvarle.

—¿Sabes quién soy? —repitió Pike.

El hombre le contestó en español:

—Jódete.

El Browning se movió a toda velocidad y golpeó su cabeza. Fue tan rápido que el tipo no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que su camisa empezó a mancharse con la sangre que manaba de su mejilla. Pike no quería dejarlo sin conocimiento.

Cuando el hombre pudo ver bien de nuevo, Pike alargó su mano izquierda. En esa ocasión sus movimientos fueron lentos, casi daba la impresión de que pretendía acariciarle la mejilla. Hundió el pulgar en el nervio que se encuentra en el punto en que el pómulo se une con el arco cigomático. El hombre intentó esquivarlo, pero estaba atado a la silla. Pike mantuvo la presión durante un rato.

Cuando alzó el dedo, el hombre dio una bocanada como si hubiese pasado un rato debajo del agua. Movié la mandíbula y lanzó a Pike una mirada asesina.

Pike permaneció imperturbable.

—Tengo intención de volver a hacerlo —le anunció.

Pike se metió la Browning en el bolsillo y después se dirigió hacia la ventana. La habitación era pequeña y estaba sucia. Tenía dos camas de matrimonio y delante de

ellas había un tocador empotrado, un escritorio y un sillón andrajoso junto a la ventana. A pesar de que Pike había corrido las cortinas éstas eran finas, de manera que permitían ver el exterior. Un hombre con una considerable barriga estaba fumando fuera de la recepción con la puerta abierta, probablemente para poder oír el teléfono en caso de que alguien llamase. Pike había registrado ya el Corolla y ahora se disponía a hacer lo propio con la habitación.

El tocador y los cajones del escritorio estaban vacíos, pero Pike encontró cuatro bolsas de viaje amontonadas en el armario: dos bolsas de loneta, una bolsa de gimnasia azul de nailon con el anagrama de Nike y una mochila negra. Todas contenían ropa de hombre, cigarrillos y artículos de aseo. En la mochila Pike encontró además un sobre que contenía dos mil seiscientos dólares. Junto al sobre había además una página de un cuaderno de espiral con unas notas escritas a mano y unos números, además de una fotografía de Larkin Conner Barkley. No había sido arrancada de una revista sino que se trataba de una auténtica fotografía de la chica en la que ésta aparecía con cara sonriente.

Escondidos entre la ropa que llenaba las bolsas había también varios pasaportes estadounidenses y unos billetes de avión de ida y vuelta entre Quito, Ecuador y Los Ángeles. Los pasaportes pertenecían a cuatro hombres, y uno de ellos, precisamente, estaba ahora sentado en el sillón. Según el documento se llamaba Rulón Martínez, pero Pike dudó de que fuese auténtico.

Pike reconoció a dos de los hombres que aparecían en los pasaportes, pero no al tercero. Los dos tipos en cuestión formaban parte del grupo que había asaltado la casa de los Barkley. Uno era el hombre con la cicatriz en los labios que había golpeado al ama de llaves. En su pasaporte figuraba con el nombre de Jesús Leone. El otro era Walter Bloch. A Pike le pareció extraño. Un nombre alemán. El cuarto hombre, al que Pike no había visto en su vida, se llamaba Ramón Alteiri. Según los pasaportes los cuatro residían en Los Ángeles y eran ciudadanos americanos. Pike examinó meticulosamente los documentos. En caso de que fuesen falsos, la falsificación era perfecta. La mochila negra pertenecía al hombre de la cicatriz.

Pike sacó la ropa y los artículos de aseo de la mochila y metió los pasaportes, los billetes, la Browning y el resto de las cosas que quería conservar, exceptuando la fotografía de Larkin.

A continuación volvió a la cama con ella y se la mostró al hombre sin decir nada. Simplemente le obligó a que la mirase. Después la guardó.

—Hablo español, pero prefiero hacerlo en inglés. ¿Te parece bien? —le dijo.

El hombre esbozó una sonrisa asquerosa que daba a entender que le importaba un carajo en qué idioma hablase.

—Será mejor que largues, capullo. No sabes en qué lío te has metido —añadió Pike, y procedió a hundir el pulgar en el suave tejido debajo del cuello del tipo, en el punto en que veintiséis nervios se unen con el plexo braquial. El nervio supraclavicular, el que lleva información a la médula espinal, pasa por debajo de la

piel en ese preciso punto siguiendo un surco en el hueso. Cuando Pike lo aplastó contra todo el plexo braquial el hombre emitió una señal de dolor similar a una extracción de muela sin novocaína.

Lanzó un agudo chillido. Trató de liberarse de sus ataduras y se agitó en la silla, pero Pike volvió a inmovilizarle con el pulgar. Las venas saltaron en el cuello del tipo como si unas serpientes se retorciesen en su interior y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas, resaltando la sangre que ya las encendía. Rogó en español a Pike que se detuviese, pero éste hizo caso omiso de sus súplicas.

Cuando por fin aflojó la presión era consciente de que el dolor ardería en el cuerpo del hombre con la ferocidad de un veneno, de manera que tocó otro punto de su cuello a fin de atenuarlo. El hombre flaqueó y palideció hasta que su cara tuvo el color de la carne puesta a remojo.

—Es *dim mak* —explicó Pike—. En chino, significa «toque mortal».

*Dim mak* era el lado oscuro de la acupuntura. En ésta los puntos de presión se utilizaban para curar, en el caso de *dim mak* para hacer daño.

—Estoy buscando a Alex Meesh —dijo Pike.

—No sé de qué me hablas. —Pike alzó un dedo. El hombre retrocedió con tanta violencia que la silla se balanceó—. ¡No sé lo que quieres! ¡Te aseguro que no lo sé!

—Alex Meesh.

—¡No sé nada!

—¿No conoces a Alex Meesh?

El hombre sacudió la cabeza con tanta fuerza que la sangre se agolpó en sus mejillas.

—¡No, te digo que no! ¡No sé nada!

El tipo parecía demasiado asustado como para mentir, pero Pike quería comprobarlo. Le mostró su pasaporte.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

El hombre respondió sin vacilar:

—Jorge Petrada.

—¿Por qué estabas vigilando mi casa?

—Por la chica.

Respondió sin parpadear. Pike se convenció de que estaba diciendo la verdad. Jorge no conocía a Alex Meesh.

—¿Te pidió Meesh que la encontraras?

—No sé nada de ese Meesh, te lo aseguro.

—En ese caso, ¿quién te dijo que lo hicieras?

—Luis.

—¿Quién es ese tal Luis?

Jorge miró los pasaportes. Pike le mostró entonces el del tipo con la cicatriz en el labio.

—Sí, ése es Luis —dijo el hombre.



—¿Es tu jefe?

—Sí.

Luis no tenía aspecto de serlo. Un auténtico jefe no participaría jamás en un intento de secuestro o en un tiroteo, sino que ordenaría a su gente que lo hiciese en su lugar.

Pike comprobó la hora y a continuación se dirigió de nuevo a la ventana. El tiempo pasaba y uno o varios de los demás hombres regresarían tarde o temprano. El encargado del motel seguía fumando, pero ahora estaba en su cubículo riéndose de algo. Pike volvió a la cama.

—¿Cómo supiste dónde buscar a la chica? —le preguntó a Jorge.

—Luis me dio tu dirección.

—¿Cómo te enteraste de que estábamos en Eagle Rock y en Malibú?

—No sé nada de Eagle Rock, nada.

—Intentaste matarla en Eagle Rock y en Malibú. En el norte de la Bahía. ¿Quién te dijo dónde podías encontrarla?

—No, no. Fui allí sin más, colega. Sólo llevo aquí dos días. No sé nada sobre eso.

Pike sacó los billetes de avión de la bolsa y comprobó las fechas de los vuelos. Jorge le había dicho de nuevo la verdad. Había volado con Alteiri dos días antes. Bloch, por su parte, había llegado hacía doce días. Luis, en cambio, llevaba dieciséis en la ciudad. Luis debía de ser el hombre que tenía toda la información.

Mientras introducía de nuevo los billetes en la bolsa el teléfono de Pike vibró. Era Cole.

—¿Sí? —contestó sin dejar de mirar a Jorge.

—Acabo de dejarla en casa, está bien —anunció Cole.

—Perfecto.

—Le he dejado algo de comida y unas revistas, cosas de ese estilo, ya sabes. También le llevé una cafetera para que no tenga que beber esa porquería que preparas.

—Quería fresas. Fresas y plátanos.

—Sí. ¿Todo bien por ahí?

—Sí.

—De acuerdo. Si necesitas algo llámame.

Pike colgó. Seguía mirando a Jorge y se dio cuenta de que éste estaba asustado.

—¿Quién es Donald Pitman? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿Has oído alguna vez ese nombre?

—No, no sé nada sobre él.

—¿Bud Flynn?

—No.

—¿Para quién trabaja Luis?

El hombre pareció sorprenderse de que Pike no lo supiese y tiró de nuevo de la

cinta que lo sujetaba. Parecía estar recuperando las fuerzas por primera vez desde que había mojado sus pantalones.

—Esteban Barone —contestó—. Los cuatro trabajamos para él. Por eso creo que has cometido un error, amigo. Si supieras quién es Barone no estarías tan tranquilo.

—¿Y quién es? ¿Un gánster? ¿Un hombre de negocios? ¿Entiendes lo que te pregunto?

—¿Sabes lo que es un cártel? ¿Conoces esa palabra?

—Sí.

Una burda sonrisa se dibujó en la cara del hombre, daba la impresión de que se enorgullecía de formar parte de una cosa así.

—Barone tiene muchos soldados. ¿Cuántos tienes tú?

Pike sacó del bolsillo las fotografías de los cinco hombres muertos. Las alzó una a una mientras la cara del hombre se iba oscureciendo.

—Estoy equilibrando las posibilidades —dijo.

El hombre farfulló algo en español que Pike no pudo entender. Volvió a acercarse a la ventana. El encargado del motel se había marchado, pero la puerta de la recepción seguía abierta. Pike quería verla cerrada. Había planeado llevarse a Jorge en el Corolla, pero por el momento se limitó a volver junto a la cama.

—¿Cuántos quedáis? —le preguntó.

El hombre escupió.

Esta vez Pike no se movió despacio. Hundió su pulgar en un punto *dim mak* situado entre las costillas del tipo, debajo del músculo pectoral.

—¡Siete!

Pike aflojó la presión.

—Cuatro dormís aquí. ¿Dónde lo hacen los otros tres?

—No lo sé.

Pike volvió a hundir el dedo en el punto *dim mak* y esta vez el hombre lanzó un alarido. Pike siguió apretando hasta que el hombre empezó a sollozar. Después lo soltó.

—¿Dónde duermen? —insistió.

—No sé dónde están. Carlos nos trajo aquí desde el aeropuerto de Los Ángeles. No nos dijo dónde estaban. Nos llevó a ver a Luis, y Luis dijo que debíamos estar aquí. ¡Ni siquiera les he visto!

Pike se sentó. Carlos. Un nuevo jugador acababa de entrar en la partida.

—¿Quién es Carlos?

—Es norteamericano. Nos recogió en el aeropuerto. Nos trajo aquí y se ocupa de nosotros.

—¿Cuál es su apellido?

El hombre miró hacia la ventana a la vez que Pike. La fina y etérea cortina mostraba el tejado y el sol reflejándose en los coches, nada más.

—Lo único que sé es que se llama Carlos. Nos entrega las cosas. El teléfono o las

pistolas.

—Está bien. ¿Dónde están ahora los demás?

El hombre se humedeció los labios. Su nerviosismo se iba incrementando y no dejaba de mirar hacia la ventana. Pike se preguntó si habría visto algo.

—¿Están a punto de volver, Jorge?

—No, no, de eso nada.

Pike sacó la pistola mientras miraba por la ventana.

—Volverán esta noche. Esta noche —aseguró el hombre.

Una sombra cruzó las cortinas y a continuación tres explosiones rápidas sacudieron los cristales. Las cortinas se hincharon como cuando el viento empuja las velas, pero Pike se había lanzado ya al suelo. La puerta se abrió de golpe y Luis entró empuñando una pistola y disparando. Pike le respondió y Luis salió despedido contra la pared. El silencio volvió a reinar en la habitación, y unos segundos después Luis resbaló por el muro dejando un rastro rojo a sus espaldas.

Pike permaneció tumbado en el suelo, pero no apareció nadie más. Miró a Jorge, pero la cabeza de éste estaba hundida y la mayor parte de su frente había desaparecido.

Pike se encaminó hacia la puerta, irritado por haber perdido el control de la situación. Era probable que Luis hubiese oído los gritos de Jorge o que las cortinas le hubiesen puesto en alerta. Fuera como fuese, el hombre que con toda probabilidad era su mejor fuente de información estaba ahora muerto. El tipo obeso había salido de la recepción y una camarera había aparecido en el extremo del motel. Pike apartó a Luis y cerró la puerta. A continuación enfundó su pistola y se puso a escarbar en los bolsillos de Luis. Encontró un móvil, unas llaves, veinticuatro dólares y una hoja arrugada de un periódico con un número de teléfono al margen. Pike metió todo en la mochila y se acercó otra vez a las cortinas. El obeso había regresado a la recepción. A buen seguro estaba llamando a la policía. La camarera estaba dentro con él, vigilando por la puerta abierta.

Pike se precipitó hacia el cuarto de baño. Se trataba de un espacio estrecho, tipo años cincuenta, alicatado con unos azulejos muy cursis, con la pasta lechosa de las juntas desconchada y un ventanuco opaco sobre la ducha. La camarera había dejado dos vasos envueltos en una bolsa de plástico sobre la pila. Pike los cogió y volvió junto a los cuerpos. Sacó uno de los vasos de cristal del plástico, apretó las yemas de los dedos de Jorge en él y volvió a introducirlo en su envoltorio. Repitió la operación con Luis. En ese momento vio el reloj. Luis llevaba puesto un Patek Philippe de platino que desentonaba tanto en él como un diamante en lo alto de un montón de basura. Le quitó el reloj y lo inspeccionó. En la parte posterior había una inscripción: «A mi adorable George».

Pike metió el reloj y los vasos en la mochila, limpió las superficies que había tocado y entró corriendo en el cuarto de baño al oír que unas sirenas se aproximaban al motel. Rompió la ventana, saltó por ella y cayó en medio de un camino. Se echó la

mochila al hombro y rodeó a toda prisa el edificio. Apenas llegó a la calle aminoró el paso y cruzó por delante de la recepción del motel en el preciso momento en que llegaba el primer coche patrulla. Había transeúntes escondidos a ambos lados de la calle, detrás de los coches y de las puertas como si temiesen que les disparasen. Otros habían entrado en las tiendas. Pike simuló ser uno de ellos y se precipitó hacia su coche. Justo cuando lo puso en marcha llegó el segundo coche patrulla.

Siempre había pensado que los policías son gente que corre hacia el peligro. El resto de las personas huyen de él.

Pike entró en un centro comercial cercano a la base de Griffith Park. El penetrante silbido de los disparos zumbaba todavía en sus oídos y le dolían los hombros. Esa noche, más tarde, cuando la chica estuviese durmiendo, se adentraría en un apacible bosque verde. Jorge y Luis se desvanecerían como espíritus entre los árboles, pero por el momento seguía teniendo muy presentes los disparos y los nervios a flor de piel. Eso era bueno. Le ayudaba a no bajar el nivel de tensión. «Mantente alerta».

El encargado del motel lo describiría como un hombre que llevaba gafas de sol, una camisa marrón y un par de vaqueros. Anónimo. Había procurado no dejar huellas. Nada en los cadáveres o en el lugar del crimen apuntaría a Eagle Rock, a Malibú o a él hasta que se comparasen las balas, y eso llevaría semanas. La policía podría no tener motivo para establecer la relación, y Pike, por su parte, podría no tener ninguno para darse por enterado. Jorge y Luis serían dos cadáveres más por identificar en la ciudad de Los Ángeles: un homicidio sin resolver con muchos interrogantes y ninguna respuesta.

Cargó de nuevo su pistola y examinó los objetos que había cogido. Para empezar echó un vistazo a los papeles y a los mapas buscando algo que le resultase inmediatamente útil, como el nombre de Meesh o el de un hotel, pero no encontró nada. Decidió que repasaría los documentos más detenidamente con Cole, así que por el momento los hizo a un lado.

Miró por encima el reloj y las pistolas, pero vaciló ante la fotografía de la chica. Se imaginó a Luis enseñándosela a los demás, diciéndoles: «Es ésta». Vio a Meesh entregando la fotografía a Luis y diciéndole: «La vamos a matar». Pike observó la imagen y les respondió: «No, no lo haréis».

Revolvió el resto de objetos buscando los teléfonos. Éstos le podían ayudar a establecer una conexión directa con Alexander Meesh.

Los dos teléfonos móviles eran idénticos, y similares al que Pike usaba, comprados con dinero en efectivo y con tarjeta prepago. Observó primero el teléfono de Jorge y usó el menú para saber su número y ver el historial de llamadas. Jorge sólo había efectuado tres y todas habían sido al mismo número. Supuso que se trataba del número de Luis. Los dos acababan de llegar a la ciudad, era lógico que Luis le diese su número, que le dijese: «Puedes localizarme aquí». Pike apretó la tecla de llamada. El teléfono de Luis sonó. Pike interrumpió la llamada y volvió a meter el aparato en la mochila.

Luis había efectuado numerosas llamadas. Pike recorrió una larga lista que incluía al menos una docena a Ecuador. Cada entrada mostraba el número al que había llamado, la fecha y la hora. Más tarde él y Cole copiarían los números, pero Pike sólo buscaba ahora las llamadas más recientes.

Luis había hecho la última unos minutos antes de morir. Era probable que estuviese en el motel y que hubiese llamado para pedir ayuda o para informar a los demás. Pike repasó la lista y averiguó que Luis había llamado al mismo número cinco o seis veces todos los días. Ningún otro número aparecía con tanta frecuencia.

Pike se preguntó si se trataría de Meesh.

Quizá Luis le hubiese oído mientras estaba con Jorge y hubiese llamado a Meesh para saber cómo resolver el asunto.

Pike llamó al número. Al otro lado de la línea, el teléfono sonó cuatro veces. Su propietario pensaría que se trataba de Luis. Creería que llamaba para informarle sobre lo que había sucedido en la habitación.

Un hombre respondió a la quinta llamada:

—¿Has atrapado a ese hijo de puta? —Tenía una voz grave y sonora, pero no hablaba como un gánster de Denver o de Ecuador. Su tono era educado y tenía un ligero acento que Pike pensó que podía ser francés—. ¿Hola? ¿Se ha cortado la línea? ¿Me puedes oír?

—Alex Meesh —dijo Pike.

—Se ha equivocado de número.

El hombre colgó.

Pike volvió a apretar la tecla de llamada.

Esta vez el hombre respondió a la primera.

—¿Luis?

—Luis y Jorge están muertos.

El hombre enmudeció. Cuando volvió a hablar su tono era cauteloso:

—¿Quién eres?

—El hijo de puta.

El hombre vaciló de nuevo.

—¿Qué quieres?

—A ti.

Pike cortó la comunicación.

## JOHN CHIN

John Chen se había quedado aterrorizado después de la llamada de Pike. Estaba tan asustado que pensó que iba a vomitar sus galletas. Al otro lado de la línea, sin esperar siquiera una respuesta, Pike se había limitado a gruñir amenazadoramente:

—Nos vemos fuera en una hora.

Sí. Por supuesto.

Para empezar Chen se precipitó al cuarto de baño. Estaba convencido de que Pike lo iba a matar. Se cabrearía con él por haber perdido las pistolas y con toda probabilidad lo zurraría hasta matarlo delante de todos.

Chen permaneció en el cuarto de baño durante casi una hora, sudando, sentándose y levantándose continuamente de la taza, tratando de decidir qué era lo que debía hacer. Consideró la posibilidad de pedir a los guardias de seguridad que lo escoltasen hasta su coche, pero después pensó que la única oportunidad que tenía de remediar el asunto era hacer creer a Pike que todo estaba en orden. Darle a entender que podía recuperar las pistolas. Contar una mentira creíble.

Salió arrastrándose del cuarto de baño, se dirigió al vestíbulo y escrutó el aparcamiento a través de los cristales de la puerta. Podía ver su coche con facilidad, pero no había rastro de Pike, de su Cherokee rojo o del Lexus verde que usaba para echar un polvo con la calentorra. Chen salió del edificio, se volvió para mirar de nuevo el interior de la zona de espera y a continuación escrutó el aparcamiento.

Ni rastro de Pike.

Chen no sabía qué hacer. Quizá Pike hubiese llegado y se hubiese marchado ya. ¡Tal vez no hubiese llegado todavía y podría escapar!

Chen se precipitó hacia el coche. No había planeado huir, lo hizo sin más. Moviéndose a toda velocidad, empezó a resollar y a resoplar a unos cuantos metros, pero el exceso de adrenalina le sostenía. Mientras abría de golpe la maravillosa puerta producida en Alemania oyó la voz de Pike a su espalda:

—John.

—¡Aaagg!

Chen saltó hacia un lado, pero Pike lo aferró y sujetó la puerta.

—Entra.

Pike llevaba la mochila negra. Chen estaba seguro de que dentro tenía una pistola. Se aferró a la puerta como si fuese un gato trepando por un sofá, con el tic de su ojo latiendo espasmódicamente.

—No me mates —suplicó.

Pike señaló el interior.

—No seas imbécil. Entra.

Pike le empujó y rodeó el coche en dirección al asiento del copiloto, mientras Chen no apartaba la mirada de la mochila.

—Sé lo que sucederá ahora —balbuceó—. Me llevarás a algún lugar desierto y me darás un tiro en la cabeza...

—Respira —le ordenó Pike.

Chen no lograba dejar de hablar. Las palabras salían a chorros por su boca, sólo pensaba en escapar.

—Los federales se llevaron las pistolas... Podía haberme ocupado de ellas, te lo juro por lo más sagrado. No tuve nada que ver con eso...

Pike le tapó la boca con la mano.

—Eres mi amigo, John. No tienes nada que temer. ¿Puedo soltar la mano ya?

Chen asintió con la cabeza.

¿Su amigo?

Pike le soltó la boca, abrió la mochila y se la acercó. Chen pensó que podía tratarse de uno de los trucos que la gente como Pike solía hacer a las personas como él: les hacían mirar dentro de una bolsa en la que había una serpiente.

Escrutó dentro con cautela, listo para saltar, pero no había rastro de la serpiente.

—¿Qué es? —jadeó.

—Unas pistolas sobre las que los federales no saben nada y dos series de huellas dactilares.

Chen observó el interior de la bolsa, pero no dijo nada. Vio dos vasos pequeños de cristal envueltos en plástico y lo que en apariencia eran dos pistolas de 9 milímetros, oxidadas y llenas de abolladuras. Dado lo sucias que estaban saltaba a la vista que se trataba de unas pistolas callejeras. Debían de haberlas robado hacía muchos años, y habrían ido de mano en mano a cambio de droga o dinero, pasando de un cabrón a otro. Vio también las cubiertas gastadas de tres cartuchos.

—¿Dónde has conseguido todo eso? —preguntó.

—Los federales que confiscaron las pistolas, ¿sabes cómo se llaman? —dijo Pike ignorando su pregunta.

—Pitman... Pitman y otro.

—¿Blanchette?

—No lo sé. Harriet no se acordaba.

Chen miró los cartuchos. El bronce, que en su día debía de ser pulido, estaba quemado, y la mochila olía a pólvora quemada. Chen volvió a sentir miedo, pero esta vez no fue porque Pike fuera a golpearle hasta la muerte sino por algo más profundo. Pike le miraba fijamente, y se vio a sí mismo reflejado en los oscuros cristales que parecían pozos resplandecientes. Por algún extraño motivo que más tarde intentaría explicarse, Chen se tranquilizó. Pike estaba allí, sereno y a flote, y su serenidad contagió a Chen.

—¿Hay más cuerpos que encajan con esas pistolas? —prosiguió John.



—Dos.

—¿Están relacionados con Eagle Rock y Malibú?

—Sí. La policía de Los Ángeles ha intervenido. Se dispararon varios tiros, de forma que averiguarán que las pistolas se han perdido, sólo que no podrán saber quién las tiene. Se recuperarán las balas y éstas corresponderán a una de las pistolas, la Taurus, pero no a la otra.

Chen asintió. Comprendía lo que decía su amigo. Si aquel asunto no hubiese acabado cuando lo hizo, podría haberle dejado fuera de juego.

—Si los federales se enteran de que tenemos las pistolas, ¿querrán apoderarse de ellas? —preguntó John.

—Por supuesto, pero no sabrán cómo. Sólo tú y yo, John. Vas a tener que tomar una decisión.

Chen parpadeó sin comprender.

—¿Una decisión sobre qué?

—Siete hombres han muerto. El Departamento de Justicia está involucrado. Nosotros tenemos las pistolas. En el mejor de los casos te podrían buscar por obstruir una investigación federal. En el peor, por complicidad en un homicidio.

Chen seguía sin comprender una palabra.

—¿Qué estás diciendo?

—Dime que no quieres tomar parte en esto y me marcharé.

Chen se quedó estupefacto.

—Espera... Espera un minuto —dijo—. ¿Me estás ofreciendo la posibilidad de elegir?

—Por su puesto, tú decides. ¿Qué piensas?

Chen miró fijamente a Pike y se preguntó cómo podía mantener la calma de ese modo. Su cara y su voz eran impasibles. Le observó y una vez más se vio reflejado en sus gafas, dos caras en una. En ese momento Chen recordó un estanque de meditación que había visto en un monasterio budista cuando tenía seis años; su superficie plana, perfecta. Por aquel entonces Chen tenía seis años. Su tío lo había llevado al monasterio y Chen se había quedado completamente fascinado con el estanque. Su superficie era suave como un espejo. Ninguna hoja, mota de polvo o insecto la turbaba. Ni siquiera la brisa. Hasta tal punto era como un espejo que no podía ver lo que había debajo de la superficie y pensaba que apenas debía de tener unos cuantos centímetros de profundidad. Cuando su tío se dio media vuelta, Chen decidió saltar dentro. Era un caluroso día en el valle de San Gabriel y Chen sólo tenía seis años. Quería chapotear en el agua fría y correr hacia el otro lado. Apenas unos centímetros de profundidad. Tan vacío como un espejo. Chen se dispuso a tirarse, pero en ese momento un monstruo le atacó, cubierto por una armadura resplandeciente de escamas rojas, negras y naranjas que se agitaban de un modo aterrador. Rompió la superficie durante un segundo para marcharse al siguiente instante. Más tarde, cuando Chen dejó de llorar, su tío le explicaría que se trataba de

un *koi*. Pese a que sólo tenía seis años, Chen no olvidaría nunca la lección: una superficie en calma puede ocultar una gran confusión.

—¿Qué está ocurriendo? —le preguntó a Pike.

—Eso es lo que trato de averiguar. Creo que los federales confiscaron tus pruebas para ocultar algo. Si hubieran sabido algo sobre esas pistolas se las habrían llevado también.

—¿Tiene algo que ver con lo que sucedió en Eagle Rock y Malibú?

—Sí.

Chen miró las pistolas una vez más.

—Los analistas de armas de fuego son especialistas, amigo. Lo suyo no es un mero trabajo, es un arte. LaMolla ya se ha ido a casa.

—Será la primera cosa que haga mañana por la mañana.

—No puedo entrar con ellas sin más. Necesito atribuirles a un caso.

—Usa el número de Eagle Rock.

—Ella sabe que los federales se llevaron esas pistolas. Fue ella quien me lo dijo.

—Dile que las recuperarán. Invéntate algo, John. Es importante.

Chen sabía que lo era. Todo lo que Pike y Cole le habían llevado hasta la fecha lo había sido.

Volvió a escrutar el interior de la mochila.

—¿Qué son esos vasos y las huellas dactilares? —preguntó—. ¿Quieres que las deje en las pistolas?

—Los hombres que usaron esas armas acabarán en manos del coronel, pero éste no podrá identificarlos. Tú sí.

Chen sacudió la cabeza.

—Puedo sacar las huellas y examinarlas, pero todo se encuentra en la misma base de datos. Live Scan es Live Scan. Si el coronel no ha sido capaz de obtener un indicio yo tampoco podré.

—Esa gente no se encuentra en la base de datos. Acaban de llegar de Ecuador.

Chen volvió a mirar los vasos. Las búsquedas del Live Scan del Centro Nacional de Información Criminal no abarcaban todo el mundo. Una búsqueda internacional requería un permiso especial e incluso en ese caso había que presentar una solicitud por cada país. No existía una base de datos mundial, de manera que si uno no sabía dónde buscar estaba en la mierda.

—¿Puedes hacerlo, John? —le preguntó Pike.

—Se trata de algo gordo, ¿verdad?

—Sí. Cada vez más gordo.

Chen se mordió el labio superior como si estuviese pensando qué debía hacer, tanto con las pistolas como con las huellas. Estaba casi seguro de que LaMolla estaría dispuesta a trabajar en ellas. Desde que los federales se habían llevado sus juguetes estaba furiosa, sobre todo porque ni Harriet ni Parker le habían explicado el motivo. LaMolla analizaría las pistolas para joderles sin más.

—Puedo hacerlo —afirmó Chen—. Yo me ocuparé de eso.

Pike salió del coche y se alejó.

Mientras le contemplaba alejarse, Chen pensó que a fin de cuentas Pike no era tan terrible cuando uno lo conocía. No tan temible, pese a que se sabía que, en efecto, lo era.

«Eres mi amigo, John».

Chen levantó los vasos. Los sostuvo en lo alto, uno a uno, y vio con toda claridad las huellas a pesar de la bolsa de plástico que los contenía. Chen esbozó una sonrisa. El coronel tenía en su haber cinco cadáveres por identificar y ahora se añadirían dos más. Todos se estrujarían el cerebro preguntándose quién demonios podían ser aquellos tipos, pero no lo averiguarían... hasta que John Chen se lo dijese.

Sonrió de oreja a oreja. Las pistolas podían esperar hasta el día siguiente. Ahora era el momento de ocuparse de los vasos.

El personal del laboratorio se había reducido. Harriet se había marchado y nadie le preguntaría lo que estaba haciendo. Chen escondió las pistolas bajo su asiento, cerró el coche y entró apresuradamente en el edificio con los vasos.

Quería identificar a aquellos tipos, no sólo por sí mismo y por lo que pudiese conseguir a raíz de ello, sino por Pike. Por nada del mundo quería decepcionar a su amigo Joe Pike.

Pike se detuvo a comprar algo de comida en un restaurante indio de Silver Lake, pese a que sabía que Cole había llevado algo a la chica esa mañana. Pidió un plato de espinacas y queso llamado *saag paneer*, *jalfrezi* de verduras y *naan* de ajo, pensando que a la chica le gustaría, además de un cuarto de yogur líquido llamado *lassi*. El *lassi* era tan rico como un batido de leche y estaba aromatizado con mango. A Pike le gustaba el olor de los condimentos fuertes como el ajo, el *garam masala*, el cilantro y el cardamomo. Le recordaban los pueblos rocosos y las cuencas de la jungla donde los había comido por primera vez. Pike estaba muerto de hambre. Un hambre que lo mareaba y que se había ido incrementando a medida que el estrés hacía arder su sistema.

El sol casi había desaparecido ya en el horizonte cuando Pike llegó a la casa y enfiló el camino de acceso. Todo parecía en orden. La puerta estaba cerrada y las sombras resplandecían con las luces que había encendidas en el interior. En el brusco silencio que se produjo cuando apagó el motor de su coche notó que sus oídos seguían zumbando, si bien menos que antes. Pike no pensaba hablarle a la chica de Jorge y Luis. En lugar de eso le diría que estaba haciendo progresos con la intención de levantarle el ánimo.

Cerró el coche, se encaminó hacia la puerta y entró en la casa. Recordó que sus apariciones silenciosas asustaban a Larkin, de manera que esta vez le advirtió de su llegada. Llamó dos veces a la puerta antes de entrar.

—Soy yo.

Pike percibió el silencio reinante apenas puso un pie en la casa. El iPod de Cole se encontraba en la mesita de café junto a una botella de agua abierta. Sus revistas estaban esparcidas por el suelo. La casa estaba iluminada, pero no se oía nada. Se concentró tratando de percibir algo por encima del zumbido, imaginando que la chica tendría ganas de jugar con él para vengarse del modo en que la había sorprendido en otras ocasiones, pero sabía que se equivocaba. El silencio de una casa vacía no se parece a nada.

Dejó la bolsa de comida en el suelo, desenfundó la Kimber y la empuñó con el brazo apoyado sobre la pierna.

—¿Larkin?

Fue hasta su dormitorio, y luego al segundo dormitorio, al cuarto de baño y a la cocina. Larkin no estaba en la casa. Tanto las habitaciones como sus cosas estaban en perfecto orden. No había rastro de lucha. Las ventanas estaban intactas. La puerta trasera estaba cerrada. Pike la abrió y escrutó el patio posterior. A continuación regresó al interior de la casa. Las puertas no habían sido forzadas ni estaban rotas.

Buscó una nota. En vano.

El monedero y los bolsos de Larkin seguían en su dormitorio. En caso de que se hubiese escapado no se los había llevado.

Pike salió por la puerta delantera y permaneció de pie en la oscuridad del diminuto porche. Escuchó el vecindario, el semáforo dominando su piscina plateada, las casas abiertas con sus ventanas doradas, los movimientos de los vecinos en sus porches o en el interior de sus casas... La vida tenía su apariencia normal. No era posible que unos hombres armados con pistolas hubiesen estado allí. Nadie había entrado en la casa y había sacado a rastras a una chica para meterla en un coche; nadie había oído gritar a una mujer. Lo más probable era que Larkin se hubiese marchado por propia voluntad.

Pike bajó del porche y se dirigió hacia la calle, tratando de dilucidar qué camino debía de haber tomado y por qué. Llevaba algo de dinero en efectivo y las tarjetas de crédito, pero no un teléfono con el que llamar a sus amigos o pedir un coche. Pike pensó que lo más probable era que hubiese caminado hasta Sunset Boulevard para buscar un teléfono, pero en ese momento la mujer que se encontraba en el porche de enfrente se echó a reír. Se trataba de una pareja de ancianos que se pasaba las noches en el porche escuchando a los Dodgers. Esa noche la radio emitía música, y Pike podía oírla con toda claridad.

Caminó entre dos coches y se acercó a la acera de enfrente.

—Perdonen —dijo.

El porche estaba iluminado por la luz que procedía del interior de la casa. Los puntos rojos de sus cigarrillos flotaban en la oscuridad como si se tratase de luciérnagas. El hombre alzó el suyo y la brasa se encendió. A continuación bajó el volumen de la radio.

—Buenas noches —dijo con acento ruso.

—Vivo al otro lado de la calle —le explicó Pike.

La mujer agitó su cigarrillo.

—Ya lo sabemos. Les hemos visto, a usted y a esa chica.

—¿La han visto hoy? —Ninguno de los dos respondió. Estaban sentados en unas sillas baratas de jardín de aluminio envueltos en la penumbra. El anciano se sacó el cigarrillo de la boca—. Creo que ha salido a dar un paseo —continuó Pike—. ¿Han visto por dónde se ha ido?

El anciano gruñó de manera significativa.

—¿Qué? —preguntó Pike.

—¿Es su esposa? —terció la mujer.

¡Pike comprendió el alcance de su pregunta y quiso dejar bien claro que no se trataba de sexo!

—Mi hermana.

—Ah —dijo el anciano.

La expresión de la mujer revelaba que ésta no le creía. Daba la impresión de estar pensando en cómo debía contestar. Por fin se decidió y agitó su cigarrillo apuntando a

la calle.

—Se marchó con los chicos.

—Armenios —especificó el anciano.

La mujer asintió con la cabeza como si con eso quedase todo dicho.

—Habló con ellos, se pasan el día ahí con su coche, y después se fueron juntos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Pike.

—No hace mucho. Acabábamos de salir a tomar el té.

—Hace una hora. No más de una hora —apuntó el anciano.

—Los armenios. ¿Dónde viven?

La mujer señaló con el cigarrillo hacia un lado.

—En la casa contigua, ahí. Son todos primos, según dicen, primos y hermanos.

Todos los armenios aseguran ser primos, pero a saber.

—Armenios —repitió el anciano.

La casa que había señalado la mujer tenía las luces apagadas y el BMW no estaba en la calle. La mujer parecía leer los pensamientos de Pike.

—Ahora no hay nadie en casa —le dijo—. Todos se marcharon con el coche.

—¿Les oyeron decir adónde iban?

La mujer reclinó su silla hacia atrás y ladeó la cabeza en dirección a la ventana abierta.

—¡Rolo! ¡Ven aquí, Rolo!

Un chico vestido con un suéter de los Lakers salió de la casa. Era alto y delgado y Pike pensó que debía de tener unos catorce o quince años.

—¿Qué quieres, abuela?

—Los armenios, ¿a qué sitio suelen ir?

—No lo sé.

El anciano parecía irritado y agitó la mano como diciéndole que dejara de tomarles el pelo.

—Los armenios. Ese club al que nunca debes ir —instó al muchacho.

La anciana arqueó las cejas mirando a Pike.

—Lo sabe. Suele hablar con ellos. El joven. Tienen ese club.

Rolo parecía avergonzado, pero les describió un local que parecía ser un club de baile cercano a Los Feliz. Rolo no recordaba el nombre, pero lo describió bastante bien: un viejo edificio al norte de Sunset que había sido encalado recientemente y que tenía una sola palabra en un lateral. Rolo no recordaba cuál era pero creía que era algo con una «Y».

Pike encontró el edificio en cuestión veinte minutos después. Estaba justo al norte de Sunset, encajonado entre una librería armenia y una panadería vietnamita-francesa. El letrero que coronaba el edificio rezaba CLUB YEREVAN. Debajo de él había una puerta de cuero rojo abierta. Tres hombres corpulentos estaban apostados en la acera delante de ella, hablando y fumando. Dos de ellos llevaban unas camisetas de manga corta y el otro una cazadora de cuero brillante. En el letrero más pequeño

que había sobre la puerta se podía leer: APARCAMIENTO EN LA PARTE DE ATRÁS.

Pike dobló la esquina. La avenida que había detrás de los escaparates conducía a un aparcamiento. Un encargado vigilaba la entrada desde una cabina diminuta. Todavía era pronto, pero el aparcamiento ya estaba lleno. Un mozo esperaba en el interior de la cabina mientras otro aparcaba un coche. En la puerta posterior del club se había apiñado un reducido grupo de gente.

Pike no perdió tiempo con el aparcamiento ni intentó encontrar el BMW. No tenía muy claro que Larkin estuviese en el local y en caso de que no fuese así él se apresuraría a proseguir su búsqueda. Pasó por delante de la panadería vietnamita y se apeó del coche. El mozo que estaba en la cabina lo vio y cruzó a toda prisa la avenida agitando las manos.

—No puede aparcar ahí —le dijo—. No está permitido.

Pike hizo caso omiso de sus palabras y se abrió paso entre la gente. Volvía a oír el zumbido, más fuerte que antes, pero no le dio importancia. Dejó a sus espaldas a varias mujeres que fumaban cigarrillos marrones y a unos hombres sonrientes que no les quitaban la vista de encima. Entró en un angosto vestíbulo donde había más personas alineadas junto a las paredes, hablando a gritos para poder entenderse a pesar de la ensordecedora mezcla de música hip-hop que, para colmo, no conseguía borrar del todo el zumbido. Abrió de par en par la puerta del servicio de hombres, escudriñó el interior, y a continuación hizo lo mismo con el de mujeres. La gente que había alrededor se echó a reír o lo miró, pero Pike se movió sin prestarles atención.

El vestíbulo giraba en dos ocasiones, y estaba cada vez más abarrotado mientras Pike se aproximaba al otro extremo. El volumen de la música iba en aumento, retumbaba cada vez más fuerte, y los presentes iban dando palmas por encima de sus cabezas, siguiendo el ritmo y cantando: «*Go baybee, Go baybee, Go baybee, Go...*».

Pike serpenteó entre los cuerpos sudorosos que se apiñaban en la sala principal cuando la vio. Larkin estaba encima de una tarima quitándose el sujetador, actuando como una *stripper* ante el gentío mientras movía el culo al ritmo de la música. Giraba lentamente, deslizaba sus manos desde el pelo hasta la entrepierna y a continuación se agachaba inclinándose hacia la barra sonriendo maliciosamente. Lo único que podía ver Pike era su delfín saltando libre entre las caderas y gritando para que lo reconociesen.

La chica vio a Pike mientras se acercaba hacia la barra y paró en seco de bailar como si fuese una niña a la que hubiesen pillado en falta. Se irguió y lo miró con aire culpable y temeroso. Pike se detuvo justo delante de ella. En ese momento eran los únicos en la sala que no alzaban las manos hacia el techo.

Pike gritó por encima del bajo que latía con fuerza.

—Baja de ahí.

La chica no se movió. Su semblante reflejaba una tristeza que le pareció confusa. Pero no se lo repitió; no estaba seguro de que pudiese oírle, y Larkin no se resistió

cuando la arrastró del brazo fuera del bar.

Mientras se alejaba con la chica, la multitud no supo cómo reaccionar, unos se echaron a reír, otros le abuchearon, hasta que dos de los armenios más mayores y un hombre con una enorme barriga le hicieron frente. El armenio de mayor edad se plantó delante de Pike para impedirle que siguiese avanzando mientras el gordo aferraba su brazo. Pike le agarró el pulgar casi sin tocarlo, le volvió de golpe la mano y lo derribó aplastando su cara contra el suelo como si fuese una ola rompiendo en la orilla.

Las personas que los rodeaban retrocedieron.

Pike no había apartado los ojos del armenio mayor y le sostuvo la mirada unos segundos hasta que la multitud se retiró aún más. Nadie se movió. Pike sintió que por fin habían comprendido y salió con la chica del local.



La gente que se encontraba en el vestíbulo o en la puerta trasera no había visto bailar a Larkin y tampoco sabía lo que había sucedido en el bar, pero aun así Pike arrastró a la chica hasta el coche. Larkin entró sin pronunciar palabra. Pike se alejó a toda velocidad de la avenida y frenó para dirigirse a Sunset sin dejar de pensar en lo que haría con los armenios si regresaban a la casa. Estaba enfadado, pero la rabia acabaría por aplacarse. Su trabajo consistía en mantenerla con vida. No habló hasta que se hallaron a dos manzanas de distancia.

—¿Les dijiste quién eres?

—No.

—¿Qué les dijiste?

—Mona.

—¿Qué?

—Mi nombre. Debían llamarme de alguna forma, así que les dije que me llamaba Mona.

Pike seguía mirando por el espejo retrovisor para controlar si los seguían.

—¿Alguien te reconoció? —preguntó.

—No... ¿Cómo puedo saberlo?

—Por la manera de mirarte. Alguien podría haberte dicho algo.

—No.

—Las preguntas que te hicieron. Algún comentario.

—Sólo bailamos. Me preguntaron si bailaba. Las películas que me gustan. Ese tipo de cosas.

Cuando se encontraban a cuatro manzanas del club, Pike detuvo el coche delante de una tienda de licores. Cogió la barbilla de la chica con una mano y apuntó su cara hacia las luces.

—¿Estás borracha?

—Ya te he dicho que no bebo. Hace un año que no pruebo ni gota.

—¿Colocada?

—Un año.

Pike observó el movimiento de la luz en sus ojos y vio que estaba diciendo la verdad. La soltó pero ella aferró su mano y la mantuvo sobre su cara. Pike trató de desasirse, pero ella lo sujetaba con fuerza y no quería hacerle daño.

—Quítate esas estúpidas gafas —le dijo—. ¿Sabes lo espeluznante que resulta verte con ellas? Nadie lleva gafas de sol por la noche. Déjame ver. Me has mirado a los ojos, ahora déjame ver los tuyos.

Cuando se habían conocido en el desierto ella ya había querido verlos. Entonces lo hizo por pura pose, pero ahora estaba enojada y asustada.

—Son un par de ojos sin más —dijo Pike.

A diferencia de lo que había hecho con el hombre del bar, Pike abrió los dedos de ella y retiró la mano delicadamente para no hacerle daño.

—Podían habernos matado —añadió—. ¿Quieres morir? ¿Es eso lo que pretendes?

—Vaya estupidez...

—Dime lo que quieres hacer. Si quieres ir a casa te llevaré allí. Si quieres seguir con vida cuidaré de ti.

—No pretendía...

Pike le cogió ambas manos.

—Venderé cara mi vida, pero no por un suicidio —aseguró—. No quiero desperdiciarla.

Larkin le miró por un instante, como si estuviese confundida.

—No te estoy pidiendo...

Pike le apretó las manos y la volvió a interrumpir:

—Si quieres ir a casa te llevaré. Si quieres morir vete a casa y muere, pero te advierto que no lo voy a permitir.

Quizás estaba apretando demasiado. Sus manos eran huesudas y llenas de callos, y muy fuertes. La barbilla de Larkin tembló y sus ojos se anegaron en lágrimas.

—¡Lo único que hacía era conducir mi coche! —sollozó.

Pike golpeó el volante con los puños.

—¡Este volante da igual! El aire que respiramos da igual. Inspira.

—¡Eres un imbécil!

—¿Qué prefieres? ¿Vivir o ir a bailar? Te puedo dejar en casa en veinte minutos.

—¡No sabes lo que supone ser como yo!

—No sabes lo que supone ser como yo.

Los faros y las luces traseras de los coches se movían sobre ella igual que la luz se refleja en el agua; luces amarillas, verdes y azules procedentes de las tiendas y señales a su alrededor formaban una confusión de colores en movimiento. Larkin no habló, no parecía capaz de hacerlo.

Pike suavizó el tono:

—Dime que quieres vivir.

—Quiero vivir.

—Repítelo.

—¡Quiero vivir!

Pike soltó sus manos, pero ella permaneció inmóvil. Luego se irguió detrás del volante.

—No somos tan diferentes —concluyó.

La chica soltó una carcajada.

—¡Ohdiosmío! ¡Oh, Dios mío... amigo! ¡Quizás el que está colocado eres tú!

Pike puso la marcha, pero mantuvo el pie en el freno.

—A ti te gusta mostrarte, yo prefiero ser invisible —dijo—. A fin de cuentas es lo mismo.

La chica lo miró fijamente y se irguió de la misma forma que había hecho él.

—Eres un idealista —le espetó.

Pike no sabía de qué estaba hablando, de forma que sacudió la cabeza.

—Tu amigo Elvis me dijo que eres un idealista —aclaró ella.

Pike arrancó y enfiló la calle hasta adentrarse en el tráfico antes de contestar.

—Se cree un tipo gracioso.

Larkin empezó a decir algo, pero a continuación se calló como suele hacer la gente mientras piensa. Regresaron a la casa envueltos en ese silencio, pero una vez, sólo una vez, ella alargó la mano y apretó su brazo; él, por su parte, le dio unas palmaditas también una vez.

Esa noche, más tarde, cuando el ritmo de su respiración le sugirió que la chica se había quedado dormida en el sofá, Pike apagó la última lámpara y la casa quedó a oscuras. Pretendía salir más tarde y no quería que hubiese luces encendidas cuando lo hiciese.

Se sentó tranquilo y la observó. Habían probado la comida india, aunque no se la habían acabado. Tampoco habían hablado demasiado, ya que durante la mayor parte del tiempo ella se había entretenido con el iPod de Cole y se había quedado dormida con los auriculares puestos.

Larkin parecía aún más joven cuando dormía, y también más pequeña, como si parte de su cuerpo se desvaneciera en el sofá. Pike tenía la impresión de estar viendo a la Persona Original. Creía que cada persona se creaba a sí misma, se construía de dentro hacia fuera y que las tensiones y la voluntad de la persona interior mantenían en pie a la exterior. La persona exterior se correspondía con la apariencia que las personas ofrecían al mundo; era su máscara, su camuflaje, su mensaje y, quizá, sus recursos. Existía en la medida en que la persona interior la sostenía y, cuando ésta no conseguía seguir manteniendo la máscara, la persona exterior se desvanecía y uno podía ver a la persona original. Pike había observado que, en ocasiones, durante el sueño se perdía el control. La bebida, las drogas y las emociones extremas podían tener también esos efectos. Cuanto más débil era la sujeción tanto más fácil era perderla. Entonces se podía ver a la persona que cada uno de nosotros alberga en su interior. Pike pensaba a menudo en estas cosas. El truco consistía en llegar a un punto en que la persona interior y la exterior coincidiesen. Cuanto más se acercaba uno a ese punto más fuerte resultaba. Pike creía que Cole era una persona así, su interior y su exterior estaban tan próximos que casi eran una misma cosa. Pike le admiraba por eso. Cole había realizado un enorme esfuerzo o quizás ese estado de unicidad fuese natural en él. En cualquier caso, Pike consideraba ese hecho de enorme importancia y estudiaba a Cole para aprender de él. La persona que Pike llevaba en su fuero interno había erigido una fortaleza a su alrededor; le había funcionado hasta la fecha, pero Pike deseaba más. Una fortaleza era, en cualquier caso, un lugar muy solitario para vivir.

Pike decidió que la persona original de Larkin era una niña que podía ser tanto buena como mala. Los niños no tenían mucha resistencia. Un niño no era capaz de soportar la tensión que suponía mantener a ambas personas unidas, y al final algo cedía. El niño quedaba entonces aplastado y desgarrado en algo distinto que podía ser bueno o malo, pero que, en cualquier caso, transformaba a la persona original. Algunos filósofos opinaban que los cambios eran buenos, pero Pike no estaba tan seguro. Esta creencia siempre le había sorprendido por su egoísmo; el cambio a

menudo parecía inevitable, de manera que si era así debíamos poder tratar de frenarlo de algún modo.

Pasados unos minutos, Pike se dirigió a la mesa del comedor, desmontó su pistola de la misma forma que había hecho por la mañana y se puso a limpiarla por segunda vez ese día.

No tenía ganas de dormir. Todavía debía decidir si abandonarían o no la casa, y en buena medida esta decisión dependía de los armenios, de modo que se preparó para esperarlos.

Pike trabajaba sin problemas en la oscuridad. Limpiaba las diferentes partes del arma con disolvente en polvo, pero no usó mucho porque no quería que el olor despertase a la chica. Quería que estuviese dormida cuando los armenios regresasen.

Los oyó mientras cepillaba el cañón. Salió por la puerta delantera y bajó del porche. El armenio mayor se apeó del asiento del conductor, pero no vieron a Pike hasta que llegó a la acera. Entonces el armenio más joven, que estaba en el extremo más alejado del coche, dijo algo y todos se volvieron para mirarle mientras caminaba directamente hacia ellos.

A esas horas de la noche todo se hallaba en el apacible vecindario. Los porches estaban vacíos, las familias dormían, los coches estaban aparcados y las calles desiertas, exceptuando a Pike y a los cinco armenios bajo la luz de las farolas.

Se detuvo a escasa distancia y los miró uno por uno hasta que al final se detuvo en el más viejo, el que le había plantado cara en el bar.

—Me imagino que ella no te dijo que estamos casados —explicó Pike—. Supongo que no lo sabías y que por eso te la llevaste. Supongo que, ahora que lo sabes, no volveremos a tener el mismo problema.

El mayor de los armenios alzó las palmas en señal de que lamentaba el malentendido.

—No hay problema, amigo —dijo—. Ella sólo nos dijo que compartáis la casa, eso es todo. Que erais compañeros de habitación.

El armenio más joven asintió con la cabeza.

—Eh, nosotros estábamos charlando aquí sin más, tío, cuando ella salió y pegó hebra con nosotros.

El chico se había americanizado tanto que hablaba en argot con dejo armenio.

Pike asintió.

—Lo entiendo. De manera que no hay problema entre nosotros.

—No, tío, por nuestra parte puedes estar tranquilo.

Pike observaba sus expresiones y el lenguaje de sus cuerpos no con la intención de comprobar si efectivamente estaban tranquilos, sino de asegurarse de que ninguno de ellos la hubiese reconocido. Si alguno de sus amigos del club la había identificado podían haberse pasado el resto de la velada comentando el tema. Para ellos, Larkin era simplemente una chica sin mollera como tantas otras, una más que había perdido el juicio. Llegó a la conclusión de que estaban a salvo.

—No es la primera vez que Mona hace algo así, y ya ha causado problemas — prosiguió Pike—. Se trata de un hombre, la ha estado acosando. Hemos cambiado de sitio varias veces, pero él no da su brazo a torcer. Si veis a alguien os agradecería que me lo dijeseis, tíos.

—Por supuesto, amigo —le respondió el mayor de ellos—. No hay problema. Pike le tendió la mano y el tipo se la estrechó.

El segundo en edad, que había estado escrutándolos intimidado, habló por fin:

—¿Qué fue lo que hiciste en el club? ¿Cómo lo llamas, qué hiciste?

El benjamín del grupo se echó a reír.

—Le dio una buena tunda, imbécil.

Dos de los armenios se echaron a reír. El mayor no, en lugar de eso les dijo que se había hecho tarde y que debían regresar.

El mayor esperó hasta que los otros se marcharon y a continuación se volvió a Pike y lo miró con aire comprensivo.

—Lamento que hayas tenido que sufrir esto, amigo —le dijo—. Debes de quererla mucho.

Pike dejó al tipo envuelto en la aureola azul de la calle y regresó a la casa. Larkin seguía durmiendo. Cogió la manta del dormitorio de ella, la tapó y a continuación se encaminó hacia la cocina a buscar una botella de agua, que bebió ávidamente. Luego cogió el cartón con los restos de *jalfrezi* de la nevera, pero apenas probó bocado. Pike se puso de nuevo a limpiar su pistola. Le gustaba la certeza que le producía el acero en las manos: las formas duras y definidas, el modo predecible en que funcionaba el arma una vez montada, el confort que procuraba su sencillez. Cuando trabajaba con las manos no debía pensar.

Pike contempló a la chica mientras dormía esperando el amanecer.

# **CUARTO DÍA MIRANDO AL SOL**

Esa noche, Pike durmió apenas unos minutos. Se adormecía mientras meditaba y ese duermevela lo dejó más ansioso que relajado. La caza se estaba acelerando y Pike pretendía aumentar la presión. Cuanto más lo hiciese, Meesh se vería obligado a reaccionar y exigiría más a sus hombres. Éstos se resentirían, Meesh se encolerizaría y Pike seguiría presionando. Esa táctica se denominaba estresar al enemigo: cuando Meesh se percatase de que estaba muy estresado se daría cuenta de que había dejado de ser el cazador. Aceptaría que se había convertido en la presa. Esa táctica se denominaba quebrar al enemigo. Meesh cometería entonces un error.

Al amanecer, Pike se dirigió al cuarto de baño para no molestar a la chica. Llamó por teléfono a Cole y le contó lo del motel.

—¿Te identificaron? —preguntó su amigo.

—No.

—¿Estás seguro?

Pike no le contestó, y al final Cole exhaló un suspiro.

—Está bien, puede que sea así —concedió Pike—. Por el momento la policía no ha llamado a mi puerta. Dame tiempo para ducharme, después hablaré con ellos.

Cuando Pike salió del cuarto de baño la chica se había levantado. Desde que la conocía nunca lo había hecho tan temprano. Larkin desvió la mirada como si todavía se sintiese avergonzada por lo sucedido la noche anterior.

—¿Has hecho café? —preguntó.

—No quería despertarte.

—Lo has hecho.

Larkin se encaminó hacia la cocina, pero Pike la detuvo.

—Tengo algunas cosas aquí —le dijo—. Ven a verlas.

La noche anterior él no le había contado lo que había ocurrido en el motel, pero ahora la llevó a la mesa donde había dejado los pasaportes y los documentos que tenía preparados para Cole. Le tendió el pasaporte de Luis abierto por la página donde estaba la fotografía. Larkin lo escrutó por un momento y a continuación sacudió la cabeza.

—Jesús Leone, ¿quién es? —dijo.

—Uno de los hombres que asaltaron tu casa. El tipo que golpeó al ama de llaves. Su verdadero nombre es Luis. No sé su apellido.

Pike le enseñó el resto de los pasaportes uno a uno, pero ella no reconoció a ninguno de los hombres. Apenas miró sus fotografías.

—¿Dónde los conseguiste?

Pike hizo caso omiso de su pregunta.

—¿Has oído alguna vez el nombre Barone?



—No.

—¿Qué me dices de un tipo llamado Carlos?

La chica volvió a negar con la cabeza y cogió de nuevo el pasaporte de Luis. Observó la fotografía, pero Pike sabía que no estaba pensando en Luis.

—¿Te molesta cuando... ya sabes, tú...?

—No.

—¿De verdad?

—No.

Larkin dejó caer el pasaporte junto a los demás.

—Bien.

Cole llegó más tarde con un pequeño televisor. Pike no le había pedido uno ni tampoco la chica, pero Cole les llevó de todos modos un Sony de trece pulgadas.

—Lo tenía en la habitación de invitados —explicó—. No estoy muy seguro de que funcione.

Pike dudaba de que Cole se hubiese molestado en meterlo en su coche sin haber comprobado antes si efectivamente funcionaba, pero no dijo nada. A pesar de que no tenían cable lo sintonizaron a las antenas. Lo colocaron sobre una mesa de la salita y lo encendieron sin mayor problema. Si bien no podían ver los canales por cable, el aparato les daba una imagen clara y nítida de los diferentes canales de Los Ángeles.

Larkin le dio las gracias a Cole, aunque sin gran entusiasmo. Se había mostrado sumisa durante toda la mañana, no distante, sino tan sólo tranquila. Había sonreído tímidamente a Cole cuando éste llegó, y lo había escrutado en silencio mientras éste intentaba poner en marcha el aparato. Después se había dejado caer en el sofá con una taza de café en la mano. Ahora estaba mirando el programa matutino de uno de los canales locales, pero cada vez que Pike le echaba una ojeada ella parecía distraída. Como si estuviese pensando en sus cosas.

Mientras Larkin permanecía absorta en la televisión, Pike le mostró a Cole los pasaportes. Éste abrió bien las páginas para captar la luz.

—La falsificación es buena —comentó—. Diría incluso que excelente. ¿Dices que llegaron unos doce tipos?

—Eso fue lo que dijo el hombre. Ahora son cinco.

Cole hizo a un lado los pasaportes.

—A menos que hayan pedido refuerzos.

Pike enseñó a Cole los mapas, los billetes de avión y la hoja del cuaderno de espiral que le había quitado a Luis. La página estaba asquerosa, debía de haber sido doblada una infinidad de veces, y con toda probabilidad Luis se la había metido en el bolsillo en otra infinidad de ocasiones. Una caligrafía indescifrable cubría casi por completo ambas caras sin que ninguna frase tuviese más de dos o tres palabras. Antes de que la chica despertase, Pike había dedicado en vano más de veinte minutos a intentar leerla. Era probable que Luis hubiese ido tomando notas mientras conducía, quizá sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro y con la otra mano en el

volante. Pike suponía que se trataba de nombres y direcciones. Los números eran, a todas luces, telefónicos.

Cole frunció el ceño al mirarla.

—Supongo que en la escuela para gorilas no les enseñan caligrafía.

Observó también los billetes de avión y los mapas, los amontonó junto a la hoja del cuaderno y a continuación se concentró en el reloj. Cuando leyó la inscripción arqueó las cejas.

—¿«A mi adorable George»?

—Es un reloj de sesenta mil dólares.

—Puedo averiguar los números de serie.

Cole colocó el reloj sobre los mapas y acto seguido se dedicó a los teléfonos. Pike había elaborado una lista con los números de llamadas entrantes y salientes de cada uno de los aparatos. Los había identificado con los nombres JORGE y LUIS. Jorge sólo había hecho seis llamadas, todas al teléfono de Luis. Éste, por su parte, había efectuado cuarenta y siete llamadas a diecinueve números diferentes. Cole leyó la lista de Pike y a continuación miró los aparatos.

—¿Cuál es cuál? —preguntó.

Pike tocó un teléfono y luego el otro.

—Jorge, Luis.

Cole volvió los aparatos y escudriñó sus teclas.

—Una gran lástima que no sepamos las contraseñas. Podríamos escuchar los mensajes. En caso de que los tengan.

—Déjalos encendidos, quizá llame alguien.

—Quizá no fue una gran idea que llamasess a ese tipo. Lo más probable es que se deshaga del aparato y que se compre otro. Quizá lo haya tirado ya.

—Quería estresarlos.

Cole miró a la chica para asegurarse de que no les escuchaba y a continuación bajó la voz:

—Has matado a siete de sus hombres.

—Ahora se trata de una cuestión personal. Mejor así.

—¿Y qué pasa si él la considera tan personal que regresa a Colombia?

—Le perseguiré.

Cole echó una nueva ojeada a la chica.

—¿Crees que el tipo con el que hablaste era Meesh?

—Tenía acento. No era muy fuerte, pero se percibía, quizá francés. O francés o español. Ayer pensaba que no podía ser Meesh, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Por qué?

—¿Cómo suena un gánster de Denver? Su expediente no menciona el acento, pero esos resúmenes son muy reveladores.

Cole volvió a examinar los números.

—Está bien, incluso en el caso de que se hayan deshecho de los aparatos, tal vez

pueda hacer algo. Esos diecinueve números nos indican que llamó a diecinueve teléfonos, y esos teléfonos llamaron a su vez a otros. No creo que todos sus dueños los hayan tirado. Hablaré con un amigo que tengo en la compañía telefónica. Quizá pueda conseguir los registros de llamadas de otros proveedores de servicios. Tarde o temprano podremos relacionar números de teléfonos auténticos con nombres auténticos de personas.

Pike notó que la chica le estaba mirando. Los invitados al programa matutino estaban hablando sobre una reclamación de paternidad a una estrella de cine, pero ella no prestaba atención a lo que decían.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Pike.

—Muy bien.

Larkin se concentró de nuevo en la televisión.

Cole se puso a examinar de nuevo los billetes de avión y a tomar notas. Ni los mapas, ni los billetes, ni los garabatos trazados en la hoja de papel les daban el menor indicio, algo como una factura de hotel firmada por Alexander Meesh, pero Pike en ningún momento se había esperado encontrar algo tan directo. Cole debería investigar sobre los números de la misma forma que Elvis había hecho con las pistolas. Tarde o temprano averiguarían algo y Pike se encontraría más cerca de Meesh. Pike estaba demostrando mucha paciencia. La caza consistía en dar un paso y luego otro. Una vez tenías al tipo en tu retícula había que dar el siguiente.

Pike dejó que Cole controlase las ventanas delanteras de la casa. Los armenios seguían en su sitio habitual, y tanto en la calle como en las casas no se percibía nada inusual. No habían aparecido nuevos coches, ni se veía a desconocidos vigilando entre los arbustos. Todo parecía estar en su sitio.

A pesar de que todavía era pronto, Pike sentía que la temperatura iba subiendo y supuso que iba a ser un día caluroso. Una neblina luminosa flotaba en un cielo descolorido. Alrededor de mediodía el aire estaría cargado de hidrocarburos y ozono devorando su piel como gusanos invisibles.

Apartó la vista de la ventana. La chica miraba ahora la televisión, pero era evidente que había estado observándole de nuevo. Pike notó que sus ojos se movían hacia la pantalla al volverse.

—Creo que hoy encenderemos el aire acondicionado —dijo.

—Eso es fantástico, gracias.

—¿Estás bien?

—Sí.

Pike se preguntó por qué no le miraba mientras hablaba. No era propio de ella. No parecía enfadada ni tampoco se trataba de una postura estudiada. Simplemente esquivaba su mirada. Pike se aseguró de que Cole siguiese trabajando y a continuación se aproximó a Larkin. Se puso tan cerca de ella que a la chica no le quedó más remedio que mirarle.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—No te preocupes.

—¿A qué te refieres?

—A lo de noche. Olvídalo. Los dos estamos bien.

—Lo sé.

Ahora parecía sentirse aún más incómoda, pero no obstante sonrió cuando Cole anunció desde la mesa:

—¡He encontrado algo!

Había inclinado la silla hacia atrás y sostenía en el aire la página del cuaderno.

—¿Has entendido lo que escribió? —le preguntó Pike.

—Las palabras no, pero sí la mayor parte de los números. Mira.

Pike se acercó a él y esta vez la chica le acompañó. Cole alisó la hoja sobre la mesa y les indicó uno de los números: 18185.

—Da la impresión de que empezó a escribir un número de teléfono, pero se detuvo antes de acabar.

El código del valle de San Fernando era el 818.

—No es un número de teléfono —explicó Cole—. Lo parece, pero en realidad se trata de una dirección.

Puso uno de sus mapas dibujados a mano sobre la hoja del cuaderno y miró a Larkin.

—Es tu calle. El número me salió porque he tomado algunas notas sobre la dirección.

—Yo vivo en el 17922.

—Te encuentras tres edificios más allá, en dirección norte. Los números aumentan a medida que se avanza hacia el sur. Aquí es donde tuviste el accidente.

Cole indicó el lugar de la calle donde había trazado una pequeña x para marcar el choque y a continuación dio unos golpecitos sobre el edificio que había al lado.

—Y éste es el 18185, justo en la avenida de la que regresaban cuando tú chocaste con ellos.

Cole había escrito la dirección de cada edificio, atribuyéndoles los respectivos números. El 18185 correspondía a una construcción abandonada al principio de la avenida.

—¿Cuándo entró Luis en el país?

Cole comprobó la fecha en el billete de avión.

—Al menos cuatro días después del accidente. Los federales habían peinado ya la zona. Larkin había regresado a casa de su padre en Beverly Hills y el accidente era ya agua pasada. Si lo que pretendían era seguir a Larkin, deberían haber buscado en su *loft* o en su casa de Beverly Hills, pero ¿por qué se habían preocupado por el lugar del accidente?

Pike sabía que Cole tenía razón. Luis y sus secuaces no tenían motivo alguno para investigar el lugar donde había ocurrido el accidente.

—De manera que quizá no les enviaron allí por eso. Quizá fueron al edificio.

—Deberíamos volver a echarle un vistazo.

Pike fue a por una camisa de manga larga y Cole se dispuso a recoger su trabajo. Mientras Pike se abotonaba la camisa notó que la chica estaba observándole de nuevo. Había pensado ya en lo que debería hacer cuando se presentase de nuevo la ocasión de dejarla en sola en casa, y en ese momento tomó una decisión.

—Puedes quedarte aquí si quieres —le dijo a la chica—. No tienes por qué permanecer sentada en el coche.

La chica pareció sorprendida y volvió a desviar los ojos como si la mirada de Pike le pesara. La Larkin que había visto bailando en el bar no era una persona difícil o molesta, como tampoco lo era la Larkin que había conocido en el desierto, pero ahora era diferente. Pike notó que quería decirle algo, pero no sabía cómo.

—Me gustaría ir —dijo finalmente—. Si puede ser.

No era una afirmación y tampoco una exigencia. Esta vez se lo había preguntado.

—Como quieras —le respondió Pike.

Cinco minutos más tarde se dirigieron a los coches.

Pike y Larkin siguieron a Cole mientras éste descendía por las colinas a través de calles sorprendentemente desiertas y silenciosas. La chica no se había sentado con las piernas cruzadas y los zapatos sobre el asiento como había hecho el día anterior, sino que miraba hacia delante con los pies apoyados en el suelo. Pike no hizo ningún comentario. Si quería hablar ya lo haría.

La observó con el rabillo del ojo y en dos ocasiones tuvo la impresión de que iba a decir algo, pero se contuvo. Mientras cruzaban Sunset Boulevard John Chen llamó al teléfono.

—No he podido llamar antes —dijo.

Chen susurraba tan bajo que Pike apenas podía oírlo. Era probable que estuviese rodeado de gente.

—¿Puedes volver a llamar desde otro sitio mejor? —preguntó Pike.

—Me encuentro en Monterey Park, se ha cometido un homicidio. Un tipo hizo tragar a su madre una bolsa de líquido desatascador, la sujetó hasta que la mujer dejó de patear y luego se entregó a la policía. Tío, llevo aquí desde las seis de la mañana. Estoy en el cuarto de baño.

—¿Qué has averiguado?

—Tenías razón sobre esas huellas.

—¿Has conseguido identificar a alguien?

—A dos de ellos, gracias a la base de datos sudamericana y a la Interpol. Mierda, espera un momento... —La voz de Chen se oyó cada vez más apagada, y a continuación elevó el tono—: Lo siento... las *carnitas* no estaban en buen estado... —A continuación susurró—: Gilipollas.

—Dime lo que has encontrado.

—Jorge Manuel Petrada y Luis Alva Mendoza. Petrada nació en Colombia y ha sido arrestado en varias ocasiones en ese país, al igual que en Venezuela y Ecuador.

»Mendoza, por su parte, nació en Ecuador, pero también se las arregló para ampliar su carrera. Ambos sujetos han descontado algunas penas de prisión y en la actualidad tienen en su haber varios cargos por asesinato, a Mendoza se le busca además por tres secuestros. ¿Dónde has conseguido esas gafas, amigo?

Pike ignoró su pregunta.

—¿Para quién trabajan?

—Según parece son socios conocidos de un tipo llamado Esteban Barone, que es miembro del cártel de Quito, en Ecuador. Según la DEA fue uno de los grupos que surgieron durante el período de vacío que se produjo a raíz de la ruptura de los cárteles de Medellín y Cali.

—¿Tienen socios o familia en Los Ángeles?

—No figuran en las listas.

—¿En ningún lugar de Estados Unidos?

—Nada.

—¿Afiliación a algún grupo? Los grupos criminales de Los Ángeles como Mara 18 y MS-13 se habían extendido por América central y Sudamérica.

—No, amigo —contestó Chen—. Eran sicarios de ese tipo, Barone. Nada indica que hayan estado aquí antes.

Chen confirmaba lo que Pike había averiguado ya gracias a Jorge, sólo que esa información no le acercaba más a Meesh.

—¿Comprobaste las pistolas? —preguntó Pike.

—No puedo hasta que no salga de aquí, pero escucha, los federales también han confiscado las pistolas de Malibú. Entraron en el laboratorio del *sheriff*, igual que sucedió con nosotros, y arramblaron con todo: las pistolas, las cubiertas, todo.

—¿Pitman?

—El mismo tipo de trato, sin preguntas. ¿Esos cadáveres de Malibú y Eagle Rock eran miembros del grupo de Quito?

—Sí.

—Creo que los federales ya saben quiénes son. En mi opinión lo único que pretenden es que nos quitemos de en medio.

—Es probable que tengas razón, John.

—No acabo de entenderlo. Son traficantes de droga. ¿Qué les importa a los federales si queremos identificar a dos gilipollas ecuatorianos? Nuestra gente trabaja con las agencias internacionales todo el tiempo. Conozco a muchos tipos que trabajan en narcóticos, se pasan tanto tiempo en México que se podría decir que casi viven en ese país de mierda.

Pike tenía las mismas dudas. El blanqueo de dinero seguía siéndolo sin importar si la pasta procedía de los gánsteres de Jersey o de los señores de Ecuador. La energía que los federales estaban empleando para ocultar la investigación sobre los King tenía aún menos sentido por el momento, y en cualquier caso no hacía falta dejar a la policía al margen. Pike no se fiaba de ninguno de ellos. Pensaba que Pitman estaba ocultando otra cosa, sólo que todavía no sabía de qué se trataba.

—¿Crees que si envío la huellas de Malibú y de Eagle Rock a la Interpol obtendré algún indicio? —prosiguió Chen—. Eso sería fantástico, hermano. Excelente.

—Mejor que lo dejes estar, John.

—¿Mejor?

—Abandona, podríamos encontrarnos con algo más grande de lo que pensamos.

—¿Me equivoco o te estás dejando algo por contarme?

—Todavía no sé todo. Algunas cosas sí, pero no todo. Te diré más cuando me entere.

Chen gruñó dando a entender que también prefería apostar por un resultado mejor

al final.

—Deja que te pregunte algo... —empezó—. Esos tipos de Ecuador, ¿qué están haciendo aquí?

Pike le respondió como pudo:

—Morir.

Colgó el teléfono y a continuación miró a la chica. Larkin le observaba de nuevo.

—Su nombre completo es Esteban Barone —dijo Pike.

—Aun así no me dice nada.

—Los hombres que intentaron matarte trabajan para Barone.

—Creí que eran sicarios de Meesh.

—Barone colabora con Meesh. Eso es lo que Pitman asegura, que Meesh estaba aquí para invertir el dinero prodecente de Sudamérica.

Larkin no respondió. Pike la miró. La chica le escrutaba meditabunda, como había hecho el resto de la mañana, sólo que ahora no desvió los ojos.

—Necesito preguntarte algo —le dijo—. Sobre lo que dijiste anoche, eso de que me gusta exhibirme. ¿Por qué me lo dijiste?

Pike pensó que era obvio.

—Te sientes invisible. Si nadie te ve tienes la sensación de que no existes, de manera que procuras que te vean.

Larkin frunció ligeramente el entrecejo, pero sin dar visos de estar enfadada o de sentirse insultada. Pike tuvo la impresión de que estaba triste.

—Cuando tenía once años empecé a ir al psicólogo —dijo ella—. Me conoces desde hace sólo tres días. Dios mío, ¿es tan evidente?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Porque me puse a bailar en ese bar? Ve a ver lo que hacen en Mardi Gras.

Pike reflexionó tratando de encontrar un ejemplo.

—En el desierto —explicó—. La manera en que mirabas a tu padre. No lo hacías para verle sino para asegurarte de que él te prestaba atención. Tu padre estaba concentrado en Bud y en su abogado y tú dijiste algo atroz para hacerte notar. Necesitabas que te viera.

Larkin miró por la ventana.

—Me da igual que me vea o no.

—Puede que ahora no, pero en el pasado sí. No lo necesitarías tanto si te diese igual como dices.

Larkin lo miró, ya no estaba enfurruñada.

—¿Para entender todo eso te ha bastado mirarme?

—Verte. No es lo mismo.

—¿Y a qué se debe que lo puedas ver con tanta claridad?

Pike pensó si debía responderle o no. Era un hombre introvertido, jamás hablaba de sí mismo y no le preocupaba mucho la gente que lo hacía, pero supuso que la



chica tenía derecho a preguntar.

—Mis padres y yo mirábamos la televisión —dijo—. Mi madre, mi padre y yo, o quizás estábamos comiendo, da igual. De repente él se irritaba por algo y me daba una buena paliza. A mí o a mi madre. De manera que aprendí a interpretar las señales. La forma en que se encogía de hombros, en que apretaba los labios, o la cantidad de alcohol que bebía. Un dedo de más en el vaso y estaba listo para partir. Esas pequeñas cosas te dicen mucho. Si eres capaz de verlas, problema resuelto. Si se te escapan acabas en el hospital. Así que aprendes a observar.

Larkin no abrió la boca y cuando Pike la miró se percató de que estaba triste.

—El caso es que comprendí el juego que hay entre tu padre y tú —añadió Pike—. Necesitas algo de él que él no te da y que, probablemente, jamás te dará.

Ella seguía escudriñándole.

—Gracias por verme —le dijo. Pike asintió con la cabeza—. Bud le dijo a Gordon y a mi padre que tú me protegerías. Mi padre se limitó a mirar a Gordon. Gordon sólo quería saber cuánto le iba a costar. Pero Bud le dijo que eras el único. Supongo que no se equivocaba.

Pike siguió conduciendo.

—¿Añadió algo más?

—Sólo que había trabajado contigo. Que podíamos confiar en ti. Aseguré que cumplirías con tu cometido. Nos lo garantizó.

Pike la escuchó impasible sin hacer ningún comentario, ocultando a la chica la tristeza que sentía, al igual que hacía con casi todo.

## **EL SHORTSTOP LOUNGE**

### **7.20 HORAS**

*El Shortstop era toda una tradición en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Emplazado en Sunset Boulevard, en Echo Park, a medio camino entre Alvarado y el estadio de los Dodgers, el Shortstop Lounge era un sitio accesible desde Rampart Station y la Academia de Policía. Las fiestas de cumpleaños se celebraban entre sus oscuras paredes, de las que colgaban insignias y divisas del departamento, al igual que los divorcios, las jubilaciones, los ascensos, las conmemoraciones y los momentos cargados de hiperactividad sucesivos a la muerte de un policía. Las carreras iniciaban y finalizaban en el Shortstop.*

*A las 7.20 horas de su día libre, Pike se sentó a una mesa, era el único que estaba solo y que ignoraba las miradas de tensión y los comentarios. Pike imaginaba que sería peor, pero lo llevaba bien. Había elegido ese sitio para poder ver a Bud Flynn.*

*Pike ahora tenía a sus espaldas tres años y cuatro meses de servicio y un cambio de trabajo. Su año como novato había finalizado hacía veintiocho meses. De sus compañeros de clase en la academia Pike era el primero y el único que había matado*

ya a un hombre en el desempeño de su deber, una distinción que le provocaba sentimientos encontrados. Hacía cinco semanas se había convertido en el primero de la clase que había matado a un segundo hombre. La segunda muerte se había producido durante el transcurso de una tarde brutal en el motel Islander Palm, una desvencijada trampa para cucarachas donde, según había admitido ante la Junta de Revisión de la Policía de Los Ángeles, Joe Pike causó la muerte mediante arma de fuego a un condecorado veterano con veintidós años de servicio a sus espaldas del Departamento de Policía de Los Ángeles llamado Abel Wozniak mientras defendía la vida de un pedófilo llamado Leonard DeVille. Abel Wozniak había sido el compañero de Pike. Se habían sentado juntos a la mesa en infinidad de ocasiones, pero no había tenido otro remedio.

### *JUNTA DE REVISIÓN*

*Investigación sobre la muerte del oficial Abel Wozniak*

*Desarrollo de los acontecimientos*

*(de acuerdo con las investigaciones):*

*9.25 horas: Secuestro de Ramona Ann Escobar (mujer, 5 años) en Echo Park Lake.*

*9.52 horas: APB Escobar; sospechoso L. DeVille, conocido pedófilo, presente en la zona.*

*11.40 horas: Los oficiales Wozniak y Pike localizan a DeVille, quien ha sido visto con una menor.*

*11.48 horas: Los oficiales Wozniak y Pike llegan al motel Islander Palms.*

*11.52 horas: Los oficiales Wozniak y Pike entran en la habitación de DeVille; interrogan a éste; encuentran pruebas fotográficas de Escobar, pero no a la niña (nota para registro: las pruebas incluyen unas fotos de la menor Escobar, de la que DeVille ha abusado sexualmente).*

*11.55 horas: El oficial Wozniak amenaza con matar a DeVille a menos que éste les entregue a la niña; el oficial Wozniak golpea a DeVille con la pistola reglamentaria (nota para registro: los exámenes médicos confirman que las heridas que presentaba DeVille eran de consideración).*

*11.56 horas: El oficial Pike trata de calmar a Wozniak sin lograrlo; el oficial Wozniak apunta con su arma a DeVille; el oficial Pike interviene.*

*11.57 horas: El oficial Wozniak y Pike luchan; el arma se dispara; el oficial Wozniak cae herido de bala en el lugar de los hechos (nota para registro: los exámenes SID, CI & ME son consistentes).*

*(Nota para registro: en el historial precedente del oficial Wozniak en relación con el sospechoso DeVille figuran dos arrestos).*

*Resultado: Disparo accidental. No se presentan cargos por el asunto descrito anteriormente.*

*A las siete y media de esa mañana el Shortstop estaba abarrotado con los*

oficiales de noche que no veían la hora de acabar el turno para dirigirse a sus casas. Pike hizo caso omiso de la manera en que miraban al oficial que había causado la muerte de su compañero al intentar proteger a un pedófilo.

Bud tenía el aire severo de un matón cuando entró en el bar con los pulgares dentro del cinturón. Era uno de los pocos oficiales presentes que todavía vestía su uniforme, los demás se habían duchado y cambiado en la jefatura. Su mandíbula era pronunciada y su boca sin labios una hendidura marcada. Bud miró alrededor buscando entre la multitud hasta que Pike levantó la mano. Hacía semanas que no se veían, poco antes de que sucediese.

Cuando sus miradas se cruzaron, Pike asintió con la cabeza.

Bud escrutó la habitación con los pulgares todavía en el cinturón, y a continuación habló tan alto que todos los agentes que se encontraban en el local no pudieron por menos que volverse:

—Aquí está el mejor canalla que jamás he entrenado en mi vida, el oficial Joe Pike.

Una voz anónima le respondió desde el fondo:

—Jódelo y jódete tú también.

Varios policías se rieron.

Bud se encaminó directamente hacia Pike y se sentó en un taburete. En caso de que hubiese oído los comentarios, se hizo el sordo. Al igual que Pike. Lo contrario hubiera sido como tratar de contener una revuelta.

—Gracias por haber venido —le dijo Pike.

—Quítate esas malditas gafas de sol. Aquí resultan estúpidas.

Pike seguía siendo un recluta y Bud todavía era su P-3, pero no se las quitó.

—Dejo el trabajo —anunció Pike—. Quería decírtelo personalmente.

Bud le miró como si le debiese dinero y a continuación frunció el ceño hacia los hombres que se alineaban en la barra. Un detective del Departamento de Robos los estaba escrutando y su mirada se cruzó con la de Bud.

—¿Qué pasa? —le preguntó Bud sin dejar de mirarlo.

El detective se volvió a concentrar en su bebida y Bud se dirigió de nuevo a Pike.

—Gilipollas.

—Olvídalo —le dijo Pike.

—No permitas que esos bastardos te derroten, aguanta.

Pike hizo un movimiento amplio con las manos señalando al bar y a todos los presentes.

—Estamos en el Shortstop, Bud. Si alguien tiene que decirme algo que lo haga a la cara.

Bud esbozó una sonrisa confusa que también reflejaba su dolor.

—Bueno, supongo que es propio de ti —repuso—. Me refiero a citarme aquí en lugar de hacerlo en cualquier otro lugar.

—Hoy saldré en los periódicos. Quería decírtelo cara a cara.

*Bud inspiró profundamente y a continuación entrelazó los dedos. Pike pensó que su amigo parecía decepcionado, y lo lamentó.*

*—Escucha —le dijo Bud—. No lo hagas. Intenta entrar en la Metro. Ya sabes que es una unidad de élite, lo mejor de lo mejor. Después de estar ahí podrás hacer lo que quieras en este trabajo. Si no quieres ser detective podrías entrar en la SWAT. Lo que quieras.*

*—Es definitivo, Bud. Abandono.*

*—Maldita sea, eres demasiado bueno para hacerlo. Eres un auténtico oficial de policía.*

*Pike trató de pensar en algo que decir, pero no encontró nada. Nada que realmente quisiese comunicarle. A pesar de que ya llevaba tres años en el trabajo, Pike se seguía considerando el recluta de Bud y buscaba su aprobación, si bien no confiaba en que su amigo fuese a dársela en ese momento.*

*Bud se inclinó de repente hacia él y bajó la voz:*

*—¿Qué pasó ahí dentro?*

*Se refería al Islander Palms.*

*Pike se inclinó ligeramente hacia atrás y de inmediato se maldijo por haberlo hecho. Bud interpretaría su gesto como una evasiva. Durante todo el año de aprendizaje, Bud le había enseñado a interpretar a la gente: las pequeñas diferencias del lenguaje corporal, las expresiones o las acciones podían salvar la vida de un policía.*

*Pike intentó protegerse echándose de nuevo hacia delante, pero enseguida se dio cuenta de que no bastaba, de que era demasiado tarde. Bud era muy bueno. Bud era un experto.*

*—Ya sabes lo que ocurrió —le dijo Pike—. Todos lo saben. Se lo conté a los de la Junta de Revisión.*

*—Sandeces. Luchar por el arma, una mierda. Conocía a Woz y te conozco a ti como la palma de mi mano. Si de verdad hubieses querido esa pistola la habrías conseguido antes de que él pudiese tirarse un pedo.*

*Pike sacudió la cabeza como para reafirmarse en aquella idea.*

*—Eso fue lo que pasó.*

*Bud le escudriñó y a continuación bajó la voz:*

*—Me han dicho que andaba metido en algo. ¿Estaban investigando a Woz?*

*Pike se dio cuenta de que Bud trataba de comprenderlo y sabía que la menor expresión o movimiento le indicaría algo, de manera que trató de explicárselo con el menor número posible de palabras.*

*—Según parece, la policía científica quería hacerle algunas preguntas. Por lo visto el ángulo de entrada podría indicar que él mismo se infligió la herida.*

*Pike repitió lo que le había dicho a la Junta de Revisión sosteniendo la mirada a su amigo.*

*—Wozniak apuntó con su arma a DeVille —explicó—. Yo la aferré y luchamos.*

*En lugar de apartar el arma de Wozniak, la volví hacia él. Quizá podría haber hecho otra cosa, pero eso fue lo que pasó. La pistola se disparó durante la pelea.*

*Bud habló lentamente:*

*—Si hubieseis luchado de verdad por ella, el tiro debería de haber entrado en su estómago o quizás en su pecho, pero ¿en la sien?*

*—Déjalo, Bud. Eso fue lo que ocurrió.*

*Bud lo miró de manera tan penetrante que Pike casi tuvo la impresión de que podía ver en el interior de su mente.*

*—De manera que lo que ocurrió allí no tiene nada que ver con la familia Wozniak.*

*Según sabía Bud, Wozniak estaba siendo investigado por robo y por conspiración criminal y Pike había intentado que dimitiese por el bien de su familia.*

*—No —contestó Pike.*

*—No tiene nada que ver con la cantidad que ésta percibirá por su muerte. Si él se hubiese suicidado se quedarían sin nada, pero si él murió luchando contigo su familia recibirá el correspondiente cheque.*

*Todo lo que Pike pensaba o sentía se reflejaba inevitablemente en su cara.*

*—Déjalo, Bud. Ya te he dicho que eso fue lo que ocurrió.*

*Bud al final dio su brazo a torcer y Pike sintió por él aún más admiración y respeto por ello. Bud parecía satisfecho con lo que había oído.*

*—Te diré una cosa —le dijo—. Conozco al sheriff de San Bernardino. Podrías ir allí. Conozco a varios tipos en regla que viven en Ventura County, demonios. También podrías viajar allí.*

*—Tengo ya otro empleo.*

*—¿Y qué vas a hacer?*

*—África.*

*Bud frunció más las cejas como si se preguntase por qué un hombre que estaba en su sano juicio renunciaba a ser policía y se marchaba a un sitio como aquél.*

*—¿Con quién te vas, con los Cuerpos de Paz? —preguntó.*

*Pike habría preferido evitar el tema, pero ahora ya no podía dar marcha atrás.*

*—Me han hecho un contrato. Asuntos militares. Tienen cosas que resolver en esa zona.*

*Bud se tensó, a todas luces molesto.*

*—¿Qué significa eso de que te han contratado?*

*—Necesitan personal con experiencia de combate. Como cuando era un marine.*

*—¿Te refieres a un jodido mercenario?*

*Pike no le contestó. Empezaba a arrepentirse de haberle contado a Bud sus planes.*

*—Por el amor de Dios, si quieres ser soldado entra de nuevo en los Marines. Es una idea estúpida. ¿Por qué demonios quieres morir en un sitio de mierda como África?*

*Pike había sido contratado por una sociedad militar profesional de Londres. Era un tipo de trabajo que él entendía, en el que destacaba y que, además, tenía al menos un objetivo bien definido. Y si algo quería en esos momentos Pike era claridad. Eso le apartaría del fantasma de Wozniak. Y de su esposa.*

*—Tengo que marcharme —anunció Pike—. Sólo quería decirte que me alegro de que hayas sido mi P-3. Quería darte las gracias.*

*Pike le tendió la mano, pero Bud la rechazó.*

*—No hagas eso.*

*—Ya está hecho.*

*Pike le volvió a tender la mano, pero Bud seguía negándose a estrechársela. Bajó de su taburete con los pulgares todavía en el cinturón.*

*—El día que nos conocimos pretendías proteger y servir a la gente —dijo—. Citaste el lema, pero supongo que ahora todo eso es agua pasada.*

*Pike por fin bajó la mano.*

*—Me has decepcionado, hijo. Pensé que eras mejor que todo eso.*

*«Hijo».*

*Bud Flynn salió de Shortstop y no volvieron a hablar hasta el día en que se vieron de nuevo en el desierto.*

*Pike se quedó solo sentado a la pequeña mesa, sintiéndose vacío y paralizado.*

*«Me has decepcionado, hijo».*

*Escuchó a los hombres y a las mujeres que le rodeaban. Eran como cualquier otro grupo con los que había servido: hablaban, se lamentaban, reían y mentían. A algunos los respetaba, a otros no. Algunos le gustaban, otros no. Tan diferentes entre sí como los guijarros de una playa, pero en cualquier caso distintos de la mayoría de la gente de un modo que Pike admiraba, porque eran capaces de correr hacia el peligro para proteger y servir a los demás. A Pike le gustaba ser policía. Prefería ese trabajo a cualquier otro, pero había jugado las cartas que le habían tocado en suerte y ahora ese mundo se había acabado.*

*Pike abandonó el Shortstop. Se dirigió hacia su coche pensando en la primera noche que había pasado con Bud Flynn, la noche en que ambos habían respondido a una llamada doméstica. Raramente pensaba en ella, al igual que en sus misiones de combate o en las tundas que le solía dar su padre. Pike recordó a Kurt Fabrocini mientras apuñalaba a Bud en el pecho. Vio la mira de su Beretta alineada sobre la oreja de Fabrocini en el momento en que apretaba el gatillo, y a continuación el velo rojo. Después recordó a Bud diciéndole, todavía trémulo: «Nuestro trabajo no consiste en matar a la gente sino en salvarle la vida». Unas palabras que se referían al hombre que le había apuñalado en el pecho. Qué hombre, Bud Flynn. Qué oficial de policía.*

*—Te echaré de menos —dijo Pike.*

*El padre que nunca había tenido.*

*Pike puso en marcha su coche y se alejó de allí. Había jugado las cartas que le*

*habían tocado en suerte, pese a que éstas no eran buenas, y ahora estaba viviendo las consecuencias.*

*Aunque en ocasiones deseaba algo más.*

La calle retumbaba con el estruendo de los camiones desplazando sus cargamentos a lo largo del río en dirección a la autopista. El mismo camión mugriento se encontraba de nuevo a la entrada de la avenida, sólo que a esa hora de la mañana la multitud de trabajadores mal pagados se alineaba junto a la acera mientras desayunaban y bebían zumo de naranja de unos recipientes de plástico. Pike percibió el olor a chorizo y a chili mientras doblaba la curva siguiendo a Cole.

Escrutó el almacén hasta que encontró la dirección; si bien las letras estaban descoloridas y medio despegadas, todavía se podía leer el número como si se tratase de una sombra en la blanca pared: 18185. Cole tenía razón.

Miró a la chica y preguntó:

—¿Estás segura de que estás bien?

—Quiero estar aquí, estoy bien.

La chica empezó a abrir la puerta, pero Pike la detuvo.

—Espera a que llegue Elvis.

Cole fue el primero en apearse de su coche. Escudriñó los tejados y las ventanas que los rodeaban como si se tratase de un agente del Servicio Secreto que estuviese despejando el lugar para el presidente, y a continuación rodeó su coche hasta llegar a la puerta del copiloto. Sacó una bolsa de lona larga y verde de detrás del asiento y se la echó al hombro. Pike vio que esbozaba una mueca de esfuerzo. Por el modo en que tiraba de la bolsa era evidente que ésta pesaba.

Cole regresó a su coche y se acercó hasta ellos.

—Hay un pequeño aparcamiento al fondo de la avenida que podría servirnos —dijo—. Una verja cerrada con candado y un par de puertas. Vamos a ver qué encontramos.

—¿Vas a forzarla para entrar? —preguntó Larkin.

Cole se echó a reír.

—Esas cosas suceden, ya se sabe.

Pasaron por la parte trasera del camión de la comida y a continuación bajaron por la avenida flanqueados por el almacén a la derecha y la fábrica de mano de obra barata a la izquierda. Cole iba a la cabeza, seguido de Pike, y por último la chica. Las enormes puertas de carga todavía estaban cerradas con cadenas, pero Cole las dejó atrás y continuó avanzando por la avenida hasta llegar a la siguiente calle. En la esquina había un pequeño aparcamiento cubierto de periódicos amarillentos y basura, unos montículos marrones sobresalían por las grietas del alquitrán donde las malas hierbas habían brotado, florecido y muerto. Una plataforma elevadora y una puerta metálica de la altura de un hombre ocupaban la planta baja de la pared adyacente. Una señal atada a la puerta con un alambre y cubierta de pintadas avisaba de que el



edificio estaba en venta y en alquiler.

Pike se volvió para mirar el camión de comida mientras Cole escrutaba a través de la valla.

—Sí —dijo Cole casi de inmediato—. Han estado aquí.

Cuando Pike se volvió, Cole señaló una esquina del tejado. Casi al fondo del edificio había un panel de alarma azul claro. La cubierta se había soltado, los cables viejos habían sido cortados y sustituidos por unos nuevos. Quienquiera que hubiese hecho saltar las alarmas se había olvidado de volver a colocar la cubierta, como si no le preocupase en absoluto que alguien se diese cuenta de lo ocurrido.

Pike volvió a mirar a Cole.

—¿Todavía te atreves? —le preguntó.

—Por supuesto, las compañías de seguros obligan a los propietarios a mantener algún tipo de seguridad incluso cuando los edificios no se usan. De esta forma no tendremos que preocuparnos por los vigilantes. Así es más fácil.

Cole sacó unas tenazas de su bolsa, cortó el candado y Pike empujó la verja. Cole se dirigió de inmediato hacia la puerta mientras Pike seguía a la chica cubriéndoles la retaguardia.

La puerta de servicio era metálica y estaba asegurada por tres enormes cerrojos. Cole no quería perder tiempo tratando de forzarlos, de manera que los arrancó golpeándolos con un cincel de acero y un martillo. Pike se sentía orgulloso de la chica. No había hecho ninguna pregunta, ni siquiera había abierto la boca. Había permanecido de pie a un lado con los brazos cruzados, contemplando a Cole mientras trabajaba.

Cuando lograron abrir la puerta, Cole metió las herramientas en su bolsa, pasó una linterna a Pike y se quedó con otra. También le entregó unos guantes desechables de látex.

Pike les abrió camino y entró en un lóbrego despacho que debía de haber sido despojado hacía ya mucho tiempo de cualquier tipo de muebles, equipos y objetos de valor. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y excrementos de ratas, y el aire apestaba a orina. Pike encendió su linterna y vio una gran confusión de huellas recientes en el polvo.

Se adentró en la habitación, de manera que Larkin y Elvis pudiesen seguirle y acto seguido se agachó para examinar las huellas.

—Uf, vaya peste —comentó Larkin.

Cole encendió su linterna y apuntó con ella a las huellas.

—¿Qué piensas? Pike se puso de pie.

—Tres personas. Hace una semana más o menos. Quizá diez días.

Pike recorrió con la luz un rastro de huellas de zapatos hasta llegar a un rincón donde había una mancha más grande en el suelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Larkin.

—Uno de nuestros amigos ha meado.

—Vaya, es enorme.

Las huellas procedían de una segunda habitación que estaba junto a la primera.

—Vuelven aquí —observó Pike.

Al igual que la primera, la segunda habitación estaba vacía, pero gracias a la puerta y la ventana que había en la pared el gerente podía echar un vistazo a lo que sucedía en el almacén. Detrás del cristal se veía un enorme espacio vacío. Pike lo apuntó con su linterna, pero la oscuridad engulló el haz de luz. A pesar de que no había buena visibilidad, pudo ver que al otro lado había también algunas huellas.

Cole y la chica se colocaron junto a él.

—Entraron aquí al mismo tiempo —dijo Pike—. Echaron un vistazo y no han regresado.

La chica rodeó sus ojos con las manos para mirar a través del cristal.

—¿Qué buscaban? ¿Qué tiene que ver este sitio conmigo?

Cole se dirigió hacia la puerta.

—Eso es lo que nos gustaría saber —contestó—. Dime si encuentras una pista, ¿ok?

Cuando Cole abrió, Pike sintió un penetrante olor a amoníaco que, no obstante, no conseguía ocultar del todo un hedor aún más fuerte. En este caso se trataba de algo orgánico.

Larkin se tapó la boca.

—Uf.

Pike entró después de Cole en el almacén y la chica los siguió. Sus pisadas retumbaban ruidosamente, y las luces se movían por la suciedad como si fuesen sables.

La chica fue la primera en verlo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡El coche!

Delante de ellos había un Mercedes sedán plateado, destacando en el vacío del almacén. Tenía hundido el parachoques de la rueda posterior izquierda.

—Ése es el coche con el que choqué —dijo Larkin—. Ése es el Mercedes.

La chica deambulaba por el almacén como si nada de lo que estaba ocurriendo fuese extraño o aterrador o, en cualquier caso, ajeno a la vida cotidiana.

—Larkin... —Pike trató de detenerla, pero la chica se abalanzó sobre el coche para escrutar el interior. Acto seguido se llevó las manos a la barriga e hizo ademán de vomitar.

Cole la cogió y la apartó de allí mientras Pike iluminaba el interior del vehículo a través del cristal. El cadáver de un hombre sentado en el asiento del copiloto yacía sobre el salpicadero central. Una mujer, también muerta, estaba acurrucada en el asiento trasero. Ambos estaban desnudos y tenían los tobillos, las rodillas y las muñecas atados. Sus cuerpos estaban tan descoloridos e hinchados que las cuerdas habían cortado la carne. Ambos tenían un tiro en la nuca. Pike supuso que eran los King, a pesar de que nunca les había visto.

—Creo que se trata de los King, pero no estoy seguro —dijo volviéndose hacia la chica—. ¿Puedes mirar?

Larkin respiraba por la boca. Su cara se había puesto verde, pero aun así se acercó a echar una ojeada.

—Me ha sorprendido, eso es todo.

Pike permaneció de pie entre ella y el coche.

—No mires detrás. Límitate a observar al hombre que hay en el asiento delantero.

Pike lo iluminó con su linterna. La chica se inclinó lo suficiente para poder ver y acto seguido se volvió.

—Es él. Es George King. Ohdiosmío.

Pike miró a Cole y éste asintió con la cabeza.

—Vete con Elvis —le dijo a Larkin—. Sólo estaré aquí unos minutos.

—No, puedo quedarme.

—No tienes que hacerlo.

Larkin se puso seria y a Pike le gustó ver cómo trataba de sobreponerse.

—Puedo quedarme —recalcó—. Estoy bien.

Pike se dirigió de nuevo al Mercedes y volvió a iluminar el interior. Las llaves estaban puestas, lo que significaba que el vehículo no estaba cerrado. Miró otra vez a la chica.

—Tápate la boca y la nariz con un pañuelo. Si no tienes uno usa tu camisa.

Ella parecía confusa.

—¿Qué?

—El olor. Tápate la boca y la nariz.

La chica se subió la camisa y se tapó la boca y la nariz sujetando la tela con ambas manos y apretando con fuerza. Cole retrocedió y ella también lo hizo.

Pike abrió la puerta del lado del copiloto. Los cadáveres habían emanado gases durante una semana. Hasta él llegó el olor a huevo podrido que caracteriza a los cuerpos en descomposición. Pike había percibido ya esos hedores en lugares como África y el sur de Asia. Cadáveres abandonados durante días en edificios, en los márgenes de las carreteras o en tumbas abiertas y poco profundas. Nada olía peor que el cuerpo de un hombre muerto. Ni los caballos ni las vacas ni la ballenas que el mar arrojaba a las playas. Aquel olor era lo que el futuro deparaba a los seres humanos.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó la chica a sus espaldas.

Pike cogió las llaves y a continuación inspeccionó el cuerpo del hombre. George King había recibido un disparo detrás de la oreja derecha. La bala había salido por la sien izquierda arrancando un trozo de cabeza del tamaño de un limón. En caso de que antes de morir llevase reloj, anillos o cualquier otra joya, éstos habían desaparecido. No había más heridas. La ausencia de manchas de sangre y de fragmentos de tejido en el coche hacía suponer que había recibido el disparo fuera del vehículo y que lo habían metido en él a continuación.

Pike examinó el suelo debajo del volante y la visera. En ésta encontró una hoja

del Registro de Vehículos de California y una tarjeta que probaba que el coche estaba asegurado a nombre de George King. La mujer estaba en peor estado que el hombre. Al igual que a él, le habían disparado en la nuca, sólo que en lugar de un tiro en su caso habían sido dos, dado que el primero no había acabado con su vida. Había perdido buena parte del ojo y de la mejilla derechos y tampoco había rastro de posibles joyas. Estaba aovillada sobre el costado derecho, pero su brazo y su cadera izquierdos tenían unas manchas moradas en los puntos donde la sangre se había coagulado. Eso indicaba que había sido asesinada fuera del almacén, que luego la habían transportado y que durante ese tiempo se habían formado los moratones.

Pike examinó el suelo bajo su cuerpo, pero no encontró nada. Salió del coche, abrió el baúl y encontró una capa de periódicos empapados de sangre. Eso confirmaba su teoría: la pareja había sido ejecutada en otro lugar, después la habían metido en el maletero de su propio coche y, por último, los habían llevado al almacén.

Pike volvió a poner las llaves, cerró el coche y se reunió con Cole y la chica. Estaban de pie junto a la puerta de carga, lo más lejos posible del coche. Pike inspiró cuando estaba a medio camino. El hedor era tan fuerte que le escocían hasta los ojos.

Cole apuntó la linterna hacia el techo y volvió a bajarla para iluminar el rastro de huellas que había en el suelo.

—Llegaron con la luz del día —discurrió—, abrieron la puerta desde el interior y ascendieron con el coche por la rampa.

—Creo que voy a vomitar otra vez —dijo la chica.

—Vamos. Salgamos de aquí.

Una vez fuera, se quitaron los guantes de látex e inspiraron hondo. Cole y la chica tosieron para quitarse el sabor de la boca. Pike miró a la chica de soslayo a través de la fuerte luz, enojado porque todo aquello era sin duda peor de lo que cualquiera de ellos había imaginado hasta ese momento. Larkin se percató de que la estaba mirando.

—Estoy bien, es sólo ese olor.

—Cuando Pitman y Blanchette contactaron contigo por primera vez, ¿fueron a tu casa? —le preguntó Cole.

—Sí.

Larkin volvió a toser y puso una mueca de asco.

—¿Dónde os encontrasteis cuando los viste en la ciudad? —prosiguió Cole.

—En el Roybal Building. Las oficinas federales están allí.

—¿Viste sólo a Pitman y a Blanchette o había otros agentes?

—¿Qué más da?

—Está tratando de averiguar si Pitman es de verdad un agente federal —le explicó Pike—. Por lo visto todo lo que te dijo es mentira.

Larkin sacudió la cabeza sin comprender.

—La habitación estaba abarrotada de gente. Mi padre, Gordon y otros dos

abogados de su firma. No hacemos nada sin nuestros abogados. Gordon negoció todos los pormenores de mi participación.

—¿Por qué Meesh quiere asesinarte?

—Para que no pueda testimoniar contra el señor...

Larkin cayó en la cuenta de lo que estaba diciendo y se detuvo, pero Cole prosiguió en su lugar:

—Según nos explicó Pitman, Meesh quiere matarte para que no puedas testimoniar contra los King. Parece ser que todo lo que te ha sucedido hasta ahora se debe al hecho de que Meesh está protegiendo a los King.

Larkin sacudió la cabeza.

—Pero los King están muertos.

—Sí, y fue la gente de Meesh la que los trajo aquí. Meesh sabe que están muertos. Ahora no le preocupa si declaras contra ellos o no. No se puede incriminar a los muertos.

—Quizá los mató otra persona —razonó la chica—. Tal vez no fue Meesh.

—Luis llevaba puesto el reloj de George King —le aclaró Pike—. Fue Meesh.

—En ese caso, ¿por qué están intentando matarme?

—No lo sé.

Cole se volvió hacia el almacén.

—Me pregunto por qué esa gente trajo los cuerpos aquí desde el lugar del accidente. Los podían haber arrojado en cualquier sitio, pero los trajeron aquí.

—Cuéntale el resto —dijo Pike.

Cole se volvió hacia ella, dejando el almacén a sus espaldas.

—El día después de tu accidente, la tarde después, para ser más exactos, y dos días antes de que te viéramos, Pitman, Blanchette y al menos otros dos agentes interrogaron a las personas que viven en los alrededores. Les enseñaron las fotografías de dos hombres. Una de esas imágenes coincidía con tu descripción de Meesh. Pitman sabía o sospechaba que Meesh se encontraba en el coche antes de hablar contigo. Te mintieron sobre lo que sabían.

Larkin se llevó las manos a la cabeza. Apenas lograba controlar sus nervios.

—Dime que esto no puede empeorar.

—Lo resolveremos —le respondió Pike—. Hablaremos con Bud. No sólo te han mentido a ti, han mentido a todos.

Larkin sollozó, si bien pareció que se estaba riendo.

—Por favor, dime que esto no puede empeorar —repitió.

Pike la atrajo hacia sí y la sujetó. Permanecieron así durante un tiempo que les pareció largo, aunque en realidad no lo fue.

Cuando finalmente regresaron a los coches, Cole se quedó rezagado contemplando el edificio como si éste le susurrara secretos que nadie más podía oír.

## ELVIS COLE

Tanto el edificio como los cadáveres que habían encontrado en su interior irritaban a Cole. Las vidas de Larkin, los King y Meesh se superponían como ondas, y ahora alguien había asesinado a los King y había corrido un riesgo enorme llevando los cadáveres hasta allí. El asesino los había dejado en ese edificio para lanzar un mensaje. Lo que Cole no acababa de entender era de quién y para quién. Pensaba que el edificio era la clave de todo.

Cole aprovechó el tiempo de pausa que tenía entre el ajetreo de la mañana y el final de la hora del almuerzo y salió de la autopista en el *boulevard* de Santa Mónica para desviarse hacia el oeste, rumbo a su despacho. Pike y Larkin habían regresado a Echo Park para llamar a Bud Flynn, pero Cole pensaba que no debían involucrarle hasta que no se asegurasen de que podían confiar en él. Por el momento, Cole creía que no podían confiar en nadie. Se preguntó si Pitman y Blanchette estarían al corriente de la presencia de los cadáveres en el almacén, si no habrían sido ellos quienes los habían puesto allí.

Donald Pitman y Clarence Blanchette habían ido a su casa y se habían presentado como agentes especiales del Departamento de Justicia. Cole no tenía dudas al respecto. Si bien era posible falsificar las credenciales, esos tipos trabajaban con el Departamento de Policía de Los Ángeles, y éste no se movía por un par de falsificaciones. Además, tanto Larkin como su padre y sus abogados se habían reunido en numerosas ocasiones con ellos en oficinas federales oficiales, y esta misma gente había puesto en contacto a los Barkleys, con el cuerpo de alguaciles. Cole aceptaba que Pitman y Blanchette fuesen reales, pero toda aquella operación le olía a chamusquina y se preguntaba por qué.

Cole tenía una oficina en la zona oeste de Hollywood, en un cuarto piso. Desde que había salido del hospital sólo había ido dos veces, pero ahora volvió a subir las colinas para llegar a ella. Llevó sus notas, sus mapas, la lista de números de teléfono y el resto de la información. Ni Pitman ni Meesh, ni los sicarios procedentes de Ecuador, le estaban esperando, cosa que, además de ser decepcionante, era también predecible. Los canallas no suelen esperarte. Por lo general tienes que ir a buscarlos.

—Eh, zopenco, ¿cómo va?

Pinocho le sonrió desde la pared. Cole había encontrado el reloj en un mercadillo del vecindario. Tenía la amplia sonrisa de Pinocho y unos ojos que se movían de un lado a otro mientras hacía tictac. Por lo general no solía impresionar mucho a los posibles clientes, pero los gánsteres, la gente de mala vida y los oficiales de policía se quedaban fascinados. Cole había desistido de encontrar una razón.

Le gustaba su oficina y también la forma en que ésta le hacía sentirse. Tenía una oficina contigua para Joe Pike, si bien éste jamás la había usado. Dos sillas de director estaban dispuestas frente a la mesa para las raras ocasiones en que más de un cliente requería su atención. A cierta distancia de las sillas unas puertas acristaladas se abrían a un pequeño balcón; en los días claros se podía ver desde allí todo el *boulevard* de Santa Mónica hasta las islas Channel. En los días aún mejores, la mujer que ocupaba la oficina adyacente tomaba el sol con un biquini cuya parte superior tenía el tamaño de un sello de correos.

Cole abrió las puertas para que entrase un poco de aire y a continuación se dirigió a su escritorio. Lo primero que hizo fue ponerse a trabajar sobre el edificio. Extendió los mapas y llamó por teléfono a una mujer llamada Marla Hendricks que podía —y quería— trazar la historia de la propiedad del edificio así como todos los vínculos, disputas, acuerdos y desahucios relativos a la misma. Cole había usado sus servicios durante años al igual que otros muchos investigadores de todo el país. Marla Hendricks era una anciana de unos ciento cincuenta kilos condenada a una silla de ruedas que vivía en Júpiter, Florida, que cubría sus gastos haciendo búsquedas en bases de datos *on-line*. Si bien no tenía acceso a las fuentes militares, médicas o a las de orden público, que estaban restringidas por la ley, podía navegar por casi todos los demás sitios.

Cuando Cole acabó de hablar con Marla examinó la lista de números de teléfono y a continuación llamó a su amiga de la compañía telefónica.

—Empezaba a pensar que ya no estabas enamorado de mí —dijo su amiga nada más oír su voz.

—Sólo me quieres porque puedo conseguir buenas entradas para los Dodgers.

—No, mi marido te quiere porque consigues buenas entradas para los Dodgers. Yo sólo te quiero porque le haces feliz.

—Creo que los tres estamos a un tris de enamorarnos.

Cole había ayudado a un autor de *best-sellers* a convencer a un acosador de internet de que había maneras mejores de pasar el tiempo. El novelista tenía a su disposición unos asientos inmejorables en el exclusivo Club Dodgers Dugout y a partir de entonces los compartía con Cole varias veces al año. Gratis.

—Tengo una lista de números de teléfono que necesito identificar —prosiguió Cole.

—No hay problema.

—Antes de que digas eso, déjame advertirte de algo: es muy posible que la mayoría de esos números estén registrados como teléfonos traspasados, y cuatro de ellos son internacionales.

—Podría tener un problema con los números internacionales si no figuran en ninguna lista.

—Deben de ser ecuatorianos.

—O siberianos, qué más da. Los proveedores extranjeros no se muestran muy

dispuestos a cooperar a menos que sea a través de canales oficiales, y hasta ahí no llego, teniendo en cuenta que estoy haciendo esto a cambio de unas entradas de los Dodgers.

—Lo sé.

—Además, quiero que sepas que si los compraron con dinero en efectivo no podré averiguar quién es su propietario. Esa información no existe.

—En caso de que no puedas identificar al propietario de un número en concreto, ¿podrías al menos conseguir su registro de llamadas?

—Es posible.

—En algún momento tienen que haber llamado con ellos a teléfonos reales, y éstos tienen unos titulares. Quizá podamos conseguir algo moviéndonos en sentido contrario.

Su amiga guardó silencio por unos segundos. Cole la dejó pensar.

—Lo intentaré —dijo por fin—. Depende del proveedor. En algunos casos se trata de pequeñas compañías; bueno, dame esos números. Veré lo que puedo hacer.

—La lista es larga. ¿Puedo mandártelos por fax?

Cole apuntó el número de fax, envió la lista y a continuación puso una cafetera al fuego. Cuando ésta empezó a borbotar volvió a su escritorio y leyó de nuevo el informe del Centro Nacional de Información Criminal sobre Alexander Meesh. Quería ver si se le había pasado algo por alto que pudiese explicar el acento al que Pike había aludido o relacionar a Meesh con Esteban Barone o con alguien llamado Carlos. No lo encontró. Sólo una línea relacionaba a Meesh con Sudamérica: «... abandonó el país en un avión y se piensa que reside en Bogotá, Colombia».

Cole pensó que los agentes que habían efectuado la investigación debían de haber obtenido pruebas o declaraciones que ubicaban a Meesh en Bogotá, de otra manera no habrían escrito aquello. Leyó la última página del informe y el nombre del investigador llamó su atención. Se trataba del agente especial Daryl Willis, del Departamento de Justicia del Estado de Colorado, una agencia estatal. El FBI debía de haberse incorporado después, pero Willis era el hombre clave, ya que el asesinato estaba considerado como un delito de competencia estatal. Debajo del nombre de Willis había un número de teléfono. Si bien figuraba allí desde hacía seis años, Cole lo marcó de todos modos.

Respondió una mujer.

—Investigaciones.

—Daryl Willis, por favor.

La mujer lo mantuvo a la espera durante al menos cinco minutos, tiempo que Cole dedicó a contemplar los ojos de Pinocho hasta que oyó una voz de hombre al otro lado de la línea:

—Willis al habla.

—Buenos días, me llamo Hugh Farnham. Soy un D-2 de la sección de Homicidios de Devonshire perteneciente al Departamento de Policía de Los Ángeles.



Le llamo en relación con un homicidio del que usted se ocupó hace unos años, se trata de un fugitivo llamado Alexander Meesh.

Cole se inventó un número de identificación y se lo dijo rápidamente. Dudaba de que Willis lo anotase, pero sabía que era lo que debía hacer.

—Oh, sí, por supuesto —dijo Willis—. ¿Qué necesita?

Willis demostró tanto interés como si Cole le hubiese preguntado el color de su coche.

—Hemos obtenido un informe sobre él del Centro Nacional de Información Criminal en el que usted alertaba de que había volado a Colombia...

—Correcto. En la época en que se cometieron esos asesinatos tenía un socio aquí. Como no ganaba bastante con los secuestros pretendía entrar droga en el país y organizó algo con... veamos, déjeme pensar un momento... un tipo llamado Gonzalo Lehder. Hizo unos cuantos viajes a Colombia para cerrar el trato y supongo que se pusieron de acuerdo. Cuando le acusamos huyó allí.

Cole escribió el nombre.

—¿Lehder era un proveedor?

—Fue uno de los tipos que surgió inesperadamente cuando cayeron los cárteles de Cali y Medellín. En ese momento se produjeron toda una serie de operaciones de pequeño alcance, unas treinta o cuarenta. Algunas ya no son tan pequeñas.

—¿Sabe si Meesh tenía algún contacto con un tipo llamado Esteban Barone?

—Lo siento. No puedo decírselo.

—Barone está fuera de Ecuador.

—Sólo tengo noticias de Lehder.

Seis años era un largo período. Probablemente Meesh había empezado con Lehder, y a continuación se había extendido a Barone y al resto de los cárteles. Ciento veinte millones de dólares era un capital considerable para invertir.

—Está bien —dijo Cole—. Volvamos a Meesh. ¿Tenían algunos tratos aquí, en Los Ángeles?

—No me suena, lo siento.

—¿Y Lehder? ¿Le suena Los Ángeles cuando piensa en Lehder?

—Escuche, Farnham. Hacía mucho tiempo que no prestaba atención a ese asunto, ¿unos cinco o seis años? ¿Puedo preguntarle a qué vienen ahora todas esas preguntas?

—Meesh está en Los Ángeles. Creemos que está involucrado en un homicidio múltiple.

Willis no dijo nada, de manera que Cole volvió a mirar los ojos de Pinocho mientras esperaba.

—¿Se refiere usted a Alexander Meesh? —preguntó al cabo.

—Eso es.

—¿Alexander Liman Meesh?

—Sí, señor.

—Meesh no está en Los Ángeles. Alex Meesh está muerto.

Cole apartó la mirada de Pinocho y dejó caer los pies en el suelo. No sabía qué decir. Una habitación repleta de agentes federales había interrogado a Larkin durante una semana y estaban seguros de haberle identificado. Cole suponía que también habrían identificado las huellas de Meesh en el coche de George King, pero Willis parecía completamente seguro de lo que decía y en su tono ya no había rastro de fastidio.

—Hemos confirmado la identificación en el Departamento de Justicia —dijo Cole.

—¿Y en qué se basan? ¿Las huellas dactilares coinciden? ¿Han comprobado el ADN?

Cole no sabía de qué tipo de pruebas disponían, pero si Meesh era Meesh, Meesh era Meesh.

—Sí, en ambos casos.

—En ese caso esos chicos no saben distinguir un test de laboratorio de una hemorroide. Alexander Meesh está muerto —aseguró Willis.

El estado de ánimo de Willis había pasado del aburrimiento al interés y, por último, a la rabia, ya que ahora se estaba tomando el asunto como algo personal.

—¿Por qué dice que está muerto? —preguntó Cole.

Willis titubeó, como si estuviese vacilando entre responder o no, de forma que insistió:

—Estamos hablando de un homicidio múltiple, señor Willis. Me han ordenado que encuentre a Alex Meesh y ahora usted me dice que el Departamento de Justicia se equivoca. ¿Cómo puede estar tan seguro?

Willis gruñó y carraspeó.

—Los colombianos y la DEA buscaban por todos los medios a Lehder —explicó—. Por eso supimos que Meesh había huido a Sudamérica. La policía colombiana llamó a la DEA y el DEA me llamó a mí. Por aquel entonces Meesh llevaba en Colombia unos ocho meses y estaba cerrando un gran acuerdo entre Lehder y unos venezolanos, sólo que Lehder lo mató de un disparo.

—Si Meesh está muerto como dice, ¿por qué no han retirado la orden de arresto?

—Cosas de la DEA. Sabíamos que Meesh estaba en Colombia gracias a la información que nos pasaron unos agentes encubiertos que colaboraban con la operación de Lehder. Si hubiésemos indicado en su expediente que Meesh había muerto o hubiésemos nombrado a Lehder como su socio conocido, esos agentes se podrían haber visto en un apuro. Además, no se puede confirmar una muerte sin el correspondiente certificado, y no era probable que pudiésemos obtener uno.

—¿Por qué?

—Lehder se enteró de que Meesh le estaba mintiendo sobre la cantidad de droga que los venezolanos estaban dispuestos a vender. Lo hacía para poder robar la diferencia. Lehder lo descubrió, simuló que no lo sabía y envió a Meesh a Venezuela para recoger la droga con tres o cuatro de sus hombres. Sólo que éstos lo mataron de

un tiro en la jungla. Esa jungla es grande. Jamás se hallaron sus restos y es probable que nunca se encuentren.

—En ese caso, ¿cómo está tan seguro de que ha muerto? Quizás escapó y haya sobrevivido. Tal vez sobornó a los hombres de Lehder.

—Varios agentes de la DEA y del UC colombiano presenciaron el regreso de Lehder. Traían la cabeza de Meesh para que su jefe pudiese verla. Dejaron el cuerpo en la jungla, pero volvieron con la cabeza. Ambos agentes estaban con Lehder cuando sus hombres sacaron la cabeza de Meesh de una bolsa. Lehder los alabó por el buen trabajo realizado.

Cole no sabía qué decir. Willis prosiguió:

—En ese momento todos creíamos que Lehder había enviado realmente a Meesh para que regresase con la droga. Esperábamos que Meesh volviese con unos doscientos kilos de cocaína en estado puro, de manera que la DEA y los colombianos habían planeado arrestarlos. Meesh no les interesaba, a quien querían era a Lehder. Yo, en cambio, buscaba a Meesh por los asesinatos que se habían cometido aquí, de manera que me dejaron colaborar. Yo estaba en esa habitación, detective, y vi su cabeza. Los colombianos se la cortaron al no obtener las drogas. Ni siquiera trataron de detener a esos cabrones por haber matado a Meesh, de manera que no me quedó más remedio que permanecer sentado allí bebiendo té durante otra hora, simulando que todo iba sobre ruedas. Sigo sin saber lo que los hombres de Lehder hicieron con la cabeza, pero le aseguro que la vi. Era Meesh, de manera que sea quien sea el que han encontrado en Los Ángeles tenga por seguro que no es Meesh.

Cole se sentía vacío, oía un remoto zumbido en la cabeza, como si llevase mucho tiempo sin comer.

—¿Puedo hacerle otra pregunta, señor Willis?

—Se ha quedado sin aliento, ¿me equivoco?

—Sí, señor.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Tenía Meesh algún defecto de pronunciación o hablaba con algún acento?

Willis se echó a reír.

—¿Por qué debería tener acento?

Cole levantó los pies, se reclinó hacia atrás y miró fijamente el reloj de Pinocho. El único sonido que se oía en su despacho era el movimiento de sus ojos.

La llamada a Willis debería haber sido sencilla. Cole esperaba enterarse de algo sobre la relación entre Meesh y Barone, sobre los contactos que éste tenía en Los Ángeles, y tal vez si Meesh hablaba con cierto acento, pero no se esperaba todo aquello.

«¿Es éste el hombre que vio usted, señor Barkley?».

«Sí, ¿quién es?».

«Se llama Alexander Meesh».

Cole miró el reloj de Pinocho y a continuación una figurita de cerámica de Jiminy

*Cricket* que le había regalado un cliente. «Déjate guiar por la conciencia». Todos necesitaban a Jiminy.

Repasó el informe del Centro Nacional de Información Criminal, pero en éste no figuraban huellas dactilares, fotografías ni marcas de ADN. ¿Para qué hacen falta esas cosas cuando uno se cree lo que le están diciendo?

Pike condujo lentamente cuando salieron del almacén. Bajó las ventanillas para que el aire les refrescase, y optó por alargar el recorrido a través de Chinatown, lo que les llevó una hora. No habían desayunado, pero Larkin no tenía hambre. Pike paró de todos modos y compró un poco de comida china para más tarde. Confiaba en que el trayecto y el aire ayudasen a la chica a olvidar los cadáveres, pero lo primero que ésta hizo cuando entró en la casa fue dirigirse a la mesa donde estaban los artilugios que Pike usaba para limpiar sus armas. Vertió un poco de disolvente en polvo en uno de los paños de algodón y se lo llevó a la nariz presionándolo con fuerza.

—Todavía puedo olerlos. Tengo el pelo impregnado de ese hedor. Todo el cuerpo. Los King.

Pike le quitó el paño.

—Date un ducha y cepíllate los dientes —le dijo—. Ponte ropa limpia. Me lavaré después de ti.

Pike telefoneó a Bud mientras Larkin estaba en la ducha, pero éste no respondió. Pensó en dejarle un mensaje, pero luego cayó en la cuenta de que alguien podía descubrirlo, de manera que decidió llamarle más tarde.

Cuando la chica regresó después de haberse cambiado de ropa y con el pelo todavía húmedo, Pike pasó al cuarto de baño. Se frotó a conciencia la piel, se dio un masaje con el jabón y a continuación se enjuagó y volvió a lavarse dejando correr el agua caliente hasta que ésta se acabó. Después mojó su ropa, la restregó con el jabón y, por último, la enjuagó también en el grifo. De no haber sido porque la ropa de ella era cara la habría lavado también. Pero no quería estropearla.

Pike se puso su última muda de ropa limpia y salió del cuarto de baño. Larkin y Cole estaban en la sala. Él tenía en la mano un sobre manila.

—Os echaba tanto de menos que no he podido resistir la tentación de volver —dijo socarronamente.

—Acaba de llegar —explicó Larkin—. Dice que él también sigue oliéndolos.

Pike notó que algo no iba bien. La tensión del cuerpo de Cole saltaba a la vista tanto como lo habría hecho un cadáver colgado del techo. Cole disimulaba y hacía ver que estaba bien por la chica.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pike.

—Tengo que enseñarle algo a Larkin. Echémosle un vistazo.

Pike los siguió hasta la mesa, donde Cole abrió el sobre. Puso sobre la mesa dos fotografías granuladas que daban la impresión de haber pasado por un fax. Las imágenes mostraban a un hombre de pelo oscuro con cara redonda, nariz picada y ojos pequeños. Cole retrocedió para que Larkin pudiese verla bien.

—¿Qué dices? ¿Has visto alguna vez a este tipo? —le preguntó.

Tono coloquial con la indiferencia propia de los asuntos sin importancia. «¿Quiere unas patatas fritas para acompañar, señora?».

—Uh-uh. ¿Quién es? —dijo ella.

—Alexander Meesh.

Larkin sacudió la cabeza como si Cole hubiese cometido un error inocente.

—No, ése no es Meesh.

—Es Meesh, le asesinaron en Colombia hace cinco años. Son las fotografías del Departamento de Policía de Denver.

Pike apoyó una mano en uno de los hombros de la chica, y percibió la tensión en el trapecio. Larkin se negaba a creerlo.

—Bueno, quizá le hayan hecho la cirugía plástica —continuó—. Es posible, ¿no? ¿No es eso lo que hacen algunos criminales?

Cole sacudió la cabeza.

—Lo siento, Larkin. Es Meesh. El documento que Pitman te entregó es de Meesh, pero el hombre al que viste con los King no es él.

—Entonces, ¿quién era?

—No lo sé.

—¿Por qué me dijeron que se trataba de él?

—Por la misma razón por la que mintieron sobre todo el resto.

Pike sintió que Larkin se tensaba todavía más.

—Ohdiosmío —murmuró—, tenemos que hablar con mi padre.

Pike vacilaba. Fuera lo que fuese lo que Pitman llevaba entre manos, ahora tenían una ventaja sobre él, dado que no sabía que ellos le estaban dando caza. Pike no se fiaba lo bastante de Conner Barkley y de sus abogados como para revelárselo.

—No podemos decírselo a tu padre —dijo—. Todavía no.

Larkin se puso tensa y enrojeció.

—¡Tengo que decírselo! ¡Esa gente ha contado una sarta de mentiras y ahora ni si quiera Meesh es realmente Meesh! ¿De quién se trata? ¿Por qué están mintiendo?

—Larkin...

La chica le agarró con fuerza de la camisa.

—¡También le están mintiendo a él, y él les cree! ¡Es mi padre! Si tú no se lo dices lo haré yo.

Pike la escrutó y percibió una mezcla de miedo y esperanza en sus ojos. Conner Barkley era su padre. Quería protegerlo. Y quizá si ella lo hacía él la vería finalmente.

Pike sacó su teléfono y marcó el número de Bud. Esta vez su amigo respondió. Pike le dijo que necesitaba verles al padre de Larkin y a él lo antes posible. Se trataba de algo grave, añadió. Pike le indicó el lugar de encuentro y colgó antes de que le hiciese alguna pregunta. Cuando dejó el teléfono la chica le apretó el brazo. Estaba más tranquila, aunque no especialmente contenta. Pike no podía culparla de ello.

—Cuando estábamos en el almacén... —empezó Cole, y Pike le miró con expectación—. Me alegro de que no le dijese que las cosas podían empeorar.

Pike miró a la chica.  
—Recoge tus cosas y vámonos.

La guerra que estalló en California entre México y Estados Unidos había concluido en Universal City. Lejos de las escaramuzas que todavía se producían en las proximidades de Ciudad de México y la frontera de Tejas, el tratado que ponía fin a las hostilidades locales se firmó en una pequeña misión de adobe conocida como Campo de Cahuenga, situada en lo alto de Cahuenga Pass. La misión se había conservado, pero ahora se erigía invisible al otro lado de la calle de Universal Studios, oculta tras las rampas de la autopista, los aparcamientos y las dos extrañas torres que marcaban la entrada de una estación de metro. Era un buen lugar donde encontrarse.

Pike y la chica estaban esperando con el motor en marcha cuando el Hummer negro apareció procedente de Lankershim.

El Hummer pasó por delante de la misión y cruzó el aparcamiento. Las puertas se abrieron nada más detenerse y Bud, Conner Barkley y el abogado de éste, Gordon Kline, se apearon. A Pike no le gustó ver a Kline.

—Vamos a hacerlo —dijo Pike.

Salieron mientras Bud y los demás se acercaban a ellos.

—Larkin, ya era hora, hemos estado muy preocupados —les atajó Conner—. Te sacaremos de aquí.

—Yo no voy a ningún sitio —dijo ella.

Conner parecía confuso, como si temiese que su hija pudiese explotar de un momento a otro.

—Pero tienes que volver a casa, estábamos muy preocupados —repitió, y miró a Kline—. Díselo, Gordon. Dile que tiene que detener esto.

Pike estaba harto de ellos. Se volvió hacia Bud y se dirigió sólo a él:

—Pitman no ha sido sincero, el hombre que según él era Alexander Meesh no lo era en realidad. Meesh murió hace cinco años.

Gordon Kline alzó las manos. Pike había visto ese gesto en numerosas ocasiones cuando trabajaba en la policía. Gesto teatral destinado al tribunal 101.

—No estoy dispuesto a seguirle escuchando —dijo—. Le acusaré de secuestro. Apenas le vi supe que era usted un lunático.

Larkin se puso a gritar y su tono era esta vez muy duro y rabioso:

—¡Acaba ya con este lío!

Connor seguía mirando a Kline, y la chica agarró el brazo de su padre.

—¿Quieres escucharme? —le dijo—. ¿Quieres mirarme y escucharme, por favor? Hemos venido para ponerte sobre aviso.

Conner Barkley parecía disgustado.

—No hagas eso, Larkin. Todos estamos preocupados.



—Te llevaremos a casa... —repitió Kline.

Hizo ademán de cogerla, pero Pike le cogió la mano y la giró. Kline retrocedió de un salto.

—¡Hijo de puta! ¡Flynn! Haz algo...

—Veamos lo que tienen —contestó Bud.

Pike sacó la fotografía que había recibido por fax y se la tendió a Flynn.

—Éste es Meesh —le dijo a su amigo—. No es el hombre de las fotografías que Pitman le enseñó a Larkin.

Kline y Barkley se inclinaron sobre el hombro de Flynn para verla. Barkley parecía titubeante, pero Kline estaba impaciente y se apartó.

—No, no lo es, ¿y qué? Podrías haberla hecho tú mismo.

Bud le dirigió una mirada penetrante.

—¿Y qué motivo podía tener para hacerlo?

—Sacarnos más dinero.

Larkin escrutaba a su padre.

—No es el hombre de las fotografías. Nos dijeron que se trataba de Alexander Meesh, pero no era cierto. Nos mintieron, papi.

«Papi». No era una palabra propia de ella. Pike la apreció por eso, pero el hecho de que la emplease también le entristeció.

Kline inspiró y a continuación habló en un tono más suave:

—Todos vimos esas fotografías y estamos de acuerdo contigo... el hombre que figuraba en ellas no es el mismo. Pero lo que pretendes es que pensemos que nos engañaron. Puede tratarse de dos personas con el mismo nombre.

Bud echó un vistazo a los folios.

—El nombre podría coincidir, pero no los antecedentes por arresto —dijo—. Este documento coincide con el que Pitman me dio.

Gordon arqueó las cejas.

—¿De verdad? En ese caso lo que debemos hacer es dejar a Pike al margen de este asunto ahora mismo. Tiene que marcharse. Tenemos que llevar a Larkin a casa y después haremos algunas preguntas al señor Pitman. Créeme, tengo muchas cosas que preguntarle. Créeme, si sus respuestas no me gustan lamentará el día en que nació.

La cabeza de Conner se movió arriba y abajo como si aquélla fuese la mejor idea que había oído en su vida.

—¿Por qué no nos vamos a casa, cariño? —le susurró a su hija—. Después averiguaremos lo que ese Pitman tiene que decirnos.

—No pienso ir a casa.

Kline miró al suelo como si no pudiese creer la cantidad de problemas que ella les estaba causando.

—Flynn, ¿puedes llevarla al coche? —preguntó.

—No, señor. A menos que ella lo haga voluntariamente.

—No estará segura en casa, Kline —aseguró Pike—. ¿No lo entiendes?

Gordon Kline miró a Pike por debajo de sus tupidas cejas y habló con un tono contenido:

—¿Te acuestas con ella?

Pike torció los labios y miró a Conner Barkley. Éste no reaccionó, y Pike lo sintió aún más por la chica.

—Vete a la mierda, Gordon —dijo Larkin.

—Eso se llama obstrucción a la justicia. Eres testigo en una investigación federal. Ese hombre, Pike, te está metiendo en situaciones peligrosas...

—Ésta es una situación peligrosa —le recalcó ella.

—Y está alejando a la gente que trata de echarle una mano —prosiguió Kline sin escucharla—. Lo único que digo es que quizá Pitman tenía una buena razón para hacer lo que hizo. Le preguntaremos y él quizá pueda darnos una mejor explicación.

—Pregúntale por qué simuló que no sabía quién era el hombre que acompañaba a los King la noche en que Larkin chocó con ellos —terció Pike.

—¿Insinúas que lo sabía?

—Sacó varias fotografías de ese hombre el día después del accidente, dos días antes de que fuera a ver a Larkin. Pregúntale por qué el hombre que según él es Meesh sigue intentando matar a Larkin después incluso de que los King hayan muerto.

Kline miró a Conner Barkley y sacudió la cabeza.

—He hablado con el agente Pitman esta mañana —dijo—. Me dijo que seguían buscando a los King.

—Llevan muertos más de una semana —aseveró Pike—. Acabamos de encontrarlos.

—No entiendo.

—Los hemos encontrado —repitió Larkin—. Los buscamos y al final hemos dado con ellos. Alguien puso sus cuerpos en el mismo lugar donde yo tuve el accidente, Gordon. ¿Quieres que te dé la dirección? Dieciocho, dieciocho, cinco. Creo que se trata de un mensaje. Lo que pretenden decir es que yo acabaré como ellos.

Kline se humedeció los labios. Miró a la chica y volvió a sacudir la cabeza.

—¿Estás segura de que eran los King? ¿Nos estás diciendo que George King está muerto?

Larkin le respondió con voz trémola:

—Y su esposa. Estaban en el interior del Mercedes.

Bud miró fijamente a Pike.

—¿Cómo?

—La cabeza —explicó Pike—. Fueron ejecutados en otro lugar y luego los llevaron al almacén. El vehículo está matriculado a nombre de George King.

—Entonces, ¿lo que pretendes decirnos es que Pitman los asesinó?

—No lo sé.

—¿Crees que Pitman está detrás de los atentados contra la vida de Larkin?

—No lo sé. Eso explicaría las filtraciones. Lo único seguro, sin embargo, es que os mintió.

—Tienes que tener cuidado, papi —dijo ella—. No puedes confiar en él.

Kline miró a Bud.

—¿Comprobarás eso? Dieciocho, dieciocho, cinco.

—De acuerdo.

Kline se concentró en Pike.

—El hombre de la fotografía, el hombre que no es Meesh, ¿tiene alguna idea de quién puede ser en realidad?

—Podríamos tener sus huellas dactilares. No es seguro, pero podría ser. Podríamos ser capaces de identificarle.

—Como abogado le digo que si oculta alguna prueba a la policía puede ser acusado de obstrucción a la justicia y posiblemente de complicidad en un crimen. Quiero que lo sepa.

—Lo sabe ya, por el amor de Dios —replicó Bud.

—Me arriesgaré —dijo Pike.

Kline asintió con la cabeza.

—Para que lo entienda, está despedido. ¿Está claro, Bud? Ese hombre ya no trabaja para nosotros ni volverá a recibir dinero por nuestra parte o por la suya mientras siga en esto.

—¿Qué pasa? —le gritó Larkin—. ¿Acaso no le habéis escuchado?

—Larkin, querida —le explicó su padre—, ahora está infringiendo la ley. No podemos contratar a una persona como él.

—¡Ha venido para advertirte, papi!

Kline la interrumpió:

—Conner, tengo trabajo. Salgamos de aquí. —Y se dirigió de nuevo hacia el Hummer.

Conner Barkley miró enfurruñado a su hija. Su expresión de burla se había enfriado en otra de impaciencia.

—Esto me pone en peligro con el gobierno, Larkin —le dijo—. No deberíamos habernos visto involucrados. Deberíamos habernos mantenido alejados de Pitman, pero tú tenías que contar tu historia y aquí estamos. Piensa en lo expuesto que quedo con el fisco. Piensa en la empresa. Pueden castigarme, Larkin.

No se trataba de la seguridad de Larkin sino de su padre. La empresa. La exposición.

—Bud —intervino Pike—, el señor Barkley debe saber que yo no trabajo para ti ni para él, jamás lo he hecho. —Miró a Larkin—. Estoy ayudando a una amiga.

Larkin corrió hacia el Lexus, y Pike la siguió.

—Oficial Pike...

Pike miró a Bud y vio que éste esbozaba una sonrisa. Kline y Conner Barkley

estaban ya en el interior del Hummer.

—Llámenme si lo necesitan —les dijo Bud.

Pike entró en el Lexus y se alejó a toda velocidad. Se adentró en el tráfico mirando por el espejo retrovisor, pero el Hummer permanecía en el aparcamiento. En poco tiempo iban a necesitar un nuevo coche. Kline o su padre podían describir el Lexus a la policía.

Habían perdido una ventaja: el factor sorpresa. Era muy probable que Gordon Kline estuviese hablando por teléfono con Pitman en esos momentos. Tenían que moverse más deprisa que antes.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Larkin.

—Seguir adelante.

La chica le puso una mano en el hombro.

—No retrocederemos —le dijo.

—Nunca retrocederemos.

Pike estacionó en un aparcamiento seguro en Burbank y se dirigió al maletero. La mochila negra que había cogido en el motel seguía allí con las cosas de Jorge y Luis. Buscó entre los mapas y los pasaportes hasta que encontró la bolsa que contenía la fotografía de Larkin, regresó al volante y se adentró de nuevo en el tráfico.

—¿Qué pasa? —preguntó la chica.

—Tu fotografía. El tipo que te persigue se la dio a Luis. Él la tocó, de manera que quizá tengamos sus huellas dactilares. Carecían de importancia cuando creíamos que se trataba de Meesh, pero ahora sí que la tienen.

Pike sacó su teléfono y mientras tecleaba un número Larkin volvió a hablar:

—¿Sabes qué es lo más jodido? —preguntó—. Que le quiero.

—Sí, yo también quería a mi padre.

Pike jamás le había confesado eso a nadie. Ni siquiera a Elvis Cole.

## JOHN CHEN

Así que ahí estaba, haciendo horas extras de nuevo, trabajando contra las normas, corriendo un alto riesgo de ser despedido si aquella zorra de Harriet lo descubría, pero a John Chen le encantaba. ¡Le volvía loco, maldita sea! Puede que incluso más que su Porsche. Puede que incluso más que ver su nombre en los periódicos. Hasta puede que incluso más que el sexo.

Bueno, quizás eso fuese un poco extremo. Nada se podía comparar con el sexo.

Chen rio entre dientes cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, aunque más bien daba la impresión de que sorbía por la nariz. Chen siempre había detestado su risa. Los otros niños se burlaban de ella (además del resto de su persona), pero a Chen ahora le importaba un jodido comino porque, desde hacía veinte minutos, él era el hombre.

Chen vivió esa epifanía cuando Joe Pike le llamó para pedirle que dejase lo que estaba haciendo y que examinase unas huellas dactilares.

Su amigo personal, Joe Pike, necesitaba a John Chen, apreciaba los conocimientos y las habilidades de Chen y confiaba en él. ¿Y acaso Joe Pike no era el peor hijo de puta de las calles de la ciudad? ¿No era el más valiente, duro y temido expolicía capaz de ponerse el mundo por montera, el investigador más brillante? ¿Acaso no era el superhéroe que vestía Levi's? —Chen pensaba que podrían ganar una fortuna vendiendo las imágenes de Pike en acción—. ¿Acaso no era el que follaba más? —bastaba ver a la muñequita caliente que le esperaba en el aparcamiento.

Joe Pike era el hombre, y ¿a quién llamaba Joe Pike cuando se veía en dificultades...? Pues a Joe *jodido* Chen, ¡ni más ni menos!

—¡John! —exclamó Harriet—. ¿Sigues ahí?

Se había acercado sigilosamente por detrás de él, la muy bruja.

Al ser pillado por sorpresa, John agachó la cabeza y se encogió de hombros como había hecho miles de veces antes en su vida. Sólo que en ese momento pensó: «No, el hombre no se encoge».

Chen se incorporó y dedicó a Harriet la más firme de sus sonrisas. Porque se sentía realmente seguro.

—Estoy acabando algunas cosas de ayer —le dijo—. No temas, Harriet. He fichado hace una hora.

Chen había superado ya sus horas extras de la semana.

Harriet miró por encima de él la caja de goma. Ésta consistía en una cámara hermética de plexiglás donde la supercola y otros productos químicos tóxicos se

hervían para identificar las huellas dactilares. En ese momento John tenía la imagen de la novia de Pike envuelta en vapores venenosos.

Harriet miró la fotografía con suspicacia.

—Su cara me resulta familiar —comentó.

—Sí, es una de esas caras.

—¿De qué caso se trata?

—El asesinato Drano. Los detectives creen que tal vez había una tercera persona en el lugar del crimen.

John jamás había mentido con tanta seguridad; como si sus mentiras procediesen de un núcleo de verdad absoluta.

Harriet volvió a mirar la fotografía, retrocedió y pareció relajarse.

—Gracias por no exigirme las horas extras —dijo—. Esos recortes de presupuesto nos están matando.

—Lo sé, Harriet. ¿Necesitas algo más?

—No, no, gracias. ¿Cómo va ese diente?

—Ni siquiera lo siento.

—Lamento haberte tratado tan mal ese día. No pretendía parecer insensible.

—Da igual, Harriet. No te apures.

Harriet se alejó tratando de pasar desapercibida, como si se sintiese avergonzada de sí misma, y John sonrió aún más ampliamente. Lo había visto en sus ojos. Sabía que él era el hombre.

Chen se concentró de nuevo en la caja y examinó la fotografía a través del cristal. Unas manchas blancas estaban apareciendo en ambas caras de la imagen, pero el proceso todavía requería un buen rato. Las huellas dactilares eran simple sudor. Después de que el agua se evaporaba quedaba un residuo orgánico. Los vapores de la supercola reaccionaban con los aminoácidos, con la glucosa, con los péptidos presentes en los orgánicos formando una sustancia pegajosa blanca, sólo que ésta requería cierto tiempo para generarse. John supuso que todavía le quedaban unos diez o quince minutos para poder utilizar las huellas.

Un reflejo se movió en el cristal y Chen vio a LaMolla al otro lado del laboratorio. Se había quedado en el umbral para que Harriet no pudiese verla. Agitó los brazos indicándole la habitación de las pistolas y a continuación desapareció.

Chen se aseguró de que Harriet se hubiese marchado y acto seguido salió a toda prisa del laboratorio. LaMolla le esperaba en la habitación de las pistolas sujetando la puerta.

—Entra —le dijo—. No quiero que nadie nos vea juntos.

Prácticamente le obligó a entrar y a continuación cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó Chen.

LaMolla escrutó su rostro.

—Maldito seas, como me estés enredando en algo te mataré mientras duermes.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—No me fío de nadie, John. Trabajamos para ese gobierno monstruoso.

LaMolla le condujo hasta su escritorio mientras le explicaba lo que había descubierto.

—La Browning era una mierda, la robaron en 1982 a un oficial de policía de Houston llamado David Thompson. Balística no ofreció ningún indicio además del hurto a Thompson, y eso no tiene conexión con nada.

El Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas conservaba los datos de Balística sobre armas de fuego, balas y cubiertas de cartuchos que habían sido recogidos en los diferentes lugares del delito o que se habían incorporado al sistema de cualquier otra forma. LaMolla había pasado ambas pistolas por el centro de datos de Balística, pero el ordenador no solía acertar a menudo. Chen estaba mucho más interesado en lo que pudiera decir LaMolla.

—Pero en el caso de la Taurus fue distinto —prosiguió ella—, mira esto...

Le llevó hasta su ordenador. En la pantalla había una imagen magnífica de la base de una cubierta de cartucho. La cubierta de latón era un anillo que rodeaba la base redonda de plata. Una muesca oscura en el centro del detonador indicaba el punto en el que el perno lo había golpeado.

—¿Lo ves? —dijo Lamilla—. Da la impresión de que te va a saltar encima, ¿no te parece?

La cubierta no se diferenciaba en nada de las restantes que Chen había visto.

—¿Qué?

—El percutor. ¿No ves que aquí, en lo alto, es casi puntiagudo? Cuando lo vi me dije que me resultaba familiar.

A John la muesca le parecía perfectamente redonda, pero precisamente por eso los analistas de armas eran unos auténticos brujos.

—En los dos últimos años —le explicó LaMolla—, la Taurus ha sido empleada en un par de tiroteos y robos con homicidio en Exposition Park. No hubo ningún arresto, pero todos los sospechosos pertenecían a la misma banda: MS-13. Se la pasan de unos a otros, John.

Se trataba de un arma callejera que por lo general no pertenecía a nadie sino que era usada indistintamente por los miembros de una banda.

LaMolla sacudió la cabeza.

—Lo siento, me gustaría haber podido ofrecerte algo más concreto, pero eso es todo. No es mucho, ¿verdad?

—Más de lo que ya teníamos.

Chen la dejó para ir a ver el estado de las huellas. Ahora aparecían bien visibles, pero las que cubrían la fotografía eran tantas que John se preguntó si alguna de ellas serviría. Las huellas se superponían una encima de otra debido a la manera en que la gente sujeta las cosas. Nadie sostiene firmemente un libro, una copa o una revista, por lo general solemos moverlo, pasarlo de una mano a otra, dejarlo en algún sitio, cogerlo de nuevo, y con eso vamos dejando en la superficie un sinfín de manchas

confusas.

La fotografía de la chica no era una excepción.

Chen ventiló la habitación para eliminar los vapores, sacó la fotografía usando unas pinzas y la examinó bajo un cristal de aumento. Las formas redondas eran más marcadas en los lados de la fotografía donde la gente las había cogido con los pulgares, pero tanto la parte de arriba como la de abajo estaban también manchadas, y lo mismo sucedía con el resto de la superficie brillante de la imagen, aunque aquí las marcas estaban más dispersas. Chen vio varias huellas que en su opinión se podían usar, pero la parte posterior de la imagen era imposible de leer. El residuo blanco de los orgánicos desapareció sobre el papel blanco.

Chen colgó la fotografía de un pequeño marco de metal y a continuación cubrió delicadamente la parte de atrás con un polvo fino y azul valiéndose de un cepillo. Cuando estuvo completamente cubierta utilizó una lata de aire comprimido para eliminar los restos de polvo, operación que sacó a la luz unos grupos de manchas azul oscuro que en su mayor parte no se podían leer. Chen volvió la fotografía, repitió la operación y acto seguido examinó todas y cada una de las huellas.

Chen estaba satisfecho. Ahora tenía doce huellas bien claras que mostraban unas crestas muy definidas. Las crestas eran los relieves que permitían identificar las huellas dactilares: las vueltas, los remolinos y las bifurcaciones que integraban cada una de ellas.

Chen levantó cada una de ellas de la fotografía utilizando una cinta limpia, y después la apretó contra un plástico. Una a una las fue introduciendo en un escáner digital de alta resolución y las fotografió. Luego introdujo las imágenes en su ordenador y usó un programa especial para identificar y explorar los puntos característicos. El Centro Nacional de Información Criminal del FBI no comparaba las imágenes de las huellas dactilares, sino una lista numérica de los puntos característicos e identificativos de éstas. Cotejaba los números, con éstos todo resultaba mucho más fácil.

Chen efectuó la solicitud especial para realizar una búsqueda en una base de datos internacional. Luego miró de nuevo su reloj. Pike y la chica estaban aguantando contra viento y marea y no quería decepcionarles. No quería que Pike perdiese la fe en él. Quería superar la prueba.

El logotipo del Centro Nacional de Información Criminal/Interpol resplandeció en su pantalla cuando los expedientes que había recibido se abrieron, y John Chen leyó los resultados. Había obtenido resultados positivos en doce huellas y eso le permitía identificar a siete hombres. Chen conocía ya a dos de ellos: Jorge Petrada y Luis Mendoza. Al igual que Petrada y Mendoza, cuatro de los hombres restantes eran gánsteres sudamericanos asociados con Esteban Barone. El séptimo, en cambio, no.

Chen tuvo dificultad para tragar y se dio cuenta de que tenía la boca seca.

Ahora sabía por qué estaba involucrado el Departamento de Justicia.

Ahora sabía por qué Parker los seguía.



Imprimió los siete expedientes, los grapó cuidadosamente y a continuación borró el historial de su ordenador de manera que nadie pudiese ver lo que había estado haciendo. Cogió las diapositivas de las huellas y la fotografía de la chica y las metió en un sobre, que cerró a continuación.

Salió del laboratorio con el sobre y los expedientes en la mano.

El sol abrasaba el cielo del oeste a medida que descendía. Las montañas Verdugo se iban tiñendo de morado y a continuación de negro. Chen se encaminó directamente al coche de Pike sin importarle que Harriet le pudiese ver, consciente de que lo que tenía en esos momentos entre manos era mucho más importante. Mucho más que cualquiera de los asuntos en los que había trabajado en el pasado y en los que, quizá, trabajaría en el futuro.

Pike y la chica le contemplaron mientras se acercaba.

John Chen entregó los expedientes a Pike.

—Léelos —le dijo.

Larkin vio la fotografía en la primera página.

—¡Es él! —exclamó—. Es el hombre de las fotografías.

La chica se aproximó a Pike para poder leer con él. Chen no pensó en lo buena que estaba ni en el hecho de que hubiese apoyado una mano en el muslo de Pike, tampoco fantaseó sobre el sabor que podía tener su piel. Tenía los cinco sentidos puestos en lo que estaban leyendo.

Las huellas dactilares pertenecían a un tipo llamado Khali Vahnich. Vahnich tenía cuarenta y dos años, y en el pasado había sido inversor bancario en la República Checa, donde le habían encarcelado por tráfico de drogas antes de que abandonase el país. A partir de entonces sus actividades abarcaban, además del tráfico de droga, la venta ilegal de armas y la colaboración con organizaciones terroristas en Europa y Oriente Próximo. Un aviso de alerta negro y de grandes dimensiones aparecía en el centro de la página. John lo recordaba con toda claridad y sabía que jamás se le olvidaría. La superficie se deslizó dejando a la vista el rostro de un monstruo. El aviso rezaba:

ALERTA: ESTE HOMBRE SE ENCUENTRA EN LA LISTA DE TERRORISTAS BAJO VIGILANCIA. SI PIENSA QUE PUEDE ENCONTRARSE EN SU ZONA NOTIFÍQUESELO AL FBI. DETENER CUANTO ANTES.

Pike miró a John cuando acabó de leerlo, y éste supo que jamás olvidaría su expresión. La cara de Pike no revelaba nada, absolutamente nada, pero sus gafas negras y resplandecientes reflejaban el fuego del cielo. Chen se sintió orgulloso de Pike en esos momentos.

—Gracias, John —le dijo.

—Lo que necesites. Haré lo que pueda. Poco importa de qué se trate. Lo haré.

—Lo sé.

Pike le tendió la mano, Chen se la aceptó y le habría gustado no soltarla nunca, jamás, porque John Chen sabía que ahora tenía algo, algo que lo hacía mejor de lo que nunca había sido o podría ser; algo que Chen quería conservar para siempre.

—Buena suerte, hermano.

Más tarde, esa misma noche, prepararon un té al jazmín y degustaron un poco de comida china mientras Larkin miraba la televisión. Se trataba de una comedia sobre una pareja de mediana edad que se insultaba continuamente. Pike no la encontraba divertida, pero a la chica parecía gustarle. Pike llamó por teléfono a Cole, le contó lo que había ocurrido y planearon qué hacer al día siguiente.

Cuando el programa acabó, Larkin se marchó a su dormitorio, pero regresó al cabo de unos minutos vistiendo un par de pantalones cortos y un top diferente. Se acurrucó en un extremo del sofá y se puso a hojear una revista. El sofá era pequeño, y sus pies descalzos casi rozaban a Pike. A Pike le habría gustado poder apoyar una mano sobre ellos, pero se contuvo. Se levantó y se sentó en una silla.

A Pike no le importaba Pitman, ni la investigación que estaba llevando a cabo ni el hecho de que hubiese mentido, exceptuando el modo en que todo eso pudiese afectar a la chica. Le daba igual que Pitman fuese buen o mal policía, o que estuviese relacionado con Vahnich y los King. Habían dado caza a un hombre llamado Vahnich. Si Pitman estaba intentando atrapar a la chica, Pike le atraparía a él. Lo único que le interesaba era Larkin.

Pike la contempló mientras leía. Larkin se dio cuenta de que la estaba mirando y sonrió. Esta vez no fue la consabida sonrisa maliciosa, sino una más suave.

—Nunca sonrías —le dijo.

Pike se tocó la mandíbula.

—Éste soy yo, sonriente.

Larkin soltó una carcajada y se concentró de nuevo en la revista.

Pike miró su reloj. Pensó que ya había esperado bastante y cogió el teléfono.

—Ahí vamos.

La chica cerró la revista sujetando la página con un dedo y le miró con aire grave.

Pike todavía conservaba el número de Pitman de cuando éste le había mandado un mensaje.

—Soy Pike —dijo al teléfono.

—Te has metido en un buen lío, amigo —repuso Pitman.

—¿Has hablado con Kline?

—Con Kline, con Barkley y con Flynn. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

—¿Y qué me dices de Khali Vahnich? ¿Has oído algo de él?

Pitman titubeó.

—Tienes que detener esto, Pike.

—Vahnich cambia las cosas. Larkin quiere volver.

Pitman vaciló por segunda vez.

—Está bien, de acuerdo. Es lo más sensato que podemos hacer. A fin de cuentas

se trata de mantenerla con vida.

—Sí, eso es lo que estoy haciendo —dijo Pike.

La chica volvió a sonreír mientras Pike se encargaba de todo.

**QUINTO DÍA**  
**EL IMPERIO DE LA LEY**

A las 6.57 de la mañana siguiente, Pike vio un Ford sedán azul metálico entrar en el aparcamiento de Union Station procedente de la calle Alameda. El sedán frenó para dejar pasar a los cientos de viajeros que salían de la estación del metro y a continuación se dirigió lentamente al fondo del aparcamiento.

Donald Pitman iba al volante y Kevin Blanchette ocupaba el asiento del copiloto. Era la primera vez que Pike los veía, pero Cole se los había descrito bien y Pitman le había dicho que los dos acudirían a bordo del sedán azul. Ambos estaban recién afeitados y eran unos atractivos hombres de casi cuarenta años. Pitman tenía la cara alargada y una nariz afilada. Blanchette era más rollizo, mofletudo y con entradas.

Ni ellos ni otro de los siete agentes que había apostados alrededor de la estación vieron a Pike. Pike supuso que se trataba de miembros de la policía federal, pero no estaba seguro ni le importaba. Se habían colocado en sus puestos hacía hora y media. Pike había llegado a las tres de la madrugada.

Pike los observaba con un par de prismáticos Zeiss desde la despensa situada en el segundo piso de un restaurante de la calle Olvera que pertenecía a su amigo Frank García. La planta baja estaba en obras, de forma que la cocina estaba cerrada. Pitman pensaba que Pike y Larkin llegarían a las siete de la mañana, pero se equivocaba. En esos momentos Larkin y Cole estaban desayunando y Pike se encontraba en la despensa.

A las 7.22 Pitman y Blanchette se apearon del coche. Escrutaron el tráfico que pasaba por delante de ellos y a los viajeros que salían de la estación, y Pike notó que estaban preocupados.

A las 7.30 volvieron a entrar en el coche. No tardarían en darse cuenta de que les habían dado plantón.

Pike se precipitó escaleras abajo y se dirigió al cuarto de baño de los empleados que había junto a la cocina. En él había una ventana desde la que se podía ver Union Station. Pike la había abierto al llegar, de manera que ésta no pudiese llamar después la atención.

A las 7.51 los siete agentes que vigilaban la zona salieron de sus escondites y se reunieron en el extremo norte del aparcamiento. Pitman se había percatado de la jugada. Pike salió del restaurante y corrió hacia el coche de Cole, que estaba aparcado al fondo de la calle Olvera. Cole lo había cambiado por el Lexus.

Pike siguió al sedán azul, que se dirigió hacia el sur de Alameda, rumbo al Roybal Building, el cuartel general de los federales. El tráfico era terrible a esa hora, de manera que entre un cambio de semáforo y otro sólo avanzaban unos cuantos coches, pero Pike confiaba en que eso le facilitaría su tarea.

El sedán azul se encontraba tres coches por delante de él cuando la luz naranja

cambió a rojo y Pitman quedó atrapado. Pike se arrimó a una zona de carga, se bajó del coche y observó el semáforo de peatones que tenía delante. Cuando las luces estaban a punto de cambiar echó a correr a toda prisa.

Pike se acercó al sedán como un tiburón en pos de un rastro de sangre, abordándolo desde un punto en el que no le podían ver. Ninguno de los dos hombres le vio, ni se esperaban su asalto. Pike llegó por el lado donde iba sentado Blanchette en el preciso momento en que el semáforo se ponía verde y rompió la ventanilla con su pistola.

Abrió la puerta de golpe y apuntó a Blanchette con el arma gritando para confundirlo.

—¡El cinturón, quítate el cinturón...!

Arrebató a Blanchette su pistola, lo sacó a la fuerza del coche y lo tiró al suelo apuntando con su revólver a Pitman.

—¡Las manos en el volante! En el volante o te mato.

Los coches que había delante de ellos ya habían arrancado y el carril estaba despejado. A sus espaldas se produjo un estruendo de bocinas. Pike entró en el coche.

—¿Pike? —preguntó Pitman.

Pike le arrebató la pistola y la arrojó al asiento trasero. Fuera del vehículo, Blanchette se estaba poniendo de pie.

—¡Conduce! —le ordenó a Pitman.

Pitman no se movió, quizá debido a la confusión, pero sus ojos parpadearon furibundos.

—Soy un agente federal. No puedes...

Pike le golpeó con fuerza en la frente con su pistola, agarró el volante y pasó el semáforo.

Cuando Pitman recuperó el conocimiento se encontraban bajo el puente de First Street. Aparcaron entre unas columnas enormes de hormigón a orillas del río Los Ángeles. Un sinfín de coches abandonados y confiscados por el ayuntamiento se alineaban en el espacio vacío que había bajo el puente, separados por una verja de alambre que protegía de todo menos del polvo, los pájaros y las hordas de grafiteros. Pike había aparcado al fondo de la verja. Los camiones que pasaban por encima de sus cabezas la hacían temblar como un enjambre de abejas. Se encontraban a menos de ocho manzanas del coche de Cole.

Pitman tiró hacia arriba, tratando de escapar, pero Pike le había atado las muñecas al volante con unos cables de plástico. Se apartó de Pike todo lo posible.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo, Pike? ¡Suéltame!

Pike pensó que, ahora que lo tenía más cerca, Pitman le parecía más joven. El golpe de Pike le había dejado una herida en la frente que había cubierto parte de su cara con una máscara roja y quebradiza. Pike lo miró sujetando lánguidamente la pistola en el regazo.

—Has atacado a un oficial federal —prosiguió Pitman—. ¡Me has secuestrado, maldito! ¡Suéltame! Desátame y olvidaré esto. ¡Puedo ayudarte!

Pike dio unos golpecitos a su pistola.

—Yo no soy el que necesita ayuda —dijo.

La cara de Pitman se torció y se deformó como si se estuviese moviendo en varias direcciones a la vez.

—Estás metido en la mierda... —gruñó—. ¡Hasta el cuello! ¡Estás violando las leyes federales más importantes! Escapa ahora o acabarás entre rejas.

—Khali Vahnich —dijo Pike sin escucharle—. El terrorista.

—Te lo digo en serio, Pike... ¡escapa!

—Un conocido terrorista.

—¡No estoy hablando de eso!

Pike alzó el arma lo suficiente para apuntarle con ella.

—Pues lo haremos a menos que quieras morir.

—¡Soy un oficial federal! ¡Vas a matar a un oficial federal! —exclamó Pitman.

Pike asintió con la cabeza sin inmutarse.

—Así es.

—¡Dios mío!

Pike levantó la insignia de Pitman. Había escarbado en sus bolsillos buscando las credenciales.

—Este asunto nunca ha tenido nada que ver con los King, Pitman, sino con Vahnich. La acosaste para capturarlo a él. O para protegerle.



—¡No sabíamos que estaban muertos hasta ayer, Pike! ¡No lo sabíamos! Pensábamos que él les estaba ayudando...

—Nada de «nosotros», Pitman. Todo esto es asunto tuyo. Los King están muertos. Explícame por qué Vahnich quiere matarla.

—¡No lo sé!

—Creo que los mataste y que abandonaste a la chica para ayudar a Vahnich.

Pike volvió a levantar la pistola y Pitman gritó con más fuerza:

—¡No lo sabíamos! ¡Te estoy diciendo la verdad, te lo juro! Escucha, sabíamos que tenían alguna conexión, me refiero a Vahnich y a los King, pero no supimos que Vahnich estaba en Los Ángeles hasta un poco antes del accidente. Mira en el maletero, mi maletín está ahí. ¡Echa un vistazo, Pike! Te estoy diciendo la verdad...

Pike escrutó a Pitman, cogió las llaves y fue hasta el maletero. En su interior había un maletín grande y cerrado con llave. Lo llevó al asiento delantero.

—La llave está en mi bolsillo —le dijo Pitman.

Pike hizo caso omiso y lo abrió con su cuchillo. Cartas, memorándums y expedientes con el membrete del Departamento de Justicia y de Seguridad Nacional se amontonaban en su interior sin orden ni concierto.

—No eres miembro del crimen organizado —dijo Pike.

—Departamento de Seguridad Nacional, lee mis notas...

—Cierra el pico, Pitman.

Muchas de las páginas llevaban la indicación de «confidencial». Pike vio varios memorándums sobre transacciones financieras y acciones de vigilancia de los King. Otros relacionaban a Vahnich con Barone, y en muchos de ellos se mencionaba a terceras partes conocidas o desconocidas con sede en Sudamérica. Muchos describían los movimientos de Vahnich tanto en el país como en el extranjero.

Pike los leyó hasta que comprendió.

—Vahnich consigue dinero para los terroristas.

Pitman asintió con la cabeza.

—Ésa es la versión más breve —dijo—. Exceptuando las contribuciones estatales, en Oriente Próximo la mayor fuente de financiación del terrorismo organizado es la droga. La compran, la venden, invierten en ella y obtienen beneficios. Esos bastardos son ricos, Pike. No me refiero a los lunáticos que se hacen saltar por los aires, sino a las organizaciones. Como cualquier otra maquinaria de este planeta, se alimentan de dinero, y exigen siempre más. Eso es lo que hace Vahnich. Es el inversor bancario de esos canallas. Invierte en sus fondos, obtiene beneficios y a continuación alimenta la maquinaria.

—¿Con la ayuda de los King?

—La economía funciona igual para todo el mundo, poco importa que sean republicanos, demócratas, señores de la droga o Al Qaeda. El riesgo se limita diversificando. Los King eran oro en el ámbito inmobiliario y Vahnich quería diversificar. Invirtió ciento veinte millones de dólares con ellos: sesenta procedentes

de los cárteles, y sesenta directamente de la zona de guerra. Mi trabajo consiste en aislar y recuperar ese dinero.

—Dinero.

—Dinero terrorista. No queremos que ayude a uno de esos suicidas a hacer saltar un tren por los aires. Tal vez Vahnich los mató por ese motivo. Puede que pretendiese recuperar el dinero.

—De manera que todo esto tiene que ver con el negocio inmobiliario.

Pitman soltó una carcajada cínica y seca.

—Todo lo que se mueve en el mundo hoy en día tiene que ver con el negocio inmobiliario, Pike. ¿Acaso no lees los periódicos?

Pike pensó en Khali Vahnich, en los King y en los hombres procedentes de Ecuador. Fuera, el puente silbaba con el paso de los coches y la verja zumbaba. Pensó en Larkin durante los días que había pasado en Echo Park, apartada de sus amigos y de su vida, con un hombre como Khali Vahnich deseando matarla.

—¿A qué se debe que Vahnich la quiera matar? —preguntó.

—No lo sé. Creí que lo sabía. Pensaba que tenía que ver con los King.

—Están muertos.

—No se me ocurrió que Vahnich intentaría matarla. ¿Cómo iba a pensar en eso?

—Deberías haberles contado la verdad. Los terroristas todavía no han invadido Los Ángeles, Pitman, seguimos viviendo en una tierra libre. Deberías haberle dicho a esa gente con quién se la estaba jugando.

Pitman daba la impresión de no entender una palabra. Sacudió la cabeza.

—Se lo dije.

—¿Qué les dijiste?

—Sabían que se trataba de Vahnich. La chica no, pero su padre sí. Nos aconsejé que no se lo dijésemos.

Pike debió de parecer confundido, porque Pitman intentó aclararle lo que acababa de decir:

—Tuvimos una reunión para tratar ese tema, Pike. Su padre, sus abogados y nuestra gente. A nadie le gusta apartar a un testigo dispuesto a colaborar, pero necesitábamos discreción. Barkley dijo que ella no podía cumplir lo pactado. Nos aconsejaron que no le dijésemos que se trataba de Vahnich hasta poco antes de su declaración.

—¿Os aconsejaron? ¿Su padre le mintió?

—No es, lo que se dice, una persona muy estable. Podría haberlo utilizado para llamar la atención sobre sí misma.

Pike sintió frío a pesar de que la mañana era cálida. Recordó a la chica la noche anterior, desesperada porque debía poner sobre aviso a su padre. Exigiéndolo.

—Está chalada, amigo —añadió Pitman—. A estas alturas deberías saberlo.

Pike volvió a mirar la insignia de Pitman. Él había entregado la suya para ayudar a la familia de Wozniak. Había amado la insignia y todo lo que ésta representaba,

pero el afecto que sentía por la familia Wozniak era aún mayor. Las familias necesitaban protección. Las familias necesitaban a alguien que las protegiese. Así era como se sentía Pike.

—Ella sólo pretendía hacer lo correcto —dijo Pike, y apartó su arma—. Tú y yo hemos acabado.

Pitman tiró de sus ataduras.

—Corta estas cosas. Llévala a su casa, Pike. Podemos protegerla.

Pike abrió la puerta.

—En estos momentos estás atado a un volante, ni siquiera te puedes proteger a ti mismo —dijo, y se apeó del coche con las llaves y la placa en la mano.

Cuando Pitman se dio cuenta de que Pike se estaba marchando forcejeó aún más fuerte.

—¿Qué coño...? ¿Qué estás haciendo? —Pike arrojó la insignia del Pitman al río —. ¡Mi placa no, Pike!

A continuación Pike tiró las llaves.

—¡Pike!

Pike se marchó sin volverse.

## ELVIS COLE

Esa mañana Cole pasó por su oficina para recoger las listas de llamadas antes de ir a ver a la chica. Su amiga de la compañía telefónica le había mandado por fax veintiséis páginas de llamadas, tanto de entrada como de salida, a varios números telefónicos. Algunos habían sido identificados, otros no. Cole podría haberlos comprobado uno por uno, pero pensó que la chica podría echarle una mano. Larkin le gustaba. Era divertida, inteligente y se reía de sus bromas. Los principales grupos alimenticios.

Cuando entró en la casa, Larkin estaba tumbada en el sofá mirando la televisión con el iPod en los oídos.

—¿Cómo puedes ver la televisión y a la vez escuchar eso? —le preguntó Cole.

La chica movió el iPod.

—¿Acaso dejaron de componer música en mil novecientos noventa?

Ya lo decía. Divertida.

—Tengo que hacer un par de llamadas y después quiero que me ayudes a hacer una cosa —dijo Cole.

Larkin se incorporó intrigada.

—¿De qué se trata?

—De números telefónicos, tenemos que ordenar las llamadas entrantes y salientes de los teléfonos que Pike encontró. Conectaremos unas llamadas con otras hasta que identifiquemos a alguien que pueda ayudarnos a encontrar a Vahnich. ¿Te parece divertido?

—No.

—Es como ir uniendo puntos, tú misma puedes hacerlo.

Larkin le mostró un dedo.

Cole pensó que era magnífica.

Hizo que se sentase a una mesa con la lista de números e identificaron cuáles pertenecían a Jorge, a Luis y al hombre que, en su opinión, era Khali Vahlich, alias *Alexander Meesh*. Cole le enseñó lo que debía hacer y a continuación se dirigió al sofá con su móvil. Esa mañana, en su despacho, había encontrado un mensaje de Marla Hendrich en el que ésta le informaba de que el número 18185 pertenecía a la familia Tanner, que además era dueña de numerosos locales comerciales en la ciudad de Los Ángeles. Todos estaban en venta. Como era habitual en ella, Marla había hecho algunas averiguaciones. El doctor William Tanner había comprado el 18185 en 1968 y lo había incorporado al monopolio familiar en 1975. Durante ese tiempo la propiedad no había sido gravada con ninguna multa, incumplimiento, sentencia o

derecho de retención. La testamentaria del imperio era la hija mayor de Tanner, la señora Elizabeth Little, que en el pasado había sido abogada y que ahora supervisaba las ventas de las propiedades. Marla había incluido en la documentación la dirección de la casa de Elizabeth Little en Brentwood, además de tres números telefónicos.

—¿Te aclaras? —preguntó Cole.

Larkin estaba concentrada en los números.

—No es difícil.

—Muy bien. Voy a hacer una llamada, no me interrumpas.

Cole llamó a Elizabeth Little y ésta respondió a la primera. Daba la impresión de que tenía prisa.

—Sí, soy Elizabeth Little —dijo.

—Me llamo Elvis Cole, soy un investigador privado que...

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—Se trata de un asunto privado, señora. Le llamo en relación con una propiedad que ustedes tienen en venta. Represento a un posible comprador interesado.

El viejo truco de la codicia. Funcionaba invariablemente.

—¿Qué propiedad? —preguntó Elizabeth.

—Un almacén en la ciudad, dieciocho, dieciocho, cinco.

—Ah, por supuesto. Pertenece a mi padre. Estamos disolviendo el patrimonio. Trataré de responder a sus preguntas, pero debería hablar de los términos concretos con el corredor que se ocupa de eso.

Parecía normal, no como alguien capaz de deshacerse de dos cuerpos o de conocer a alguien capaz de hacerlo.

—Sólo quiero saber algo más sobre la propiedad —añadió Cole.

—¿Trabaja usted para un comprador?

—Sí.

—En ese caso lo primero que debe saber es que aceptamos ofertas, pero que éstas deben estar respaldadas.

—¿El edificio se ha vendido?

—Tenemos un acuerdo de opción con un comprador relativo a siete de nuestras propiedades. No obstante, no creo que su comprador se deba preocupar por eso. La opción está a punto de expirar.

—¿Alguien está dispuesto a comprar las siete propiedades?

—Dada la prosperidad que vive el sector inmobiliario en la ciudad, el potencial de crecimiento aquí es enorme. ¿Su comprador podría estar interesado en comprar las siete?

—¿De qué precio estamos hablando?

—Dos.

—¿Dos millones de dólares?

—Doscientos millones.

—Ya me extrañaba a mí, sabía lo que quería decir.

—Lo sé. Las opciones son frecuentes en los negocios de estas dimensiones. La gente necesita tiempo para acumular el dinero necesario. A veces los tratos llegan a buen puerto, otras no. Tengo la impresión de que éste no va a salir bien. En ese caso venderemos las propiedades individualmente. Si su comprador está interesado podríamos hablar con él.

—Se lo diré. ¿Cuánto dura el período de opción?

—En este caso cuatro meses.

—Uh, uh, ¿cuánto cuesta una opción de cuatro meses relativa a unos almacenes que cuestan doscientos millones de dólares?

—En este caso seis millones.

—Que ustedes se quedarán cuando la opción venza, ¿no es así?

—Oh, sí. Creo que vence, oh, déjeme pensar, no tengo mi calendario aquí... en unos cuatro días. Quizá tres. Si quiere saber la fecha exacta puede llamar al corredor.

—Lo comunicaré. Una última pregunta: ¿le importaría darme el nombre del comprador?

—En absoluto. Stentorum Real Holdings. No tengo el número, pero mi corredor se lo dará. Dado que no han sido capaces de reunir el dinero, quizá su comprador pueda ayudarles y quedarse con una parte. Nos encantaría cerrar ese trato.

Cole copió el nombre en su cuaderno. Stentorum Real Holdings. Colgó en el preciso momento en que Pike entraba en la habitación.

Pike se detuvo tras cruzar la puerta y se quedó plantado como una estatua.

La chica gorjeó.

—¡Eh, amigo!

—Hola —dijo Cole.

Pike no se movió ni habló. Siempre tenía un aire extraño, pero ahora era aún más extraño. Cole se preguntó si algo iba mal.

—¿Has hablado con el hermano? —preguntó.

Pike salió de la sala y se encaminó hacia el cuarto de baño. Raro.

Cole cogió de nuevo su móvil y marcó el número de información.

—Necesito los números de Stentorum Real Holdings, por favor —dijo—. Está en Los Ángeles.

Larkin alzó la mirada.

—¿Qué has dicho?

—Stentorum Real Holdings.

—Ésa es una de las sociedades de mi padre.

El ordenador de información le procuró el número. Cole lo copió sin apartar la mirada de la chica. Cuando acabó se dirigió a la mesa, puso su cuaderno encima y le dio la vuelta para que ésta pudiese leerlo. Stentorum Real Holdings.

—¿Tu padre es propietario de eso?

—Yo también, técnicamente —dijo ella—. Es una de las sociedades de nuestra familia.

El agua dejó de correr y Pike salió del cuarto de baño. Se había quitado la camisa y se había restregado bien como si necesitase eliminar cualquier rastro del lugar donde había estado o de la persona a la que había visto. Una telaraña de viejas cicatrices cubría su pecho en los puntos en los que le habían disparado. Se puso una camiseta de deporte.

—Te necesitamos —dijo Cole, y esperó a que Pike se acercase a ellos.

—¿Qué? —preguntó éste.

—El padre de Larkin es propietario de algo llamado Stentorum Real Holdings. Stentorum está intentando comprar el dieciocho, dieciocho, cinco junto a otros seis edificios pertenecientes a la misma persona. Hace cuatro meses suscribieron una opción para comprarla, pero está a punto de vencer.

Cole miró a Pike, que le devolvió la mirada, aunque su semblante era completamente inexpresivo. Larkin sintió que algo malo pasaba sin acabar de comprenderlo, ya que todavía no sabía lo que ellos sabían. Cole estaba dejando que Pike decidiese qué debía decirle y qué no.

Larkin sacudió la cabeza.

—¿Qué significa eso? ¿Estás seguro? ¿Mi padre va a comprar el edificio donde encontramos esos cuerpos?

Pike le tendió su mano a través de la mesa y Larkin la alcanzó con los dedos. Cole había visto a Pike levantar cosas sirviéndose únicamente de los dedos. Podía romper nueces como si fuesen pompas de jabón, pero ahora no.

—Quédate conmigo, ¿ok? —le dijo a la chica—. Y resiste, porque las cosas van a empeorar.

Cinco minutos antes, Cole pensaba que Larkin tenía la apariencia de una niña de doce años. Ahora parecía una vieja de cien. Miró a Cole, después a Pike y acto seguido asintió con la cabeza.

—Tu padre y Gordon Kline sabían que Meesh era Khali Vahnich —prosiguió Pike—. Se pusieron de acuerdo con Pitman para ocultártelo. Pitman dijo que no había sido idea suya. Aseguró que había sido tu padre.

Cole miró la mano que ella tenía sobre la de Pike. Sus dedos la apretaron haciendo resaltar los tendones, pero su semblante permaneció imperturbable.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó la chica.

—No lo sé.

—¿Tenían algún asunto juntos? ¿Esos asquerosos y mi padre?

—Por lo visto sí.

Larkin se echó hacia atrás y soltó una carcajada, pero no soltó la mano de Pike.

—Por el momento sólo son suposiciones —le explicó Cole—. Se lo preguntaremos.

—¡He crecido con esas cosas! —se defendió Larkin—. ¡Reconozco una pelea de negocios en cuanto la veo! No pudieron cerrar el trato, de manera que alguien debía comerse el depósito. Vahnich asesinó a los King y ahora me busca a mí y a mi...

Miró fijamente la interminable lista de números de teléfono antes de alzar los ojos.

—¿Fue mi padre?

Cole no comprendió la pregunta, pero Pike por lo visto sí, de manera que le contestó:

—Lo descubriré.

El rostro de Larkin palideció, sus ojos mostraron el tipo de dolor que se siente cuando alguien te aplasta hasta el punto de partirte el corazón.

—No quiero saberlo —dijo Larkin—. Te ruego que no hagas nada para averiguarlo. No me lo digas.

Cole cayó entonces en la cuenta de lo que Larkin le había preguntado a Pike: ¿era su padre la persona que le había pedido a Vahnich que la encontrase?

—Estamos haciendo demasiadas suposiciones —dijo Cole—. Creo que es mejor que intentemos descubrir algo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Pike se demoró por un momento, pero al instante salió detrás de él.



**LARKIN CONNER BARKLEY**

Larkin contempló a Pike mientras salía y, en el momento en que cruzaba el umbral, lo vio enmarcado por la puerta de la casa de Echo Park como si se tratase de la fotografía de una revista, congelado en el tiempo y en el espacio. Era un hombre grande, aunque no un gigante. De tamaño medio, más bien. Con las mangas bajadas y la cara mirando hacia otra parte su atractivo no tenía nada de particular, y eso hizo que ella le amase aún más. Un superhombre no arriesga nada, un hombre del montón, todo.

Cuando se volvió para mirar atrás antes de cerrar la puerta Larkin vio el vacío que reflejaba su cara, sus gafas negras, y a continuación la puerta se cerró y ella se quedó sola.

—Hazlo bien, te lo ruego, hazlo bien —le dijo a la casa vacía, y eso le hizo sentirse estúpida y avergonzada.

Tenía más miedo ahora que en la época en que los hombres procedentes de Ecuador le habían disparado. Si su padre la había abandonado estaba realmente sola, más sola de lo que nunca se había sentido, de lo que había pensado o creído que pudiera ser posible. Larkin se sintió como si experimentase una experiencia extracorporal. Se sintió levitar, hasta el punto de que el aire parecía vivo en su piel y el silencio que reinaba en la casa resultaba ruidoso. Tenía la impresión de estar en dos sitios a la vez, superpuestos y no necesariamente relacionados. Exceptuando el miedo, no sentía nada. Trató de sentir algo más. Pensó que debería estar enfadada o resentida, pero algo había cambiado en ella y ahora se sentía vacía.

Larkin se dirigió al cuarto de baño y se miró al espejo. Quería ver si aquel vacío se reflejaba en su cara de la misma forma que en la de Pike. No estaba segura. Al contemplarse vio a su padre. Tenía los ojos, las orejas y la mandíbula idénticos. La nariz y la boca las había heredado de su madre.

—No me importa —dijo.

Le daba igual lo que él había hecho. Era su padre. Si Pike no podía soportar al suyo ella sí.

Regresó a la mesa y examinó la lista de números de teléfono y las conexiones que habían trazado. Encontró el número de Khali Vahnich y a continuación lo buscó en las veintiséis hojas escritas a un espacio, subrayándolo cada vez que lo vio. Tras repasar todas las hojas volvió a la primera y empezó a controlar los números a los que Vahnich había llamado.

Lo encontró casi al final de la segunda página. Reconoció de inmediato el número porque le resultaba familiar.

Vahnich había llamado a la sede de la compañía, la Barkley Company.

Al ver el número pensó: «Uau, esto es extraño», porque todo lo que sentía era esa sensación extracorporal y el aire zumbando en su piel. Su visión se ofuscó, de manera que pensó que estaba llorando, pero no boqueó, ni sollozó, ni su nariz se tapó. Era como si otra persona estuviese llorando y ella la pudiese ver desde su interior.

Se enjugó los ojos para poder ver mejor y siguió analizando la lista. Encontró el número en dos ocasiones más y a continuación se detuvo porque, en el fondo, ¿para qué servía todo aquello?

Joe y Elvis tenían razón. Su padre estaba relacionado con aquella gente y ahora ambos estaban metidos en un buen lío. Vahnich trataba de utilizarla para conseguir algo de su padre o para vengarse de él. En cualquier caso les estaba jodiendo.

El padre de Pike había sido un monstruo. Su padre era un hijo de puta. Pero no le importaba, porque le quería.

—Hazlo bien.

Hablaba sola.

La Barkley Company ocupaba los últimos tres pisos de una fortaleza de cristal negro de Century City con suficientes vigilantes armados, puestos de seguridad y detectores de metal como para garantizar la inviolabilidad de un aeropuerto internacional. Pike llamó a Bud para que organizase el encuentro, esperando encontrarse con Barkley en casa, pero Bud le dijo que lo habían llamado del despacho. Pike no le explicó por qué quería verle, sólo le dijo que se trataba de Larkin, y Bud aceptó reunirse con ellos. Iban a necesitarle para garantizar la seguridad.

—Nada de pistolas, Joe —le advirtió Bud por teléfono—. No te puedo dejar entrar armado.

—Por supuesto —dijo Pike.

—¿Vendrás con Larkin?

—¿Vendrás con Pitman?

—No le diré a Pitman nada, ni siquiera hablaré con Barkley. Reúnete conmigo en el vestíbulo y te recogeré.

Bud colgó.

Aparcar en la oficina de Barkley fue toda una odisea. Cuando Pike y Cole llegaron unos empleados les preguntaron sus nombres y les pidieron sus identificaciones. Después unos vigilantes examinaron los bajos del coche de Cole con unos espejos.

—Como tengamos que salir corriendo de este sitio estamos jodidos —comentó en voz baja.

Pike no se tomó la salida de Cole como una broma. Pensaba en la chica. Quería hacer daño a la gente que le estaba haciendo daño. Seguía percibiendo el dolor en sus ojos, saltaba a la vista que se sentía atrapada por sí misma en un mundo torturado, a solas con un dolor que no podía compartir con nadie y del que jamás podría escapar. Y cada vez que lo percibía en ella lo percibía en él también, y le entraban deseos de vengarse de ellos por haber herido a la chica, por haber abusado de su poder, por su arrogancia.

—Estás terriblemente quieto —le dijo Cole—. Raro, incluso tratándose de ti.

—Estoy bien.

Bud le estaba esperando en el vestíbulo con los pases para invitados que tenían que colgarse del cuello. Bud los había firmado ya.

—¿Quieres explicarme de qué se trata antes de que subamos? —preguntó éste.

—No.

Por el comportamiento de Bud, Pike intuyó que Pitman no había llamado. Pasaron a través de un detector de metales y se metieron en un ascensor que los llevó directamente al último piso.

—¿Cómo va la chica? —le preguntó Bud mientras subían.

—No muy bien.

—Limitate a mantenerla a salvo. Por eso estás aquí. Creo que esos bastardos nos han ocultado muchas cosas.

Las puertas del ascensor se abrieron a una zona de recepción en la que vieron a una mujer entrada en años con el pelo rubio y rizado sentada a una mesa. Reconoció a Bud y con un ademán les indicó que pasaran.

—Acaba de regresar de no sé dónde —les dijo—. Si no le encuentran en su despacho pregunten. Deben de tener algún tipo de problema.

Cole le dio un codazo a Pike.

—¿Ya? —susurró—. Pero si acabamos de llegar.

Bajaron con Bud a un largo vestíbulo que parecía una galería de arte y a continuación pasaron por delante de unas cabinas que deberían haber estado ocupadas por gente. Bud dijo que se trataba de los ayudantes. Encontraron a Conner Barkley fuera de su despacho en compañía de un grupo de hombres y mujeres bien vestidos. Iban inmaculados y elegantes con sus vestidos de Brioni y Donna Karan, en tanto que Barkley parecía recién salido de la cama. Su pelo se levantaba de manera extraña en algunos puntos y sus ojos estaban enrojecidos y parecían irritados. Parpadeó cuando vio que se aproximaban y a continuación se pasó una mano por la cabeza mientras fruncía el ceño a Bud.

—No sabía que ibas a venir con esta gente —le dijo.

Pike agarró a Barkley por el cuello y lo metió de un empujón en su despacho, pillando a Bud completamente desprevenido.

—¡Joe!

El caos estalló como si se estuviese produciendo un bombardeo de morteros. La gente bien vestida estaba aturdida y gritaba. Cole le dijo a uno de ellos que dejase de joder. Pike empujó a Barkley contra la pared mientras Cole y Bud entraban en el despacho y cerraban la puerta. Este último trató de separarlos.

—¿Estás loco? ¿Has perdido el juicio?

Pike apretó el cuello de Barkley, no demasiado fuerte, sólo un poco.

—Stentorum Real Holdings —dijo Pike.

Los ojos de Barkley flotaban en unas piscinas rosas. Resolló y sus palabras fueron un gorjeo:

—No sé qué pretendes.

Bud sujetaba a Pike por el brazo, y Cole se plantó a su lado.

—¡Por los clavos de Cristo, vámonos! —exclamó Bud—. ¡Están llamando a la policía! ¿Quieres vértelas con ellos?

—¿Qué te parece si hablo yo? —dijo Cole.

Pike se apartó y de inmediato Barkley se agarró la garganta, empezó a toser y escupió en el suelo.

—¿Por qué haces esto? —murmuró—. ¿Por qué estás tan loco?

Pike se preguntó si Barkley estaría en su sano juicio, y Bud se interpuso entre ellos con las manos en alto.

—Calma, por el amor de Dios, ¿qué estáis haciendo?

—Stentorum Real Holdings es una compañía perteneciente al señor Barkley —le explicó Cole—. Stentorum está intentando comprar los edificios donde encontramos los cadáveres de los King. Éstos habían suscrito un acuerdo para comprar ese edificio en un plazo de cuatro meses. Se trata de la construcción donde Larkin tuvo su accidente con los King y con Khali Vahnich.

Barkley seguía acariciándose la barbilla.

—¿De qué estáis hablando? —dijo—. No sé nada sobre eso. Soy propietario de Stentorum, sí, pero no sé de qué me estáis hablando.

Pike escrutaba a Barkley mientras Cole hablaba. Interpretó lo que decían sus ojos y su boca, así como el modo en que se acariciaba la barbilla. Escuchó el timbre de voz de Barkley, comparando sus subidas y bajadas con el nerviosismo y la inestabilidad que revelaban sus manos, y concluyó que les estaba diciendo la verdad.

—¿Sabía que la identidad de Alexander Meesh era falsa? —le espetó.

Barkley se ruborizó, sus ojos titubearon y su mirada se desvió hacia la izquierda. Pike comprendió que se avergonzaba de sí mismo.

—Pensamos que era la única manera —declaró.

Bud le agarró un brazo.

—¿Sabía lo de Vahnich? Por el amor de Dios, Conner. Por los clavos de Cristo.

—¿Qué me dice de la propiedad? —le preguntó Cole—. He hablado con el administrador del patrimonio. Tiene un acuerdo de opción de compra con Stentorum Real Holdings.

—No suelo prestar atención a esas cosas. Mi gente se ocupa de eso.

—Kline —especificó Pike.

Barkley se volvió a pasar las manos por el pelo y apartó un mechón de su cara.

—Gordon se ha ido. Se ha marchado. Les mostraré...

Barkley los guio hasta el vestíbulo del piso de abajo y después hasta el extremo del edificio donde se encontraba el despacho de Gordon Kline. Pike comprendió entonces por qué la zona del piso que ocupaba Barkley estaba vacía: una multitud de gente abarrotaba el extremo que ocupaba Kline con sus expedientes y ordenadores, y con los de sus ayudantes.

—Creemos que se marchó anoche —dijo Barkley—. No lo sabemos a ciencia cierta. Faltan algunas cosas...

—¿Dinero? —preguntó Bud.

—Eso pensamos, sí. Hubo discrepancias. Él vivía aquí. Se mudó a su despacho cuando todo ese lío de Vahnich empezó. Dijo que tenía miedo.

Cole se dirigió al escritorio de Kline, donde un grupo de gente trabajaba en esos momentos con su ordenador.

—¿Podría haber usado Stentorum para adquirir su propiedad sin que usted lo

supiese?

—Por supuesto que sí. Había delegado en Gordon todos esos asuntos. Confiaba en él.

Cole preguntó en voz alta a todos los presentes:

—¿Quién tiene su lista de llamadas?

Dos mujeres que estaban sentadas juntas en un sofá le miraron como si no supiesen qué responder, pero Cole acompañaba al señor Barkley, de manera que la mayor de ellas levantó la mano.

—Nosotras.

Cole prosiguió:

—Empiecen desde hace un mes más o menos, no importa qué día. ¿Esas listas incluyen sus datos personales y los de su móvil?

—Sí, señor.

Los ejecutivos de cierto nivel solían disponer de ese servicio de llamadas libres como parte de sus privilegios. Las empresas asumían los gastos al considerar que éstos debían realizar una parte significativa de sus negocios por teléfono.

La mujer hojeó las páginas hasta que encontró la fecha correcta y Cole recorrió el folio con el dedo hasta llegar al final, pasó a otro y al final alzó la mirada.

—Coincide con el número que obtuvimos del teléfono de Luis. Vahnich.

Pike se acercó a Barkley.

—¿Fue Kline el que le sugirió que mintiese a Larkin sobre Vahnich? —le preguntó bajando la voz.

Barkley asintió con la cabeza, pero después cayó en la cuenta de lo que Pike le había preguntado.

—¿Era Gordon el que le decía a Vahnich dónde podía encontrarla?

Bud parecía sentirse mal ahora, por lo menos tan mal como Barkley.

—Ese hijo de puta —dijo—. Lo más probable es que estuviese tratando de ganar tiempo. Quizá le reprochaba que mantuviese el trato.

De repente, Barkley se dio media vuelta y vomitó. La mayor parte de la gente que estaba en la habitación lo miró por un momento, pero luego se apartaron de él. Sólo una persona se movió con intención de ayudarlo, un joven bien vestido y con gafas que se dirigió a un mostrador y volvió con una servilleta.

—Lo siento —se disculpó Barkley.

Pike pensó que de verdad parecía lamentarlo, y lo sintió por él.

—Vahnich invirtió ciento veinte millones de dólares con los King. Sesenta procedían del dinero de un cártel de traficantes de drogas ecuatorianos y los otros sesenta de sus propias fuentes. Eso significa terrorismo, Conner. Es muy probable que los King intervinieran en el trato y que pretendieran dirigirse a usted para pedirle el saldo.

—Nadie vino a verme. No sé nada sobre todo eso.

—Se dirigieron a su compañía, y su compañía era Kline.

—Necesitaban doscientos millones para la compra —prosiguió Cole—. Kline supuso que iba a poder robarle el importe a usted, o valerse de la posición de su compañía para conseguir lo que necesitaba, pero no quería invertir con los King. Lo que necesitaba era comprar las propiedades a través de su sociedad a fin de poder ocultar lo que estaba haciendo. De manera que los King le dieron su parte, pero no logró hacerse con el resto. Quizá Vahnich tuviese miedo porque el asunto se estaba demorando un poco y quería que le devolviesen su dinero. Es probable que Kline le acusase a usted de estar dando largas al asunto.

Barkley le escuchaba como si fuese un perro listo para saltar. El resto de los presentes en el despacho tampoco se perdía una palabra.

Barkley se limpió la boca.

—Mis abogados me han aconsejado que llame a la policía y a la comisión bancaria. Debería llamar también al agente Pitman. Tenemos que hacer que vengan unos contables legales.

—Tiene un problema aún peor que lo que Kline haya podido robar —dijo Pike—. Vahnich todavía quiere su dinero.

Barkley exhaló un suspiro cuando se dio cuenta de lo que eso significaba y volvió a enrojecer.

—¿Cómo está Larkin? —preguntó.

—Bien.

—¿Sabe...? —Vaciló de nuevo, pero al final lo soltó—: ¿Sabe que le he mentado?

—Sí.

—Quiero verla. Quiero estar con ella.

Pike miró a Cole y éste asintió con la cabeza.

—Le llevaremos.

Pike iba en el coche con Bud y el padre de Larkin mientras Cole los seguía solo. Bud conducía, Pike iba sentado en el asiento del copiloto y Conner Barkley en el posterior. Pike le contó a Bud toda la información que Chen le había dado sobre la identidad de los ecuatorianos y sobre su posible conexión con la banda callejera Mara Salvatrucha, MS-13. Bud llamó a un amigo suyo que trabajaba en la Unidad de Bandas de la policía de Los Ángeles y le pidió que averiguase si alguien llamado Carlos aparecía en la lista de la pandilla MS-13 de Los Ángeles. Cuando Bud finalizó la llamada, siguieron el trayecto en silencio.

El hecho de volver a ver a Bud al volante tenía algo de familiar que a Pike no le gustaba, ya que le remontaba a una época que había procurado olvidar para poder vivir en paz, y decidió concentrarse en lo que Conner Barkley decía para evitar pensar en eso. Barkley se pasó la mayor parte del viaje colgado del teléfono, resollando nervioso mientras informaba a sus gerentes y abogados.

—Ha pasado mucho tiempo —comentó Flynn—. ¿Verdad, oficial Pike?

Pike le lanzó una mirada y Bud comprendió que él también percibía la familiaridad que habían compartido cuando viajaban juntos en el coche y luchaban contra el crimen y los malos chicos. Bud parecía enternecido por eso, pero Pike no sentía lo mismo por esa época. Apuntó con el dedo hacia delante.

—Ahí es donde tenemos que doblar.

Pike los guiaba por las sinuosas calles en dirección a la pequeña casa. El Lexus seguía en el camino de acceso y los ancianos no se habían movido de su porche.

Los dos primos armenios más jóvenes, Adam y otro que Pike no conocía, estaban lavando su BMW. Alzaron la mirada cuando el Hummer aparcó detrás del Lexus. Cole lo hizo junto a la puerta.

Conner Barkley por fin colgó su teléfono y se inclinó hacia delante para examinar la casa.

—¿Aquí es donde han vivido hasta ahora? —preguntó—. Larkin debe de odiar este lugar.

Pike se apeó sin responderle, esperó a que Cole se acercase a ellos cojeando y después todos entraron en la casa. Pike subió saltando hasta el porche y golpeó con fuerza la puerta una vez para advertir a Larkin de su presencia.

—Soy yo —anunció, e introdujo la llave en la cerradura para abrir la puerta—. ¿Larkin?

Cole, Bud y Barkley subieron al porche y entraron en la casa mientras Pike llamaba a la chica.

—¿Estás aquí, Larkin?



Miró a Cole y de inmediato éste se dirigió a la cocina mientras Pike controlaba el dormitorio de la chica y el cuarto de baño. Sus cosas estaban intactas y no había rastro de lucha.

Larkin se había marchado.

Barkley apoyó las manos en las caderas y frunció el ceño.

—¿Se suponía que debía estar aquí?

Mientras Pike se encaminaba hacia la puerta una voz joven llamó desde fuera:

—¡Eh, hermano!

Adam estaba en el jardín delantero, descalzo y mojado después de haber lavado el coche. Se protegía los ojos del sol, pero Pike se percató de que había visto algo y de que no era bueno.

—¿Todo en orden por ahí? —preguntó el joven—. ¿Mona está bien?

—No está en casa —dijo Pike—. ¿La has visto marcharse?

Cole, Bud y Barkley salieron y se pararon a espaldas de Pike en el porche.

—Ha salido con unos tipos —declaró Adam—. No se tratará de ese tío que la acosa, ¿verdad?

—¿Qué acosador? —preguntó Barkley—. ¿De qué estás hablando?

Pike bajó del porche de un salto, y Bud fue tras él, mientras que Barkley bajó los escalones cojeando.

El cielo lechoso era casi cegador, pese a que Pike tenía los párpados entornados.

—¿Alguien se la ha llevado? —preguntó al chico.

—Parecía ir por su propia voluntad, de otra forma habría dicho algo.

Cole intentó tranquilizarle.

—No has hecho nada malo. Cuéntanos lo que ha pasado.

—Estábamos ahí. No nos ha llamado ni se ha comportado como si estuviese sucediendo algo malo. Ha entrado en el coche sin más.

—¿Cuánto hace de eso?

—Media hora más o menos. Acabábamos de enjabonar el coche.

Bud se aproximó. Parecía un agente urbano vestido con su mejor uniforme, pero Pike notó que estaba tenso. La ausencia de Larkin había cargado el aire de electricidad.

—¿Has podido ver bien a esa gente y al coche? ¿Qué me dices de tu amigo?

—Es mi primo, Garo. Sí, los dos los hemos visto. Un par de hispanos y un tipo blanco. El coche era una joya. Nada que ver con los que prefiero, eso sí, pero bonito, uno de esos malditos coches americanos retocados y con los asientos bajos.

—¿Un *lowrider*?

—Sí, algo por el estilo. No sé de qué marca, pero guay. Negro con varias piezas cromadas.

—¿Tienes la matrícula?

—Lo siento, hermano.

Bud se dirigió hacia Garo mientras Pike sacaba la fotografía de Khali Vahnich de

la Interpol. Adam asintió con la cabeza.

—Es él. ¿Es el tío que la acosa? —dijo el chico.

Cole emitió un suave silbido.

—Por el amor de Dios, ¿cómo la ha encontrado? ¿Cómo puede haberla encontrado?

Pike sintió que había fracasado. Recordó la discoteca. Tal vez sucedió allí. Quizá la habían reconocido y él la había perdido.

Barkley lo llamó desde el porche.

—¿Sabe dónde está o no? ¿Alguien puede decirme algo, por favor?

Pike miró la pequeña casa que había compartido con Larkin Barkley y a continuación avanzó hacia el centro de la calle. Lo hizo sin pensar y sin estar muy seguro del motivo que lo empujaba a hacerlo. El Lowrider negro no estaba a buen seguro al otro extremo de la manzana, así como tampoco iba a encontrar huellas de los neumáticos en el pavimento, aunque quizás era por eso que se dirigía hacia allí. Algo marcado profundamente en su ADN lo empujaba hacia allí. Algo primitivo lo incitaba a cazar.

Cerró los ojos. La había mantenido a salvo durante cinco días, pero ahora la había perdido. Larkin Conner Barkley se había marchado.

Algo le rozó la espalda.

Al abrir los ojos vio a Cole.

—La hemos encontrado.

Pike escrutó los ojos de su amigo y vio unas sombras detrás de su aparente calma. Dos pequeños reflejos le devolvieron la mirada.

El móvil de Pike empezó a zumbar y comprobó el número, pero no lo reconoció. Contestó de todos modos. El momento era demasiado oportuno como para que pudiera ser otra persona.

—Pike.

—Quiero el dinero.

No era la primera vez que Pike oía ese suave acento. Era Khali Vahnich.

Pike habló sin alteraciones en el tono. El corazón le latía a toda velocidad, pero no quería que Vahnich notase que tenía miedo.

—¿Mi amiga está viva e ilesa? —preguntó.

—Por el momento sí. Luego veremos. ¿Con quién hablo?

Pike indicó a Cole con un ademán que se trataba de Vahnich y a continuación corrió hacia la casa. Quería estar en silencio para poder oír a Vahnich con claridad, además de un bolígrafo para tomar notas. La confusión y los errores podían ser tan fatales como el pánico.

—Dile que se ponga —dijo Pike.

Una vez dentro de la casa Pike buscó sin perder tiempo los folios y los bolígrafos que estaban desperdigados por la mesa. Copió el número desde el que había recibido la llamada.

Vahnich parecía ofendido.

—Está bien. Sólo la mataré si no me entregáis el dinero.

—Esta conversación se acaba aquí, a menos que ella se ponga al teléfono.

Cole y Barkley le habían seguido al interior de la casa. Barkley había oído lo suficiente como para entender lo que estaba ocurriendo. Se adelantó como si pretendiese coger el teléfono.

—¿Se trata de Larkin? ¿Está muerta?

Pike le hizo una señal para que se callase, y Cole le tapó la boca con una mano. Barkley se debatió, pero Cole le susurró al oído que se tranquilizase.

—Deja que se ponga, Vahnich —prosiguió Pike, y se concentró en la llamada. Se tapó la oreja que tenía libre para poder oír los ruidos de fondo que quizá podían ayudarle a comprender desde dónde le estaba llamando Vahnich. Oyó algunas voces, pero nada que indicase un lugar determinado. En ese momento se puso Larkin.

—¿Joe?

La chica parecía estar bien.

—Enseguida llego —le dijo Pike.

—Estoy bien...

Pike oyó un ruido sordo, como si el teléfono se hubiese caído. Larkin gritó algo que no pudo entender, y a continuación dio un alarido que se cortó en seco. Vahnich se puso de nuevo al teléfono:

—¿Contento de comprobar que sigue con vida? ¿Es eso lo que querías?

Pike vaciló. Asintió con la cabeza para que Cole y Barkley comprendiesen que Larkin seguía viva.

—Sí —dijo al teléfono. Esta vez le resultó más difícil mantener un tono equilibrado—. Sólo hablaremos a condición de que ella siga con vida.

—¿Quién eres? —preguntó Vahnich.

—Su guardaespaldas.

—Pásame a su padre.

—Sólo hablarás conmigo. Yo me encargo de todo.

—En ese caso zanjemos el asunto de una vez. Que el padre de la chica me envíe el dinero y acabado. Te daré el número de cuenta y los códigos de acceso.

—Espera... escucha... Kline se llevó tu dinero. Lo transfirió a otro país. No sabemos dónde está.

—Ése no es mi problema.

La puerta delantera se abrió y Bud entró precipitadamente. Cole le hizo de inmediato una señal para que no hablase. Su amigo asintió con la cabeza, pero se dirigió a la mesa y empezó a escribir una nota.

Pike observaba todo lo que sucedía sin dejar de prestar atención a Vahnich.

—Los King deben de haberte contado lo que ocurrió antes de que los matases —le dijo—. Kline fue quien hizo el trato. Barkley no tiene nada que ver con todo esto.

—Te diré algo —repuso Vahnich—: ese dinero no es mío. Gente peligrosa me lo confió y están esperando a que se lo devuelva. Les importa un carajo de dónde proceda.

Vahnich acababa de cometer un error. Hablar tiene sus problemas, y Vahnich había hablado demasiado. Había tratado de persuadirle, lo que significaba que no se sentía dueño de la situación. Pitman se había equivocado en todo, pero Pike también. Vahnich y su gente no habían intentado asesinar a Larkin, lo que querían era secuestrarla para presionar. La gente que había entregado el dinero a Vahnich se lo estaba reclamando y Vahnich estaba intentando salvar su vida. Su miedo podía ser utilizado para ganar tiempo y salvar a Larkin o para manipularlo y hacerle cometer un nuevo error.

—¿Qué me dirías si te propongo ayudarte a encontrar a Kline? —preguntó Pike—. Trabajaremos juntos.

Vahnich soltó una carcajada.

—Por supuesto que podríamos, pero prefiero que no sea así, eso me dejaría en una posición muy débil y creo que ahora soy fuerte.

Bud giró la nota que había escrito y se la tendió a Pike para que la viese: «Ella le llamó. Usó el teléfono de un vecino».

La lista de llamadas seguía estando sobre la mesa. Larkin había descubierto las llamadas entre Vahnich y Kline y había contactado con él. Pike hizo una señal a Bud para que le enseñase la nota al padre de la chica.

—¿Por qué te llamó Larkin, Vahnich?

Pike estaba seguro de saber ya la respuesta.

—Quería ayudarlo a él, pero en lugar de eso me está echando una mano a mí. Esas jovencitas están locas, ¿no te parece? —Pike miraba a Conner Barkley. Parecía confundido—. Díselo a su padre. No creo que esté dispuesto a perder a una hija como

ésa.

Cole se acercó a la mesa y escribió también algo: «Propónle una cita».

Pike asintió con la cabeza.

—Él la quiere mucho, Vahnich. Adora a esa chica. Creo que podemos encontrar una solución...

El teléfono de Bud sonó en ese momento, pero él se alejó de inmediato cubriéndose la boca con una mano. Pike prosiguió su conversación con Vahnich:

—Veamos si entre los dos podemos lograr hacer esa transferencia. Dime dónde nos podemos ver.

Vahnich se echó a reír.

—¿Traerás el dinero en efectivo? ¿Cuántos camiones acudirán? Por favor. Él me hará una transferencia. Cuando el dinero esté a buen recaudo la soltaré. Tú y yo jamás nos veremos, amigo.

—Él no es estúpido, Vahnich. No te enviará el dinero hasta que no recupere a su hija.

—En ese caso ninguno de nosotros conseguirá lo que pretende y ambos lo lamentaremos.

Pike quería ganar el mayor tiempo posible. Si Vahnich no quería reunirse con él tendrían que encontrarle.

—Hablaré con él. Primero debo encontrarle, pero hablaré con él. Quiere a la chica sana y salva.

—Copia estos números... —dijo Vahnich.

Vahnich empezó a largarle una retahíla de números, pero Pike lo detuvo.

—No sé cuánto tiempo tardaré...

—Cópialos y después léemelos.

Pike hizo lo que le pedía. Se trataba de un número de cuenta y de los datos necesarios para hacer una transferencia.

—Bien —dijo Vahnich—. Los números que te he dado son correctos. Si no ingresa el dinero en esa cuenta en dos horas le cortaré una mano a la chica.

—Vahnich... —empezó Pike.

—Si sigo sin recibir el dinero media hora después le cortaré la cabeza. No es necesario que volvamos a hablar.

La comunicación se interrumpió.

Pike aferró con fuerza el auricular mientras escuchaba en silencio. Cole y Conner Barkley le observaban mientras Bud seguía hablando por teléfono en el jardín trasero y escribía en un cuaderno. Pike por fin bajó el teléfono.

—Por el momento sigue viva, pero él se niega a vernos. Se las sabe todas.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Barkley.

—Ciento veinte millones en dos horas.

—Pero yo no tengo ese dinero. No sabía nada sobre eso.

Barkley se dejó caer en el sofá y se apretó los ojos con las palmas de las manos.

Su cara se contrajo en una especie de nudo.

—¿Larkin ha llamado realmente a ese hombre? —preguntó—. ¿Se ha *entregado* a él?

—Lo ha hecho por usted. Probablemente ha pensado que podría llegar a un acuerdo con él o convencerle de que no le matase.

Barkley se levantó bruscamente del sofá como si pretendiese tomar el mando de la situación.

—Está bien, le pagaré. No puedo hacerme con una cantidad semejante en dos horas, pero puedo pagarle. Vuelva a llamarle.

—El dinero no es la solución.

—No es sensato pagarle, señor Barkley —le explicó Cole—. Tan pronto como consiga el dinero la matará.

—Él quiere dinero, yo lo tengo... ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Encontrarle.

Bud finalizó su llamada y se reunió con ellos.

—Me he enterado de algo —anunció—. La conexión MS-13 podría haber saldado la deuda. Según el libro uno de ellos, Carlos Maroto, es uno de los gánsteres de Mara y vive en el centro de un barrio que controla la banda. Encontrarlo no será fácil. Conseguir que coopere puede ser aún peor.

Pike sabía que Bud tenía razón. Si hubiesen tenido bastante tiempo podrían haberlo encontrado sin problemas, pero no lo tenían, y encontrar a un pandillero en su propio vecindario no iba a ser cosa fácil. Los miembros de las bandas se agrupaban en familias y podían ocupar todo un barrio. Nadie cooperaría y el rumor se expandería rápidamente. En un mundo en que el orgullo y la familia lo eran todo, los pandilleros hispanos no se derrumbaban fácilmente y no traicionarían a sus amigos. Sobre todo por tres intrusos angloamericanos.

«La velocidad significa la vida».

—Necesitamos su cooperación —afirmó Pike.

—La tendremos, siempre y cuando preguntemos a la persona adecuada.

Cole arqueó las cejas cuando comprendió lo que Pike estaba pensando.

—Frank García. Frank puede ayudarnos a lograrlo.

—¿El Frank García en que estoy pensando?

Pike comprobó la hora.

—Vamos. Podemos llamarle desde el coche.

Cole y Bud se encaminaron hacia la puerta. Pike los siguió, pero se detuvo por unos instantes a mirar a Barkley.

—Le llamaré cuando sepamos algo.

—Voy con ustedes —dijo él.

—Señor Barkley, esto es...

Barkley enrojeció.

—Es mi hija y quiero estar allí. Se supone que eso es lo que un padre debe hacer.

Pike pensó que Barkley estaba a punto de pegarle. Sus labios se torcieron.  
—Después de usted, señor —dijo finalmente.  
Pike fue tras él hasta el coche.

La dirección los condujo a una calle estrecha ubicada a orillas de Boyle Heights y City Terrace, no muy lejos de la autopista Pomona, al este de Los Ángeles. Las casas de estuco y tejados planos se alineaban a lo largo de la calle como una bonita combinación de cajas de zapatos, separadas por senderos que sólo permitían el acceso de un coche y en su mayoría con unos jardines del tamaño de un sello de correos. Varios coches americanos flanqueaban las aceras, los caminos de entrada a las casas estaban cubiertos de bicicletas y juguetes abandonados, y más de un jardín ostentaba una piscina vacía marchita y sin vida bajo el calor sofocante.

Cuando Bud detuvo el Hummer, Pike sacó su pistola. Conner Barkley, que iba en el asiento de atrás junto a Cole, se inclinó hacia delante para poder ver mejor.

—¿Dónde estamos?

—Boyle Heights —le respondió Cole—. Deberías comprarlo y construir un maldito y gigantesco centro comercial.

Pike sabía que Barkley estaba nervioso, y lo mismo se podía decir de Bud.

—¿Le has visto? —preguntó Bud—. Yo no le veo.

—Vendrá —repuso Pike—. Dijo que esperaríamos en el coche.

—No saldré, tanto si viene como si no; esos malditos gamberros...

Volvieron a arrancar y avanzaron unos metros hasta detenerse delante de una pequeña casa idéntica a las demás, excepto por la barca que había en el camino de entrada y la bandera americana colgada de los aleros. Tenía un lazo amarillo clavado y tanto la bandera como el lazo aparecían descoloridos por el sol.

Unos tipos de apariencia dura estaban sentados en los coches aparcados y formaban pequeños grupos que parecían impermeables al calor. La mayoría de ellos lucía camisetas blancas y vaqueros lo suficientemente anchos como para poder esconder un microondas dentro, y además estaban cubiertos de tatuajes. Miraron el Hummer con estudiada indiferencia.

Bud leyó en las marcas de tinta la banda a la que pertenecían.

—Mira a esos tipos... Florencia 13, Latin Kings, Sureños, Calle 18... Dios mío, Calle 18 y Mara se matan apenas se ven. Esos malditos se odian a muerte.

—¿Son pandilleros? —preguntó Barkley.

—Haz como si estuvieses mirando la televisión y no te ocurrirá nada —le respondió Cole.

—Frank —dijo Pike.

Una limusina Lincoln negra apareció al fondo de la calle y avanzó hacia ellos. La noticia de su llegada se propagó entre los jóvenes pandilleros, que se apearon de sus coches estirando el cuello para poder verla. Barkley observó sus reacciones y se volvió a inclinar hacia delante.



—¿Es el cabecilla?

Cole se echó a reír.

Pike también lo encontró divertido. Pensó que, en caso de que saliese con vida de esa situación, se lo contaría a Frank y que a éste también le parecería cómico.

—Es un cocinero —explicó Pike.

Bud le sonrió. Cuando se percató de que Pike no iba a añadir nada más se volvió a Barkley para explicárselo:

—¿Le gusta la comida mexicana? ¿Le gusta comerla en casa? Sé que tiene usted cocineros, pero quizá se le haya hecho tarde y desee algo rápido. ¿Tiene tortillas en casa?

—Uh, uh.

—¿El Monsterito?

—Sí, es mi favorito.

Pike pensó que, en esos momentos, la conversación era tremenda.

Bud se volvió de nuevo hacia delante para echar un vistazo a la limusina de Frank.

—El suyo y el de todos, incluyéndome a mí —prosiguió—. ¿Recuerda el pequeño dibujo que aparece en el paquete, el chico hispano con el bigote poblado? Es el señor García hace cuarenta años. ¿Ve esos chicos ahí fuera? Frank era uno de ellos. Eso fue antes de que empezase a trabajar haciendo tortillas para su tía. Solía prepararlas en la cocina de ella con la receta de la familia y esas cosas. Al cabo del tiempo las tortillas se convirtieron en un imperio alimentario que asciende a... ¿cuánto...?

Bud miró a Pike, pero éste le ignoró.

—Cinco o seis mil —sugirió Cole.

Pike estaba deseando que dejarasen de hablar, pero Bud se volvió de nuevo hacia Barkley.

—No es el tipo de dinero al que está acostumbrado, pero en cualquier caso no es desdeñable. Lo bueno es que él nunca ha olvidado sus orígenes. Paga un montón de facturas médicas a la gente de aquí. Les da dinero para que reciban una educación. Devuelve lo que ha recibido. Hay varios hombres de esta zona encarcelados, unos bastardos a los que, por cierto, yo mismo contribuí a enchironar, pues bien, Frank ha estado ayudando a sus familias durante todos estos años. Esos chicos harían cualquier cosa por él. Ahora es rico y viejo, pero todos saben que en un principio era uno de ellos y que no les volvió la espalda cuando las cosas empezaron a irle bien.

La limusina de Frank se detuvo cara a cara frente al Hummer. Las puertas delanteras se abrieron y dos hombres bien vestidos se apearon del vehículo, uno de ellos era el guardaespaldas de Frank, y el otro, su ayudante. Pike los había conocido en el curso de las visitas que había hecho a la casa de Frank.

—¿Cómo los conoce, Pike? —preguntó Barkley.

—Joe estuvo a punto de casarse con su hija —le explicó Bud.

Pike abrió la puerta y bajó del coche para evitar tener que seguir oyendo la

historia de Bud. Pike había conocido a los García cuando era un joven agente y seguía compartiendo coche patrulla con Abel Wozniak. Cuando asesinaron a Karen García, Pike y Cole encontraron al asesino.

Esperó a que Frank saliera del coche. Frank García parecía tener cien años. Su tez, pulida como el cuero oscuro, tenía la textura crujiente de una corteza y su pelo era una corona de plata. Su estado de salud era frágil y debía ser llevado en silla de ruedas por las infinitas habitaciones de su mansión de Hancock Park, pero podía caminar un poco si alguien le sujetaba del brazo. Mientras su guardaespaldas sacaba la silla de ruedas, Frank le indicó con una señal que no lo hiciese. Quería caminar.

Esbozó una marcada sonrisa al ver a Pike y se agarró del brazo de éste.

—Hola, hijo.

Pike le devolvió el abrazo y a continuación se separó de él.

—¿Carlos está dentro?

—Abbot ha hablado con la gente que puede ocuparse del asunto. No sabrá por qué está aquí, y creo que eso será lo mejor. De esa forma no podrán alertar a Vahnich.

Frank García era un hombre agudo, y lo mismo se podía decir de su abogado y mano derecha, Abbot Montoya. Habían crecido juntos, Montoya como si fuese el hermano pequeño de Frank.

El guardaespaldas y el conductor aferraron los brazos del anciano y los cuatro empezaron a avanzar por el camino moviéndose al paso de éste. La puerta delantera se abrió prácticamente de inmediato mostrando a un hombre fornido de cuarenta y pocos años. Era achaparrado, con el pecho de un levantador de pesos y las piernas delgadas. Su cara era redonda y llena de picadas, hasta el punto de que recordaba a una piña. Sus brazos estaban cubiertos con los tatuajes de la banda y cicatrices. Observó a Pike y al anciano, y después abrió la puerta.

—Bienvenido a mi casa, señor. Soy Aldo Sáenz. Mi madre, Lupe Benítez, estaba casada con el primo de la esposa del señor Montoya, Héctor Guerrero.

Frank sacudió dulcemente la cabeza.

—Gracias por su indulgencia, señor Sáenz. Hoy me honra.

Pike siguió a Frank hasta el interior de una pequeña sala de estar bastante similar a la de Echo Park y decorada con unos muebles muy usados, pero limpios y en orden. Era una casa familiar, con fotografías de niños y adultos rodeando el crucifijo que colgaba de la pared. Las fotografías mostraban a niños de diferentes edades, en una de ellas aparecía un joven con el uniforme del cuerpo de Marines.

Incluyendo a Aldo Sáenz, Pike contó seis hombres, dos en el comedor y cuatro en la sala de estar. Sus ojos se clavaron en él nada más entrar. Dos de ellos parecían nerviosos. Sáenz hizo un ademán impaciente a los hombres que estaban en el comedor.

—Una silla, venga.

Uno de los hombres cogió precipitadamente una y se la ofreció a Frank.

—Siéntense, por favor —les rogó Frank—. No permitan que un hombre viejo

como yo les haga estar de pie. Quiero presentarme, soy Frank García. Y éste es mi amigo...

Frank hizo una señal a Pike para que se acercase y le aferró el brazo. Pike siempre se sorprendía de lo fuerte que era el anciano. Su mano era como una garra.

—Cuando perdí a mi hija, cuando la asesinaron, este hombre encontró al animal que la había matado. Y ahora, ahora está en mi corazón. Es como un hijo para mí. Ayudarle a él es como ayudarme a mí, quiero que todos lo sepáis. Y ahora, ¿puedo hablar con el señor Maroto?

Sáenz apuntó a uno de los hombres que se encontraban en el comedor. Maroto era un tipo más joven, quizá de unos treinta años. Estaba tenso como si fueran a ejecutarlo. Unas personas poderosas le habían ordenado que estuviese allí, gente que podía poner fin a su vida sin dudarle dos veces. Todos los presentes le miraban.

—¿Carlo Maroto de Mara Salvatrucha? —preguntó Frank.

Los ojos de Maroto recorrieron rápidamente la habitación. Tenía miedo, pero Pike notó que estaba rumiando algo. Le habían ordenado que estuviese allí, y allí estaba, pero ahora se estaba preparando para la eventualidad de tener que luchar.

—Soy yo —dijo por fin.

—Este hombre, el hijo de mi corazón, te quiere preguntar algo. Aquí, delante del resto de los hombres de tu casa. Antes de que lo haga, sin embargo, déjame decirte que comprendo que éstos son temas delicados, que pueden afectar a acuerdos de negocios entre ciertos individuos y algunos grupos. No te hacemos esas preguntas a la ligera.

El anciano soltó el brazo de Pike e hizo un pequeño ademán.

—Pregunta.

Pike miró a Maroto.

—¿Dónde puedo encontrar a Khali Vahnich?

Maroto guiñó los ojos para mostrarle que era un tipo duro y a continuación sacudió lentamente la cabeza.

—No tengo ni idea. ¿Quién es éste?

Pike pensó que quizá Maroto conociese a Vahnich por su verdadero nombre. Sacó la fotografía de éste y se la tendió, pero Maroto no la cogió, lo que demostró a Pike que le conocía.

—Tus hombres trabajan con Esteban Barone —dijo Pike—. Barone te pidió que le protegieses a él y a varios hombres procedentes de Ecuador. Estás ayudando a un amigo.

—Respóndele, amigo —dijo Sáenz—. No estamos delante de un tribunal.

Maroto estaba enfadado y en un aprieto.

—¿Qué coño...? Sí, eso es, ¿a qué viene ese interés? —protestó.

—Quiero que me lo entregues —dijo Pike.

Maroto se volvió a mover y en esa ocasión no miró a Pike. Miraba a los demás.

—¿Qué es esto? —les dijo—. No conozco a ese jodido. Lo único que sé es que es

un policía.

Aldo Sáenz cruzó sus grandes brazos y Pike notó que estaba tratando de no perder el control de sí mismo. Cuando por fin habló su voz era un ruido sordo y bajo:

—Eres mi invitado y por eso te trataré con respeto, pero te ruego que no insultes al señor García en mi casa.

—No tenía la intención de perderle el respeto, pero mi banda tiene negocios con Esteban Barone desde hace mucho tiempo. Fructíferos. Me pidió un favor, lo haremos. ¿Qué quieres que te diga?

—Khali Vahnich es amigo de Barone —le explicó Pike—, pero la cosa no acaba ahí.

Pike pasó la hoja de la Interpol a Sáenz.

—Lee al final de la página.

Pike contempló al tipo mientras lo hacía y al final vio que fruncía el ceño.

—¿Qué significa esto? ¿Una lista de terroristas bajo vigilancia? ¿Qué es esto?

Frank volvió a cogerse del brazo de Pike y se puso de pie.

—Significa que es mi enemigo —dijo—. Alimenta a la gente que pretende matarnos y que arma a sus lunáticos, y ahora, en este preciso momento, mientras estamos en esta casa, se encuentra en Los Ángeles, ¡en nuestro barrio! ¡Coged a ese hijo de puta!

Sáenz se había quedado paralizado, con la única excepción del movimiento ascendente y descendente de su abultado pecho. Su cara se arrugó como las capas de pizarra, con un intenso tic en la mejilla. Pasó el folio al hombre que estaba a su lado y después miró fijamente a Maroto.

Éste palideció y sacudió la cabeza.

—Barone dijo que ayudaría al tipo, que le ayudaríamos. ¿Crees que estamos al corriente de algo semejante? ¿Crees que vino y nos dijo: «Aquí tenéis a mi amigo el terrorista»? ¡Qué coño!

El hombre que tenía el folio en la mano se lo pasó al siguiente, y éste a su vez a otro. Pike recordó la bandera que había fuera con el lazo amarillo, y supo que Frank García había elegido bien esa casa.

Sáenz carraspeó y miró a Frank.

—Le ruego que nos conceda un momento. No pretendo ser descortés. Sólo será un momento.

El guardaespaldas y el conductor ayudaron a Frank a levantarse y Pike les siguió fuera. Cuando se encontraban a medio camino del coche, Sáenz les dio alcance y les dijo dónde podían encontrar a Vahnich.

Vahnich estaba usando una pequeña casa que se encontraba ubicada en una pendiente, en el recodo donde la autopista Glendale llegaba al río Los Ángeles. Antaño los naranjales se extendían hasta perderse en el horizonte, pero los campos cayeron en manos de los promotores y las suaves pendientes y las colinas de Glassell Park se cubrieron de casas. Todavía se podían ver unos cuantos naranjos marchitos entre las casas más viejas, inquilinos originarios con los troncos retorcidos y tan negros como el hollín. Pike y Bud conocían bien esa zona. La academia de policía estaba justo al otro lado del río.

Bud seguía maldiciendo.

—Este jodido Hummer llama más la atención que un tanque. Podríamos haber venido con un cartel enorme: «Aquí estamos».

—Dobla a la derecha en la siguiente calle —dijo Pike—. Después sube la colina. Debería de estar a la izquierda.

Maroto había dicho que la casa se encontraba al final de un largo camino, escondida de la calle por las encinas, los olivos y otras casas del vecindario. Vahnich no vivía en la casa, pero era evidente que al elegirla había buscado un lugar donde poder reunirse con los hombres procedentes de Ecuador sin demasiadas intromisiones. Y ése era perfecto.

El padre de Larkin se inclinó hacia delante intentando ver algo.

—¿Y si no está aquí? ¿Y si se la ha llevado a otro sitio?

—En ese caso Maroto pasará una mala noche —le respondió Cole—. Por eso Sáenz y esos tipos le siguen reteniendo. Intentaban evitar que pudiese avisarle y asegurarse de que no había mentido.

Bud aminoró la marcha.

—Ya casi estamos. Mira a la izquierda.

El camino se doblaba en una curva que los alejaba de la calle y a continuación descendía por la colina. Pike vio la esquina más próxima de la casa y la parte posterior de un coche azul antes de pasar.

—He visto el coche azul —dijo Cole—. Ahí dentro podría haber un ejército.

Pike hizo caso omiso. Si tú no podías verlos, ellos tampoco te podían ver.

Bud seguía conduciendo.

—Llamemos a la policía. Tenemos que conseguir que venga la policía de Los Ángeles.

Pike se volvió para mirar el camino y comprobar que nadie salía a echar un vistazo.

—Asegurémonos de que ella está ahí.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Barkley.

—Ir a ver qué pasa. Espere en la calle. Yo le llamaré.

—Quiero ir con ustedes.

—Sólo quiero echar una ojeada.

Pike se apeó del coche rápidamente y se dirigió hacia el camino más cercano apretando el paso. Las casas de ese lado de la calle ascendían por la pendiente, de manera que cada una de ellas se encontraba varios metros más arriba que la de abajo. Pike siguió el muro que rodeaba la casa, pasó por delante de basureros de plástico, antiguos canalones de lluvia y bolsas de abono tan viejas que habían acabado por estallar. Se detuvo el tiempo necesario para asegurarse de que el jardín trasero estaba vacío y a continuación lo cruzó serpenteando entre viejos naranjos en dirección al borde.

Pike bajó por la pendiente entre hiedra, plantas de hielo y varios naranjos más hasta que se encontró justo debajo de la casa de Vahnich, después empezó a subir. Desde la posición donde se encontraba vio una casa de estilo ranchero que necesitaba una mano de pintura y que se erigía en un prado seco y cubierto de naranjas podridas. La casa más próxima estaba encima de ella. El camino ascendía hasta llegar a un sotechado que había delante de la casa. El coche azul que él había divisado desde la calle bloqueaba la entrada, el *lowrider* que habían descrito los armenios y un Chrysler LeBaron nuevo.

Había dos hombres apostados delante del *lowrider*, junto a un Bel Air negro de 1962 que resplandecía como el carbón ardiendo. El capó estaba levantado y los dos hombres estaban entretenidos con la cabeza metida en el motor.

Por el modo en que la casa se erigía en la pendiente, Pike supuso que al otro lado debía de haber un muro de contención y un sendero rodeándola. Estaba seguro de que allí encontraría ventanas y que entonces quizá podría ver a Larkin.

Avanzó entre los esqueléticos árboles frutales en dirección al extremo más próximo de la casa, pero tan pronto como cambió su línea de visión pudo verla a través de las puertas correderas de cristal que había en la parte posterior: estaba justo delante de las puertas, sentada en el suelo apoyada contra una pared, en una habitación vacía. Un hombre pasó por delante de ella moviéndose de izquierda a derecha y en dirección a la parte delantera de la casa. No era Vahnich. Pike consideró que en el interior debía de haber al menos seis hombres: los cinco ecuatorianos que restaban y Vahnich.

Mientras observaba a la chica, Pike experimentó una gran sensación de alivio. La había perdido, sí, pero la había recuperado. Estaba sentada con las rodillas juntas y las manos detrás de la espalda. Pike no podía ver si estaba atada, pero necesitaba saberlo. En caso de que fuese así sus movimientos estaban limitados. No parecía estar incómoda o herida. Tenía la cabeza levantada, los ojos abiertos y miraba fijamente hacia la parte delantera de la casa. Su pelo encrespado y negro la hacía parecer dura y dispuesta a marcharse. Pike se preguntó si se lo volvería a dejar crecer y si se lo teñiría de rojo de nuevo.

Larkin le estaba diciendo algo a la persona que tenía delante, y Pike tuvo la impresión de que estaba enfadada y que por eso torcía los labios. Se quedó un segundo pensativo. Era una tía cojonuda.

Sacó su móvil para llamar a Vahnich y éste respondió al instante.

—¿Sí?

—Está dispuesto a hacer la transferencia. La está preparando en estos momentos —dijo Pike.

—Es un hombre sabio. Ha hecho lo que debía.

—Se supone que yo debo asegurarme de que no le cortas la mano o la hieres. Quiere estar seguro. Dile que se ponga unos segundos.

Vahnich no puso objeción.

Un hombre se acercó a la chica por la derecha, se detuvo a su lado y le tendió el teléfono. Era Vahnich. Pike comprobó entonces que Larkin estaba atada.

Oyó su voz:

—¿Joe?

—No permitiré que te haga daño.

—Dice que te diga que no te permitirá que me hagas daño —le soltó la chica a su captor.

—Resiste.

Vahnich se acercó a la puerta de cristal con el teléfono en la mano, pero Pike no se alarmó. Vahnich sólo estaba mirando la autopista Glendale, que conducía a las montañas Verdugo. Podía haberlo matado en ese momento, el problema era que el resto de los hombres seguían en la casa con la chica.

—Como ves está bien —le dijo Vahnich—. Soy un hombre de palabra. Respetaré nuestro acuerdo.

—El tipo que se ocupa de sus asuntos dice que todavía le llevará unos minutos reunir el dinero. Lo tienen distribuido en una infinidad de sitios.

—Lo entiendo.

—Te volveré a llamar. Cuando lo haga, su padre querrá oír su voz para estar seguro. En ese momento harán la transferencia.

—Por supuesto. No hay problema.

—Bien. No tendrás ningún problema.

Un terrorista razonable, educado y considerado.

Pike finalizó la llamada y a continuación marcó el número de Cole. Mientras esperaba oír la señal Vahnich se apartó de las puertas correderas y salió por la izquierda de la habitación. A Pike no le gustó. Ahora tenía a Vahnich en un punto desconocido de la parte posterior de la casa, a uno de sus secuaces delante y a los otros dos hombres en cualquier sitio.

Cole respondió.

—Está aquí —le comunicó Pike—. Hay dos hombres fuera, junto a los coches. La chica está dentro en una especie de cuarto de estar de la parte posterior. Dentro hay

por lo menos tres hombres más, pero no puedo ver dónde están.

—¿Puedes ver a Vahnich?

—Afirmativo.

—De manera que está en la casa.

—Sí.

—Bud dice que está llamando a la policía.

—Como prefiera. ¿Dónde estáis?

—Al otro lado de la calle.

—¿Por qué no subís para vigilar la parte delantera? Bud puede coordinar la operación con la policía y seguir en el camino, en alerta.

Un hombre corpulento que Pike no había visto hasta entonces entró procedente de la parte delantera de la casa y obligó a Larkin a ponerse de pie. La empujó hacia atrás. A Pike no le gustó nada la rudeza con que la trató ni tampoco el hecho de que se la llevasen de allí.

—La están moviendo —le dijo a Cole—. Voy a ver qué ocurre.

Pike colgó, retrocedió por la pendiente hasta llegar al extremo más alejado del jardín y enfiló el sendero que había detrás de la casa. Pike se acercó a la ventana, escuchó y sacó su pistola. No necesitaba retraer la corredera o comprobar que estaba cargada como suelen hacer en la televisión.

Pike siempre tenía una pistola lista para entrar en acción, no necesitaba verificar si estaba cargada porque siempre lo estaba.

Se puso de puntillas para poder ver algo por el ángulo de la ventana. Larkin, el hombre corpulento y Vahnich estaban en un dormitorio vacío. Larkin volvía a estar sentada en el suelo y el hombretón se había plantado a su lado. Ambos miraban a Vahnich, que tenía el portátil abierto. Se estaba preparando para la llamada de Pike.

La chica estaba lista para hablar con su padre y el ordenador para confirmarle la transferencia. Una vez esto se produjese, Vahnich la mataría. Él o uno de sus hombres le cortarían la garganta o la estrangularían, a continuación conducirían hasta el aeropuerto de Los Ángeles y desde allí abandonarían el país. Pike se preguntó si sería Vahnich.

Se dirigió al cobertizo para coches, y mientras se aproximaba oyó a los dos hombres. Miraban más allá del LeBaron. Habían cerrado el capó, pero seguían charlando junto al coche. Aquellos dos tipos, unidos al tiarrón que estaba con Larkin, dejaban un total de dos hombres más que podían estar en cualquier sitio. Pike se preguntó si Cole podría verlos desde el otro lado de la casa.

Pike retrocedió un poco y volvió a llamar a Cole susurrando.

—¿Dónde estás?

—Delante de la casa. Estoy en una especie de acebo, un poco más abajo del camino. ¿Y tú?

Los arbustos de acebo flanqueaban la casa que Pike tenía justo enfrente.

—¿Ves a los dos hombres que están al lado del Bel Air? —le preguntó a su



amigo.

—Están a unos seiscientos metros delante de mí.

—Mira al LeBaron. Después un poco más allá.

—Ya veo.

—Vahnich, más el tipo que está con Larkin y los otros dos suman un total de cuatro. ¿Puedes localizar a los dos que nos faltan desde tu lado?

—Espera...

Los dos hombres que se encontraban junto al Bel Air se irguieron y miraron el camino. Pike sintió que algo andaba mal, pero desde su posición no podía divisar lo que observaban. Alzó el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No lo sé. Echaré un vistazo.

Pike se levantó para poder ver lo que ocurría hasta que oyó la exclamación de Cole:

—¡Mierda!

Conner Barkley descendía en esos momentos por el camino.

Barkley bajaba por el camino con una expresión de indignación, pero los hombres parecían confundidos. Quizá le habían tomado por un vecino y pretendían recibirlo bien, pero Pike sabía que el malentendido no duraría mucho.

Pike se precipitó hacia el cobertizo de manera sigilosa y rápida, pues sabía que las cosas se iban a complicar. Barkley le vio y los dos hombres de la entrada se volvieron para comprobar lo que éste miraba. Pike disparó al que tenía más cerca con su pistola, pero el segundo hombre se hizo a un lado y lanzó un alarido.

Algo a espaldas de Pike explotó y otro hombre gritó mientras Cole avanzaba entre los setos. Los dos hombres que faltaban se encontraban en la puerta delantera, uno detrás del otro. El primero de ellos seguía disparando cuando Cole le dio de lleno en el pecho. No cayó inmediatamente, sino que se fue desplomando poco a poco mientras el hombre que se encontraba a su espalda cerraba la puerta de golpe. Pike supuso que ahora correría a la parte posterior de la casa.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Barkley echó a correr dando grandes zancadas y con una inusual firmeza en las piernas. Bud Flynn se plantó en lo alto del camino mientras que Cole se dirigió hacia el segundo hombre, que se había hincado de rodillas y alzaba las manos mirando a este último fijamente.

—Ve —le dijo a Pike.

Éste retrocedió corriendo por donde había venido. El tirador que se encontraba en el interior de la casa debía de estar preguntando a voz en grito lo que había pasado, mientras que Vahnich debía de haberse quedado aturdido en un principio, y a continuación asustado. Examinaría la situación para controlar lo que había pasado y después tomaría una decisión.

Era mediodía, en un día resplandeciente y soleado, pero todo había saltado por los aires. Las únicas alternativas que tenían eran malas, malas para Vahnich, malas para la chica y malas para Pike. Vahnich podía resolver a tiros una situación de toma de rehenes o huir. Vahnich no sabía cuánta gente le asediaba, si estaba rodeado o si la policía había intervenido, pero la carta del rehén era perdedora y si permanecía allí acabarían por atraparle. Salir corriendo era la menos mala de las decisiones, de manera que correrían por la parte posterior, por el vacindario, correrían y dispararían en caso de que fuese necesario, invadirían una casa a plena luz del día, robarían un coche y rezarían.

Era la última, la mejor y la única opción que les quedaba.

Mientras Pike corría a toda prisa hacia el otro extremo de la casa oyó más tiros. Uno solo hubiera supuesto una ejecución, pero el hecho de oír varios le dio cierta esperanza. El tiroteo se estaba produciendo junto a la puerta delantera para poder abrir una brecha: eso significaba que estaban a punto de escapar.

Pike creía que Khali Vahnich mataría a Larkin, pero que no lo haría hasta que se encontrasen fuera de la casa. Vahnich no sabía con qué se podía encontrar y quizá la pudiese necesitar como escudo. Si el camino estaba despejado quizá la matase justo antes de saltar la verja, pero no antes. Lo haría para castigar a su padre y a Pike.

Pike se guareció entre los naranjos que había a cierta distancia de la casa en el preciso momento en que la ventana se abrió. El hombre robusto fue el primero en salir por ella, dijo algo y cayó sobre una rodilla. A continuación empujaron a Larkin para que saliese, la chica cayó de pie lanzando un grito agudo. Vahnich aterrizó por encima de ella y luego le llegó el turno al último de los hombres, un tipo bajo y musculoso con un pañuelo alrededor de la cabeza. Permanecieron apiñados hasta que Vahnich tiró de la chica.

Pike apuntó con su pistola a través de los naranjos.

Cuando Cole apareció por el otro extremo de la casa el tipo del pañuelo lo vio, disparó y Cole le devolvió el tiro. El tipo del pañuelo se desplomó lanzando un agudo gemido, pero acto seguido se puso de rodillas y volvió a disparar. Cole buscó refugio mientras las puertas correderas de cristal se abrían de golpe y Bud Flynn salía empuñando la pistola y listo para entrar en acción. Bud debía de haberse olvidado de sí mismo.

—¡Policía! —gritó.

El tipo del pañuelo se volvió de golpe hacia Bud y Pike le disparó en la cabeza.

En ese momento Vahnich y el hombre corpulento vieron a Pike, y el primero puso a la chica delante de ellos para usarla como escudo mientras se escabullían en dirección a la pendiente. El hombre corpulento disparó a Flynn y a Cole, pero lo hizo a tontas y a locas, movido por la desesperación.

—Estás acabado —afirmó Pike.

Bud estaba detrás de una gran maceta de arcilla.

—¡Tirad las armas! —gritó—. ¡Tiradlas ahora!

Conner Barkley salió por la puerta. Iba desarmado y no buscó el modo de protegerse. Quizá no sabía que eso es lo que se supone que uno debe hacer. Se precipitó hacia el jardín pasando por delante de Bud y se detuvo allí en medio, frente a Bud, solo.

Escupió mientras hablaba:

—¡Soltadla! ¡Soltad a mi hija!

El tipo corpulento se asomó por detrás de Larkin para dispararle. Apenas se movió unos centímetros, pero la imagen era perfecta: un punto en lo alto de una I. Pike no le dio tiempo a disparar, y un instante después el tipo corpulento cayó al suelo como un saco de patatas.

Bud seguía dando alaridos, pero se había desplazado hacia un lado para que no pudieran dar a Barkley.

—¡Tira el arma, maldita sea! ¡Arrójala al suelo! ¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Abajo!

Barkley también gritaba como si tuviese un berrinche:

—¡Suéltala! ¡Déjala ir!

Pike salió de detrás del naranjo. Vahnich notó el movimiento y se desvió para mirarlo manteniendo a la chica entre los dos. Se había acurrucado todo lo posible tras ella y miró a hurtadillas desde detrás de su cabeza. Apretaba la pistola contra el cuello de Larkin, pero Pike no podía encañonarle. De modo que salió al descubierto, se plantó en medio del jardín para que Vahnich pudiese verle. El ojo y la pistola se movieron como si fuesen una sola cosa, y Pike captó el ritmo del miedo de su contrincante.

—Eres hombre muerto —le dijo Pike.

El ruido de sirenas empezó a flotar en el aire. Bud y Barkley seguían gritando. Pike no podía ver a Cole, pero confiaba en que estaría en su sitio. No miraba a Larkin porque podía percibir su miedo. Sólo vio la mirada fija de Vahnich.

Éste dejó caer su pistola, pero nada más se movió. Vahnich había tomado su decisión, se arriesgaría en los tribunales.

—La he tirado —dijo desde detrás de la chica—. Me rindo.

Bud le gritó las instrucciones que Pike había oído cientos de veces:

—¡Levanta las manos por encima de tu cabeza! ¡Bien altas! ¡Cruza los dedos por encima de la cabeza!

Vahnich obedeció: alzó las manos y entrelazó los dedos por encima de su cabeza. Ni la chica ni Pike se habían movido.

—Larkin —ordenó Pike—. Ve con tu padre.

La chica se encaminó hacia Pike.

—Ve con tu padre.

Finalmente, Larkin se precipitó hacia Barkley.

—¡Me rindo! —exclamó Vahnich.

Bud había salido de detrás de la maceta, mientras Cole cubría a los hombres que habían disparado. Pike se movió hacia un lado del jardín hasta que se encontró entre Vahnich y la chica, sin dejar de mirar la pistola ni por un momento.

—Joe —dijo Bud a su espalda—. Joe. La policía está llegando, hijo.

—¿Estás bien, Larkin? —preguntó Pike—. ¿Estás bien?

—Me iba a matar. Era...

—Lo sé.

—El oficial Pike —completó Bud.

Pike apretó el gatillo. La pistola emitió un fuerte estallido que sonó hueco en el aire, y Vahnich cayó al suelo.

Pike caminó por encima de los cuerpos para asegurar sus armas. Controló además sus cuerpos. Los tres hombres estaban muertos.

Bud le miraba fijamente con las manos apoyadas en los costados, como si le hubiesen vaciado toda la vida del cuerpo. Conner Barkley sujetaba a su hija. Cole se metió la pistola en el cinturón y se acercó a ellos.

—¿Están bien? —preguntó.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo va esa pierna?

—Mejor. Al menos esta vez no nos han dado.

Pike se dirigió hacia la chica. Conner lo miró mientras se acercaba y Pike vio que estaba llorando. Las lágrimas de un millonario eran idénticas a las de cualquier persona.

Pike apoyó una mano en la espalda de Larkin.

—No permitiré que te hagan daño —le susurró—. No permitiré que nadie te haga daño.

Larkin se volvió y le abrazó. Hundió la cara en el pecho de Pike y éste apoyó la barbilla en su cabeza. Bud los contemplaba con aire triste y decepcionado.

—Sigo odiando a los matones —dijo Pike—. Tendré que convivir con eso.

Pike seguía abrazado a la chica cuando la policía llegó.

A esas horas de la mañana una luz neblinosa y dorada iluminaba la Ocean Avenue, que se encontraba a orillas del mar. Pike corría a lo largo de la calle disfrutando de la paz reinante y del ritmo de su cuerpo. Eran las cuatro menos cinco de la madrugada. No se había cruzado con ningún coche durante más de tres kilómetros y ningún coyote le había seguido. Era la única bestia de la ciudad, pero eso estaba a punto de cambiar.

Ella enfiló Ocean en San Vicente y el rugido del motor se fue aproximando en la oscuridad. Él reconoció su nuevo coche, de manera que permaneció en el centro de la línea y siguió avanzando a grandes zancadas.

Larkin pasó zumbando por su lado, dio la vuelta y se detuvo junto a él. Se había comprado un Aston de color perla. Seguía llevando el pelo corto, pero se lo había teñido de rojo. Esbozó su habitual sonrisa. Pike se alegró de ver que de nuevo se sentía segura.

—Sólo un lunático corre a estas horas.

—Sólo un lunático conduciendo a estas horas sería capaz de encontrarme.

—Dado que no respondes a mis llamadas le pregunté a tu amigo Cole.

—Ajá.

—Creo que quiere besarme.

—Ajá.

Pike había dejado de contestar a sus llamadas. Habían hablado con frecuencia durante las semanas posteriores al incidente y él ya no sabía qué decirle.

—¿Puedes hablar mientras corres? —le preguntó Larkin.

—Por supuesto.

Tras reflexionar un momento, la chica le dijo lo que había ido a decirle:

—No te molestaré más. Ahora bien, el hecho de que no te llame no implica que tú no puedas llamarme si cambias de opinión. Puedes hacerlo cuando quieras. Lo único que sucede es que he comprendido que quieres que dejemos de hablar y así lo haré.

—Está bien.

El viejo brillo de cólera oscureció los ojos de la chica.

—Así es demasiado fácil, amigo. Al menos podrías intentarlo.

—Contigo no.

El coche se paró a su lado. Pike percibió una luz tenue sobre un peñasco y se preguntó si no sería un coyote.

—¿Crees en los ángeles? —le preguntó ella al cabo de un rato.

—No.

—Yo sí, por eso conduzco de esta forma, busco ángeles. Sólo salen de noche. Había algo más que Pike no sabía cómo preguntar, de forma que no dijo nada.

Larkin alzó la mirada.

—No te volveré a llamar porque eso es lo que quieres, y no porque lo desee. Probablemente piensas que eres demasiado viejo para mí. Probablemente piensas que soy demasiado joven. Apuesto a que odias a los ricos.

—Elige una.

Larkin volvió a sonreír y Pike se alegró de verlo. Adoraba esa cara risueña. Pero de repente su sonrisa se desvaneció y sus ojos se empañaron, y eso ya le gustó menos.

—Quizá pienses que me sobrepondré, pero no será así —dijo la chica—. Te quiero. Te quiero tanto que haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé.

—Incluso dejar de llamarte.

El Aston Martin se alejó con su motor aullando de dolor.

Pike contempló las luces de cola mientras se alejaba. Larkin dobló hacia el este en San Vicente y aceleró en dirección a la ciudad.

—Te quiero —dijo Pike.

Corrió solo en la oscuridad deseando que los coyotes se uniesen a él.

**ÚLTIMO DÍA  
EL BESO DE DESPEDIDA**



**Isla de la Tortuga. Golfo de Tailandia.  
182 días más tarde**

Jon Stone contempló el golfo azul y soñó con barcos en el mar. Barcos veleros de finales del siglo XVIII, no aquellas patatas fritas de silicona, aquellos cohetes acuáticos que cualquier cretino puede pilotar, sino barcos de madera contruidos con las manos y el sudor y bajo el mando de hombres que vivían creyendo en los monstruos. Jon se imaginó ese barco al frente de una fragata de cuarenta cañones, él como lugarteniente de la Marina Real, atado al mástil por el sentido del deber y del honor, en un lugar remoto del mundo. Ésos habrían sido días hermosos y a Jon Stone le habría gustado vivirlos.

La casa del tipo le había puesto de buen humor; recién construida sin reparar en gastos, desde luego, pero con un sentido de libertad salvaje y primitivo que aullaba por esos viejos tiempos. Las paredes estaban formadas por grandes postigos estilo plantación que, al moverse, unían el interior con el exterior, abriendo la casa al mar, a la jungla y a la cálida brisa que olía a las flores con que las mujeres se recogían el pelo. Un palacio tropical con vistas al golfo de Tailandia. El maravilloso caos de la jungla que se abría a un huerto de cocos y éste a una immaculada playa blanca y a los límpidos azules del cielo y el océano. Todo ello como si se tratase de la abigarrada fantasía de un niño que soñaba con la casa de Tarzán, quizás, o una de esas casas solariegas africanas en las que los almirantes británicos se solían retirar.

Jon estaba completamente clavado a ella.

Mientras pensaba en los barcos, un golpe ahogado procedente del otro extremo de la casa rompió el silencio, como si alguien hubiese golpeado una cama con un bate de béisbol.

Stone exhaló un suspiro, consciente de que le quedaba poco tiempo allí.

—Me gusta esta casa, amigo. Podría vivir aquí —dijo.

Jon habló con toda claridad sin esperar una respuesta. Era una casa enorme y aislada, de manera que nadie podía oír.

Jon salió a través de la pared abierta a un precioso muelle de piedra caliza y contempló la playa con los ojos entornados. En unos tres o cuatro días las bandas y turistas invadirían la arena.

—Las fiestas de la luna llena, hermano. El gato está en el Gran Buda, dijo que las celebraban siempre en esa ocasión. Llegan unas siete u ocho mil personas, todas esas bandas con su mierda... comida, bebida y lo que sea. Son esas turistas. Esas chicas se vuelven locas, piensan que es la noche por excelencia. ¿Qué dices? ¿Te quedas? Ay, amigo. Deberíamos quedarnos, hermano.

Nadie respondió, ni siquiera la jungla. Había un largo trecho hasta la ciudad.

Los guantes de látex hacían sudar sus manos y éstas le dolían. Jon miró la hora en su reloj y a continuación volvió a mirar hacia la casa.

Por lo general cuatro personas trabajaban en ella. Un cocinero, un tipo que hacía las veces de mayordomo, una camarera y un jardinero a tiempo completo. El jardinero solía ir acompañado de dos tipos más los martes, día en que el trabajo era mayor. Todos los viernes el encargado de la inmensa piscina acudía para limpiarla, y una asistente extra aparecía también de vez en cuando para ayudar con los suelos. Jon había organizado sus movimientos durante tres semanas y había dispuesto los acontecimientos de forma que nadie pudiese aparecer ese día.

Ni visitantes, ni empleados, ni testigos.

Gordon Kline se hacía llamar George Perkins cuando el chico de Jon lo encontró. Les había dicho a los habitantes locales que se había retirado después de haber vendido treinta y dos franquicias de McDonald's en Alberta. La gente de la ciudad estaba habituada a las historias que solían contar los europeos y los norteamericanos ricos, la mayoría de ellos unos perversos que viajaban al país para hacérselo con jóvenes tailandesas, de manera que pensaron lo mismo de George Perkins. Sólo que el secreto que guardaba Perkins era mucho más peligroso que la pedofilia.

Jon enfiló el largo camino que conducía de nuevo a la oficina de Kline. Fue como caminar con el equipo de MTV que entrevista a raperos de tres al cuarto mientras alardean de sus orígenes. Televisores plasma de sesenta pulgadas en cada habitación, un bar de cobre batido que debía de tener por lo menos seis metros de largo, una bodega para el vino con la temperatura controlada y tres capas de cristal del tamaño del dormitorio de Jon, un acuario monstruoso de agua salada abarrotado de peces de neón. Jon siempre había deseado tener un acuario tan enorme como aquél. El tipo tenía un Hummer negro, un Bentley Continental marrón y un Maserati Quattroporte rojo justo delante de la puerta delantera. Jon se imaginó viajando con una de aquellas bestias hacia la playa. Conduciendo hacia casa con un par de pollitas enloquecidas.

Sacó su pistola y la dejó oscilar a un costado.

Con ciento veinte millones se podían comprar muchas cosas, pero no todo.

Jon encontró la oficina. El cuerpo del tipo estaba echado boca abajo en un magnífico sofá de cuero con un brazo y una pierna colgando. Un simple golpe en un lado de la nariz casi había decapitado a aquel hijo de puta. En el suelo de la habitación todavía había charcos de sangre.

—¿Todo arreglado, señor Katz?

—Casi.

Pike usaba un pasaporte en el que figuraba como Richard Katz, procedente de Milwaukee, Wisconsin. Jon figuraba con ese nombre en el suyo, y también era de Milwaukee. Se trataba de un par de socios de negocios que estaban pasando juntos unas vacaciones sin importarles lo que pudiesen pensar los habitantes locales.

Pike se encontraba detrás del escritorio del tipo metiendo un ordenador portátil en

una caja de cartón que ya estaba abarrotada de cedés informáticos, papeles y un par de discos duros. Información contable a través de la cual había ido atesorando el dinero de Vahnich. Cien millones y algo de cambio.

Stone miró el cuerpo y levantó la pistola.

—Pedazo de mierda.

Jon Stone disparó dos veces en lo que quedaba de su cabeza. Pike siguió hurgando en el escritorio, pese a que los tiros sonaron tan fuertes como dos cañonazos.

—Basta —le ordenó girando la cabeza.

—Que se joda. Deberías habérmelo dejado a mí. Le habría mantenido con vida durante varias semanas, jodido traidor.

Stone volvió a disparar al cadáver.

—Jon, por favor —le dijo Pike.

Stone bajó la pistola y dio unos golpecitos con ella sobre su pierna, irritado por no poder hacer lo que quería. Jon habría desollado vivo a aquel hijo de puta, un maldito americano haciendo negocios con los terroristas; le habría cortado sus jodidos dedos de golpe y a continuación habría arrancado la carne de los huesos. Bueno, eso quizá no, Jon no habría hecho todas esas cosas, pero era divertido imaginárselas y él lo había hecho a diario desde que Pike le había pedido que encontrase a ese cabrón. Jon Stone había sido soldado, mercenario, agente contratado por ejércitos privados e incluso un asesino, pero era también un patriota.

La pistola de Pike se encontraba en el suelo junto al sofá. Pike había reventado a ese gilipollas y a continuación había arrojado el arma tal como había planeado. Las armas eran unos trastos locales que Jon había buscado para ese trabajo; pistolas de usar y tirar, algo mucho más fácil que introducir a hurtadillas armas de fuego en el país.

Pike rodeó el escritorio con la caja.

—¿Tienes todo? —le preguntó Jon.

Pike gruñó, dando a entender que sí.

Stone siguió pensando en lo increíble que era la vista y en lo mucho que le gustaba aquella casa. Por si fuera poco, todas las noches de luna llena la playa se llenaba de chiquitas fuera de control.

Stone dio unos golpecitos con su pistola.

—¿Qué coño te pasa, hermano? Yo me la quedaría. No sería como robársela a gente que vale la pena.

Pike examinó la habitación para asegurarse de que no se le había pasado por alto nada.

—Nos lo llevamos a casa —dijo—. Pitman debería ser capaz de hacer algo con los discos duros.

Stone volvió a dar golpecitos a su pistola, después miró fijamente a la de Pike pensando que era sencillo, un doble golpe al centro de masa y la caja sería suya.

Pasaría el resto de su vida en esa maravillosa casa.

—Jódete —dijo Stone.

Alzó la pistola y volvió a tirar sobre el cadáver, un único disparo que dio en el culo del tipo. Después tiró la pistola sobre el cuerpo.

No era correcto quedarse con el dinero, pero la idea resultaba divertida. En cualquier caso Jon había ganado una fortuna con el contrato de Pike y éste no se había llevado ni un centavo. Ni lo haría. De manera que había hecho que Jon le ayudase a encontrar a Kline. Gratis. Esa parte era una mierda.

—Sostén esto —le dijo Pike.

Puso la caja en manos de Stone y a continuación se dirigió al escritorio y se sacó algo del bolsillo. Stone se preguntó qué demonios estaba haciendo Pike. Vio que se trataba de una fotografía de la chica, Larkin Conner Barkley. Pike puso la imagen contra el tipo, de cara al cuerpo. Era un tío muy raro.

Pike tocó la fotografía para asegurarse de que estaba bien y a continuación regresó a por la caja.

—Ok, estamos listos —anunció.

Volvieron cruzando el paraíso a través de un camino ventoso, rumbo al aeropuerto. Devolvieron el coche y se dirigieron a la terminal con todos los discos y el resto del material en las maletas. La terminal era pequeña: un edificio bajo y plano rodeado de arena, conchas y cocoteros.

—Voy a fumarme un cigarrillo —dijo Stone—. ¿Te quedas con esto?

—Nos vemos en la puerta de embarque.

Stone se encendió un cigarrillo mientras Pike desaparecía en el interior de la terminal. Esperó unos segundos y a continuación se encaminó hasta el fondo del edificio y se sentó para disfrutar del momento. El sol no podía ser más puro y resplandeciente y el aire era tan límpido que Jon Stone deseó poder quedarse allí para siempre.

Tenía uno de esos teléfonos móviles que se suelen usar para llamar a casa cuando se viaja al extranjero. Tecleó un número de Estados Unidos y esperó a que el hombre respondiese.

—Asunto zanjado —dijo—. Volvemos a casa.

—Gracias a Dios. ¿Él está bien?

—Te agradezco que te intereses por mí.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Pike está bien. Hizo lo que debía, tal como pensaste que lo haría. Ese chico es un bulldog.

—No tenía otra alternativa.

—Lo sé, lo sé.

«¡Callate ya, por el amor de Dios!», pensó Jon. Ese hijo de puta se había estado disculpando durante meses por haber dejado suelto a Pike. Jon sospechaba que el hombre sabía lo que Pike haría y cómo lo haría desde un principio.

El hombre seguía hablando:

—Fue lo único que se me ocurrió para proteger a esa chica. Sabía lo que eso podía implicar, pero no estaba preparado. Él sí.

—Oye, tengo que marcharme...

—Es un buen hombre.

—Sí, lo es, señor Flynn. Por eso es Pike.

—Volved a casa sanos y salvos.

Stone apagó el teléfono. Apuró su cigarrillo y disfrutó del cielo límpido y del aire sensual hasta que anunciaron su vuelo. A continuación entró en la terminal para reunirse con Joe Pike en la puerta de embarque.